

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

**FACULTAD DE PSICOLOGÍA**  
**Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación**



**EMANCIPACIÓN DE LA FAMILIA DE ORIGEN:  
LEALTAD, TRAICIÓN Y SACRIFICIO FILIAL EN  
FRANZ KAFKA Y JULIO CORTAZAR**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR**

**PRESENTADA POR**

**Roberto Chacana Arancibia**

Bajo la dirección del doctor:  
Niall Binns

**Madrid, 2006**

- **ISBN: 978-84-669-2962-2**

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**  
**FACULTAD DE PSICOLOGÍA**  
**DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA EVOLUTIVA Y DE LA EDUCACIÓN**  
**MADRID**

**EMANCIPACIÓN DE LA FAMILIA DE ORIGEN:  
LEALTAD, TRAICIÓN Y SACRIFICIO FILIAL EN  
FRANZ KAFKA Y JULIO CORTÁZAR**

**TESIS DOCTORAL**  
**ROBERTO CHACANA ARANCIBIA**

**DIRECTOR**  
**NIALL BINNS**

**Noviembre de 2005**

## ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	7
<b>CAPÍTULO 1. Enfoque sistémico: circularidad, familia y emancipación</b> .....	14
1. Cuestiones epistemológicas .....	15
1.1 Teoría General de Sistemas versus Paradigma Científico .....	15
1.2 Cibernética .....	18
1.2.1 Cibernética y retroalimentación .....	18
1.2.2 Cibernética y autorreferencia .....	20
1.2.3 Del razonamiento silogístico a la paradoja autorreferencial .....	22
1.3 Constructivismo .....	23
2. Enfoque sistémico y emancipación de los hijos de la familia de origen .....	29
2.1 Ciclo vital familiar y emancipación filial .....	30
2.2 La Teoría del Doble Vínculo de Gregory Bateson .....	32
2.3 La Antipsiquiatría de Ronald Laing y David Cooper .....	40
2.4 El Enfoque Estructural de Salvador Minuchin .....	46
2.5 El Enfoque Transgeneracional de Iván Boszormenyi-Nagy .....	48
3. Conclusiones .....	55
<b>CAPÍTULO 2. Franz Kafka y la emancipación de los hijos de la familia de Origen</b> .....	60
2.1 Franz Kafka (1883-1924): su figura y su obra .....	61
2.1.1 La obra de Kafka en la literatura universal .....	61
2.1.2 La crítica sobre la obra de Franz Kafka .....	65
2.1.2.1 La crítica religiosa (o teológica) .....	66
2.1.2.2 La crítica sociopolítica (y filosófica) .....	68
2.1.2.3 La crítica psicoanalítica .....	73
2.1.2.4 La crítica biográfica .....	80
2.1.2.4.1 Primer período creativo: año 1912 .....	82
2.1.2.4.2 Segundo período creativo: año 1914 .....	85

2.1.2.4.3 Tercer período creativo: año 1922 .....	89
2.2 La temática familiar en la obra de Franz Kafka .....	94
2.2.1 Drama edípico y conflicto generacional (una visión crítica de la exégesis kafkiana) .....	94
2.2.2 Cohesión familiar, emancipación filial y el sacrificio de los hijos .....	97
2.2.2.1 Cohesión, lealtad y expulsión familiar .....	98
2.2.2.2 La emancipación imposible .....	99
2.2.2.3 El sacrificio de los hijos .....	103
2.3 Tres estudios de la obra de Franz Kafka.....	106
2.3.1 “El mundo urbano”: la vida disipada como (ausencia de) emancipación, y un plan imposible .....	106
2.3.1.1 (In)satisfacción parental y emancipación filial .....	106
2.3.1.2 El hijo al servicio de los padres .....	109
2.3.1.3 Un plan imposible .....	112
2.3.2 “La condena”: La emancipación <i>ahogada</i> a través de juzgar y sojuzgar a un hijo .....	116
2.3.2.1 El padre se opone a los planes del hijo (y lo manipula y degrada) .....	118
2.3.2.2 El padre intenta impedir la inminente emancipación del hijo .....	121
2.3.2.3 El hijo se somete al padre .....	128
2.3.3 “La metamorfosis”: Gregor Samsa, el traidor leal y su grave aprieto emancipador .....	132
2.3.3.1 Un grave aprieto .....	138
2.3.3.2 El duro caparazón .....	143
2.3.3.3 El traidor leal .....	151
2.4 Conclusiones .....	156

**CAPÍTULO 3. Julio Cortázar y la emancipación de los hijos de la familia  
de origen .....** 162

3.1 Julio Cortázar: su figura y su obra .....	163
3.1.1 La crítica sobre la obra de Julio Cortázar .....	167
3.1.1.1 Consideraciones generales acerca de la crítica cortazariana .....	167
3.1.1.2 La propuesta metacrítica de Goyalde Palacios .....	168
3.1.1.2.1 La crítica cortazariana extratextual .....	168

3.1.1.2.2 La crítica cortazariana intratextual .....	170
3.1.1.2.3 Algunas conclusiones .....	172
3.1.1.3 Crítica biográfica, crítica psicológica y psicoanálisis .....	174
3.1.1.3.1 Crítica psicológica y psicoanálisis.....	176
3.1.1.3.2 Julio Cortázar y el psicoanálisis .....	177
3.2 La temática familiar en los cuentos de Julio Cortázar .....	182
3.2.1 La temática familiar según la crítica cortazariana .....	182
3.2.2 El sustrato biográfico-familiar .....	183
3.2.3 Cohesión, enfermedad y emancipación filial .....	187
3.3 La emancipación filial en los cuentos de Julio Cortázar .....	190
3.3.1 La familia cohesionada en torno a una tarea común .....	190
3.3.1.1 La enfermedad (y la salud) como fuente de cohesión familiar .....	191
3.3.1.1.1 “La salud de los enfermos”: la enfermedad (y la salud) de la familia .....	192
3.3.1.1.2 “Cefalea”: la enfermedad entronizada en el hogar .....	195
3.3.1.1.3 “Pesadillas”: la familia aplastada por la enfermedad .....	198
3.3.1.1.4 “Las fases de Severo”: la enfermedad como espectáculo familiar (o la importancia de llamarse Severo) .....	202
3.3.1.2 El disparate como fuente de cohesión familiar o la familia felizmente cohesionada en torno a unas raras ocupaciones: “Ocupaciones raras” y el equilibrio familiar perfecto .....	205
3.3.2 El complejo camino hacia la emancipación .....	210
3.3.2.1 “Casa tomada”: la emancipación por la fuerza .....	212
3.3.2.2 “Circe”: la emancipación imposible .....	216
3.3.2.3 “Cartas de mamá”: la emancipación condicional .....	220
3.3.3 Individuo versus familia .....	223
3.3.3.1 La emancipación imaginaria .....	224
3.3.3.2 Adolescencia y emancipación .....	226
3.3.3.3 El triunfo de la familia .....	229
3.4 Conclusiones .....	230
<b>CONCLUSIÓN FINAL .....</b>	<b>235</b>
1. Kafka: doble vínculo y parentalización.....	236

2. Cortázar: doble vínculo “benigno”, enfermedad y cohesión.....	241
3. Circularidad versus linealidad .....	245

**BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA .....** 248

1. Bibliografía sobre enfoque sistémico, constructivismo y epistemología.....	249
1.1 Bibliografía sobre enfoque sistémico.....	249
1.2 Bibliografía sobre constructivismo y epistemología cibernética.....	254
2. Bibliografía sobre Franz Kafka.....	257
2.1 Obras de Franz Kafka .....	257
2.2 Bibliografía crítica sobre Franz Kafka.....	257
3. Bibliografía sobre Julio Cortázar .....	262
3.1 Obra cuentística de Julio Cortázar .....	262
3.2 Bibliografía crítica sobre Julio Cortázar .....	262
4. Bibliografía general.....	266

## **Agradecimientos**

En primer lugar, deseo hacer un especial reconocimiento a la labor desempeñada por el director de mi Tesis Doctoral, el Dr. Niall Binns, profesor de la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid: deseo agradecer al profesor Binns todo el tiempo que destinó a mi investigación, así como también el interés, el rigor y la minuciosidad (y la paciencia) con la que revisó cada uno de los borradores entregados.

No puedo dejar de mencionar tampoco los nombres de los profesores del Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación, de la misma universidad, que dirigieron las etapas iniciales de mi investigación: D. José Antonio Ríos González y D. Álvaro Marchesi Ullastres; a ellos dos, mis más sinceros agradecimientos, en especial, por la posibilidad que me dieron de incursionar en un área (y en una modalidad) de investigación poco explorada hasta ese momento.

Asimismo, agradezco de modo muy especial a mi familia, por el apoyo que me ha brindado en este largo proceso doctoral. Finalmente, la realización de esta Tesis fue posible gracias a una beca otorgada por el Proyecto de Fortalecimiento de la Formación Inicial Docente, del Ministerio de Educación de la República de Chile.

## **INTRODUCCIÓN**



Franz Kafka y Julio Cortázar ocupan un lugar central dentro de la literatura universal. A raíz del interés que han despertado, sus obras no sólo cuentan con un enorme número de lectores, sino que además han generado un volumen tan amplio de estudios críticos que, en torno a ellas, han surgido verdaderas corrientes o escuelas exegéticas que agrupan a aquellos intérpretes que han creído encontrar, en un determinado enfoque, las claves o respuestas más adecuadas para comprender y descifrar de mejor forma los “enigmas” que ellas contienen. Una de esas corrientes exegéticas es aquella que respalda sus planteamientos en conceptos provenientes del campo de la psicología, específicamente, en los postulados de la teoría psicoanalítica. La importancia que hasta ahora posee esta teoría dentro de los estudios de las obras de Kafka y Cortázar es tan significativa que las numerosas aproximaciones y estudios psicológicos existentes acerca de las obras de ambos son de una marcada –por no decir “exclusiva”– índole psicoanalítica. Ello puede deberse a que, a pesar de la resistencia de importantes detractores, a lo largo del siglo XX el psicoanálisis se consolidó como un punto de referencia prácticamente obligado en el ámbito de las humanidades y las letras. Más aún, algunos de los planteamientos psicoanalíticos más relevantes han alcanzado una aceptación y masificación tan amplia que conceptos como “líbido”, “inconsciente” o “complejo de Edipo” parecen formar parte incluso del lenguaje cotidiano<sup>1</sup>.

Al mismo tiempo, determinados precursores o representantes del psicoanálisis han logrado influir no sólo dentro del ámbito de su disciplina, sino también en otras áreas, como el arte y la literatura. Al respecto, destaca el verdadero “magnetismo” ejercido por el médico vienés Sigmund Freud, fundador del psicoanálisis, quien, con su énfasis en temas como la represión sexual que la sociedad ejerce sobre el individuo, la importancia de la “liberación” de los aspectos inconscientes o reprimidos de este último, así como en la significación del mundo onírico, influyó en otro importante movimiento de la Europa de la época, el surrealismo. En efecto, André Breton (1969) tomó abiertamente las ideas del precursor del psicoanálisis: “[Yo] estaba muy interesado en Freud, y conocía sus métodos de examen que había tenido ocasión de practicar con enfermos durante la guerra, por lo que decidí obtener de mí mismo lo que se procura

---

<sup>1</sup> Al respecto, Harold Bloom (1996a) señala: “Pocas figuras de la historia cultural han tenido el éxito de Freud a la hora de introducir conceptos en nuestra conciencia. ‘Bueno, naturalmente, es el complejo de Edipo, y todos lo tenemos’, aprendemos a murmurar” (392).

obtener de aquéllos, es decir, un monólogo lo más rápido posible, sobre el que el espíritu crítico del paciente no formule juicio crítico alguno” (41)<sup>2</sup>.

De ese modo, el psicoanálisis no sólo fue capaz de traspasar las fronteras de lo estrictamente “psicológico”, sino que llegó a instalarse, casi por derecho propio, en el terreno de la creación artística y literaria; tanto es así que, paradójicamente, uno de los principales cuestionamientos que sus detractores realizan a la teoría psicoanalítica es que sus postulados carecen de rigor científico, pues ellos sólo serían producto de las antojadizas elucubraciones surgidas de mentes que, aunque brillantes en lo imaginativo, son incapaces de ajustarse al rigor exigido por el método científico<sup>3</sup>. Marginado, por tanto, del mundo de las “ciencias”, el psicoanálisis quedó relegado al ámbito de las “artes”, en donde, no obstante algunas resistencias, fue acogido con entusiasmo por aquellos que veían en los postulados freudianos un material sugestivo, novedoso y provocador.

No es extraño, entonces, que algunos exégetas kafkianos y cortazarianos hayan encontrado en las teorías freudianas un conjunto de planteamientos que parecieron ser muy pertinentes para el estudio de las obras de ambos autores, más aún, cuando en una parte significativa de ellas se aborda un tema que es esencial tanto para el psicoanálisis como para la psicología en general: la relación entre el padre (o madre) y el hijo. Sin embargo, el estrecho vínculo establecido entre los exégetas kafkianos y cortazarianos y el psicoanálisis ha sido posible, a mi juicio, a costa no sólo de maximizar, muchas veces de forma injustificada, los supuestos puntos en común entre uno y otro corpus, sino que además ha sido consecuencia de que dichos exégetas han desarrollado su trabajo “de espaldas” al surgimiento y desarrollo de otros enfoques psicológicos, los cuales han implicado una importante renovación o recambio conceptual al interior de la psicología, pero que en otros ámbitos, debido a su desconocimiento (o subvaloración), han carecido de mayor repercusión.

En la estrecha “comunidad” exégetas-psicoanálisis<sup>4</sup> no sólo no ha habido espacio para advertir o reconocer las eventuales (y no pocas veces evidentes) incompatibilidades

---

<sup>2</sup> Sobre esto mismo, Isabel Paraíso (1995) ha señalado: “Desde luego, el influjo más claro del Psicoanálisis sobre la obra literaria lo tenemos en la praxis literaria de los surrealistas, con André Breton a la cabeza. Los surrealistas adoptaron la técnica terapéutica de la asociación libre de ideas para su ‘escritura automática’, como medio que dejase aflorar directamente al inconsciente” (53).

<sup>3</sup> Véase Eagleton, 1993: 193.

<sup>4</sup> Al respecto, resulta sorprendente el acabado conocimiento que algunos críticos poseen de los postulados (y entresijos) de la teoría psicoanalítica (más detallado de lo que a veces es posible hallar en los propios libros de psicología). Sobre esto, véase el “resumen” que Terry Eagleton (1993: 182-193) realiza de las “doctrinas” de Freud, o el análisis de Harold Bloom (1996a: 383-406) sobre las obras del mismo autor.

o desajustes entre la teoría psicoanalítica y la obra literaria estudiada, sino que tampoco ha existido la apertura o la flexibilidad necesaria para incorporar planteamientos provenientes de enfoques psicológicos distintos al psicoanálisis (aunque no necesariamente opuestos de forma radical a él); tal flexibilidad no ha existido, pues ella implicaría u obligaría al reconocimiento de la incapacidad (o la *impotencia*) del psicoanálisis, y de los exégetas a él adheridos, para dar cuenta de las obras de Franz Kafka y Julio Cortázar. Frente a ello, probablemente, lo más “cómodo” o seguro para esos críticos ha sido continuar con su consabida recurrencia al supuesto complejo edípico que afecta tanto a los personajes kafkianos y cortazarianos, como a los propios autores, a pesar de que esta (obstinada) insistencia conlleve la utilización de una verdadera “camisa de fuerza”, en la que son introducidos, a veces de forma grotesca, los textos de esos autores<sup>5</sup>.

De ese modo, el presente estudio parte del supuesto de que, más allá de su atractivo o validez, los planteamientos teóricos del psicoanálisis –además de los de otras corrientes interpretativas que comentaré más adelante– resultan insuficientes o inadecuados para comprender e interpretar determinadas obras de Franz Kafka y de Julio Cortázar, puesto que ellos minimizan o desconocen la importancia de una temática que, desde mi perspectiva, resulta esencial para analizar dichas obras: las relaciones e interacciones familiares establecidas por los personajes, y cuyo objetivo último es reforzar la cohesión familiar, impidiendo la emancipación de los hijos. A partir de esta hipótesis, la presente investigación se encamina en la inexplorada dirección de establecer nexos, hasta ahora inexistentes (o inadvertidos, mejor dicho), entre las obras de Franz Kafka y Julio Cortázar y el enfoque sistémico familiar, puesto que es en esta corriente psicológica en donde se pueden hallar los conceptos que resultan más pertinentes para estudiar e interpretar dichas obras. Por otra parte, y debido al volumen

---

<sup>5</sup> Es verdad que un crítico como Harold Bloom (1996a) realiza severos (e irónicos) juicios acerca de la crítica psicoanalítica, como el siguiente: “Todo crítico tiene (o debiera tener) su chiste favorito sobre la crítica literaria. El mío es comparar la ‘crítica literaria freudiana’ con el Sacro Imperio Romano: ni sacro, ni imperio, ni romano; ni crítica, ni literaria, ni freudiana” (383). Sin embargo, no deja de ser curioso que uno de sus más célebres planteamientos, la teoría de la Ansiedad de la influencia, esté fuertemente teñido por la teoría freudiana: “Harold Blomm se sirve de la teoría de Freud para lanzar una de las teorías más atrevidas y originales del último decenio. Lo que en realidad hace Bloom es reescribir la historia literaria en función del complejo de Edipo. Los poetas viven angustiados a la sombra de un poeta ‘fuerte’ que los antecedió, como hijos oprimidos por sus padres [...]. El poeta, encerrado en una rivalidad edipal con su castrante ‘precursor’, procurará desarmar esa fuerza entrando a ella desde dentro, escribiendo de tal forma que revise, desplace y remodele el poema precursor” (Eagleton, 1993: 217-8). Asimismo, y aun cuando en ocasiones Bloom (1996a) rechaza la utilización del complejo de Edipo en la interpretación de obras literarias, en otras opta abiertamente por él, por ejemplo, en el caso de William Shakespeare: “Sus tragedias edípicas son *El rey Lear* y *Macbeth*, pero no *Hamlet*” (389).

de los escritos de ambos autores, el presente estudio se centra en su narrativa breve, lo cual no implica que los planteamientos y juicios que se desarrollarán no puedan ser aplicados al resto de sus obras; de hecho, y en no pocas ocasiones, se aludirá a él.

En el capítulo uno de este estudio –“Enfoque sistémico: circularidad, familia y emancipación”–, se realiza una presentación general del enfoque sistémico familiar, resaltando sus principales características, conceptos y desarrollos. Asimismo, y debido a la trascendencia que han tenido para dicho enfoque, en el mismo capítulo se examinan las cuestiones epistemológicas que estuvieron a la base de su surgimiento, en especial aquellos planteamientos que resaltan la necesidad y la importancia de tomar conciencia de los “circuitos circulares” presentes en los diversos fenómenos que conforman nuestra realidad. Por medio de este énfasis en la “circularidad”, el nuevo enfoque psicológico no sólo intenta rescatar el concepto de “sistema”, sino que además busca tomar distancia de la visión mecánico-lineal tan propia de las ciencias clásicas, y que, gradualmente, también fue siendo adoptada por diversas corrientes o escuelas psicológicas.

En el mismo capítulo uno, se abordan los principales planteamientos del enfoque sistémico acerca del funcionamiento de la familia –cuestión central en la presente investigación–, en especial aquellos referidos al sensible período en el cual los hijos, a raíz de la edad o la etapa evolutiva alcanzada, deben (o pueden) marcharse del hogar. En dicha sección, se parte del supuesto de que resultan insuficientes las explicaciones dadas por algunos psicólogos evolutivos en cuanto a que el retraso (o la ausencia) de la emancipación filial es consecuencia de los diversos obstáculos que hallan los jóvenes en la sociedad, los cuales impiden o dificultan el acceso de estos a una vida adulta y autónoma. En contraposición a ello, se hace énfasis en los planteamientos hechos por algunos investigadores sistémicos que indican que es la presencia de determinadas características interaccionales y comunicacionales al interior de las familias lo cual retarda o impide el proceso de emancipación filial. Al respecto, se indaga en los postulados de cuatro modelos o perspectivas teóricas sistémicas que han señalado las situaciones de abuso o explotación a las que pueden ser sometidos los hijos a los cuales se les prohíbe (de manera abierta o encubierta) la posibilidad de emanciparse de la familia: la Teoría del Doble Vínculo, de Gregory Bateson; la Antipsiquiatría, de David Cooper y Ronald Laing; el Enfoque Estructural, de Salvador Minuchin; y el Enfoque Transgeneracional, de Iván Boszormenyi-Nagy. En conjunto, los planteamientos de estas cuatro escuelas sistémicas constituyen el modelo conceptual en torno al cual se realiza, en los capítulos siguientes, el análisis y comentario del corpus delimitado,

puesto que en este, como se demostrará, los hijos kafkianos y cortazarianos aparecen atrapados en una compleja y restrictiva dinámica familiar, la cual reclama la presencia permanente de los vástagos al interior de las familias.

En tal sentido, en el capítulo dos –“Franz Kafka y la emancipación de los hijos de la familia de origen”– se realiza una presentación y comentario crítico de algunos de los principales enfoques interpretativos existentes hasta ahora acerca de la obra de Franz Kafka: la crítica religiosa (o teológica), la crítica sociopolítica (y filosófica), la crítica psicoanalítica y la biográfica. Asimismo, se revisan de manera crítica los principales planteamientos hechos por la exégesis kafkiana en torno a la temática familiar, los cuales resaltan la presencia de un supuesto drama edípico, como así también de una rivalidad generacional entre padres e hijos. A partir de ese análisis crítico, y teniendo como base el modelo conceptual sistémico del capítulo anterior, se presentan los estudios de tres narraciones de Franz Kafka: “El mundo urbano”, “La condena” y “La metamorfosis”. En cada uno de esos estudios, se hace hincapié en el sentimiento de lealtad familiar que caracteriza a los hijos kafkianos, y en los grandes (y ambivalentes) esfuerzos que deben hacer con tal de (no) emanciparse de sus familias y, al mismo tiempo, en las maniobras realizadas por los padres con el fin de impedir tal emancipación, transformando a los hijos en verdaderos “sirvientes”.

Por su parte, en el capítulo tres –“Julio Cortázar y la emancipación de los hijos de la familia de origen”– se abordan los principales planteamientos hechos por los exégetas acerca de las publicaciones del autor latinoamericano. Tras esta revisión de la crítica –la cual, al menos en el plano psicológico, posee un marcado acento psicoanalítico–, se presentan los estudios de un conjunto de cuentos y relatos de Cortázar, en los cuales el autor rioplatense aborda las temáticas de la cohesión familiar y la emancipación filial. A partir del marco conceptual presentado en el primer capítulo, los comentarios realizados en esta sección destacan el papel que juega la enfermedad como factor de cohesión entre los miembros de las familias cortazarianas, así como también las maniobras parentales orientadas a impedir o hacer fracasar la emancipación de los hijos.

Por último, en la parte final se presentan las conclusiones más importantes a las cuales se ha arribado en este estudio, estableciendo, al mismo tiempo, una comparación entre Franz Kafka y Julio Cortázar, en cuanto a los particulares énfasis y matices con que cada uno de ellos aborda, en sus respectivas narraciones, las temáticas de la cohesión familiar y la emancipación filial. Asimismo, se describen las principales

repercusiones e implicancias que el desarrollo de este estudio puede tener tanto para la psicología como para el enfoque sistémico en particular. En tal sentido, y más allá de demostrar que este enfoque dispone de un modelo conceptual que lo habilita para incursionar con éxito en un ámbito, como es la literatura, insuficientemente explorado hasta ahora por los autores sistémicos, el presente estudio aspira a indagar, desde su particular perspectiva interdisciplinaria, en un tema de gran importancia para la psicología y para la sociedad: la utilización que muchas familias hacen de sus hijos con el objeto de que estos colaboren de manera activa y precoz en la preservación y la cohesión del sistema familiar, obligándolos (de manera abierta o encubierta) a tener que hacerse cargo de la satisfacción de una serie de necesidades que, en rigor, corresponde que sean asumidas por los adultos.

## **CAPÍTULO 1**

### **ENFOQUE SISTÉMICO: CIRCULARIDAD, FAMILIA Y EMANCIPACIÓN**

## **Enfoque sistémico: circularidad, familia y emancipación**

### **1. Cuestiones epistemológicas**

#### **1.1 Teoría General de Sistemas versus Paradigma científico**

En la década de 1930, el biólogo Ludwig von Bertalanffy promovió la construcción de una teoría que formulara los principios generales aplicables a todos los sistemas. Bertalanffy aspiraba a generar un lenguaje que permitiese el intercambio y el trabajo interdisciplinario, tan alicaído hasta esa fecha debido a la extrema segmentación en que se encontraba la labor de los científicos (Berman, 1995: 30). Al mismo tiempo, anhelaba rescatar el concepto de “sistema”, prácticamente olvidado por el paradigma científico heredado del siglo XVII. Bertalanffy agrupó sus principales postulados bajo el rótulo de *Teoría General de Sistemas*, pues sus estudios lo llevaron a la conclusión de que todos los sistemas son organismos que se comportan bajo unas mismas leyes generales. La propuesta de Bertalanffy tenía, asimismo, un carácter radical, pues promovía el abandono del reduccionismo cartesiano en favor de la comprensión holística en la cual, según el principio aristotélico, el todo no es igual a la mera suma de las partes (Rodríguez y Arnold, 1990: 38). Así, los planteamientos de Bertalanffy no sólo aspiraban a constituirse en una nueva teoría sino que se alzaban como una alternativa frente al paradigma dominante hasta ese momento, el paradigma científico (Montenegro, 2000: 51).

Se denomina “paradigma científico” al conjunto de planteamientos y procedimientos que regulan el quehacer de toda disciplina o actividad que aspira a ser considerada como una “ciencia”. No obstante, el paradigma científico no sólo está asociado a un determinado método procedimental sino que también está íntimamente vinculado con una cierta forma moderna de concebir y comprender el mundo o la realidad. Dicha “epistemología” deriva de los planteamientos de Francis Bacon y René Descartes, representantes del denominado *empirismo* y *racionalismo*, respectivamente (Berman, 1995: 27-35). Así, mientras que Bacon planteaba la necesidad de *acosar* la naturaleza y de realizar experimentos como único medio para alcanzar la “verdad”, Descartes promovía el uso de la razón, sin auxilio de la observación *baconiana*, como



única forma de acceder al verdadero conocimiento acerca del mundo. Empirismo y racionalismo fueron utilizados, posteriormente, de manera combinada tanto por Galileo como por Newton (36), quienes se centraron en el estudio de fenómenos de la física y la astronomía, demostrando de ese modo que la oposición entre los postulados de Bacon y Descartes era sólo aparente, pues el uso conjunto de la razón y de la observación empírica conducía a un mismo objetivo, la verdad científica.

De esa manera, y más allá de las discrepancias que tuvieron entre ellos, el trabajo de esos cuatro hombres cimentó las bases sobre las cuales se edificó el quehacer científico de los siglos posteriores, el cual se inspiraba en una serie de principios que dieron cuerpo al denominado “método científico”. A este respecto, una primera creencia importante se refiere a que los hechos que acaecen en la realidad están gobernados por un principio de causalidad lineal, lo cual quiere decir que entre un suceso “a” y un acontecimiento “b” existe una relación de causa-efecto, que impide que “b” influya sobre “a” (Ceberio, 1999b: 25). Este principio de causalidad lineal (o de determinismo unidireccional) es similar al concepto de *causa eficiente* de Aristóteles (Segal, 1994: 82); la *causa final* aristotélica no es considerada dentro de esta visión (es decir, la posibilidad de que el efecto actúe sobre la causa), lo cual constituye una diferencia fundamental con el nuevo paradigma sistémico.

El segundo principio del paradigma científico se relaciona con el denominado *atomismo cartesiano*, el cual postula que para comprender una totalidad es necesario subdividirla y analizar sus partes por separado; hecho esto, las partes pueden volver a ser reunidas, ya que, desde esta perspectiva analítica, el todo es igual a la suma de las partes. Finalmente, del resultado de todo este proceso de análisis deriva una conclusión con características de “verdad”. Esto quiere decir que aquello que se ha investigado forma parte de una realidad externa sobre la cual se pueden construir certezas o verdades absolutas (Maturana, 1994: 157), pues, durante su investigación, el científico habría sido capaz de dejar de lado su propia subjetividad, de tal manera que cualquier otro investigador, si se atiene a los pasos del método científico, debería arribar a las mismas conclusiones halladas por su predecesor (Segal, 1994: 43).

La aplicación de estos principios está asociada a la creencia de que la realidad es un ente externo separado del sujeto que le estudia u observa (29), y que en ella predominan los fenómenos físicos, por lo que el lenguaje más apropiado para referirse a ella incluye palabras como “fuerza”, “energía” o “movimiento”, conceptos propios de la física clásica. Desde esa perspectiva, la mejor manera de aprehender la realidad es a

través de métodos cuantitativos, es decir, realizando mediciones que permitan “traspasar” dicha realidad al lenguaje numérico. El paso siguiente es que sobre esa realidad se pueden hacer predicciones y, sobre todo, controlarla, por medio del manejo y manipulación unilateral de las variables que regulan su funcionamiento.

Otra consecuencia que ha tenido la aplicación de los principios señalados es la extrema segmentación de las áreas del conocimiento. A raíz del énfasis en el estudio de las partes por separado (atomismo), subrepticamente (y no tan subrepticamente) se ha introducido la necesidad de generar saberes que sólo den cuenta de áreas específicas de la realidad, a costa de producir “lenguajes” especializados que dificultan la comunicación entre investigadores de diferentes disciplinas y, a la vez, de olvidar, o derechamente desterrar, la noción de sistema y totalidad.

Sería erróneo pensar, sin embargo, que sólo los hombres de ciencia se han visto influidos por estos principios y creencias pertenecientes a las ciencias clásicas, ya que las personas comunes y corrientes también asimilaron esta forma de concebir la realidad y de construir el conocimiento aun en los hechos más cotidianos<sup>6</sup>. Las concepciones animistas o las visiones encantadas y mágicas de culturas llamadas “primitivas” (en las cuales, por ejemplo, existe una compenetración entre sujeto y objeto, además de una atenta mirada a la totalidad) son consideradas expresiones erradas que impiden el acceso a la “verdad”.

Contra este paradigma se rebeló Bertalanffy. Sus estudios e investigaciones le habían conducido a la convicción de que la posibilidad de conocer adecuadamente los seres vivos, respetando su riqueza, complejidad y variedad, no era factible a través de los métodos y principios propios de la ciencia clásica (Echeverría, 1997: 272; Rodríguez y Arnold, 1990: 37). La noción aristotélica de que el todo es más que la suma de las partes sería determinante en ese sentido. La preocupación de Bertalanffy incorporaba la necesidad de rescatar la noción de sistema y de restablecer un puente que permitiese la comunicación interdisciplinaria. Fue así como la Teoría General de Sistemas encontró rápido eco en otra naciente disciplina, la Cibernética (Pakman, 1996a: 21-2).

---

<sup>6</sup> Al respecto, Lynn Segal (1994) ha señalado : “La mayoría [de las personas] ve el mundo como lo veían los científicos del siglo XVII, y supone que es posible sostener la objetividad y conocer la realidad” (38; véanse además 25, 35 y 71). Por su parte, Humberto Maturana (1996) sostiene: “En la tradición cultural occidental, en la cual han surgido la ciencia y la tecnología modernas, hablamos en la vida cotidiana de realidad y de lo real en tanto dominio de entidades que existen independientemente de lo que hacemos como observadores. Además, hablamos y actuamos en forma coloquial y técnica, como si conocer fuera ser capaz de hacer referencia a tales entidades independientes” (71). Véanse además Ceberio, 1999b: 25-8; Ceberio y Watzlawick, 1998: 14-45.

## 1.2 Cibernética

### 1.2.1 Cibernética y retroalimentación

Los orígenes de la cibernética se remontan a las décadas de 1930 y 1940 cuando Norbert Wiener intentaba diseñar máquinas que tuviesen la cualidad de corregir su propio funcionamiento para así cumplir con el objetivo que se les había trazado (Ceberio y Watzlawick, 1998: 47)<sup>7</sup>. El contexto bélico hizo que esas máquinas fuesen cañones antiaéreos capaces de derribar aviones muy veloces. Wiener postuló que tales máquinas debían poseer, además de los tradicionales polos receptor (entrada) y efector (salida), un sensor que informara del estado de los efectores comparando dicho estado con un estado ideal o meta; de existir discrepancias, la máquina debía ser capaz de autocorregir su funcionamiento (Pakman, 1996a: 19-20).

El mecanismo diseñado por Wiener implicaba un “enlace circular” que permitía que la información que salía de la máquina (el resultado final de su funcionamiento) reingresara a ella para ser comparada con el funcionamiento ideal o previsto, produciéndose así un circuito de retroalimentación similar a la causa final aristotélica, en la cual el *efecto* vuelve sobre la *causa* para influir sobre ella. Wiener postuló que las funciones de control, intercambio y procesamiento de la información se regulan por los mismos principios, ya sea en máquinas, organismos o estructuras sociales. Esta aplicación de los principios de la cibernética a otras áreas facilitó el intercambio interdisciplinario. Asimismo, su énfasis en las nociones de circularidad, información y retroalimentación, por sobre los conceptos mecanicistas de causalidad lineal, materia y energía, permitieron su acoplamiento con las propuestas de Ludwig von Bertalanffy.

El cambio epistemológico involucrado en el paso desde una visión mecánico-lineal, en donde predomina el lenguaje propio de la Primera Ley de la Termodinámica (“energía”, “materia”, “fuerza”, etc.), a un paradigma de tipo cibernético, asociado a la Segunda Ley de la Termodinámica (en donde se enfatiza el lenguaje de la información y la relación), es ilustrado de la siguiente manera por Gregory Bateson (1985: 432-3)<sup>8</sup>. Si una persona da un puntapié a una piedra, ésta sufrirá un desplazamiento y una detención

---

<sup>7</sup> Véanse además Foerster, 1990: 35; Pakman, 1996a: 19; Rodríguez y Arnold, 1990: 41; Simon *et al*, 1997: 55.

<sup>8</sup> Véase además Hoffman, 1987: 18.

que pueden ser previamente determinados en base a factores como la cantidad de energía transferida en el puntapié, la forma, tamaño y peso de la piedra, y el tipo de superficie sobre la cual rueda la piedra. Todos estos aspectos, meramente físicos, pueden servir para predecir lo que ha de ocurrir con la piedra. Sin embargo, si la persona da un puntapié a un perro, las posibilidades de predicción disminuyen. Ello se debe a que, a raíz del puntapié, el perro puede reaccionar de diversas maneras, ya sea ladrando y mordiendo a la persona, o bien lamentándose y asumiendo una actitud sumisa. Desde esa perspectiva, lo que la persona ha transmitido al perro con el golpe no es energía sino información, la que a su vez está asociada a la relación existente entre ambos, ya que no es lo mismo que al perro lo golpee un desconocido a que lo haga su amo.

En el primer caso (el de la piedra) puede aplicarse un esquema causa-efecto propio de la física clásica y del determinismo lineal. En la segunda situación (la del perro) ello ya no es posible, pues el efecto (la reacción mostrada por el animal) no es fácil de prever y, además, no es simplemente un efecto, ya que la reacción del perro se convierte a su vez en causa de lo que la persona habrá de hacer como respuesta a la reacción canina: seguir dando puntapiés, huir, protegerse, etc. Y lo que la persona realice provocará una nueva reacción del perro y así sucesivamente. Entre la persona y el perro, entonces, se constituye un “enlace cibernético”, dentro del cual el efecto se reintroduce constantemente al circuito (o sistema) a modo de información; este fenómeno fue denominado por la cibernética como “retroalimentación” (Ceberio y Watzlawick, 1998: 49)<sup>9</sup>.

En ese sentido, si la información que reingresa sirve para corregir las desviaciones del sistema (léase desviaciones como cambios), manteniendo o devolviendo el equilibrio y la estabilidad a dicho sistema, se genera un circuito de “retroalimentación negativa”. Si por el contrario la información busca ampliar las desviaciones y favorecer los cambios en el sistema alterando la homeostasis que hasta ese momento éste poseía, se produce entonces un enlace de “retroalimentación positiva” (Keeney, 1991: 86; Simon *et al*, 1997: 59-63).

Al respecto, en 1960, el antropólogo Magoroh Maruyama introdujo el concepto “cibernética segunda” para agrupar los estudios que habían investigado en los procesos que favorecen la retroalimentación positiva al interior de los sistemas, propiciando el

cambio y la adaptación a nuevas circunstancias, obligando así a los sistemas a realizar un esfuerzo de reorganización de su propia estructura para alcanzar dicha meta adaptativa (Rodríguez y Arnold, 1990: 46). A ese esfuerzo de reorganización, Maruyama lo denominó “morfogénesis” (Simon *et al*, 1997: 248-9), en consonancia con el concepto de “cambio de segundo orden” acuñado por el psiquiatra W. R. Ashby para denominar a los cambios que se producen cuando un sistema varía de manera cualitativa con el fin de adaptarse a nuevos contextos evolutivos (Ceberio y Watzlawick, 1998: 41-2; Simon *et al*, 1997: 48-50).

Por su parte, las investigaciones acerca de los procesos en que predomina la retroalimentación negativa, es decir, aquellos en los que los sistemas no se esfuerzan por realizar cambios estructurales sino que intentan conservar (o recuperar) la homeostasis o equilibrio que les es característica, fueron denominados por Maruyama como “cibernética primera” (Rodríguez y Arnold, 1990: 46; Simon *et al*, 1997: 55). Dichas investigaciones mostraban que en esos sistemas prevalece el fenómeno de la “morfostasis”, íntimamente relacionado con el concepto de “cambio de primer orden”, con el cual Ashby había señalado que los sistemas realizan una serie de cambios que en realidad lo que buscan es la estabilidad y no la reestructuración interna (Ceberio y Watzlawick, 1998: 41-2; Watzlawick, 1998b: 132).

### **1.2.2 Cibernética y autorreferencia**

La cibernética experimentó en los años sesenta algunos cambios relacionados con el desarrollo de una noción más amplia de la idea de “circularidad”, así como también con un cuestionamiento aun más radical del concepto de “objetividad científica”. Al respecto, en 1968, Heinz von Foerster y Margaret Mead acuñaron el concepto “cibernética de segundo orden” (Pakman, 1996a: 24; Steier, 1996: 235) para advertir que si bien la cibernética era una disciplina que se caracterizaba por cuestionar la noción de objetividad científica, en verdad no lo había hecho hasta llegar al punto de romper, de manera radical, con la tradicional exclusión del observador del campo de lo observado, característica central del paradigma científico clásico (Segal, 1994: 43).

---

<sup>9</sup> Véanse además Echeverría, 1997: 275; Jackson, 1976: 137; Keeney, 1991: 83; Pakman, 1996a: 19-21; Rodríguez y Arnold, 1990: 42; Segal, 1994: 85.

Foerster y Mead señalaban que aun cuando los cibernetas se esforzaban por identificar los enlaces circulares de los sistemas que observaban, se comportaban como si dichos sistemas fuesen realidades independientes a ellos, es decir, como si ellos fuesen observadores externos que no participaban de la circularidad observada (Pakman, 1996a: 26). Esto quiere decir que, hasta ese momento, el concepto de circularidad estaba asociado, básicamente, a la noción de causalidad y retroalimentación; con la inclusión del observador en el campo de lo observado propuesta por Foerster y Mead, la circularidad incorporó otra acepción, vinculada a la noción de “autorreferencia”, la cual señala que las observaciones y descripciones realizadas están limitadas por la estructura y características del observador o, en otras palabras, que dichas descripciones no sólo son aplicables al sistema observado sino también al propio observador (Foerster, 1999: 38)<sup>10</sup>.

A partir de esos planteamientos, al período inicial de la cibernética (en el cual el observador no se incluía en el campo de lo observado y en el que la noción de circularidad se limitaba a la causalidad) se le denominó “cibernética de primer orden” (o “cibernética simple” o “cibernética de los sistemas observados”); *segundo orden*, por tanto, señala un avance en los desarrollos cibernéticos:

El escenario estuvo entonces preparado para dar un paso que resultaría fundamental para encontrarse de lleno en el campo de la epistemología: cuestionar el principio de objetividad, para asumir que todas las nociones antedichas no eran independientes de nosotros los observadores y usuarios de ellas [...].

El ciberneta no se preguntaba ya: ¿dónde están los enlaces circulares en este sistema?, sino que se empezaba a preguntar: ¿cómo *generamos* nosotros este sistema a través de la noción de circularidad? [cursiva en el original] (Pakman, 1996a: 23-4)

La cibernética de segundo orden, por tanto, tuvo una enorme repercusión en las ideas psicológicas en cuanto a indagar cómo el sujeto participa en el conocimiento y la construcción de su realidad.

---

<sup>10</sup> Véanse además Keeney, 1991: 37 y 130; Prigogine, 1998: 185; Torres Nafarrate, 1997: 190; White y

### 1.2.3 Del razonamiento silogístico a la paradoja autorreferencial

El razonamiento silogístico es considerado por el pensamiento tradicional como la *vía regia* a la certeza (Segal, 1994: 69), en el sentido de que conduce necesariamente a proposiciones que resultan ser o verdaderas o falsas, pero en ningún caso ambas cosas a la vez. En ese sentido, Aristóteles señalaba que el silogismo permite obtener conclusiones que poseen tres importantes características: son ciertas, necesarias y nuevas. Ello quiere decir que una conclusión de este tipo es *única*, o sea, que no hay ninguna otra que la pueda reemplazar.

Del mismo siglo VI (a. d. C.), sin embargo, proviene la frase atribuida a Epiménides el cretense, quien exclamó al arribar a Atenas: “Soy de la isla de Creta, y todos los cretenses son mentirosos” (Segal, 1994: 74; Varela, 1995: 254-7). Quienes le rodeaban no podían dar crédito a lo que oían: “Si dices la verdad, entonces estás mintiendo, pues eres un cretense; pero si estás mintiendo entonces estás diciendo la verdad”. La afirmación de Epiménides, por tanto, era verdadera cuando era falsa y era falsa cuando era verdadera, constituyéndose así en una paradoja que se apartaba de la ortodoxia aristotélica. Este tipo de paradojas permaneció como un problema irresoluble para la lógica hasta que Bertrand Russell y Alfred Whitehead establecieron una curiosa “solución”, gracias a la Teoría de los Tipos Lógicos.

La Teoría de los Tipos Lógicos señala que en todo enunciado se debe apreciar, claramente, la diferencia entre conceptos que representan una clase y conceptos que representan los elementos de una clase. En otras palabras, un conjunto no puede ser considerado como uno de sus propios elementos:

Pensemos en una clase de objetos que consista en todas las sillas que actualmente existan en el mundo. Cualquier cosa que habitualmente denominamos “silla” será un miembro de esa clase. Pero la clase en sí misma no es una silla, ni más ni menos que una determinada silla puede ser la clase de sillas. Una silla y la clase de las sillas son dos niveles distintos de abstracción (siendo la clase de un nivel superior). (Berman, 1995: 217)

Sin embargo, una expresión como “todas las afirmaciones contenidas en esta oración son falsas” altera el orden lógico establecido por la teoría de Russell y Whitehead:

---

Epston, 1993: 94.

La palabra “afirmaciones” [...] está siendo utilizada tanto en el sentido de una clase (la clase de las afirmaciones) como de un ítem dentro de esa clase. La clase está siendo forzada a ser miembro de sí misma, pero dado que esta situación no es permisible de acuerdo con las reglas formales de la lógica y la matemática, se genera una paradoja. La afirmación en sí misma está siendo tomada como una premisa para evaluar su propia verdad o falsedad y, por lo tanto, se están mezclando dos niveles distintos de abstracción, o dos tipos lógicos. (218)

La solución dada por Russell y Whitehead al dilema provocado por las paradojas fue, simplemente, no aceptarlas: en un discurso lógico los enunciados autorreferentes están prohibidos (Segal, 1994: 79-80).

De ese modo, aun cuando la Teoría de los Tipos Lógicos es útil para evitar ciertas clases de confusión o absurdos lingüísticos, crea problemas cuando se desea comprender al observador, pues promueve subrepticamente la clásica separación del observador de sus observaciones: “Los científicos obedecían esta regla de separación porque, bajo determinadas circunstancias, cuando el observador se incluía a sí mismo en su descripción (observaciones), ésta conducía a paradojas, como la que encontramos en el enunciado ‘soy un mentiroso’” (56-7).

Sin embargo, prácticamente “todos los mensajes humanos violan la Teoría de los Tipos Lógicos. *Siempre* hay una metacomunicación que acompaña al mensaje, generalmente es una metacomunicación no-verbal” [cursiva en el original] (Berman, 1995: 221). Y si los enunciados autorreferenciales son más comunes de lo que se podría suponer<sup>11</sup>, si las afirmaciones pueden ser verdaderas y falsas al mismo tiempo<sup>12</sup>, entonces, la noción de certeza científica sufre otra importante mella.

### 1.3 Constructivismo

El esfuerzo por excluir al observador del campo de lo observado sufrió otro duro revés cuando, en 1927, el físico Werner Heisenberg formuló el *Principio de incertidumbre*, con el cual señalaba que las observaciones influyen en lo observado (García, 2000: 224-5)<sup>13</sup>. Heisenberg constató que el haz de luz que se utiliza para observar un electrón

---

<sup>11</sup> Véanse Keeney, 1991: 72 y 95; Segal, 1994: 79.

<sup>12</sup> Véanse Rodríguez y Arnold, 1997: 51; Segal, 1994: 55.

<sup>13</sup> Véanse además Keeney, 1991: 98 y 148; Segal, 1994: 56; Watzlawick y Krieg, 1994: 11.



posee la energía suficiente como para sacar al electrón de su posición, por lo cual no hay manera de observar en forma *pura* dicha partícula atómica. De ese modo, se ven afectadas las posibilidades de que el observador pueda realizar predicciones infalibles, a raíz de que él siempre influye en el campo de observación (Torres Nafarrate, 1997: 192), participando de manera activa en la construcción de la realidad observada.

A comienzos del siglo XVIII, Giambattista Vico ya había adelantado algunas de esas nociones “constructivistas” (Glaserfeld, 1995: 20; 1996: 27) al señalar que el ser humano sólo puede conocer una cosa que él mismo crea: “Una de las ideas básicas de Vico es que los agentes epistémicos no pueden conocer nada excepto las estructuras cognitivas construidas por ellos mismos” (Pakman, 1996b: 27). A fines de ese mismo siglo, Immanuel Kant también se anticipaba a los constructivistas modernos al advertir que los seres humanos están limitados por su aparato perceptivo y que la experiencia es el resultado de la forma individual de “experienciar”, ya que ésta está determinada por las categorías de espacio y tiempo; el resultado de ello es que nunca es posible captar *la cosa en sí* (Ceberio, 1999b: 30)<sup>14</sup>.

Dentro del desarrollo de las ideas constructivistas durante el siglo XX destaca la figura de Jean Piaget (Glaserfeld, 1995: 21; 1996: 31), quien centró sus investigaciones en el desarrollo de la inteligencia en los niños. Piaget afirmó que en el proceso de construcción de la realidad, el niño no elabora una *representación fiel* del mundo *externo*, sino que lo construye a través de sus actividades exploratorias, las cuales, a su vez, posibilitan el desarrollo de su inteligencia (Piaget, 1971: 89). Por tanto, “para Piaget (como para Vico), el conocimiento no es, ni nunca puede ser, una ‘representación’ del mundo real” (Pakman, 1996b: 32).

El activo papel que el sujeto tiene en la construcción de la realidad ha sido destacado también por el psicólogo Ernst von Glaserfeld, quien ha señalado que “el conocimiento no se recibe pasivamente, ni a través de los sentidos, ni por medio de la comunicación, sino que es construido activamente por el sujeto cognoscente” (Glaserfeld, 1996: 25). Llevando un poco más lejos los planteamientos del constructivismo, Humberto Maturana y Francisco Varela realizaron investigaciones biológicas que los llevaron a concluir que la percepción sensorial no está determinada por el medio externo, sino que es producto del sistema nervioso (Maturana, 1998a: 156-

---

<sup>14</sup> Véanse además García, 2000: 238; Glaserfeld, 1994: 23; Linares, 1996: 16.

7)<sup>15</sup>. Si bien los sucesos externos pueden desencadenar la acción de la totalidad del sistema nervioso, los productos de la percepción se generan internamente. Esto condujo a Maturana y Varela a introducir el concepto de “determinación estructural”:

Una perturbación del medio no contiene en sí una especificación de sus efectos sobre el ser vivo, sino que es éste en su estructura el que determina su propio cambio ante ella. Tal interacción no es instructiva porque no determina cuáles van a ser sus efectos. Por esto hemos usado nosotros la expresión *gatillar* un efecto, con lo que hacemos referencia a que los cambios que resultan de la interacción entre ser vivo y medio son desencadenados por el agente perturbante y *determinados por la estructura de lo perturbado*. [cursivas en el original] (Maturana y Varela, 1998: 64)<sup>16</sup>

Esto quiere decir que el sistema nervioso *se cierra sobre sí mismo*, lo cual es operacionalmente necesario para que el organismo pueda pensar acerca de su pensar (autorreferencia). Así, la autonomía de los sistemas se caracteriza por una operación cerrada y recurrente. Maturana y Varela denominan *autopoiesis* a este proceso que desarrolla y mantiene la autonomía y organización de las células biológicas (y de los sistemas vivientes por extensión). Hablar de autonomía es hablar del mantenimiento de la totalidad de un sistema.

Sin embargo, que la organización de un sistema autónomo sea cerrada no implica que no se pueda interactuar con ella; las interacciones son posibles y lo que hacen es *perturbar* la estabilidad del sistema total, el cual hará intentos por compensarlas. A través de esas compensaciones, el sistema buscará permanecer estable como totalidad, es decir, conservar su identidad como organización autónoma particular. Cuando se habla de sistemas autónomos, entonces, no se está afirmando que sean independientes de su ambiente; son autónomos en el sentido de que sus metas son diferentes de las del ambiente físico y están, además, definidas internamente. La independencia del ambiente nunca es total, pues la autonomía siempre está en relación con un ambiente dado:

Mientras una unidad no entre en una interacción destructiva con su medio, nosotros como observadores necesariamente veremos que entre la estructura del medio y de la unidad hay una compatibilidad o conmensurabilidad. Mientras esta compatibilidad exista, medio y unidad

---

<sup>15</sup> Véanse además Keeney, 1991: 100; Minuchin *et al*, 1998: 29; Torres Nafarrate, 1997: 195-6.

<sup>16</sup> Véanse además Maturana, 1994: 159; 1996: 95.

actúan como fuentes mutuas de perturbaciones y se gatillarán mutuamente cambios de estado, proceso continuado que hemos designado con el nombre de *acoplamiento estructural*. [cursivas en el original] (Maturana y Varela, 1998: 67)

Por ejemplo, la familia es un sistema autónomo que tiende a conservar la organización que la define como tal. Si un sistema familiar pierde su autonomía, ya no podría distinguírsele como unidad, o sea, dejaría de ser una totalidad reconocible. Según este enfoque, los cambios que experimenta una familia se manifiestan a nivel de su estructura y no de su organización. Maturana y Varela diferencian ambos conceptos de la siguiente manera (28): la “organización” es el conjunto de relaciones que deben darse entre los componentes para que la unidad compuesta quede definida como miembro de una clase determinada. La “estructura” se refiere a los componentes y relaciones que constituyen concretamente una unidad particular, realizando su organización. De este modo, la estructura puede variar y la organización puede seguir siendo la misma (un televisor puede ser grande o pequeño, pero la organización es la misma).

Darío Rodríguez y Marcelo Arnold (1990) indican que el sociólogo alemán Niklas Luhmann ha precisado que, a lo largo de la evolución de las ideas sistémicas – que van desde las propuestas iniciales de Bertalanffy hasta los postulados de Maturana y Varela–, es posible advertir un desarrollo en la noción de sistema que implica dos cambios de paradigmas. El primer cambio de paradigma surge con la aparición de las ideas de Bertalanffy, pues el concepto de sistema que predominaba hasta ese momento era la concepción aristotélica de que *el todo es más que la suma de las partes*; o, dicho de otra manera, que analizar las partes por separado (lo que hacían las ciencias clásicas) no es lo mismo que examinarlas en su conjunto, ya que en la interacción las partes generan una realidad más rica y amplia que no se puede advertir al observarlas separadamente.

Bertalanffy fue más allá de la noción aristotélica, pues la interacción del sistema con el entorno era de vital importancia para él, ya que su enfoque teórico concibe a los sistemas en permanente intercambio con el ambiente, por lo cual los denominó “sistemas abiertos” (y su teoría sólo se ocupa de ese tipo de sistemas). Así, si la noción aristotélica de sistema se puede expresar en la relación *todo/partes*, la de Bertalanffy (o nuevo paradigma) se refleja en la relación *sistema/entorno*.

Posteriormente, con la aparición de las ideas cibernéticas, se produjo una nueva evolución en el concepto de sistema, pues esta disciplina introdujo el concepto de

“sistema cerrado”: “la más fértil de las ideas que se originan en la cibernética es la de *circularidad*: cuando A causa B y B causa C, pero C causa A, luego, en lo esencial, A es autocausado y el conjunto A, B y C, se define prescindiendo de variables externas, como un sistema cerrado” [cursiva en el original] (Rodríguez y Arnold, 1990: 42). De esta manera, el terreno estuvo preparado para que más adelante, con la aparición de las ideas de Maturana y Varela, se produjera el segundo cambio de paradigmas: “El paradigma autorreferencial reemplaza al paradigma sistema/entorno, y con él, el análisis de *input* y *output* de los sistemas abiertos [...]. La teoría de los sistemas autorreferentes afirma que los sistemas se producen a través de la autorreferencia” [cursivas en el original] (93).

Sin embargo, Rodríguez y Arnold advierten que sólo algunas disciplinas han sido capaces de incorporar esta evolución de paradigmas experimentada por las ideas sistémicas:

Resulta interesante observar cómo otras disciplinas sociales, que tal vez carezcan de una tradición en teoría de sistemas tan elaborada como la sociología, han ido incorporando la autorreferencia con mucho mayor decisión que ésta [...]. En efecto, la psicología, la terapia familiar, la teoría organizacional, la etnociencia, etc., han dado pasos hacia la incorporación del nuevo paradigma en su explicación teórica. (94)

Aun cuando Rodríguez y Arnold no indagan en los posibles motivos que explicarían esta disparidad evolutiva, considero que en el caso del enfoque sistémico de la terapia familiar ha sido de gran importancia el que esta disciplina estuvo desde sus orígenes asociada al surgimiento y desarrollo de las ideas sistémicas y, posteriormente, a las nociones cibernéticas y del constructivismo. Los trabajos de Gregory Bateson y su grupo de investigadores –denominado Escuela de Palo Alto (Wittezaele y García, 1994)–, las investigaciones de Heinz von Foerster<sup>17</sup>, así como las formulaciones de Humberto Maturana y Francisco Varela<sup>18</sup>, no han sido en absoluto ajenas al quehacer de los investigadores y teóricos de la familia. Al contrario, han existido estrechos lazos (profesionales y personales) que, con el paso del tiempo, permiten afirmar que el enfoque sistémico de la terapia familiar no sólo ha incorporado (*unidireccionalmente*) las evoluciones experimentadas por las ideas sistémicas, sino que ha jugado un importante papel en dicha evolución, pues ha existido un permanente *círculo circular*

---

<sup>17</sup> Véanse Elkaïm, 1998: 147; Nardone y Watzlawick, 1999: 23; Watzlawick y Krieg, 1994: 23.

que ha facilitado la *retroalimentación* entre ambos cuerpos teóricos; en palabras de Marcelo Ceberio y Paul Watzlawick (1998), la Teoría General de Sistemas, la Cibernética y el Constructivismo son los “ejes epistemológicos” del enfoque sistémico (200).

---

<sup>18</sup> Véanse Keeney, 1991: 72, 101, 124-5 y 158; Pakman, 1996a: 24; Rodríguez y Arnold, 1990: 54.

## 2. Enfoque sistémico y emancipación de los hijos de la familia de origen

En el contexto de la psicología, el concepto de “Enfoque sistémico” alude a una serie de modelos o escuelas de terapia familiar (Framo, 1996: 106; Simon, 1997: 246) surgidas a partir de los estudios precursores de investigadores del funcionamiento familiar<sup>19</sup>, quienes, en desacuerdo con el énfasis que el modelo psicoanalítico atribuía a los aspectos intrapsíquicos del individuo<sup>20</sup>, diseñaron nuevos modelos psicológicos capaces de esclarecer las variables interaccionales que podrían hacer posible que, en determinado momento, un individuo desarrollase un trastorno psíquico. Dichas variables interaccionales tendían a relativizar la influencia de los supuestos factores hereditarios o biológicos, como también el papel de posibles “traumas” psíquicos sufridos en la infancia, otorgando un papel mucho más decisivo a factores del entorno (o contexto) del individuo, como, por ejemplo, la familia.

No obstante, el enfoque sistémico no sólo surgió a raíz de la disconformidad con los modelos teóricos tildados de “biologicistas” o “psicologicistas”, sino que también fue el resultado del desencanto con la perspectiva epistemológica a ellos asociada, caracterizada por una visión mecánico-lineal de la realidad. Como resultado de las nuevas investigaciones emprendidas –inspiradas en una epistemología “circular”–, se llegó a la conclusión de que la aparición de los síntomas en el individuo no era una consecuencia lineal de remotos traumas infantiles ni de alteraciones bioquímicas o genéticas, sino que estaba en directa (inter)relación con determinados eventos que afectaban a la familia del individuo y que, en muchas ocasiones, dichos síntomas cumplían una importante función adaptativa u homeostática<sup>21</sup>, al impedir que la familia tuviese que enfrentar determinados retos evolutivos como, por ejemplo, la emancipación de los hijos del hogar<sup>22</sup>, lo cual, de llegar a concretarse, podría constituir una grave amenaza para el equilibrio y el curso del ciclo vital familiar.

---

<sup>19</sup> Existe coincidencia en destacar a los siguientes nombres, entre otros, como los precursores de la investigación familiar: Nathan Ackerman, Virginia Satir, Carl Whitaker, Iván Boszormenyi-Nagy y Murray Bowen. Sobre la obra de estos y otros pioneros, véanse Framo, 1996: 164-174; Minuchin *et al*, 1998: 59-69; Hoffman, 1987: 208-241.

<sup>20</sup> Ackerman, 1976b: 25-6; Minuchin, 2003: 21; Selvini *et al*, 2000: 283; Watzlawick, 1998b: 131.

<sup>21</sup> Sobre la función adaptativa del síntoma, véanse Boszormenyi-Nagy y Framo, 1988: 13; Haley, 1995: 41, 52 y 55; Satir, 1986: 1-2.

<sup>22</sup> Sobre este punto, Jay Haley (1995) señala: “La distracción respecto del conflicto familiar es, precisamente, uno de los objetivos que persigue esa extraña conducta” (54). En la misma dirección, Lynn Hoffman (1987) advierte: “Tales personas [los miembros sintomáticos] no tendrán ningún sentido para los observadores de fuera, que hasta podrán considerarlas mentalmente enfermas, pero dentro del marco

## 2.1 Ciclo vital familiar y emancipación filial

El concepto de “ciclo vital familiar” apareció en la psicología en la década de 1970 (Simon *et al*, 1997: 56), y con él se estableció que, así como el individuo atraviesa una serie de etapas a lo largo de su desarrollo, la familia también enfrenta un conjunto de tareas evolutivas que debe ir superando a fin de garantizar tanto su conservación como subsistema social, así como también la supervivencia de los individuos que la componen. Aun cuando no existe acuerdo en el número de etapas que constituyen el ciclo vital familiar (56), en términos generales se pueden distinguir las siguientes: formación de la pareja y matrimonio; familia con hijos pequeños; familia con hijos adolescentes; emancipación de los hijos del hogar; convivencia matrimonial sin hijos en el hogar (56)<sup>23</sup>.

Sí existe acuerdo entre los investigadores en cuanto a que las familias se adaptan y enfrentan de manera diferente cada etapa del ciclo (57). Esto quiere decir que las familias pueden experimentar mayores o menores dificultades para vivir tanto cada etapa por separado como la transición de una etapa a otra. Un período de transición suele ser vivido como una experiencia crítica que provoca cierta angustia; no obstante, existen familias que enfrentan dicho período transicional como una experiencia especialmente amenazadora o potencialmente devastadora. Estas familias son las que tienen grandes dificultades para realizar los reajustes estructurales (de tipo morfogénico) que debieran ser desplegados en esos momentos evolutivos. Un importante número de síntomas psicológicos y médicos suelen aparecer en torno a dichos períodos (Hoffman, 1987: 158-9).

Un momento especialmente sensible para la familia lo constituye aquel en que se produce una variación en su número de integrantes, tanto en el aumento como, muy especialmente, en lo relacionado con la disminución del mismo. Esta última posibilidad puede deberse a la muerte de algún miembro, como también a la partida y emancipación de los hijos del hogar<sup>24</sup>. Las familias con dificultades para desplegar movimientos

---

familiar se fomenta esta capacidad de no tener sentido, presumiblemente porque ayuda a la familia a mantenerse unida” (66; véase además 65, 152 y 162).

<sup>23</sup> Véase además Ochoa de Alda, 1995: 243-4.

<sup>24</sup> “Uno de los momentos más difíciles es cuando los hijos abandonan el hogar” (Haley, 1993: 91). Véanse además Ochoa de Alda, 1995: 148; Schefflen, 1993: 153; Selvini *et al*, 2000: 71.

morfogenéticos experimentan este proceso de manera especialmente crítica. En ese sentido, dichas familias pueden llegar a entorpecer el proceso de emancipación filial, ya que los padres lo consideran como una verdadera amenaza a la estabilidad familiar (Berger, 1993: 18)<sup>25</sup>.

Por su parte, a veces son los propios hijos quienes se comportan de manera ambigua o ambivalente ante la posibilidad de emanciparse del núcleo familiar, pues, si bien ella es la antesala para el logro de una mayor autonomía, también provoca rechazo por el hecho de tener que asumir nuevos deberes y responsabilidades, lo cual implica renunciar a las comodidades de la vida hogareña y a la época en la que los padres satisfacían todas las necesidades y requerimientos filiales (Oliva, 2002: 498). En ese sentido, algunos investigadores del ciclo vital individual han constatado que se ha prolongado la etapa de dependencia de los hijos respecto de los padres, lo cual sería consecuencia de las diversas dificultades que encuentran los jóvenes en la sociedad actual para alcanzar la independencia económica (Bueno *et al*, 2002: 598)<sup>26</sup>. A juicio de estos investigadores, la prolongación de la permanencia de los hijos en el hogar no es sinónimo de conflicto; al contrario, muchas veces ello puede estar asociado a ciertos beneficios: “Para la mayor parte de los padres, la permanencia prolongada de los hijos en el hogar tiene algunas ventajas (ayuda en las tareas del hogar, atención a los hijos más pequeños, mayor proximidad entre los miembros de la familia)” (598).

Aun cuando puede ser cierto que en la sociedad actual existen algunas barreras que dificultan la emancipación filial, también es verdad que hay otros factores que pueden facilitarla (por ejemplo, el mayor acceso a la educación). En ese sentido, el enfoque de estos últimos investigadores del ciclo vital peca, a mi juicio, de cierta ingenuidad y exceso de optimismo, ya que no aborda aquellas características del sistema familiar que podrían resultar determinantes para bloquear desde dentro (y no desde la sociedad) la emancipación de los hijos. En las siguientes secciones se revisarán cuatro perspectivas del enfoque sistémico acerca del funcionamiento familiar, lo que permitirá ahondar en los aspectos intrafamiliares que dificultan o impiden la emancipación de los hijos y que tienden a provocar más perjuicios que beneficios en el sistema familiar.

---

<sup>25</sup> Véanse además Haley, 1995: 97, 131, 143, 228 y 249; Selvini *et al*, 2000: 256.



## 2.2 La Teoría del Doble Vínculo de Gregory Bateson

A comienzos de la década de 1950, Gregory Bateson desarrolló la Teoría del Doble Vínculo junto a los investigadores Jay Haley, John Weakland y Don Jackson (Bateson, 1985: 231-256; Berger, 1993: 21-44). Dicha teoría fue consecuencia del esfuerzo de Bateson y su grupo por generar un modelo explicativo de la esquizofrenia que hiciera frente a los enfoques teóricos imperantes, los cuales concebían la esquizofrenia como el resultado de un severo desajuste bioquímico, o como un fenómeno intrapsíquico provocado por algún trauma en la infancia. El intento de Bateson y su grupo se orientaba a ir más allá de esas interpretaciones “biologicistas” y “psicologicistas”, integrando otros conceptos provenientes de diversas disciplinas y áreas de investigación:

Nuestra investigación en este campo se ha llevado a cabo mediante la discusión de un cuerpo de datos e ideas muy variados, contribuyendo cada uno de nosotros de acuerdo con nuestra variada experiencia en antropología, análisis de las comunicaciones, psicoterapia, psiquiatría y psicoanálisis. Hemos llegado actualmente a un consenso sobre los rasgos generales de una teoría comunicacional del origen y naturaleza de la esquizofrenia. (Bateson, 1985: 231-2)

La Teoría del Doble Vínculo fue concebida, entonces, como una explicación “comunicacional” acerca de la etiología de la esquizofrenia, ya que, según Bateson y su grupo, dicho trastorno aparece en un contexto comunicacional familiar patológico, al interior del cual la madre juega un importante papel perturbador, con efectos devastadores para la salud mental del hijo (Berger, 1993: 39)<sup>27</sup>. No obstante, desde ese punto de vista, el objetivo de trascender las explicaciones “psicologicistas” no parece haber sido logrado completamente por la nueva teoría, puesto que si bien ella aborda aspectos interaccionales, éstos están ceñidos, básicamente, a la relación madre-hijo, dejando de lado la participación de otros miembros del grupo familiar, como, por ejemplo, el padre (Schefflen, 1993: 136; Weakland, 1993: 104-5). Sin embargo, es de

---

<sup>26</sup> Véanse además Iglesias de Ussel, 1998: 104; Papalia *et al*, 2001: 617.

<sup>27</sup> Véanse además Haley, 1985: 39; Haley, 1995: 17; Selvini *et al*, 1998: 9-10; Steier, 1996: 249; Winston, 1993: 46.

justicia señalar que fueron los propios investigadores quienes advirtieron sobre dicho sesgo:

Hemos desarrollado una hipótesis [se refiere a la Teoría del Doble Vínculo] sobre cuál es la situación familiar que lleva en última instancia a que un individuo enferme de esquizofrenia. Esta hipótesis [...] selecciona y pone énfasis en un conjunto más bien simple de fenómenos interaccionales, sin pretender describir exhaustivamente la extraordinaria complejidad de una relación familiar. (Bateson, 1985: 241)

Son, no hay que olvidar, los primeros pasos del enfoque sistémico de la terapia familiar (Bowen, 1993: 113)<sup>28</sup>; serán otros investigadores quienes, basados en los precursores estudios de Bateson y su grupo, arrojarán mayores luces sobre la complejidad de la interacción familiar. Por ahora, ese conjunto más bien “simple” de fenómenos interaccionales otorga a la madre un elevado protagonismo en el surgimiento de la esquizofrenia en el hijo; de este modo, la Teoría del Doble Vínculo quedó asociada a otro importante concepto existente en aquella fecha: el concepto de “madre esquizofrenogénica”

El concepto de “madre esquizofrenogénica” fue introducido, en 1948, por la psicoanalista Frieda Fromm-Reichmann (Simon *et al*, 1997: 221-3) para resaltar el decisivo papel que, según ella, le cabe a la figura materna dentro del proceso que transforma al hijo en un individuo esquizofrénico. Este concepto señala que son las características de personalidad de la madre las que determinan el patológico futuro del hijo. Dichas características están asociadas a que la madre se extralimita en su función controladora, sobreprotegiendo al hijo y entrometiéndose en su vida. Una madre de este tipo se comporta así porque se siente incompleta o irrealizada como mujer; el hijo, por tanto, adquiere una importancia crucial para ella, pues le da sentido a su vida (y si el menor se comporta como un hijo conflictivo, “mejor” aún, ya que eso la mantiene todavía más ocupada).

Como consecuencia de ello, el hijo ve permanentemente frustrado su desarrollo autónomo, pues cualquier tentativa en tal sentido es inmediatamente sofocada por las acciones interventoras de la madre. Asimismo, el hijo percibe lo importante que él es para su madre y crece con la sensación de que su misión es darle un sentido a la vida de la mujer. En consecuencia, su emancipación respecto de la madre (no pocas veces

deseada por el hijo) es un proceso que debe ser descartado por él, pues podría acarrear la enfermedad o la muerte de ella. Cuando el hijo, a pesar de esos temores (y de las demás presiones a las cuales su madre lo tiene sometido), opta por dar prioridad a su emancipación, se descompensa psicóticamente, apareciendo la esquizofrenia.

En ese sentido, posteriores investigadores han advertido que el concepto de madre esquizofrenogénica está muy influido por el determinismo lineal (222), en el sentido de que establece una secuencia causal del tipo “A (madre controladora) produce B (hijo con esquizofrenia)”. Ello tiene como consecuencia que se asigna al hijo un papel de mera víctima que tiende a inspirar compasión, o algún otro sentimiento positivo, en quien observa ese tipo de relación madre-hijo; como consecuencia de ello se puede desarrollar sentimientos poco amistosos hacia una madre como la descrita, al ser percibida como un victimario.

No obstante, fue la propia Fromm-Reichmann quien advirtió sobre la importante sensación de omnipotencia que, desde la infancia, desarrolla un hijo de este tipo, en cuanto a que, inconscientemente, se percibe a sí mismo como alguien que tiene el poder suficiente tanto para darle sentido a la vida de otra persona (su madre) como para quitársela (si la abandona). A pesar de esta precisión sobre la omnipotencia del hijo – que relativiza en parte la rígida relación victimario-víctima–, el concepto acuñado por Fromm-Reichmann ha sido muy criticado (Berger, 1993: 15; Jackson, 1977a: 23), pues no aborda con claridad los aspectos referidos a la activa participación que puede tener un hijo esquizofrénico en su toma de decisión respecto a no querer separarse de la familia, “negándose [así] a ser un individuo autónomo y permaneciendo activamente atrapado en la telaraña del juego familiar” (Simon *et al*, 1997: 223). Este énfasis será muy importante para posteriores investigadores de la dinámica familiar, ya que por medio de él se podrá asignar a cada miembro de la familia –según su nivel evolutivo, por cierto– responsabilidades (o papeles activos) en lo que está ocurriendo al interior de la familia, evitándose, de ese modo, depositar el “mal” en una persona, la omnipotencia en otra, la posición de víctima en otra, y así sucesivamente.

Más allá de estas críticas, y a pesar de no haber ahondado en el papel del padre, el concepto de madre esquizofrenogénica tuvo la virtud de impulsar el estudio respecto a cómo la dinámica familiar se encuentra asociada tanto a la aparición de la esquizofrenia en un hijo como a las dificultades que este halla para emanciparse de la

---

<sup>28</sup> Véanse además Elkaïm, 1998: 45 y 189; Foerster, 1999: 36; Jackson, 1977b: 8; Haley, 1995: 41;

familia. Un paso más en tal dirección es el dado por Bateson y su grupo de investigadores con la Teoría del Doble Vínculo.

Como consecuencia del análisis de una amplia gama de información proveniente de diversas fuentes (reportes de psicoterapeutas especializados en el tratamiento de esquizofrénicos, grabaciones de entrevistas y sesiones con pacientes y con sus familiares, etc.), Bateson y su grupo arribaron a la conclusión de que durante la infancia del futuro esquizofrénico su madre presentó serias dificultades para relacionarse positiva y satisfactoriamente con él; específicamente, se caracterizó por presentar una conducta hostil hacia el hijo cada vez que éste se le aproximaba y, al mismo tiempo, una conducta de amor simulado con la que intentaba encubrir el rechazo expresado:

Su problema consiste en controlar la propia angustia mediante el control de la proximidad y distancia entre ella y su hijo. Para decirlo con otras palabras, si la madre empieza a sentir afecto y proximidad para con su hijo, comienza también a sentirse en peligro, y tiene que apartarse de aquél; pero no puede aceptar este acto hostil, y para negarlo tiene que simular afecto y cercanía. (Bateson, 1985: 242-3)

Bateson y su grupo no indagaron en los factores que conducen a la madre a esa actitud ambivalente, sino que se centraron en los efectos que ello tiene en el hijo:

Como tal conducta de amor es simulada, el niño se ve colocado en una situación en la que no debe interpretar correctamente la comunicación de su madre si es que desea mantener su relación con ella [...]. Por ejemplo, si la madre [...] se siente compelida a apartarse de él, dirá: “Vete a la cama; estás muy cansado y quiero que descanses”. Esta enunciación que, en lo manifiesto presenta un carácter afectuoso, tiene como finalidad negar un sentimiento que podría verbalizarse de la siguiente manera: “Retírate de mi vista, porque estoy harta de ti”. Si el niño discrimina correctamente las señales metacomunicativas de su madre, tendrá que afrontar el hecho de que ella no lo quiere y además lo está engañando mediante su conducta afectuosa [...] Por consiguiente, tenderá a aceptar la idea de que él está cansado, antes que reconocer el engaño de su madre. (243)

Esto quiere decir que, para preservar la relación con su madre, el niño tiene que engañarse a sí mismo respecto de sus propios mensajes internos y, al mismo tiempo, discriminar falsamente los mensajes de los otros.

---

Hoffman, 1987: 26; Ochoa de Alda, 1995: 15-9; Selvini *et al*, 1998: 16 y 64-6.

Debido a esto, preservar la relación con la madre es una tarea muy compleja, puesto que, de todas formas, el hijo queda expuesto al rechazo y al castigo por parte de ella, pues si el niño distingue correctamente la hostilidad de su madre hacia él, ésta le castiga (ya que ella no quiere ser descubierta en tal faceta), y si, por otro lado, percibe el amor simulado, también será castigado por ella. En otras palabras, si el niño se acerca a ella (motivado por el amor simulado de la madre), buscando la proximidad afectiva, la madre se sentirá angustiada debido a esa sensación de intimidad, y castigará al hijo por ello. Si por el contrario el hijo no realiza aproximaciones afectivas, la madre interpretará aquello como una señal de que ella no es percibida como una madre buena y afectuosa (pues de ser así, el hijo buscaría la proximidad con ella) y, entonces, le castigará por su retraimiento, o bien, alentará al hijo a hacer demostraciones de que sí la quiere (es decir, de proximidad afectiva); pero si el hijo responde positivamente a esta solicitud será castigado, debido a que la madre no tolera la intimidad con él; más aún, el castigo de la madre irá acompañado, esta vez, de resentimiento, el cual siente al percibir que ha debido obligar al hijo a demostrarle cariño. Esa es la esencia de la Teoría del Doble Vínculo: “una situación en la cual una persona, haga lo que haga, ‘no puede ganar’” (231), puesto que de todas maneras queda expuesto al castigo.

Quienes estén familiarizados con el lenguaje psicoanalítico, habrán advertido que la descripción, de tan “intrincado” psiquismo materno, es deudora de las clásicas interpretaciones psicologistas freudianas. Sin embargo, y aun cuando los autores originales de la Teoría del Doble Vínculo no utilizaron para su descripción (al menos, explícitamente) el lenguaje propio de la cibernética, a mi juicio es posible explorar una descripción de ella en tales términos y, de ese modo, ampliar la mirada, “corrigiendo” (aunque sea mínimamente) la “falencia” reconocida por los propios investigadores.

En ese sentido, si se extiende la mirada desde los aspectos intrapsíquicos de la madre hasta la relación madre-hijo (observándola como un sistema), es posible apreciar que lo que se constituye entre ambos es un verdadero circuito circular con retroalimentación, el cual se podría sintetizar del siguiente modo: la madre hace algo (hostilidad; *causa*) que provoca que el hijo se aleje (retraimiento; *efecto*); si el hijo se distancia, la madre lo insta a aproximarse a ella (el efecto ha influido en la causa) y le demuestra su amor simulado; si el hijo se aproxima, ella se angustiará (y, tal vez, experimente resentimiento) y castigará al hijo por eso, mostrándose hostil con él; esta hostilidad (la causa *inicial*) hará que el hijo se aleje y se retraiga, con lo cual se reinicia

el circuito. Dentro de este circuito madre-hijo aparece como un aspecto decisivo el “control de la proximidad y distancia entre ella y su hijo” (243).

Ampliar aún más la mirada implicaría observar cuáles son los efectos de esta secuencia madre-hijo en el conjunto de la interacción familiar (por ejemplo, cómo interviene en el equilibrio –o desequilibrio– de la relación madre-padre, etc.). Por ahora baste mencionar que una secuencia como la descrita limita seriamente las posibilidades de emancipación del hijo, el cual se encuentra ante una puerta que está cerrada para él: la de la metacomunicación.

La metacomunicación es un plano más elevado de la comunicación que tiene como objetivo clarificar o resaltar aspectos de la información que se está transmitiendo en el nivel más básico de la misma. La metacomunicación es un mecanismo que se utiliza en los intercambios comunicacionales de manera permanente; es, en términos sencillos, comunicación sobre la comunicación:

La capacidad de comunicarse sobre la comunicación, de comentar las acciones significativas de uno mismo y de los demás, es esencial para un intercambio social exitoso. En cualquier relación normal se da un continuo intercambio de mensajes metacomunicativos tales como: “¿Qué quieres decir?” o “¿Por qué lo hiciste?” o “¿Me estás haciendo una broma?” y otros semejantes. Para discriminar correctamente qué es lo que otras personas expresan de hecho, debemos poseer la capacidad de hacer comentarios directos o indirectos sobre esa expresión. (245)<sup>29</sup>

Sin embargo, no sólo expresiones verbales como las preguntas sugeridas por Bateson y su grupo sirven para clarificar la comunicación: las personas realizan gran parte de la función metacomunicativa a través de expresiones no-verbales (gestos faciales, cambios en la entonación de la voz, modificaciones de la postura corporal, etc.). El lenguaje no-verbal es muy importante, ya que puede cambiar de raíz el sentido de una expresión verbal: no es lo mismo decir “te amo” con expresión de alegría que de tristeza; aunque en ambos casos se puede estar manifestando un sentimiento genuino, el componente no-verbal informa del sentido o significado que esa expresión tiene para quien la dice y, por lo tanto, de cómo debe ser recibida por quien la escucha.

La metacomunicación es, entonces, de vital importancia, pues es el medio que permite ampliar el potencial expresivo e interpretar correctamente los mensajes de los demás; así, por ejemplo, si alguien recibe un mensaje ambiguo (es decir, con

---

<sup>29</sup> Véanse además Berger, 1993: 33; Weakland, 1993: 106; Winston, 1993: 48.

incoherencia entre lo verbal y lo no-verbal), puede pedir una aclaración, ya sea verbalmente (por medio de una pregunta), o no-verbalmente (a través de una expresión facial de extrañeza). Frente a la ambigüedad comunicacional de la madre, la metacomunicación es, precisamente, el instrumento del cual se podría valer el hijo para liberarse de la posición en que se encuentra: “La única manera como el niño puede escapar realmente de la situación es comentar la posición contradictoria en que su madre lo ha colocado” (Bateson, 1985: 244). *Comentar la posición contradictoria* significaría a preguntarle a la madre: “¿Qué quieres decir?”, “¿Me estás haciendo una broma?”. Sin embargo, esa es la salida que se encuentra bloqueada para el hijo.

La ambigüedad de la madre tiene que ver con que expresa dos órdenes de mensajes (amor simulado y hostilidad) y uno de ellos (el amor simulado) niega al otro (la hostilidad): “Lo que aquí importa es que su conducta amorosa es entonces un comentario de su conducta hostil [...], y por consiguiente es un mensaje de *orden* diferente al de la conducta hostil” [cursiva en el original] (243). Asimismo, la madre se permite la posibilidad de metacomunicar, pues, a través del amor simulado, metacomunica que la hostilidad no debe ser considerada. Sin embargo, no le permite al hijo la posibilidad de la metacomunicación (por ejemplo, la posibilidad de hacerle preguntas sobre su situación): “Dadas estas características de la madre, se ve con claridad cuál es la razón de esa imposibilidad. Si ella niega un orden de mensajes, se sigue que cualquier enunciado sobre sus enunciados la pone en peligro y que, por lo tanto, debe prohibirlo” (245).

El resultado de todo esto es que “el niño crece sin adquirir pericia en su capacidad de comunicarse sobre la comunicación y, como resultado, tampoco puede determinar qué es lo que otras personas quieren decir realmente, ni expresar lo que él quiere realmente decir” (245). Esta carencia de aprendizaje es lo que, con el paso del tiempo y con la reiteración de la situación en que se encuentra, transforma al niño en un joven esquizofrénico. Desde la perspectiva de la Teoría del Doble Vínculo, entonces, el rasgo distintivo de la esquizofrenia es la incapacidad para metacomunicar: “la locura se instala cuando la capacidad de metacomunicación está ausente, o severamente atenuada” (Berman, 1995: 220). En ese sentido, lo que el niño no aprendió fue a discriminar correctamente entre dos órdenes de mensajes que corresponden, cada uno, a distintos niveles comunicacionales o de tipo lógico.

Según la Teoría de los Tipos Lógicos de Alfred North Whitehead y Bertrand Russell (217-224; Simon *et al*, 1997: 419-421), en toda comunicación se debe distinguir

entre una clase (o conjunto) y los elementos de esa clase. Un enunciado referido a una clase corresponde a un nivel superior de abstracción, es decir, es de un tipo lógico superior; un enunciado referido a los elementos de una clase corresponde a un tipo lógico inferior. Esta diferenciación es importante, ya que a veces los enunciados son expresados de manera que no resulta fácil determinar a qué nivel o tipo lógico se refieren. Por ejemplo, un orador que se dirige a una multitud puede decir: “Que levante las manos el hombre”. Frente a un enunciado como este, quienes le escuchan no sabrán con claridad a qué tipo lógico se está refiriendo el orador: si es al tipo lógico superior (la clase, es decir, todos los seres humanos), entonces debiera levantar las manos toda la multitud; en cambio, si ha aludido al tipo lógico inferior (los elementos), sólo debieran hacerlo los adultos de sexo masculino (o bien, algún individuo especial o único).

Dentro del grupo de Bateson le corresponde a Jay Haley el mérito de haber advertido que “los síntomas de la esquizofrenia sugieren una incapacidad de discriminar los Tipos Lógicos” (Bateson, 1985: 231). A partir de ese descubrimiento, observaron que en las familias con un miembro esquizofrénico predominan los mensajes e imperativos de conducta mutuamente excluyentes transmitidos en diferentes niveles lógicos de manera simultánea y sin permitir una clarificación al respecto. En otras palabras, cuando un miembro de la familia se comunica, suele enviar dos mensajes de distinto orden de abstracción y utiliza uno (el de orden superior) para negar el otro (de tipo inferior). Por ejemplo, el amor simulado de la madre esquizofrenogénica es un enunciado de tipo superior que, al mismo tiempo, comenta y anula al tipo inferior, la hostilidad. A través de esta situación cotidiana el niño aprende a no metacomunicar, es decir, a no saber discriminar entre tipos lógicos.

Desde esa perspectiva, un doble vínculo es, en esencia, una comunicación a varios niveles en que una demanda *manifiesta*, expresada en un nivel, resulta solapadamente anulada o contradicha en otro nivel. “Domíname”, es un ejemplo relativamente no tóxico de doble vínculo: la persona interpelada sólo puede “dominar” obedeciendo, lo cual es lo opuesto de la dominación. Por tanto, es imposible satisfacer una petición de tal naturaleza. La única manera en que se podría responder a semejante petición es señalar la imposibilidad de llevarla a cabo, burlarse de ella o abandonar la situación, es decir, salir, gracias a la metacomunicación, de la situación de doble vínculo experimentada.

Sin embargo, cuando ninguna de esas alternativas de escape es posible, y se impone la confusión en la mente del receptor del mensaje, entonces la persona queda



atrapada en una situación de doble vínculo que, en casos extremos, puede conducir a la esquizofrenia. Además de la presencia de demandas mutuamente excluyentes, “el doble vínculo sólo es aplicable cuando la metacomunicación está prohibida o es imposible” (Simon *et al*, 1997: 118). De ese modo, Bateson y su grupo llegaron a la conclusión de que lo que habían observado como patrón típico de interacción comunicacional entre madre e hijo (el doble vínculo) podía encontrarse en muchas otras situaciones de la vida cotidiana. Su hallazgo, por tanto, no quedaba restringido al ámbito de la esquizofrenia, sino también a otros aspectos de la vida familiar, como el relacionado con la emancipación de los hijos, ya que los jóvenes podrían ser “víctimas” de mensajes que propician la emancipación, pero al mismo tiempo la obstruyen (impidiendo, además, la posibilidad de una metacomunicación que intente clarificar tal contradicción).

### **2.3 La Antipsiquiatría de Ronald Laing y David Cooper**

Se denomina *antipsiquiatría* al conjunto de ideas y acciones que critican, de manera radical, los tradicionales procedimientos médicos y psiquiátricos con los cuales se interviene y se intenta curar la esquizofrenia (Roudinesco y Plon, 1998: 51-2). La antipsiquiatría surgió en Europa, principalmente en el Reino Unido, a fines de los años cincuenta, al interior de los hospitales para “enfermos mentales”, siendo los propios psiquiatras quienes se rebelaron frente a las políticas institucionales que, a juicio de ellos, no hacían más que estigmatizar a dichos pacientes en su condición de enfermos mentales o locos. Entre los *antipsiquiatras* destacan las figuras de Ronald Laing y David Cooper, quienes, a través de diversas investigaciones y publicaciones, formularon los principales aspectos que caracterizan los planteamientos de la antipsiquiatría.

Los procedimientos tradicionales con los cuales la psiquiatría trata la esquizofrenia abarcan desde las intervenciones farmacológicas (es decir, la administración de medicamentos) hasta, en casos “extremos”, la aplicación de electroshock, o bien, la realización de intervenciones neuroquirúrgicas (como la lobotomía). Ese tipo de procedimientos médicos está centrado exclusivamente en el individuo que ha sido catalogado de esquizofrénico, por lo cual no aborda las condiciones del entorno más inmediato del enfermo, como, por ejemplo, las familiares. Asimismo, esos procedimientos suelen ir acompañados de largas internaciones en hospitales para enfermos mentales, las cuales pueden realizarse en contra de la voluntad

del paciente, por lo cual adquieren un tinte de reclusión forzada, como la sufrida por los reos en las cárceles.

Inspirados en concepciones fenomenológicas y existencialistas, los antipsiquiatras se negaron a seguir realizando las prácticas médicas descritas, pues percibían en ellas “la violencia sutil de la sociedad” (Cooper, 1978b: 11), que transformaba a los pacientes en víctimas indefensas de las poderosas e indiferentes estructuras sociales, con las cuales la figura del psiquiatra ha sellado una alianza, convirtiéndose así en un “policía de la mente” que pone en marcha los mecanismos de la represión social:

Los policías de la mente (los psiquiatras) son llamados a intervenir. Diagnostican un delito (enfermedad). Se practica un arresto y se pone al paciente bajo custodia (hospitalización). Siguen entrevistas e investigaciones. Puede ocurrir que se obtenga una confesión (el paciente admite que está enfermo, da muestras de discernimiento). Lo mismo si lo hace que si no, es hallado culpable. Se dicta sentencia (se prescribe tratamiento). Cumple su condena, sale en libertad y en lo sucesivo obedece las leyes. Algunas personas son refractarias a esos métodos: tales casos se consideran de mal pronóstico. El psiquiatra, especialista en la materia, sabe cuando tiene entre sus manos uno de esos casos. (Laing, 1980: 91)

La autodenominación de *antipsiquiatras*, por tanto, se realizó con el afán de establecer una distancia crítica tanto de la cuestionada figura del psiquiatra, como del entorno en que éste desempeñaba su labor.

Sin embargo, el cuestionamiento de los antipsiquiatras fue todavía más allá, pues no sólo criticaron los procedimientos institucionales puestos en práctica por la “opresora” figura del psiquiatra, sino que además cuestionaron la raíz misma de ellos, esto es, el concepto o diagnóstico de esquizofrenia: “No hay ni una pizca de prueba inequívoca que justifique la inclusión de la esquizofrenia como una enfermedad más en el campo de la nosología médica” (Cooper, 1978b: 14)<sup>30</sup>. Ese radical cuestionamiento se debe, en gran medida, a que los antipsiquiatras advirtieron que ya el sólo rótulo de “esquizofrénico” posee efectos devastadores sobre el paciente, tanto en lo individual (su autoimagen se ve muy deteriorada) como en lo social (su adaptación al entorno se torna casi imposible a raíz de la discriminación de la que es objeto).

---

<sup>30</sup> Véase además Szasz, 1994: 9 y ss.

Por otro lado, la aplicación del diagnóstico de esquizofrenia constituye el primer paso que lleva inevitablemente al psiquiatra a “ver” tal enfermedad en el paciente que así ha sido catalogado, cosificándolo de esa manera. Las posibilidades de que el paciente pueda revertir todo ese proceso son prácticamente nulas, pues a pesar de las eventuales mejorías que pueda experimentar, el rótulo que ha recaído sobre él le acompañará permanentemente, estigmatizándolo de ese modo. Esto quiere decir que la violencia en psiquiatría se inicia con el diagnóstico de esquizofrenia. Una forma de contrarrestar dicha violencia es, entonces, desconocer la validez de tal categoría nosológica. Frente a esa forma tradicional y represiva de hacer psiquiatría, los antipsiquiatras propusieron un enfoque diferente:

Las investigaciones sobre la génesis de la esquizofrenia en familias, realizadas en las dos últimas décadas, han mostrado con claridad suficiente que la locura se hace inteligible cuando se entienden los sistemas de comunicación-acción que trabajan en el seno de la familia nuclear. Los más recientes desarrollos de estos estudios nos indican que es importante tener en cuenta la *tercera generación* ascendente, es decir, los padres de los padres del sujeto considerado loco, para profundizar adecuadamente en esa inteligibilidad. [cursiva en el original] (Cooper, 1978a: 81)

La propuesta de los antipsiquiatras, por tanto, incluía como un elemento esencial la incorporación de la familia del individuo que ha sido denominado esquizofrénico, tanto en la comprensión de dicho fenómeno como en su tratamiento e intervención.

La inclusión de la familia, sin embargo, no se realizó a costa de eximirla de cuestionamiento alguno; al contrario, sobre ella también recayó la crítica mirada de la antipsiquiatría, pues así como a los psiquiatras tradicionales se les asignó la responsabilidad de haber generado (y/o potenciado) las condiciones que hacían posible la estigmatización de los pacientes esquizofrénicos, en la institución familiar se podían hallar las raíces últimas de tal problema: “La violencia en este sentido, en el campo psiquiátrico, comienza en la familia del futuro paciente” (Cooper, 1978b: 32).

A juicio de los antipsiquiatras, al interior de la familia se producen una serie de interacciones y formas de crianza que a la larga dan como resultado que uno de sus miembros sea rotulado de esquizofrénico:

El niño debe aprender un modo de relacionarse, por ejemplo, con su madre, del cual, según se le enseña, depende la integridad mental y física

de ella. Se le inculca que si viola las reglas –y el acto autónomo aparentemente más inocuo puede constituir una violación– provocará la disolución del grupo familiar y la desintegración personal de su madre y posiblemente de otras personas. (33)

Estas formas de interacción familiar (con un fuerte énfasis en la figura de la madre y que guardan relación con las raíces de la Teoría del Doble Vínculo) intentan propiciar en el hijo un fuerte sentido del autosacrificio, haciéndole sentir, más o menos explícitamente, que está en sus manos la posibilidad de mantener unida a la familia, para lo cual deberá desempeñar diversos papeles: “El problema de los padres estriba en utilizar a ‘sus’ hijos para que pasen a ser sus padres [...]. La familia nuclear burguesa aparentemente no puede funcionar sin esta inversión de papeles [...]; el niño debe mantener a la familia unida a toda costa” (Cooper, 1978a: 87).

Para lograr ese objetivo, es necesario restringir al máximo las posibilidades o intentos de autonomía por parte del hijo, manteniéndolo “atado” a la familia. Este hijo, sin embargo, que hasta un determinado momento pudo haberse comportado como un hijo *bueno* (es decir, no poniendo en cuestión las condiciones de sobrecontrol a las que era sometido), puede pasar a ser catalogado, repentinamente, como *malo* (*enfermo o loco*) en la medida que dé prioridad a sus necesidades de autonomía. Esto, naturalmente, tropezará con la oposición familiar: “En tal caso el único movimiento que puede hacer el niño parece ser el de una autoafirmación aparentemente arbitraria, súbita, gratuita, agresiva. El niño, que puede tener 20, 30, 40 ó 50 años, es agresivo hacia su madre porque este es un medio –el único que le queda– de separarse de ella” (Cooper, 1978b: 36). El hijo responde así con lo que, a juicio de los demás, será catalogado como un “quiebre” de su personalidad (tan *íntegra* y *cuerta* hasta hace poco), la única razón que podría explicar las *locuras* que está realizando. Desde esta perspectiva, aquello que se denomina esquizofrenia entraña, en realidad, las posibilidades de liberación para el individuo.

En ese sentido, si para el común de la gente (psiquiatras, familia, etc.) la esquizofrenia tiene una connotación eminentemente negativa (el esquizofrénico es el hijo “malo”), para los antipsiquiatras, en cambio, aquello que se denomina *esquizofrenia* posee un carácter inocuo, e incluso positivo. En otras palabras, lo que la psiquiatría y la familia han hecho es, simplemente, rotular de manera negativa una serie de comportamientos cuya raíz no va más allá de corresponder a la manifestación de necesidades propias del desarrollo evolutivo individual:

[Dichos comportamientos] pueden constituir la expresión acostumbrada de las necesidades del adolescente, pero en ciertas familias incluso esas necesidades adolescentes son totalmente inaceptables y deben ser invalidadas, si es necesario empleando medios desesperados. La más rentable y asequible forma de invalidación consiste en llamar “enferma” a tal conducta. (38)

En ese contexto, los comportamientos que han dado origen al diagnóstico de esquizofrenia son una forma a través de la cual el joven reafirma su autonomía a pesar de las presiones familiares. Constituyen, de esta manera, un primer paso (aunque doloroso) que, de no verse interferido por la intervención de la *policía de la mente*, podría haber conducido a la liberación del individuo: “Con una guía correcta, la experiencia psicótica puede conducir a un estado humano más avanzado; no obstante, con mucha frecuencia la interferencia psiquiátrica la convierte en un estado de detención y estultización de la persona” (91).

De ese modo, la antipsiquiatría, que ha cuestionado los procedimientos psiquiátricos tradicionales (descalificando el diagnóstico de esquizofrenia) así como el papel de la familia en este proceso, va todavía bastante más allá y realiza una revalorización de la locura y la esquizofrenia, elevándolas a posiciones casi místicas, a las cuales sólo unos cuantos *elegidos* pueden acceder:

Uno puede estar alegre o desanimado, o fuera de sí, o avanzar, salir, entrar, moverse en círculo, retroceder o permanecer inmóvil. De todos estos movimientos, son especialmente los dos últimos los que tienden a provocar la atribución de esquizofrenia [...].

A ese curso planteado como hipótesis lo designaré X por el momento [...].

Al recordarla, las personas que han pasado por la experiencia X la describen a menudo como un movimiento hacia adentro, hacia abajo, hacia atrás, que al llegar al nadir cambia su dirección y sube y los reintegra al mundo [...].

Parece ser un proceso de muerte y resurrección del cual, si es felizmente cumplido, las personas regresan al mundo sintiéndose renacidas, renovadas y reintegradas en un nivel de funcionamiento más alto que antes [...].

Paradójicamente, muchas personas a quienes se diagnostica de esquizofrenia, son incapaces de hacer tal viaje, ya sea porque se lo impide el tratamiento o porque se encuentran atascadas. (Laing, 1980: 68-9)

Desde esa perspectiva, la esquizofrenia no sería necesariamente un padecimiento, sino una oportunidad con la que el sujeto cuenta para encontrarse a sí mismo, rebelándose contra las opresivas instituciones sociales (educación, familia, medicina, etc.): “El punto fundamental aquí es el papel de la familia en cuanto inductora del conformismo, la normalidad mediante la socialización del niño. ‘Criar a un niño’ equivale en la práctica a ‘hundir’ a una persona. De la misma manera, educar a alguien es llevarlo fuera y lejos de sí mismo” (Cooper, 1978a: 13). La “enfermedad”, entonces, es el remedio que le permite al individuo despertar y encontrarse a sí mismo:

Opino que muchos adultos (yo entre ellos) están o han estado sumidos, en mayor o menor grado, en un trance hipnótico que se remonta a su primera infancia: permanecemos en ese estado hasta que, repentinamente despiertos [...], descubrimos que nunca hemos vivido.

Los intentos por despertar antes de tiempo son a menudo castigados, en especial por quienes más nos aman [...]. Piensan que la persona que despierta [...] se está volviendo loca. (Laing, 1980: 99)

En el contexto de la década de los sesenta, estos planteamientos de la antipsiquiatría resultaron muy atractivos y generaron un importante número de seguidores, más aún cuando la antipsiquiatría surgió y se desarrolló como un movimiento con un fuerte carácter reivindicativo y contestatario, no sólo en el ámbito de su propia actividad (la psiquiatría) sino también en lo político y lo social, ya que los antipsiquiatras realizaron un severo cuestionamiento de las instituciones sociales (como la familia y la educación), en cuanto al papel *represivo* que pueden llegar a ejercer sobre el individuo.

Sin embargo, a pesar del carácter novedoso y radical de sus planteamientos, la antipsiquiatría tendía a adherir a un modelo epistemológico tradicional de tipo lineal, debido a su insistencia en conceptualizar al esquizofrénico como una mera víctima del entorno, dejando de lado los aspectos más interaccionales o circulares de la dinámica familiar. Ese tipo de visiones más complejas y amplias del funcionamiento familiar fueron desarrolladas por otros investigadores y modelos, como el Enfoque Estructural de Salvador Minuchin.

## **2.4 El Enfoque Estructural de Salvador Minuchin**

El “Enfoque Estructural” de Salvador Minuchin (2003: 20-30) plantea que las familias pueden ser calificadas como “desligadas” o “aglutinadas”, según las características de sus estructuras internas. Las familias desligadas o apartadas reciben su denominación, pues en ellas se observa que los nexos entre los miembros de la familia son débiles o inexistentes (90). Las familias aglutinadas o enredadas, en cambio, se caracterizan por una íntima interrelación entre sus integrantes (Hoffman, 1987: 76-7), con lo cual los intentos que alguno de ellos pueda realizar por emanciparse del grupo familiar provocan una fuerte resistencia en los demás miembros (Minuchin, 2003: 169).

Los efectos que la familia aglutinada tiene en sus miembros son por lo menos dos: primero, la falta de diferenciación, ya que cualquier intento por separarse o desarrollar caminos autónomos es desalentado (Linares, 1996: 72); y segundo, que los límites entre los integrantes de la familia se tornan muy débiles. Por ejemplo, el límite entre la familia nuclear y la familia de origen no está demarcado con claridad; asimismo, el límite que separa a los padres de los hijos es invadido inadecuadamente, con lo cual el subsistema conyugal y el subsistema parental no funcionan con corrección.

Al respecto, Minuchin plantea un “modelo normativo” en el cual se pueden reconocer las características de una familia que está funcionando adecuadamente, para lo cual es imprescindible que cuente con una clara delimitación entre los subsistemas que la componen (Minuchin, 2003: 88-9; Ochoa de Alda, 1995: 127). Por ejemplo, el subsistema conyugal (el matrimonio o pareja) debe tener límites cerrados para proteger la intimidad de los cónyuges. El subsistema parental (los esposos en su papel de padres) debe tener límites claros entre él y los hijos, pero no al punto de ser impenetrables. Asimismo, los padres deben ocupar la cabeza de la jerarquía familiar. El subsistema filial (los hijos) debe tener sus propios límites y debe estar estructurado de manera jerárquica, de modo que a los hijos se les otorguen deberes y derechos según la edad y el sexo. Además, debe existir un límite en torno a la familia (o sistema mayor) que la separe y al mismo tiempo la comunique con el entorno.

Cuando no se cumple con este modelo normativo, aparecen los síntomas en uno o más miembros de la familia (Minuchin, 2003: 331). Así, Minuchin planteó la hipótesis de que el síntoma del hijo (es decir, algún comportamiento problemático que éste pudiera presentar) está íntimamente conectado con la presencia de estrés entre sus

padres (225 y 331)<sup>31</sup>. Esto llevó a Minuchin a plantear el concepto de “tríada rígida” (155-6), el cual alude a la existencia de un problema crónico de límites al interior de la familia, caracterizado porque unos padres, que no desean enfrentar y resolver directamente la tensión que mantienen entre ellos, se valen de los hijos para desviar u ocultar su conflicto. Ello quiere decir que un problema que corresponde a un subsistema (el conyugal) traspasa e invade los límites de otro subsistema (el filial). Según Minuchin, la tríada rígida puede manifestarse de tres maneras diferentes, cada una con efectos muy nocivos (214), en especial para las posibilidades de emancipación del hijo.

La primera de las formas en que se puede manifestar la tríada rígida recibe el nombre de “triangulación”, debido a que cada uno de los cónyuges trata de ganarse el apoyo y la simpatía del hijo en relación al conflicto que mantiene con el otro, al punto de lograr que el vástago se una a él contra el otro padre (155). De ese modo, el hijo queda atrapado en un intenso conflicto de lealtades, pues optar por uno significa traicionar u oponerse al otro progenitor (Simon *et al*, 1997: 427).

En la segunda posibilidad, denominada “rodeo” (Minuchin, 2003: 155) o “desvío del conflicto” (Simon *et al*, 1997: 427), la tensión y rivalidad entre los padres es ocultada al unirse ambos en el empeño por ver al hijo como el portador de una perturbación, transformándolo en la *verdadera y única* fuente de tensión y conflicto familiar. En este caso, los padres ya no realizan intentos por ganarse por separado su simpatía o de establecer una alianza con él, sino que se esfuerzan por ver al hijo como alguien *malo* o *enfermo*, ante el cual no les queda más remedio que mantenerse unidos. En el primer caso (el hijo malo), los padres se unen en su esfuerzo por controlar al hijo rebelde; en la segunda posibilidad (el hijo enfermo), los padres se unen y muestran gran preocupación ante la supuesta enfermedad del menor, pudiendo llegar a sobreprotegerlo. En ambos casos, los hijos pueden llegar a desarrollar alteraciones “reales” que justifiquen la reacción de los padres.

En la tercera manifestación de la tríada rígida, denominada “coalición estable” (Minuchin, 2003: 156), uno de los progenitores apoya, abierta o encubiertamente, al hijo en un conflicto que ha surgido entre éste y el otro progenitor. En este caso el conflicto real de los padres queda *sumergido* a costa de maximizar la otra disputa. Tal hijo ve especialmente mermadas sus posibilidades de emancipación a raíz del intenso vínculo que establece con el progenitor con el cual ha sellado la alianza. Este tipo de

---

<sup>31</sup> Véanse además Haley, 1985: 36 y 45; Hoffman, 1987: 149; Satir, 1986: 1-2; Selvini *et al*, 2000: 10,



lazos familiares con un fuerte énfasis en la lealtad (y la traición) han sido investigados por otro modelo teórico, el Enfoque Transgeneracional de Iván Boszormenyi-Nagy.

## **2.5 El Enfoque Transgeneracional de Iván Boszormenyi-Nagy**

El “Enfoque Transgeneracional” de Iván Boszormenyi-Nagy recibe tal denominación debido al interés de este autor por indagar en la historia familiar, teniendo como objetivo llegar a identificar aquellos hechos que pudieran ser relevantes para comprender adecuadamente los problemas o desajustes que una familia puede desarrollar en el presente: “Por mucho que querramos desprendernos de la carga del pasado, la estructura básica de nuestra existencia y la de nuestros hijos sigue estando determinada, al menos parcialmente, por las cuentas sin saldar de las generaciones pasadas” (Boszormenyi-Nagy y Spark, 1983: 40). Desde esa perspectiva, Boszormenyi-Nagy señala que la familia es como un “libro de cuentas multigeneracional” (Hoffman, 1987: 237) a través del cual los miembros realizan, de manera permanente, un balance respecto del grado de justicia o equilibrio que está presente o no en sus relaciones. Por ejemplo, si una persona ha sacrificado intereses personales por el bien de la familia, se sentirá con el derecho (a raíz de los méritos que ha contabilizado) a ser retribuido por tal sacrificio (Simon *et al*, 1997: 91-2). Sin embargo, si la generación beneficiaria no cancela dicha deuda, será necesario que otras personas, de la siguiente generación, lo hagan en su reemplazo (172).

De ese modo, Boszormenyi-Nagy parte del supuesto de que en los individuos y los grupos existe un deseo natural de justicia (Boszormenyi-Nagy y Spark, 1983: 62), y que los sacrificios y las deudas deben recibir una equitativa retribución; si no ocurre esto, el proceso de contabilización de méritos en marcha, ya sea de manera abierta o encubierta, lo reflejará y se iniciará un proceso transgeneracional que intentará restablecer la justicia retributiva, aun a costa de que un miembro de la familia sea transformado en “mártir” y se encargue, a través de dicho papel, de pagar las deudas (y culpas) de los demás integrantes del grupo familiar. Boszormenyi-Nagy señala que el comportamiento del miembro mártir constituye una intensa muestra de lealtad invisible hacia la familia.

En ese sentido, Boszormenyi-Nagy postula que la lealtad es un elemento de gran importancia dentro del funcionamiento familiar, ya que es el factor que permite la unidad y cohesión de los miembros: “Los compromisos de lealtad son como fibras invisibles pero resistentes que mantienen unidos fragmentos complejos de ‘conducta’ relacional, tanto en las familias como en la sociedad en su conjunto” (57; véase además 20-1, 56, 60 y 264). Sin embargo, el autor transgeneracional advierte que a veces la lealtad puede presentarse por medio de “formas patológicas” (114), a través de las cuales un integrante intenta mantener unido al grupo, aun a costa de presentar una “conducta que es autodestructiva e insana” (Simon *et al*, 1997: 211)<sup>32</sup>. Por ejemplo, un hijo puede fracasar (conducta autodestructiva) en diversos ámbitos fuera del hogar (estudios, trabajo, etc.) como una forma de mostrar a sus padres y su familia (grupo al que desea mantenerse unido) que sigue lealmente ligado a ellos.

A nivel “visible”, esa conducta autodestructiva puede ser interpretada como un acto de deslealtad (por ejemplo, los fracasos del hijo tal vez traicionen ciertos principios familiares sobre el progreso, el trabajo, etc.); sin embargo, a nivel “invisible” ella representa una muestra de lealtad familiar, ya que el hijo se está sacrificando en favor de los intereses del grupo (Berger, 1993: 16)<sup>33</sup>. Estos intereses pueden estar relacionados, por ejemplo, con el sostenimiento económico de dicho grupo y, principalmente, con la mantención de su unidad y cohesión. En ambos casos, así como es factible identificar al miembro que está cumpliendo el papel de mártir, se puede también observar que hay otro integrante que siente que con tal situación se están equilibrando las cuentas pendientes a nivel familiar. Una manifestación de esa situación está relacionada con el proceso denominado por Boszormenyi-Nagy como “parentalización”.

La parentalización es el proceso a través del cual se produce una inversión en la relación jerárquica al interior de la familia, con lo cual uno o más hijos pasan a desempeñar los papeles de cuidadores o sostenedores del grupo familiar, una tarea que, naturalmente, no les corresponde a ellos, sino a los padres. Sin embargo, esto se produce debido a que los padres sienten que sus propios progenitores les dejaron con una serie de necesidades insatisfechas (a raíz de que fueron ellos mismos quienes debieron hacerse cargo de éstos); el deseo de ver reparada esta injusticia (o deuda dentro del libro de cuentas) se ve transferida a los hijos que, por ese motivo, pasan a ocupar el

---

<sup>32</sup> Véase además Boszormenyi-Nagy y Spark, 1983: 129, 142-5, 294 y 314.

lugar de los “abuelos”. Así, quienes asumen el papel de hijos parentalizados dan muestras de gran lealtad hacia la familia.

Aun cuando la parentalización no siempre es sinónimo de patología –ya que hay casos en que ocurre de manera esporádica, lo cual puede favorecer el crecimiento y maduración de los hijos (Boszormenyi-Nagy y Spark, 1983: 38 y 182)<sup>34</sup>–, Boszormenyi-Nagy reconoce que el papel de hijo parentalizado suele implicar la realización de un esfuerzo extremo, pues demanda hacerse cargo de responsabilidades para las cuales no se está capacitado. Desde esa perspectiva, el hijo parentalizado es una persona explotada por sus propios padres, quienes le colocan en una situación de doble vínculo: “Desde el punto de vista de la persona parentalizada, la parentalización es una maniobra de explotación manifiesta. La explotación del hijo es del tipo del doble vínculo: de él se espera que se muestre obediente, pero, a la vez, que actúe en concordancia con la posición superior de modo ostensible en que se lo coloca” (197)<sup>35</sup>. Boszormenyi-Nagy destaca que los efectos de la parentalización son especialmente nocivos cuando el hijo parentalizado no es reembolsado por el sacrificio que ha realizado.

Cuando no es compensado adecuadamente en su autosacrificio, el hijo parentalizado puede experimentar graves consecuencias en su desarrollo y crecimiento emocional (330-1), mostrándose, por ejemplo, muy inseguro en la toma de decisiones, sobre todo en aquellas relacionadas con una posible emancipación del hogar (193). Podrá padecer, asimismo, de constantes somatizaciones o enfermedades psicosomáticas (Haley, 1995: 82), las cuales son consecuencia de sentirse obligado a negar o reprimir, de manera permanente, sus propias necesidades en favor de las demandas del grupo familiar, entre cuyos miembros predomina un intenso vínculo, a la manera de lo que Minuchin describió como familia aglutinada o enredada (Minuchin, 2003: 90-1).

Boszormenyi-Nagy señala que en las familias en las cuales es posible identificar el fenómeno de la lealtad invisible, se observa una intensa relación entre sus miembros, lo cual no es sinónimo de ausencia de conflictos, ya que la presencia de disputas puede hacer aún más estrecha y dependiente la relación entre los diversos integrantes; al respecto, el investigador transgeneracional ha advertido: “La lealtad no es sinónimo de

---

<sup>33</sup> Véanse además Framo, 1996: 166; Haley, 1995: 40, 53, 77, 131, 182 y 201; Ochoa de Alda, 1995: 143; Selvini *et al*, 1998: 54, 78, 113 y 179; Selvini *et al*, 2000: 23-7 y 185; Whitaker y Bumberry, 1998: 45, 197 y 199; White y Epston, 1993: 96 y 101.

<sup>34</sup> Véanse además Minuchin, 2003: 149-50; Selvini *et al*, 1998: 148 y 176-7; Simon *et al*, 1997: 268-9.

<sup>35</sup> Véase además Ochoa de Alda, 1995: 177, 194 y 206.

amor o emociones positivas” (Boszormenyi-Nagy y Spark, 1983: 131). Este tipo de familias en las cuales se aprecia un intenso vínculo, funciona bajo el supuesto de que sólo al interior de dicho grupo se pueden satisfacer cabalmente las necesidades emocionales. Esto implica que el mundo exterior, es decir, lo no familiar, es percibido como un lugar atemorizador y hostil (Minuchin *et al*, 1998: 163; Selvini *et al*, 2000: 101). A su vez, enfrentados a sus propias crisis del desarrollo, los padres tienden a estrechar aún más a los hijos en el “gueto” familiar, obstaculizándoles o impidiéndoles el desarrollo de su autonomía. Los hijos, por su parte, suelen internalizar esta dinámica y se comportan de una manera que refuerza la interacción vinculante ofrecida por los padres. El resultado de todo esto es que el proceso de emancipación de la familia de origen se asocia a emociones o experiencias negativas, como la soledad, la indefensión y el abandono, reforzándose de ese modo, de manera circular, la dinámica centrípeta que caracteriza a la familia (Simon *et al*, 1997: 431-33).

Así, los hijos de este tipo de familias (en las cuales predomina el vínculo) suelen presentar serias dificultades para emanciparse de manera exitosa. El enojo que frente a tal fracaso pueden manifestar los padres encubre, en realidad, una íntima satisfacción, pues de ese modo mantienen a los hijos por más tiempo apegados a ellos:

Mientras que en la superficie parece que la imposibilidad de desarrollarse y madurar torna al hijo desleal en relación con las aspiraciones de su familia, la verdad indiscutible es que todo paso que lleve a la auténtica emancipación, individuación o separación de ese hijo tiende a tocar un problema lleno de carga emocional: el de la unión simbiótica permanente de cada miembro, negada, y a la vez deseada, con la familia de origen. (Boszormenyi-Nagy y Spark, 1983: 36)

Esto quiere decir que para estas familias el crecimiento y la emancipación de los hijos son sinónimos de amenaza y traición: “Todo paso dado [por el hijo] en dirección de la madurez emocional representa una amenaza implícita de deslealtad hacia el sistema” (17)<sup>36</sup>.

Ello es especialmente complejo cuando los intentos de emancipación provienen de aquel hijo que hasta ese momento desempeñaba el papel de miembro parentalizado. Los esfuerzos que éste realice por desprenderse de ese papel y por iniciar un camino que lo conduzca a la emancipación serán severamente juzgados por el resto de la familia (y

por él mismo, con el consecuente sentimiento de culpa): “Incluso el hijo parentalizado que hasta muy poco tiempo atrás era bueno, adaptado, y apoyaba a sus padres en el hogar (ayudándolos, haciendo ciertas tareas o asumiendo responsabilidades en relación con sus hermanos) puede estar cambiando ahora, y ser descrito como un sujeto rebelde, holgazán o indiferente” (259).

El hijo que enfrenta tal contexto familiar suele hallar una “solución” intermedia, que le permite alcanzar un cierto margen de autonomía y, al mismo tiempo, le da la posibilidad de seguir atendiendo las necesidades familiares. Dicha solución intermedia se refiere a que el hijo conquista un ámbito de autonomía que, sin embargo, concede a los padres la posibilidad de permanecer muy cerca de él; es decir, el hijo conjuga independencia y dependencia, pero en una forma en que ninguna de las dos resulta plenamente satisfactoria para las partes involucradas.

El caso de las muchachas anoréxicas puede ser útil para ilustrar esta situación, ya que, por un lado, al rechazar los alimentos y al definir por sí mismas qué y en qué cantidad comen, delimitan un cierto ámbito de independencia (Coleman, 1994: 206; Minuchin, 2003: 342). Al mismo tiempo, debido al progresivo deterioro que va experimentado su salud, dicha “independencia” las *condena* a una relación de dependencia respecto de sus padres, al extremo de tener que volver a ser alimentadas por ellos como si fueran bebés, satisfaciendo así, casi de manera literal, las necesidades de los padres de ver retardado el crecimiento y emancipación de las hijas.

La peligrosa prolongación que suelen experimentar los casos de anorexia (tan rebeldes a los tratamientos médicos) tiene que ver, entonces, con que, a pesar de lo complejo y conflictivo que resulta sobrellevar un caso de este tipo al interior de las familias (desgaste emocional, preocupación constante, etc.), la verdad es que el comportamiento de la hija (y de los padres) está satisfaciendo necesidades muy primarias, en las cuales se prioriza la vinculación simbiótica en desmedro de una relación evolutivamente superior, es decir, una relación en la que cada uno de los miembros pueda gozar de una mayor autonomía. En otras palabras, utilizando el lenguaje de la cibernética, la familia está dando prioridad a la conservación de la homeostasis o cambios de primer orden, en lugar de reajustar su funcionamiento y su estructura a los nuevos contextos evolutivos que implica el crecimiento de cada uno de sus miembros.

---

<sup>36</sup> Véanse además Boszormenyi-Nagy y Spark, 1983: 3, 49, 132-3, 166 y 169; Framo, 1996: 141; Haley,

Un hijo de estas características pasa a recibir el calificativo de “traidor” a partir del momento en que, a ojos de su familia, deja de comportarse como un hijo bueno, sacrificado y leal, para comenzar a actuar de manera tal en que sólo parece dar prioridad a sus propias necesidades, en especial las relativas a su emancipación, en desmedro de las necesidades del grupo familiar, que enfatizan la cohesión y unidad de los miembros. Sin embargo, lo que la familia no alcanza a percibir es que este hijo, a través de su nueva actitud, sigue muy pendiente del bienestar de sus padres (y del grupo familiar), ya que, a raíz de los esfuerzos que deberán realizar para ajustarse a la nueva situación impuesta por el hijo “rebelde”, los padres enfrentan la posibilidad de desarrollar cambios que podrían alterar, de una manera más o menos radical, la forma de funcionamiento que les caracterizaba hasta ese momento:

Una adolescente drogadicta, en apariencia desleal y desafiante, no es sólo la hija rebelde que trata de afirmar su independencia frente a los padres. Aunque la conducta sea abiertamente autodestructiva, sigue poseyendo valor funcional y, por consiguiente, representa una manifestación de lealtad hacia la familia. Su conducta puede revitalizar y dotar de interés al matrimonio de sus padres, signado por el desapego y la inercia; su comportamiento negativo moviliza a las autoridades escolares y legales [...]. De manera inconsciente la conducta de la jovencita puede ser el medio del que se vale para obligar a los progenitores a demostrar interés, preocupación e involucración con cada integrante de la familia. (Boszormenyi-Nagy y Spark, 1983: 355)

En otras palabras, el comportamiento problemático de la hija no sólo busca conjugar de la “mejor” manera posible sus necesidades de independencia y dependencia, sino que al mismo tiempo ofrece una posibilidad de cambio evolutivo para el conjunto de la familia. De ese modo, lo que según la familia no es más que una muestra de traición de parte del hijo, en realidad es una nueva y sacrificada manifestación de su lealtad hacia el grupo familiar. Debido a ello, Boszormenyi-Nagy propone que un hijo con esas características debe ser calificado como un “traidor leal”: “Las relaciones familiares, traicioneras en la superficie pero leales en su esencia, pueden ser descritas por la paradoja del ‘traidor leal’” (154).

Sin embargo, es posible que la familia persista en percibir al hijo como un traidor “a secas”, debido a lo cual el grupo se unirá en contra de él, acusándolo de enfermo, malo o loco, y alentarán su expulsión de la familia (Selvini *et al*, 1998: 156;

---

1995: 131; Minuchin *et al*, 1998: 48; Minuchin, 2003: 169; Selvini *et al*, 1998: 49.

Whitaker, 1993: 179), al considerarlo el culpable (o chivo expiatorio) de los males que pesan sobre la familia (Schefflen, 1993: 155), o bien le confinarán en un hospital para “enfermos mentales”, clausurando para siempre toda posibilidad de que, alguna vez, el joven se emancipe exitosamente de su familia.

### 3. Conclusiones

En torno a la década de 1950, se desarrollaron en psicología una serie de investigaciones cuyo objetivo era esclarecer el origen de la esquizofrenia (Elkaïm, 1998: 189)<sup>37</sup>. A pesar de que en esa época ya existían modelos explicativos acerca de la etiología y el tratamiento de esa y otras “enfermedades mentales”, dichos modelos afirmaban que las causas de tales padecimientos se asociaban a factores de orden genético o intrapsíquico. Como consecuencia de ello, la “enfermedad mental” tendía a ser percibida como un mal incurable o de muy difícil pronóstico, ya que las raíces de la misma se hallaban en remotos traumas infantiles o en inmodificables alteraciones bioquímicas. Las nuevas investigaciones, en cambio, se apartaban de dicho enfoque y lo cuestionaban por centrar su atención en variables “confinadas” al interior del individuo, dejando de lado la influencia de factores relativos al entorno del sujeto, como, por ejemplo, las relaciones familiares.

Aun cuando el nuevo enfoque psicológico no desestimaba la trascendencia de modelos teóricos consolidados como el psicoanálisis (Jackson, 1985: 47), se consideraba que las explicaciones freudianas pecaban de reduccionismo al atribuir una excesiva importancia a la sexualidad y a supuestos traumas del pasado o de la infancia (Ackerman, 1976b: 25-6)<sup>38</sup>. En ese sentido, las nuevas investigaciones guardaban mayor afinidad con los estudios de aquellos psicoanalistas que, como Harry Stack Sullivan (Haley, 1995: 18)<sup>39</sup>, habían ido tomando distancia de algunos postulados freudianos – como el fuerte énfasis en la sexualidad –, para así dar cabida a otros factores de tipo cultural y del entorno del individuo.

Por tanto, las nuevas investigaciones se desarrollaron en un contexto en el que ya existía disconformidad con los modelos teóricos tradicionales, en los cuales la personalidad y otras características psicológicas aparecen determinadas de antemano, ya que según ellos dichos rasgos son el resultado de factores biológicos hereditarios o de experiencias infantiles. Al apartarse del reduccionismo determinista de los modelos tradicionales, el nuevo enfoque psicológico aparecía no sólo como una nueva teoría,

---

<sup>37</sup> Véanse además Haley, 1998: 83; Haley, 1995: 41 y 147; Hoffman, 1987: 26; Ochoa de Alda, 1995: 15-9; Winston, 1993: 46.

<sup>38</sup> Véanse además Ceberio, 1999b: 31; Haley, 1993: 83; Minuchin *et al*, 1998: 92; Watzlawick, 1998b: 132.

<sup>39</sup> Véanse además Minuchin *et al*, 1998: 254; Satir, 1986: 4.



sino que implicaba además un verdadero cambio epistemológico (Ceberio, 1999a: 12)<sup>40</sup>, pues desde sus comienzos estableció nexos con otras disciplinas –como la Teoría General de Sistemas, la Cibernética y el Constructivismo–, las cuales cuestionaban el lenguaje y el paradigma heredado de las ciencias clásicas surgidas a partir de la revolución científica del siglo XVII.

Según el nuevo enfoque –denominado “sistémico familiar”–, la esquizofrenia, al igual que cualquier otro trastorno psíquico, no es el resultado “lineal” de un conflicto infantil o de algún desajuste bioquímico, sino que forma parte de un “circuito circular” al interior del cual la alteración psíquica juega un papel estabilizador, de manera tal que “gracias” al síntoma del paciente la familia puede preservar su equilibrio y su cohesión<sup>41</sup>. En ese sentido, dentro de los períodos transicionales del ciclo vital familiar, existiría mayor probabilidad de que determinado miembro se “sacrifique” desarrollando algún trastorno o enfermedad, como una manera de proteger o de distraer la atención de su familia<sup>42</sup>, pues esta se muestra incapaz de realizar los cambios morfogénicos necesarios para así adaptarse a una nueva etapa evolutiva dentro de dicho ciclo.

Al respecto, uno de los períodos transicionales más sensibles para la familia es el vinculado con la emancipación de los hijos del hogar. Aun cuando algunos investigadores depositan en la sociedad los eventuales obstáculos que los hijos pueden hallar para emanciparse de la familia (Bueno *et al*, 2002: 598)<sup>43</sup>, existen otros planteamientos, provenientes del enfoque sistémico familiar, que localizan en la familia, más específicamente en el tipo de relación existente entre sus miembros, las barreras que obstruyen la emancipación filial. Así, según la Teoría del Doble Vínculo, el hijo no logra emanciparse de su familia porque ha quedado atrapado en una situación que le impide acceder a la metacomunicación y así poder hacer frente a dos mensajes que se excluyen mutuamente y que pertenecen a órdenes lógicos de distinto nivel. Por su parte,

---

<sup>40</sup> Véanse además Bowen, 1993: 113; Framo, 1996: 28; Hoffman, 1987: 15; Rodríguez y Arnold, 1997: 90-5

<sup>41</sup> Jay Haley (1995) ha resaltado la función que cumple el síntoma al interior de la familia: “La conducta excéntrica y loca [o sintomática] es, básicamente, una conducta protectora. No importa lo extraña, violenta o extrema que sea esa conducta, su función es estabilizar una organización” (52; véanse además 55 y 77). Esta perspectiva “funcionalista” del síntoma cuenta con una amplia aceptación entre los investigadores y terapeutas familiares (véanse Boszormenyi-Nagy y Framo, 1988: 13; Hoffman, 1987: 65-6, 152 y 162; Minuchin, 2003: 165; Satir, 1986: 7); no obstante, ella también ha sido fuente de algunas críticas (véanse Elkaïm, 1998: 11; Hoffman, 1987: 136-7 y 317; Selvini *et al*, 2000: 166-7).

<sup>42</sup> Respecto del sacrificio que realizan los miembros sintomáticos en favor del bienestar familiar, véanse Berger, 1993: 16; Haley, 1995: 40, 53, 77, 131, 182 y 201; Ochoa de Alda, 1995: 143; Selvini *et al*, 1998: 54, 78, 113 y 179; Selvini *et al*, 2000: 23-7 y 185; Whitaker y Bumberry, 1998: 45, 197 y 199; White y Epston, 1993: 96 y 101.

<sup>43</sup> Véanse además Iglesias de Ussel, 1998: 104; Papalia *et al*, 2001: 617.

la Antipsiquiatría postula que la familia es una institución social que reprime al individuo, bloqueando cualquier intento suyo por liberarse o independizarse. De acuerdo al Enfoque Estructural, el hijo se ve impedido de emanciparse de la familia cuando es involucrado en un conflicto entre sus padres, y cada uno de ellos intenta transformarlo en aliado suyo. Finalmente, el Enfoque Transgeneracional postula que el hijo no puede emanciparse, ya que debe hacerse cargo de las necesidades insatisfechas de sus padres, por lo que cualquier intento de emancipación es percibido como una muestra de deslealtad hacia la familia.

A pesar de que estos enfoques han sido objeto de algunas críticas –por ejemplo, a los planteamientos de la Teoría del Doble Vínculo, de la Antipsiquiatría y del Enfoque Transgeneracional se les cuestiona no ser suficientemente “circulares”<sup>44</sup>–, la verdad es que ellos han trascendido esos cuestionamientos y son reconocidos por haber introducido una serie de conceptos que han pasado a ser centrales dentro del lenguaje sistémico familiar<sup>45</sup>. A mi juicio, esta amplia aceptación permite afirmar que dichos planteamientos son aplicables no sólo dentro del ámbito de las familias que han sido (y seguirán siendo) investigadas o tratadas bajo el prisma de este modelo conceptual, sino que su aplicabilidad puede ser también llevada a otro campo diferente, como es la literatura.

Aunque ya existen algunos intentos por aplicar los conceptos del enfoque sistémico familiar al ámbito literario, estos constituyen esfuerzos bastante generales, realizados en el contexto de ciertas investigaciones que, en realidad, no se han planteado tal objetivo y que sólo recurren a la literatura para “ilustrar” o ejemplificar un determinado planteamiento sistémico a través de algún breve pasaje de alguna obra literaria<sup>46</sup>.

En contraposición a ello, existen otros intentos más específicos, como el análisis comunicacional de la pieza teatral de Edward Albee, *¿Quién le teme a Virginia Woolf?*

---

<sup>44</sup> Véanse Simon *et al*, 1997: 91 y 233; Weakland, 1993: 104-5.

<sup>45</sup> Al respecto, Simon *et al* (1997) señala: “La hipótesis del doble vínculo y la teoría de los tipos lógicos son de capital importancia en el campo de la terapia familiar” (120). En un tono mucho más enfático, Milton Berger (1993) sentencia: “Actualmente [el concepto del doble vínculo] es un término de uso corriente en la lengua y en la cultura norteamericanas, y quizás en otras culturas del resto del mundo” (12). En cuanto a los planteamientos de la antipsiquiatría, Simon *et al* (1997) reconoce: “En la actualidad es general la creencia de que las tácticas de comunicación descritas por Laing son características del estilo de comunicación de muchas familias con un miembro esquizofrénico” (233). Respecto a la importancia del Enfoque Transgeneracional de Boszormenyi-Nagy, véase Hoffman, 1987: 240

<sup>46</sup> Véanse Bateson, 1993a: 75; Framo, 1996: 77, 91 y 227; Linares, 1996: 25; Minuchin *et al*, 1998: 57 y 100; Minuchin, 2003: 33; Ramos, 2001: 67, 81, 138 y 174; Selvini *et al*, 1998: 43; Selvini *et al*, 2000: 110 y 138; Whitaker y Bumberry, 1998: 137 y 170.

(Watzlawick *et al*, 2000: 141-172), y el comentario constructivista de las novelas de Samuel Beckett (Breuer, 1995: 121-138). Asimismo, José Antonio Ríos González mantiene en la revista *Cuadernos de Terapia Familiar* una sección en la que él mismo realiza breves comentarios de pequeños fragmentos de novelas u obras de cine. No obstante, esos esfuerzos acaban por parecer insuficientes en un panorama en el que predominan, casi de manera absoluta, los análisis psicoanalíticos de obras literarias (Paraíso, 1995: 10). Curiosamente, dicho desequilibrio a veces es alentado por los propios investigadores sistémicos, quienes realizan comentarios o alusiones a obras literarias con un sorprendente énfasis freudiano<sup>47</sup>.

En ese sentido, la “confusión” puede verse incrementada cuando, en una época reciente, ha surgido al interior del enfoque sistémico familiar una nueva corriente denominada “Método narrativo” (Nardone y Watzlawick, 1999: 16-7)<sup>48</sup>, cuyos representantes dicen hacer un uso terapéutico de la literatura (Linares, 1996: 153-4). Aun cuando este método parece ser bastante útil y eficaz, la utilización que se hace del término “literatura” resulta, a mi juicio, demasiado amplia y no siempre adecuada, pues la “narrativa” de la que habla este enfoque no siempre guarda relación con el homónimo género literario, sino que más bien apunta a la idea de que la terapia debe ser capaz de modificar la historia (o la “narración”) que la familia ha construido en torno al problema que la aqueja, y así dar paso a narraciones alternativas, alejadas del problema que contaminaba la anterior narración (Sluzki, 1998a: 54; White y Epston, 1993: 31). Para lograr tal objetivo, eventualmente pueden llegar a ser útiles, como recursos terapéuticos, determinados textos literarios –escritos muchas veces por los propios terapeutas (Linares, 1996: 154)–, o ciertas manifestaciones gráficas como las viñetas (171-185).

De esa forma, a pesar de que existen una serie de experiencias previas, el terreno de la literatura aparece todavía como un ámbito no suficientemente explorado por el enfoque sistémico familiar<sup>49</sup>, y ello a pesar de contar con un amplio y rico modelo conceptual que podría generar un volumen mucho mayor de análisis o aplicaciones que el acumulado hasta el momento. Desde esa perspectiva, y en el contexto del marco

---

<sup>47</sup> Por ejemplo, Jay Haley (1985) señala: “Gracias a Freud puede descubrirse este patrón [se refiere al Complejo de Edipo] en la mayoría de las obras dramáticas y literarias que le agradan al hombre” (36). Por su parte, respecto a la novela *Lolita*, de Vladimir Nabokov, Don Jackson (1985) indica: “La historia de *Lolita* a la vez es una novela escrita maravillosamente y trata un tema ‘chocante’. Esta combinación se encuentra a menudo en los ensayos psiquiátricos y psicoanalíticos y el mejor ejemplo de esto son los ensayos de Freud” (47-8).

<sup>48</sup> Véanse además Sluzki, 1998a: 53-4; Tomm, 1993: 12; White y Epston, 1993: 27-33

<sup>49</sup> A los autores referidos se deben agregar Anderson y Carter (1994), quienes realizan numerosas alusiones sistémicas a obras literarias y cinematográficas.

conceptual desarrollado en las páginas precedentes, considero que es posible plantear la hipótesis de que parte importante de la obra de dos grandes escritores del siglo XX, como Franz Kafka y Julio Cortázar, puede ser leída e interpretada desde la perspectiva del enfoque sistémico familiar, ya que los conflictos familiares en torno a la cohesión y la emancipación filial constituyen la temática central de una parte significativa de la narrativa breve de esos autores, cuestión que intentaré demostrar a partir del siguiente capítulo. En ese sentido, además de ilustrar y corroborar las ideas sistémicas analizadas, mi estudio busca enriquecer dicho modelo al validarlo como un enfoque que puede –y debe– ser utilizado en el comentario y análisis de las obras de Kafka y Cortázar, ámbito en el que ha existido hasta ahora, como comentaré más adelante, un predominio casi absoluto del modelo conceptual psicoanalítico, al menos en el contexto de los estudios psicológicos.

## **CAPÍTULO 2**

### **FRANZ KAFKA Y LA EMANCIPACIÓN DE LOS HIJOS DE LA FAMILIA DE ORIGEN**

## **2. Franz Kafka y la emancipación de los hijos de la familia de origen**

### **2.1 Franz Kafka (1883-1924): su figura y su obra**

#### **2.1.1 La obra de Franz Kafka en la literatura universal**

La figura y la obra de Franz Kafka ocupan un lugar central dentro de la historia de la literatura universal. En *El canon occidental*, Harold Bloom identifica a Franz Kafka como “el genio literario canónico de nuestra época” (1996b: 458). En términos similares, George Bataille señala a Kafka como “uno de los mayores genios de nuestra época” (1981: 111), mientras que Jorge Luis Borges, quien fue uno de los primeros autores en traducir al español la obra del escritor checo, se refiere a ésta como “una de las obras más singulares de nuestro siglo” (1965: 9). En su peculiar estilo, el premio Nobel de literatura Vladimir Nabokov sostiene: “[Kafka] es el escritor alemán más grande de nuestro tiempo. A su lado, poetas como Rilke o novelistas como Thomas Mann son enanos o santos de escayola” (1987: 367). Por su parte, el escritor mexicano Carlos Fuentes señala a Kafka como “el escritor indispensable del siglo XX” (2002: 157).

Lo curioso de estos unánimes elogios es que gran parte de la obra de Kafka pudo haber pasado desapercibida para la posteridad si Max Brod, amigo del escritor checo, hubiese obedecido la disposición testamentaria por medio de la cual Kafka le ordenaba que quemase toda su obra (Heller, 1977: 13; Llovet, 1999c: 14-5; Unseld, 1989: 188). Aun cuando la crítica kafkiana tiende a dudar de la real determinación de Kafka para que se cumpliese dicha disposición (pues de haberlo querido lo hubiese hecho él mismo, o bien se lo habría encomendado a una persona que no sintiera la admiración que Brod tenía por su obra)<sup>50</sup>, lo cierto es que si Max Brod hubiese puesto en práctica tal voluntad testamentaria habría impedido el posterior conocimiento y general admiración de la cual actualmente gozan tanto la figura como la obra de Franz Kafka.

Sin embargo, Max Brod no sólo no destruyó los escritos de su amigo sino que se encomendó a la tarea de publicar de manera póstuma toda la obra inédita de éste

(Llovet, 1999c: 15-6) dentro de la cual destacaban sus tres novelas largas: *El desaparecido*, *El proceso* y *El castillo* (de la primera de ellas Kafka sólo había publicado el primer capítulo titulado *El fogonero*, y de la segunda el fragmento denominado “Ante la Ley”). Aun cuando los exégetas kafkianos elogian la desobediencia de Max Brod –puesto que ella permitió la conservación de tan importante obra–, le reprochan haberse excedido en su labor de editor al realizar una serie de cambios, por ejemplo, en la ordenación de los capítulos de las novelas, que alteraban de manera drástica los originales dejados por Kafka (Camargo, 1985: 39; Hernández Arias, 2001a: 30-1; Llovet, 2000: 9).

No obstante, y aunque ello no justifique las intrusiones cometidas por Brod, es de justicia reconocer que la desobediencia de éste tuvo visos “heroicos” si se tiene en cuenta las adversas circunstancias político-ideológicas que imperaban en Europa en esos momentos y que obligaron a Brod no sólo a realizar diversas “maniobras editoriales” a fin de sortear la censura antisemita –recuérdese que Kafka era judío–, sino que le forzaron además a tener que huir, justo la noche antes de la entrada de los nazis a Praga, con los originales de su amigo metidos en una maleta (Hernández Arias, 2001a: 54; Llovet, 1999c: 15-22; Unseld, 1989: 215-224; Wagenbach, 1970: 75).

Por otra parte, la mencionada disposición testamentaria ha servido para estimular la “leyenda” de que Franz Kafka no sólo habría sido un autor reacio a la publicación de sus escritos sino que además hizo cuanto pudo por evitar que estos llegasen a convertirse en libros. Los exégetas kafkianos disienten de esta generalizada creencia y consideran que ella se basa en una interpretación errónea de lo que no era más que una escrupulosa actitud que Kafka tenía al momento de proyectar una nueva publicación; superadas sus aprensiones, Kafka acometía con entusiasmo la publicación de sus libros (Camargo, 1985: 38; Llovet, 1999c: 9; Unseld, 1989: 12-82). De hecho, Kafka llegó a publicar en vida la nada despreciable cifra de siete libros (*Contemplación* [1912], *El fogonero* [1913], *La metamorfosis* [1915], *La condena* [1916], *En la colonia penitenciaria* [1919], *Un médico rural* [1919], y *Un artista del hambre* [1924]), además de un importante número de cuentos y relatos en diversas revistas de la época (Unseld, 1989: 277-284).

Aun cuando de lo anterior es posible concluir que fue el propio Kafka quien propició la divulgación de su obra, la verdad es que el (re)conocimiento universal de la

---

<sup>50</sup> Véanse Benjamin, 1991: 147; Borges, 1985: 10; Camargo, 1985: 39; Heller, 1977: 13-15; Mayer, 1978:

misma sólo fue posible gracias a la “desobediente” intervención de Max Brod, ya que, a partir de las ediciones en alemán que él emprendió, se sucedieron otras en diversos idiomas que masificaron la admiración del público por el autor checo. Sin embargo, debido a que la mayor parte de esas traducciones estaban basadas en las “intervenidas” ediciones póstumas patrocinadas por Brod, en años posteriores las nuevas ediciones en otros idiomas han debido recurrir a los manuscritos kafkianos (salvados por Brod, precisamente) como forma de garantizar el apego más irrestricto a la versión original dejada por el autor checo.

Por mi parte, y como compensación a mi falta de dominio de la lengua alemana, para la realización del presente estudio he recurrido a las versiones en español de la obra de Franz Kafka que se han hecho acreedoras de un gran prestigio filológico y editorial, debido a su riguroso apego a los originales en alemán. Dentro de esas versiones destaca la realizada por Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores que, basándose en la única edición crítica del original alemán (Llovet, 1999c: 22; Fuentes, 2002: 157), contempla la publicación de las obras completas de Franz Kafka en cuatro volúmenes: *Novelas* (I), *Diarios* (II), *Narraciones* (III) y *Correspondencia* (IV). Al momento de redactar el presente capítulo, la entrega de dicha edición (iniciada en 1999) aún no había finalizado, habiendo sido publicados sólo el primer y segundo volumen.

La imposibilidad de acceder a los dos volúmenes restantes, sin embargo, no me ha supuesto dificultades insalvables a raíz de tres motivos: en primer lugar porque, a través de un extenso y detallado sistema de notas, los dos volúmenes ya publicados por Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores entregan una amplia información, tanto de índole biográfica como exegética, que, aun cuando atañe de manera predominante a las obras allí compiladas, alude también, y en no pocas ocasiones, al resto de la obra kafkiana.

En segundo lugar, porque algunas de las narraciones de Franz Kafka (reservadas en teoría para el volumen III) aparecen íntegras en el volumen II (*Diarios*); esto se debe a que Kafka utilizaba sus diarios para redactar las primeras versiones de algunos de sus relatos. Este es, precisamente, el caso de dos narraciones sobre las que, en una sección posterior, presentaré sendos estudios: “El mundo urbano” y “La condena” (y a cuya fuente me referiré con *Diarios*)<sup>51</sup>. Asimismo, en dicho volumen II aparece publicada la

---

450 y 463-4; Robert, 1970: 15 y 30; Unseld, 1989: 225.

<sup>51</sup> *Obras Completas II*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2000.



“Carta al padre”, otro texto kafkiano que abordaré en un apartado posterior (y al cual me referiré con CAP)<sup>52</sup>.

En tercer lugar, al no poder acceder a los volúmenes pendientes de ser publicados por Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, he recurrido a otras prestigiosas ediciones españolas de las obras de Franz Kafka; dentro de ellas sobresale la efectuada por Valdemar en 2001. En el volumen dos de esa edición, aparecen reunidos todos los cuentos de Kafka precedidos de un interesante estudio crítico a cargo de José Rafael Hernández Arias; a esta edición me referiré como CC<sup>53</sup>.

Por otro lado, Alianza ha editado una parte significativa de la correspondencia de Franz Kafka. Dentro de ella sobresale la que el escritor mantuvo con su novia Felice Bauer, y que dicha editorial publicó en 1977 en tres volúmenes; a ellos me referiré como CAF/1, CAF/2 y CAF/3<sup>54</sup>. Asimismo, Alianza editó *Cartas a Milena* (joven vienesa con la que Kafka mantuvo un romance pocos años antes de morir), y a las cuales aludiré con CAM<sup>55</sup>. Finalmente, Alianza ha editado también algunos volúmenes de cuentos del autor checo, destacando las numerosas ediciones encabezadas por “La metamorfosis”; de ellas, yo he utilizado la correspondiente a la edición de 1996, la cual será señalada en el presente estudio como LM<sup>56</sup>.

Respecto de la traducción del título de esta última obra, he seguido la tendencia predominante entre los críticos y editores, quienes, aun cuando admiten que la traducción correcta del original alemán (*Die Verwandlung*) es *La transformación*, han optado por conservar el título de *La metamorfosis* a raíz del masificado uso que esta última alternativa posee (Camargo, 1985: 76; Llovet, 1992: ix-x).

---

<sup>52</sup> *Ibidem*

<sup>53</sup> *Cuentos Completos*, Madrid, Valdemar, 2001.

<sup>54</sup> *Cartas a Felice y otra correspondencia de la época del noviazgo*, Madrid, Alianza, 1977.

<sup>55</sup> *Cartas a Milena*, Madrid, Alianza, 2000.

<sup>56</sup> *La metamorfosis*, Madrid, Alianza, 1996.

### 2.1.2 La crítica sobre la obra de Franz Kafka

La obra de Franz Kafka debe de ser una de las más leídas, comentadas y analizadas. Quien se aventura a la realización de un nuevo estudio crítico acerca de ella, debe estar preparado para hacer frente no sólo a la gran complejidad y riqueza de dicha obra, sino también al ingente volumen de crítica existente sobre los textos kafkianos. Al respecto, José Rafael Hernández Arias advierte:

Kafka constituye un fenómeno único en la historia de la literatura. De pocos escritores se sabe tanto; numerosos simposios de germanistas, judaístas o de filósofos han estudiado su vida y obra hasta en los más recónditos detalles; el saber acerca de Kafka es inmenso, difícil de abarcar aun para el especialista [...]. Los coloquios sobre Kafka suelen derivar en auténticas orgías interpretativas. (2001b: 14)

Lejos de conducir a conclusiones que permitan develar el enigma o los enigmas contenidos en la obra de Franz Kafka, el resultado de toda esa “infinita” exégesis es que el “misterio” kafkiano sigue sin ser resuelto. Peor aún: el efecto de las aludidas *orgías interpretativas* es que éstas habrían introducido aún más “caos” y “confusión” del ya existente en la propia obra kafkiana. A juicio de Hernández Arias, la gran dispersión interpretativa en torno a la obra de Kafka tendería más a confundir que a facilitar la lectura de las obras del autor checo: “Por añadidura, y para mayor confusión del lector profano, los intérpretes [de Kafka] han formado escuelas, por no denominarlas sectas, que cultivan un aislacionismo combativo frente a otras teorías y análisis” (15).

Cada una de estas corrientes interpretativas intenta dar con la escurridiza “fórmula mágica” que permita clarificar el inextricable enigma que recubre, como un halo misterioso, la obra de Franz Kafka; ésta, sin embargo, se resiste a ser encasillada en un solo molde interpretativo: “Ni las interpretaciones filosóficas, ni las religiosas, ni las psicoanalíticas, ni las materialistas, ni las estructuralistas, ni las políticas pueden aspirar a explicar por completo la obra de Kafka” (18).

Como resultado de esta “impotencia” interpretativa algunos arriban a posturas más bien pesimistas como la de Reiner Stach que señala: “Quien se atreve con él [con Kafka] tiene que contar con fracasar” (2003: 22). O a posiciones estructuralistas como la de Roland Barthes: “[La obra] de Kafka autoriza mil claves igualmente plausibles, es decir que no da validez a ninguna” (1977: 170).

Sin embargo, dicha “impotencia” interpretativa más que conducir al pesimismo debiera servir para bloquear los afanes omnipotentes (¿prepotentes?) de aquellas tendencias críticas que intentan reducir la obra kafkiana a un único y determinado corpus teórico: “Kafka enseña humildad” señala Reiner Stach (2003: 22) en un tono más resignado. En efecto, la convivencia de diferentes posturas interpretativas – contrapuestas en muchos casos–, ha terminado por prevalecer en un horizonte exegético en el cual no parece haber espacio para visiones “totalitarias” o excluyentes.

Dentro de esta pluralidad interpretativa, se pueden distinguir, entre otras, cuatro grandes perspectivas o enfoques exegéticos en torno a la obra de Franz Kafka: la interpretación religiosa (o teológica), la sociopolítica (y filosófica), la interpretación psicoanalítica y la biográfica (Camargo, 1985: 5; Manzano García, 1992: 184). Estas corrientes –todas de índole más bien “extrínseco”, como se puede advertir– enfatizan determinados aspectos de la obra kafkiana en desmedro de otros. Asimismo, cada una de ellas goza de un prestigio limitado y circunscrito, básicamente, al conjunto de adherentes que suscribe la misma postura teórica. No obstante esto último, y debido a que ellas constituyen el marco de referencia general en torno al cual se inscribe mi propuesta interpretativa, a continuación presentaré una reseña de dichas perspectivas exegéticas, de modo de poder desarrollar, posteriormente, mi propio enfoque, el cual intenta tomar distancia de diversos planteamientos de estas tradicionales corrientes.

### **2.1.2.1 La crítica religiosa (o teológica)**

La interpretación religiosa de la obra de Franz Kafka surgió de manera muy temprana cuando Max Brod, amigo y albacea del autor checo, se encargó de resaltar los aspectos de aquella que, a su juicio, sólo podían ser comprendidos correctamente si eran analizados desde la óptica religiosa o teológica, en particular desde el judaísmo, religión a la que pertenecían Franz Kafka y su familia. En los textos kafkianos, afirma Brod, se advierte la presencia de personajes obsesionados por la (infructuosa) búsqueda de un principio supremo capaz de redimir las culpas que les agobian; el caso de Josef K., el atormentado e inculpaado protagonista de *El proceso*, sería muestra de ello. Asimismo, en *El castillo* se puede advertir la presencia del judío errante representado por K., el agrimensor, que llega a un pueblo en busca de la tierra “prometida”:

[La búsqueda de K. representa] el sentimiento especial del judío que quisiera arraigarse en un medio extraño, que anhela con todas las fuerzas de su alma acercarse al prójimo y ser totalmente idéntico a él, pero no logra tal identificación. La palabra “judío” no aparece en *El castillo*. Sin embargo, está al alcance de la mano la evidencia de que en *El castillo* Kafka ha dicho más sobre la situación conjunta del judaísmo actual, extrayéndolo de su alma judía y volcándolo en un sencillo relato, que lo que pueda leerse en cien tratados eruditos. (Brod, 1974: 179; véase además 180 y ss)

Sin embargo, los juicios religiosos de Max Brod no sólo se limitaron a la obra de su amigo sino que también se extendieron a la persona de Franz Kafka; a raíz del vínculo de amistad que unió a ambos por veintidós años (53), y debido a su convencimiento de la enorme importancia de la cuestión religiosa en los libros (y la vida) de su amigo, Brod llegó a afirmar lo siguiente:

La categoría de la santidad [...] es la única bajo la cual pueden ser contempladas la vida y la obra de Kafka. Pero con esto no se ha dicho que Kafka fuera un santo consumado, pues en un sentido propio sería ésta una afirmación injusta y hasta sacrílega. Se puede, empero, sostener la tesis de que Franz Kafka [...], iba camino de ella [la santidad]. (1974: 51-2)

A pesar de afirmaciones tan categóricas como esas (o quizás debido a ellas), las interpretaciones religiosas de la obra de Kafka se han ganado un importante número de detractores. Sin embargo, al realizar una revisión de los argumentos en contra de las posiciones teológicas, lo que he encontrado es un predominio de afirmaciones tan “tajantes” como las que Brod realiza en defensa de la hipótesis de la santidad de su amigo. Una muestra: “La imagen que Max Brod ha ofrecido de Kafka apenas si merece ya algún respeto por parte de los actuales investigadores. La contraposición entre los textos del poeta y las exégesis de Brod se ha hecho demasiado notoria” (Mayer, 1978: 452).

Aun cuando la lista de detractores de la corriente religiosa es bastante larga –e inspiradora de respeto, pues en ella figuran nombres como Elías Canetti (1976: 30 y 146), Walter Benjamin (1991: 150; 1993: 199), Jorge Luis Borges (1965: 11), Milan Kundera (1981: 27) y Vladimir Nabokov (1987: 368)–, la verdad es que dentro de ella no es posible hallar afirmaciones que resulten esclarecedoras respecto de cuáles son los aspectos fundamentales que se le reprochan a la exégesis teológica. En este aspecto, los

críticos kafkianos parecen suponer que el lector –más o menos profano– está enterado de antemano de las debilidades de la corriente religiosa.

A pesar de los cuestionamientos sufridos, la crítica religiosa de la obra de Franz Kafka parece mantenerse vigente; al nombre de Max Brod se han unido otros investigadores posteriores (como Gerschom Scholem, Karl Erich Grözinger y Hans-Joachim Schoeps)<sup>57</sup> que se han interesado especialmente por la cuestión judía, estudiando las relaciones existentes entre la obra kafkiana y los textos sagrados de los cuales Franz Kafka habría sido un gran lector, como, por ejemplo, de la Biblia (Kafka, 2000a: 783 y 978).

### **2.1.2.2 La crítica sociopolítica (y filosófica)**

La interpretación sociopolítica ocupa un lugar central dentro de la exégesis kafkiana. Esto se debe a que una temática predominante en la obra del autor checo es aquella que muestra al hombre moderno sumido en un mundo desconcertante, enajenante y persecutorio. Lejos de resultar un lugar de acogida, el mundo moderno es un ámbito que acosa, somete y expulsa al individuo. El ejemplo paradigmático de ello lo representa Josef K., el protagonista de *El proceso*, quien, tras sufrir una sorpresiva y arbitraria acusación, debe enfrentar un tormentoso y peculiar proceso judicial llevado a cabo por un atípico tribunal que distribuye su organización en recónditas y laberínticas salas, y el cual, finalmente, acaba por sentenciar a muerte al desconcertado personaje.

Según la crítica, la angustiante e injusta situación que debe enfrentar y padecer Josef K., no es más que la representación paroxística de la condición humana en general. Al respecto, Walter Benjamin ha señalado:

Al hablar de la experiencia del hombre moderno de la gran ciudad abarco en ella diversidad de elementos. Hablo en primer lugar del ciudadano del Estado moderno, que se sabe entregado a un inabarcable aparato burocrático, cuyas funciones dirigen instancias no demasiado precisas para los órganos que las cumplen, cuanto menos para los que están sujetos a ellas. (Se sabe bien que es éste uno de los estratos de significación de las novelas [de Franz Kafka], especialmente de *El proceso*). [1993: 204]

---

<sup>57</sup> Véase Hernández Arias, 2001a: 43 y 57-8.

En efecto, una de las más deleznable características que se le suele reprochar a la sociedad moderna es la inhumana burocratización de las relaciones “humanas” que se produce al interior de ella. Desde esta perspectiva, Josef K. no habría sido víctima sólo de una arbitraria acusación –cuyo contenido, además, nunca le fue revelado– y de una irrevocable sentencia posterior, sino también de una forma procedimental que le obligó a deambular por una laberíntica y burocrática organización judicial cuyas reparticiones no hacían más que dilatar su caso hundiéndole con ello de manera impotente en las “garras” de tan indiferente burocracia: “Uno de los temas centrales de la narrativa kafkiana [es] el individuo impotente en manos de una instancia superior, anónima y poderosa” (Camargo, 1985: 52).

De este modo, el indefenso individuo queda expuesto a un poder que se comporta de manera despótica e irracional respecto de un caso que no merecería un tratamiento de tal naturaleza. Al respecto, la crítica ha advertido que en la obra kafkiana el accionar del *poder* suele ser representado como una intervención despiadada<sup>58</sup>, lo cual se traduce en la desproporción entre la falta (eventualmente) cometida y el castigo recibido por ella: “Esa desproporción entre la reacción de la instancia superior y el aparente delito del protagonista es también un motivo literario característico de la obra de Kafka. La desproporción entre castigo y culpa alcanza su grado máximo, casi grotesco [en diversos relatos de Kafka]” (Camargo, 1985: 53).

El conjunto de estos rasgos se ha convertido en algo tan característicamente alusivo a la obra de Franz Kafka que la crítica ha acuñado el concepto *kafkiano* para referirse a ellos. Como una demostración de que los padecimientos a los que se ven expuestos los personajes de Franz Kafka no son privativos de ellos, la aplicabilidad del término *kafkiano* no ha quedado restringida al ámbito de la filología, sino que se ha extendido al habla común para referirse con él a situaciones absurdas y provocadoras de gran angustia: “El término kafkiano se emplea en nuestra época como un adjetivo ligado a situaciones de condena y tenebrosidad, de injusticia y ominosidad” (Kancyper, 1998: 346)<sup>59</sup>.

A raíz del convulsivo contexto político que comenzaba a surgir en la Europa de la época, el término *kafkiano* resultaría además muy pertinente para referirse a los atroces acontecimientos de los que fueron víctimas los judíos a mano de los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Debido a que la obra de Franz Kafka fue escrita un

---

<sup>58</sup> Véanse Canetti, 1976: 140 y 152; Hernández Arias, 2001b: 16; Manzano García, 1992: 194.

poco antes de que los “aires” antisemitas dieran paso a la genocida irrupción de los nacionalsocialistas europeos, al autor checo se le atribuyó un carácter “profético” frente a tales sucesos:

A partir del año 1933 algunos intérpretes comenzaron a atribuir a la obra de Kafka un carácter profético [...]. Max Brod escribió un artículo con el título *Una visión de Franz Kafka* en el que identificaba a los vigilantes de la novela *El proceso* con hombres de la SS [...]. También Hannah Arendt se hizo eco de esta corriente interpretativa en su ensayo *The Jew as Pariah* (1944). Según Arendt [...], Josef K. sería un representante de los millones de seres perseguidos por el aparato político totalitario. (Hernández Arias, 2001a: 48)<sup>60</sup>

Algunos críticos han respaldado la hipótesis del supuesto carácter profético de las obras de Franz Kafka atribuyendo incluso al propio autor una serie de cualidades personales –por ejemplo de orden físico–, las cuales habrían sido una inequívoca señal de que el escritor era alguien especialmente dotado para captar, de manera privilegiada, sucesos sociales o políticos que para otros pasaban inadvertidos, ganándose con ello la admiración de los demás: “Todos se sentían atraídos por sus grandes ojos, que mantenía muy abiertos y a veces desencajados y que en las fotografías, impresionados por el fagonazo de improviso del magnesio, parecían los de un endemoniado o un visionario” (Citati, 1993: 9-10)<sup>61</sup>.

Sin embargo, no todos los críticos han estado de acuerdo en cuanto al supuesto carácter profético de los escritos del autor checo, y, a pesar de compartir la relevancia y pertinencia del término *kafkiano* respecto de los sucesos que asolaron Europa en aquella época, consideran una desmesura atribuir a la obra de Kafka –o a su persona– la condición de visionaria o profética:

Muchos lectores de *El proceso* han quedado asombrados por la similitud entre el tribunal que persigue a K. y el Estado fascista. Este parecido no significa que Kafka fuera un profeta. Es, tan sólo, un notable ejemplo del hecho de que, una vez terminada, una obra adquiere una existencia autónoma, y con el tiempo puede llegar a ciertos niveles de significado y referencia que su autor nunca pudo prever. (Lesser, 1982: 298)<sup>62</sup>

---

<sup>59</sup> Véase además Kundera, 1981: 26-8.

<sup>60</sup> Véanse además Heller, 1977: 28; Zambrano, 1941: 3, 4 y 6.

<sup>61</sup> Véanse además Izquierdo, 1981: 38; Modern, 1975b: 172-3

<sup>62</sup> Véase además Kundera, 1981: 30.

Más allá de esta puntual discrepancia, entre los críticos existe acuerdo respecto de que la obra kafkiana refleja aspectos esenciales de la condición humana que (incluyen y) sobrepasan determinadas contingencias o períodos históricos, pues aquéllos tienen que ver con la existencia misma: “Si quisiéramos reducir a uno los motivos que inspiran sus tres novelas [*El desaparecido*, *El proceso* y *El castillo*], podríamos decir que en el fondo son expediciones en busca de la verdad, una verdad inalcanzable por su esencia, pero a la que nos podemos aproximar” (Hernández Arias, 2001a: 13).

En este contexto, la obra kafkiana no sólo abordaría fenómenos de índole sociopolítica, sino que también abarca problemas de naturaleza filosófica al interesarse por situaciones relacionadas con el (sin)sentido de la existencia: “La existencia humana, como peregrinación consumada hacia la luz, es quizá una posible explicación de la lucha obstinada e inútil del héroe kafkiano hacia un final desastroso y repetido” (Modern, 1975a: 159).

Esta desesperanzadora búsqueda se debería a que la existencia del hombre está gobernada por fuerzas o leyes ocultas que se resisten al dominio humano (Emrich, 1985: 204; Modern, 1975a: 157). Sin embargo, sobre este mismo aspecto, ha habido críticos que han planteado que, tras el aparente pesimismo que imperaría en la obra kafkiana, se halla un mensaje esperanzador con raíces existencialistas:

La palabra esperanza no es ridícula en este caso. Por el contrario, cuanto más trágica es la situación de que informa Kafka tanto más rígida y provocativa se hace esa esperanza. Cuanto más verdaderamente absurdo es *El proceso* tanto más conmovedor e ilegítimo parece el “salto” exaltado de *El castillo*. Pero aquí volvemos a encontrar en estado puro la paradoja del pensamiento existencial tal como lo expresa, por ejemplo, Kierkegaard: “Se debe herir mortalmente a la esperanza terrestre, pues solamente entonces nos salva la esperanza verdadera”. (Camus, 1981: 175-6)<sup>63</sup>

Un antecedente previo y, a mi juicio, en una posición algo más “radicalizada”, lo constituye la opinión de Max Brod en cuanto a que, a pesar del contexto sombrío en que se deben desenvolver los héroes kafkianos, en la obra de Kafka se puede advertir, finalmente, un mensaje optimista. Según Brod, la novela en que mejor se aprecia aquello es *El desaparecido*, ya que su protagonista —el joven Karl Rossmann—, logra

---

<sup>63</sup> Véanse además Citati, 1993: 148; Hernández Arias, 2001a: 67-8.



superar exitosamente las dificultades halladas en el nuevo continente, a pesar de haber sido abandonado y expulsado previamente por su familia de origen: “La novela *América* [o *El desaparecido*] está redactada con mayor dulzura, con colores más claros, con más alegría esperanzada” (Brod, 1974: 132).

Esta propuesta de Max Brod ha encontrado más detractores que defensores; esencialmente, al Max Brod editor póstumo de las obras de su amigo, se le reprocha la intromisión y manipulación que éste habría realizado en varios pasajes de los manuscritos kafkianos con el objeto de atenuar determinados aspectos y enfatizar aquéllos que resultaban más coincidentes con sus planteamientos exegéticos (Camargo, 1985: 39; Hernández Arias, 2001a: 30; Llovet, 2000: 9). Por ejemplo, a Max Brod se le acusa de haber cambiado el título de la mencionada novela reemplazando el “pesimista” o “negativo” *El desaparecido* (que así fue como la tituló Kafka), por el más neutral (y “positivo” en términos del “sueño americano”) *América* (Hernández Arias, 2001a: 24-5; Muschg, 1972: 159).

De cualquier manera, y más allá de la postura que cada lector pueda tomar en esta discusión, la verdad es que ella ha permitido revalorizar los aspectos menos tormentosos de la obra de Franz Kafka, y que habían quedado relegados de la consideración crítica a raíz del predominio de la visión más pesimista y desolada de sus textos:

En esta valoración [la “pesimista”] se olvida un aspecto importante de la obra de Kafka [...]. Hablamos del insobornable realismo de Kafka y de su gran ironía, de un humor que posee una fuerza de penetración extraordinaria, capaz de desenmascarar lo falso e inauténtico en la existencia humana. (Hernández Arias, 2001b: 16)

A pesar de haber sido subvalorado por la crítica, el sentido del humor también se halla presente en la obra de Franz Kafka: “Tal humorismo se hacía particularmente claro cuando era Kafka mismo quien leía sus obras. Por ejemplo, nosotros los amigos estallamos en risas cuando nos hizo conocer el primer capítulo de *El proceso*. Y él mismo reía tanto que por momentos no podía continuar leyendo” (Brod, 1974: 170)<sup>64</sup>.

No obstante, y a pesar de la relevancia del humor kafkiano, lo que la crítica sociopolítica y filosófica ha destacado con mayor intensidad es la agobiante atmósfera de persecución y encierro que atormenta y envuelve a los héroes kafkianos, cuyas

---

<sup>64</sup> Véanse además 118 y 173; Kundera, 1981: 28; Arendt, 1999: 190; Hernández Arias, 2001a: 41.

frustradas “peregrinaciones” existenciales suelen desarrollarse en espacios o recintos cerrados (Acosta, 1998: 70; Adorno, 1962: 274; Robert, 1970: 44). Las implicancias psíquicas que ello tiene para la vida anímica de los personajes kafkianos (así como para la del propio escritor) ha sido fuente de gran interés para otra corriente exegética kafkiana: la crítica psicoanalítica.

### **2.1.2.3 La crítica psicoanalítica**

Basada en los planteamientos teóricos del médico austríaco Sigmund Freud, la crítica psicoanalítica se ha interesado por esclarecer los orígenes psíquicos de las alteraciones emocionales que padecen los personajes kafkianos. Según la corriente anteriormente comentada (la crítica sociopolítica y filosófica), dichas alteraciones no serían más que el resultado de la nociva influencia de una serie de adversas y agobiantes circunstancias externas (léase, histórico-existenciales) que les ha tocado vivir y padecer a los héroes kafkianos (por ejemplo, la burocratización de las relaciones humanas, o la extrema indiferencia y severidad del poder, sea este divino o terrenal, etc.).

Sin embargo, una mirada más “profunda” –es decir, una como la que el psicoanálisis dice realizar al interior del individuo– revela que tales conflictos psicológicos son, en realidad, la manifestación externa de una serie de “complejos” que se encuentran alojados en las capas más profundas de la psique humana. El principal de aquellos conflictos es el complejo de Edipo. Según éste –y en reconocida alusión a la tragedia griega *Edipo rey* de Sófocles–, Freud afirma que todo ser humano experimenta intensos sentimientos de hostilidad homicida hacia el progenitor del mismo sexo, y de amor incestuoso hacia el del género opuesto.

Para llegar a concretar estas fantasías edípicas, un primer paso que debe dar el hijo consiste en desafiar y desestabilizar la autoridad paterna. No obstante, debido a la fuerte prohibición cultural (e incluso jurídica) a la que están sometidas estas aspiraciones filiales, el hijo experimenta un intenso y persecutorio sentimiento de culpa toda vez que, a pesar de dicha interdicción social, los “aberrantes” y edípicos deseos siguen alojados en su mente.

Toda esta compleja trama psíquica no sólo se urde de manera “silenciosa” al interior de las capas más profundas de la “intrincada” mente humana, sino que también se exterioriza en un conjunto de conflictivas y “laberínticas” circunstancias vitales

(como las padecidas por los héroes kafkianos), a través de las cuales el hijo no sólo persiste en su intento de satisfacer sus prohibidas aspiraciones, sino que también queda expuesto a la severa intervención de la autoridad que se encarga de procesarle, enjuiciarlo y castigarle por tan graves faltas (urdidas y) cometidas.

El resultado de toda esta trama es que el hijo queda atrapado en una insatisfactoria y problemática existencia individual marcada por la dolorosa pugna interior entre dos tipos de necesidades muy opuestos entre sí: por un lado, el deseo de que, a pesar de las prohibiciones socioculturales, sus aspiraciones puedan convertirse en realidad; y, por otro, la necesidad de recibir un severo castigo, pues, haya o no logrado finalmente transgredir la mencionada ley (o tabú), el sólo haberlo deseado lo hace sentirse merecedor de una fuerte reprobación o sanción.

Tanto el fuerte sentimiento de culpa que aqueja al hijo, como su necesidad de ser castigado por la autoridad, no parecen ser lo suficientemente poderosos como para lograr contener o reprimir sus deleznable deseos. El padre, como principal figura de autoridad, debe entonces comportarse con extrema severidad con el vástago, ya que sólo una actitud como ésta puede garantizarle que el hijo se verá realmente impedido de concretar sus homicidas e incestuosas fantasías.

Debido a que dentro de la obra de Franz Kafka aparece con frecuencia la temática de la rivalidad padre-hijo (por ejemplo en “El mundo urbano”, “La condena”, “La metamorfosis” y la “Carta al padre”), como también la de los conflictos con la autoridad –la cual, según el psicoanálisis, no es más que una transposición de la figura paterna– (por ejemplo en *El proceso* y *El castillo*), la crítica psicoanalítica ha creído encontrar en los libros del autor checo un excepcional ámbito de resonancia para los planteamientos teóricos freudianos: “La obra de Kafka aporta un fecundo campo de investigación al psicoanálisis. Sus cuentos y novelas ofrecen múltiples posibilidades de descubrimiento que aclaran ciertas zonas crípticas de la vida psíquica” (Kancyper, 1998: 326)<sup>65</sup>.

Más aún, según la crítica psicoanalítica, en la obra de Franz Kafka es posible apreciar, en toda su magnitud, los efectos devastadores que puede tener para un hijo su insistencia en satisfacer sus anhelos edípicos, pues ello conduce a la figura paterna a extremar su severidad llegando a verse obligada a desplegar los más bárbaros métodos de crueldad con el vástago:

El caso de Franz Kafka constituye uno de los ejemplos más claros en nuestro siglo de los efectos biográficos y literarios que puede llegar a tener en un ser humano el denominado “complejo de Edipo”. Es posible que los anales de la psicología universal recojan casos mucho más ostensibles, con síntomas más incontrolados; pero, en los anales de la literatura, el caso de Kafka resulta de un interés prácticamente incomparable. (Llovet, 1999a: 13-4)

En efecto, en la obra de Franz Kafka llama la atención el funesto destino de los hijos quienes, a pesar de su inicial rebelión “edípica” –a través de la cual intentan desafiar la autoridad paterna–, terminan irremediabilmente sometidos bajo la cruel omnipotencia del padre. En este sentido, la crítica psicoanalítica ha mostrado gran interés por la kafkiana figura paterna, debido a la inhumana pero eficaz crueldad con que sofoca los “arrebatos” edípicos del hijo.

Este mayor interés por la figura del padre no sería un equivocado énfasis de la exégesis psicoanalítica sino que constituiría una coherente respuesta de ésta frente al mayor realce que el propio Franz Kafka –agobiado por su personal Complejo de Edipo– le dio a la figura del padre: “Una de las obsesiones más permanentes y determinantes en la vida de Franz Kafka [...], fue, sin duda alguna, su padre” (Llovet, 1999a: 7)<sup>66</sup>. En este contexto, la “Carta al padre” constituye un documento literario de interés exegetico excepcional, ya que en ella Franz Kafka reveló, con conmovedora sinceridad, todos los sufrimientos que debió padecer a raíz del severo método educativo de su padre.

Aun cuando entre los críticos existe acuerdo respecto del carácter autobiográfico de dicha carta<sup>67</sup>, algunos de ellos tienden a relativizar la gravedad de las acusaciones que el escritor le formuló a su padre: “Por lo que sabemos a través de otras fuentes, documentales y biográficas [...], el padre del escritor no presentaba aspectos tan singulares, tan bárbaros o tan distintos de los que pudieron caracterizar a cualquier cabeza de familia durante los primeros decenios del siglo” (Llovet, 1999a: 8). En cambio, otros críticos no admiten cuestionamientos respecto de la veracidad de las acusaciones del escritor: “[Que Franz Kafka] tenía razón al quejarse de la brutalidad y la falta de tacto de su padre es algo que puede probarse sin dejar lugar a dudas”

---

<sup>65</sup> Véanse además Adorno, 1962: 266-8; Citati, 1993: 52, 65, 67, 70, 71, 80 y 117; González García, 2000: 17; Haas, 2000: 256; Hernández Arias, 2001b: 19; Lesser, 1982: 274 y ss; Stach, 2003: 21.

<sup>66</sup> Véanse además Amícola, 1993: 16; Borges, 1965: 9; González García, 2000: 17 y 21; Llovet, 1999f: 1069; Modern, 1975b: 177; Stach, 2003: 21.

<sup>67</sup> Véanse Acosta, 1998: 49; Camargo, 1985: 37; Llovet, 1999f: 1069; Wagenbach, 1970: 13. Para una opinión discrepante, véase Catelli, 2000: 31-3.

(Wagenbach, 1970: 141). No obstante, y con cierto viso contradictorio, el mismo Klaus Wagenbach admite: “[en la ‘Carta al padre’, Kafka] proyecta una imagen muy deformada de muchas circunstancias de su vida” (142). Quizás todo este contradictorio escepticismo haya sido propiciado por el propio escritor cuando, en una carta dirigida a Milena Jesenská, advirtió: “Trata de comprender al leerla [la ‘Carta...’] todas las argucias legales, es una carta de abogado” (CAM: 73).

De cualquier manera, y más allá de la mayor o menor veracidad de lo escrito en la “Carta al padre” –la cual Franz Kafka redactó en noviembre de 1919 como reacción al rechazo del padre a su compromiso matrimonial con Julie Wohryzek<sup>68</sup>–, la crítica psicoanalítica ha utilizado este texto para refrendar su hipótesis respecto del lugar primordial que ocuparía el Complejo de Edipo dentro de la vida y obra del escritor checo. Más aún, el hecho de que Franz Kafka nunca se haya atrevido a entregar a su padre tal carta –aunque según algunos críticos, fue la madre del escritor quien la habría interceptado<sup>69</sup>– constituiría una demostración adicional de la “castrada” posición de inferioridad en la que se encontraba el escritor respecto de su padre, al punto que se sentía incapaz (o “impotente”) de enfrentarle aunque fuese por escrito.

Sin embargo, no sólo la “Carta al padre” es un documento literario de gran interés para la crítica psicoanalítica; también lo son los relatos “El mundo urbano”, “La condena” y “La metamorfosis”, ya que en estas tres narraciones aparece la temática de la insubordinación filial frente a la autoridad paterna. En la primera de ellas, Oscar M. desafía a su padre llevando una vida disipada alejada de los deseos paternos; en la segunda, Georg Bendemann elabora su proyecto matrimonial sin contar con la anuencia explícita de su progenitor; y, en la tercera, Gregor Samsa renuncia a seguir comportándose como un hijo “modelo”, transformándose en un desestabilizador y amenazante insecto. Desde la perspectiva psicoanalítica, todas estas provocadoras actitudes filiales buscan no sólo desafiar la autoridad paterna, sino también preparar el terreno para concretar una de las máximas aspiraciones de todo hijo: matar al padre.

Al menos de manera explícita, la otra gran aspiración filial –consumar el incesto con la madre– se encuentra ausente en esos tres relatos (como también en toda la obra kafkiana). No obstante, la crítica psicoanalítica pasa por alto esta carencia, otorgándole gran importancia a la atribuida hostilidad homicida de los hijos, como también

---

<sup>68</sup> Véanse Camargo, 1985: 37; Hernández, 1994: 32.

<sup>69</sup> Véanse Brod, 1974: 21; Llovet, 1999b: 24.

amplificando otras supuestas fantasías incestuosas como, por ejemplo, las que Gregor tendría con su hermana Grete en “La metamorfosis”.

Frente a tan graves amenazas, los padres de cada una de esas narraciones se ven obligados a protegerse de los hostiles (y homicidas) planes de los hijos, recurriendo a los métodos más severos que están a su alcance con tal de sofocar la desafiante insubordinación de sus vástagos, aunque para ello sea necesario “castrar” de raíz al díscolo hijo. Así, por ejemplo, en “La condena” el despótico padre sentencia a su hijo a morir ahogado en el río como forma de castigarle por los planes matrimoniales que sin su consentimiento el joven estaba llevando a cabo.

Yendo todavía más allá, la exégesis psicoanalítica considera que dichas narraciones no sólo son ficción, sino que contienen además un rico sedimento autobiográfico. Esto quiere decir que en esos tres relatos Franz Kafka habría proyectado sus personales angustias edípicas dentro de las cuales el carácter iracundo de su padre, Hermann Kafka, jugó un papel determinante (Amícola, 1993: 14; Citati, 1993: 52 y 80; González García, 2000: 17). Esta hipótesis biográfica es de gran importancia para la crítica psicoanalítica, pues ella aspira, desde su peculiar modelo teórico, a interpretar no sólo la obra de Franz Kafka, sino también su vida.

En ese sentido, las actitudes desafiantes de Oscar, Georg y Gregor –los hijos protagonistas de “El mundo urbano”, “La condena”, y “La metamorfosis”, respectivamente–, constituirían una transposición literaria de la hostilidad que el propio Franz Kafka habría sentido hacia su padre. A su vez, el fracaso de cada uno de estos hijos reflejaría la frustrada aventura edípica del escritor que nunca pudo desafiar ni deshacerse de la despótica, agobiante y castradora figura de autoridad que representaba su padre para él<sup>70</sup>.

Un elemento adicional que serviría para reforzar la hipótesis del trasfondo biográfico de esos relatos lo constituye el hecho de que éstos fueron escritos en un mismo período vital del autor checo que, según los datos disponibles, fue de enorme importancia para él. En efecto, tras redactar “El mundo urbano” en febrero de 1911, en septiembre de 1912 Franz Kafka escribió “La condena”, y luego, entre noviembre y diciembre de ese mismo año, redactó “La metamorfosis” (paralela a ésta, Franz Kafka

---

<sup>70</sup> En un estudio psicoanalítico de *El proceso*, Simon O. Lesser (1982) propone que el tribunal que juzga a Josef K. constituye una fantasía paranoide de éste, y que su ejecución final representa la castración que el padre –es decir, el tribunal– comete con él (284-5).

escribió *El fogonero*, primer capítulo de su novela *El desaparecido*, en el cual también aparece la temática del conflicto padre-hijo).

Dicho período, en particular el delimitado por el año 1912, es valorado por la crítica kafkiana en general –no sólo por la psicoanalítica– como una época decisiva para la vida de Franz Kafka: “El año 1912 es muy significativo para Kafka en dos sentidos. En primer lugar, es un año muy prolífico en lo que a creación literaria se refiere; además [...], lo que escribe va a significar su confirmación como escritor” (Acosta, 1998: 32)<sup>71</sup>. En efecto, a fines de diciembre de 1912 apareció publicado su primer libro de relatos, *Contemplación*, lo cual constituyó la primera manifestación “visible” de la intención de Kafka de consagrar su vida de manera exclusiva a la creación literaria, tal como lo había revelado en enero de ese mismo año:

Cuando se hizo claro a mi organismo que el escribir era la dirección más productiva de mi naturaleza, todo tendió con apremio hacia allá y dejó vacías todas aquellas capacidades que se dirigían preferentemente hacia los gozos del sexo, la comida, la bebida, la reflexión filosófica, la música. Adelgacé en todas esas direcciones. Era necesario que así fuese, pues mis fuerzas en su conjunto eran tan exiguas que solo reunidas podían servir, mal que bien, a la finalidad de escribir. (*Diarios*: 273)

Sin embargo, a pesar de su intención de querer entregarse de manera exclusiva a la creación literaria, en la noche del 13 de agosto de 1912, ocurrió algo en la vida de Kafka que, con el paso del tiempo, se transformó en otra de sus “pasiones”: en casa de su amigo Max Brod, Kafka conoció a Felice Bauer, la joven berlinesa con quien se comprometió en matrimonio en dos ocasiones –sin concretar ninguna de ellas–, y con quien mantuvo una abundante correspondencia epistolar entre septiembre de 1912 y octubre de 1917 (la cual se ha conservado casi íntegra dando origen a los volúmenes denominados *Cartas a Felice*).

Esta relación amorosa dejó en evidencia la dificultad del escritor checo para compatibilizar sus planes matrimoniales con sus proyectos literarios; en efecto, aun cuando Franz Kafka deseaba comprometerse en matrimonio con Felice Bauer, anhelaba por otro lado dedicarse de manera exclusiva a la creación literaria, por lo cual el matrimonio (como también el trabajo) era percibido por él como una amenaza a su vocación literaria (Brod, 1974: 135; Robert, 1970: 28).

---

<sup>71</sup> Véanse además Brod, 1974: 124 y 126; Camargo, 1985: 27; Canetti, 1976: 28; Citati, 1993: 74; Stach, 2003: 27; Unseld, 1989: 65 y 77.

Las situaciones vividas por Franz Kafka aquel 1912 lo llevaron a padecer un intenso desequilibrio emocional, el cual quedó plasmado en su creación literaria de aquella época: “Esta coincidencia de sucesos importantes de su vida llevó a Kafka a un estado de excitación psíquica extrema, de la que hubo de liberarse con la redacción, en una sola noche –ocho horas de trabajo, la noche del 22 al 23 de septiembre de 1912–, de la narración *Das Urteil* (La condena)” (Unsel, 1989: 62). Esa misma *excitación psíquica extrema* lo llevó, dos meses después, a escribir “La metamorfosis”.

Para la crítica psicoanalítica, esa gran excitación emocional que afectaba a Franz Kafka era producto de su complejo de Edipo: “A finales de 1912, [Kafka] fue asaltado por su complejo edípico, cuyo alcance e implicaciones no conocía” (Citati, 1993: 117). Como una forma de contener el angustiante conflicto edípico que supuestamente le desbordaba en aquella época, el autor checo dio origen a las mencionadas narraciones, y con las cuales intentaba “liberarse” de sus personales ansiedades depositándolas en sus perseguidos y castrados personajes.

Por otra parte, la crítica psicoanalítica ha intentado refrendar su validez interpretativa apoyándose en la supuesta simpatía que el propio Franz Kafka habría sentido por la obra de Sigmund Freud: “Kafka sintió un enorme interés por la obra de Freud” (Llovet, 1992: xxviii)<sup>72</sup>. Este interés podría haber provocado incluso cierto grado de influencia de la obra del médico vienés en la del escritor checo. Al respecto, un comentario de este último acerca del fatal desenlace presente en “La condena” podría insinuar tal posibilidad: “Naturalmente he pensado en Freud” (*Diarios*: 359).

No obstante, y aun cuando las alusiones de Franz Kafka a Sigmund Freud son muy escasas y, en general, más bien neutras (CAM: 103; *Diarios*: 781), en una carta a Milena Jesenská, el autor checo se manifiesta muy crítico de las propuestas freudianas: “Creo que la parte terapéutica del psicoanálisis es un tremendo error” (CAM: 227). En consonancia con este crítico escepticismo confesado por el propio escritor, Max Brod señaló: “El mismo Franz Kafka [conoció] bien las teorías de Freud y las [consideró] una descripción sólo aproximada, cruda, que no satisfacía el detalle o, mejor aún, el latido verdadero del conflicto [de sus relatos]” (1974: 25; véase además 20, 35 y 126).

Desde esta perspectiva, parece sensato afirmar que existen más antecedentes para declarar que el escritor checo se mostró más bien distante de los postulados freudianos, y que, por tanto, la supuesta simpatía de Franz Kafka por la obra de

---

<sup>72</sup> Véanse además Aranguren, 1956: 149; Hernández Arias, 2001a: 41; Muschg, 1972: 154 y 163.



Sigmund Freud no sería un argumento válido para que la crítica psicoanalítica intentara refrendar con él sus ambiciosos planteamientos interpretativos.

Finalmente, la exégesis psicoanalítica, al igual que las otras corrientes críticas, cuenta con importantes detractores<sup>73</sup>; sin embargo, la opinión de éstos es tan rotunda como hermética, y no revela los pormenores de su rechazo, debido a lo cual me veo impedido de exponerlas.

#### **2.1.2.4 La crítica biográfica**

La crítica biográfica de la obra de Franz Kafka no siempre es reconocida con claridad como una corriente exegética diferenciada de las demás, debido, principalmente, a los lazos que la unen a la crítica psicoanalítica. En efecto, esta última corriente interpretativa suele aludir a los datos biográficos del autor checo como producto de su interés por explicar no sólo la obra de éste, sino también su vida. Sin embargo, un primer rasgo diferenciador de ambas corrientes lo constituye el que la vertiente biográfica no necesariamente se acoge a los planteamientos teóricos del psicoanálisis; al contrario, aquélla tiende a tomar distancia de las propuestas parricida-incestuosas que realiza la corriente de orientación freudiana (Llovet, 1992: xviii).

En segundo lugar, la crítica biográfica indaga en la vida del escritor no con el objetivo de explicarla sino, simplemente, con el afán de localizar elementos o situaciones vitales que permitan facilitar la comprensión de su obra. Dicho objetivo es de gran importancia para esta corriente exegética, pues la obra de Franz Kafka está estrechamente unida a su vida:

En la vida del autor se producen una serie de acontecimientos y circunstancias que [...] pueden permitir, si no llegar a una explicación, sí al menos proporcionar algunas orientaciones para entender de una manera más adecuada su producción [...]. A diferencia de otros muchos autores cuya producción se entiende sin necesidad de acudir a un conocimiento biográfico profundo, en el caso de la obra de Kafka parece como si se tratase de la presentación de acontecimientos o situaciones de los que es protagonista el hombre Kafka y a los que el escritor Kafka ha

---

<sup>73</sup> Véanse Arendt, 1999: 178; Benjamin, 1991: 150; Hernández Arias, 2001b: 15; Nabokov, 1987: 368 y 370.

proporcionado al mismo tiempo el carácter de realidad literaria. (Acosta, 1998: 15)<sup>74</sup>

En tercer lugar, y a diferencia del frustrado afán de la crítica psicoanalítica por validar de antemano sus propuestas amparándose para ello en la supuesta simpatía que Franz Kafka habría sentido por la obra freudiana, la crítica biográfica cuenta en este caso con un aval mucho más inequívoco, ya que fue el propio escritor checo quien dio numerosas y claras pistas respecto de la estrecha relación existente entre sus circunstancias vitales y el origen y contenido de sus libros. Por ejemplo, en cuanto a la vinculación entre los frustrados novios de “La condena” –Georg Bendemann y Frieda Brandenfeld– y la pareja que él mismo conformaba con Felice Bauer, Kafka esclareció lo siguiente:

Georg tiene el mismo número de letras que Franz. En el apellido Bendemann el *mann* [hombre] solo es un reforzamiento de *Bende* [...]. Pero Bende tiene el mismo número de letras que Kafka y la vocal *e* se repite en los mismos lugares que la vocal *a* en Kafka. Frieda tiene el mismo número de letras que Felice y la misma inicial, Brandenfeld tiene la misma inicial que Bauer y mediante la palabra *Feld* también cierta relación en cuanto a su significado [campesino y campo, respectivamente]. (*Diarios*: 384)

Aun cuando en otra parte Franz Kafka indicó que él advirtió ese tipo de “coincidencias” *a posteriori*<sup>75</sup>, la verdad es que en una carta a Felice Bauer (fecha el 1 de noviembre de 1912) el escritor admitió algo que antes, quizás por pudor, no se había atrevido a reconocer tan abiertamente: “Ultimamente he visto con asombro de qué manera se halla usted ligada íntimamente a mi trabajo literario, pese a que, hasta el momento, precisamente creía no pensar lo más mínimo en usted al escribir” (65). En ese sentido, la semejanza existente entre dichos nombres no sería una coincidencia fortuita, sino que constituiría una demostración de cómo los conflictos personales del escritor penetraban en sus escritos, fenómeno del cual Franz Kafka habría sido bastante consciente (Hernández Arias, 2001a: 35).

Los nombres asignados por Franz Kafka a sus personajes han sido objeto de un cuidadoso examen, detectándose así otros casos similares al anterior. Por ejemplo: en

---

<sup>74</sup> Véanse además Benjamin, 1993: 210; Llovet, 1999a: 17; Mayer, 1978: 467; Modern, 1975b: 171.

<sup>75</sup> Véanse CAF/1: 53; CAF/2: 388-9.

“La metamorfosis”, una alusión autobiográfica la constituiría el apellido de la familia Samsa que, fonética y gramaticalmente, es muy similar a Kafka: “Las *s* están en el lugar de las *k*, las *a* permanecen en el mismo lugar, y sólo se produce la mutación de una *f* por una *m* de un apellido al otro” (Llovet, 1999f: 1058; véase además 1999e: 1039). Asimismo, es posible advertir otra referencia autobiográfica en la letra *k* presente en los nombres de los protagonistas de las tres novelas de Franz Kafka (Karl Rossmann de *El desaparecido*, Josef K. de *El proceso*, y K. de *El castillo*), por lo que cada uno de estos personajes sería un álgter ego de Franz Kafka (Benjamin, 1991: 142-3; Llovet, 1999f: 1058)<sup>76</sup>.

Por otra parte, en su esfuerzo por dilucidar los nexos existentes entre la vida y la obra de Franz Kafka, la crítica biográfica ha establecido una serie de períodos creativos ligados a importantes situaciones vitales del autor: “La creación literaria de Kafka no se produjo nunca de una forma continuada, sino en determinados períodos de trabajo intensivo seguidos de otros en los que el autor no quería o no podía escribir. Estas épocas de trabajo intensivo coinciden con acontecimientos decisivos en su vida” (Camargo, 1985: 34). Dentro de esas fructíferas épocas del escritor suelen ser destacados los años en los cuales Franz Kafka inició la redacción de sus tres novelas: en 1912 *El desaparecido*, en 1914 *El proceso*, y en 1922 *El castillo* (Camargo, 1985: 34; Unseld, 1989: 62-70, 103-111, y 177-189). Dentro de cada uno de esos prolíficos períodos, el escritor checo llevó a cabo no sólo la redacción de sus más célebres narraciones, sino también mantuvo, de manera más bien constante, la escritura de sus diarios y cartas.

#### **2.1.2.4.1 Primer período de gran productividad literaria: año 1912**

Debido a que en una sección anterior –la relativa a los planteamientos biográfico-psicoanalíticos–, ya me he referido a los decisivos acontecimientos ocurridos en la vida de Franz Kafka entre agosto y diciembre de 1912 (fundamentalmente, los relativos al inicio de su relación afectiva con Felice Bauer, los cuales resultaron determinantes para

---

<sup>76</sup> La elección de nombres en Franz Kafka es tan prolija que traspasa las intenciones meramente autobiográficas, y busca establecer conexiones intertextuales. Acerca de los nombres Barnabas, Klamm y Momus (de *El castillo*), véanse Acosta, 1998: 81; Llovet, 1999f: 1064-5, 1067 y 1069; Politzer, 1966: 263 y ss; Robert, 1970: 11 y 31; Wagenbach, 1970: 154. Respecto de los nombres Huld y Titorelli (de *El*

el surgimiento de narraciones como “La condena” y “La metamorfosis”), en la presente sección abordaré aquellos hechos que, según la crítica biográfica, fueron de enorme importancia para la génesis de su primera novela, *El desaparecido*, y cuya redacción Kafka realizó de manera paralela a la de “La metamorfosis”.

En *El desaparecido* el escritor checo narra las aventuras de un joven europeo de diecisiete años –Karl Rossmann– que es expulsado de casa por sus padres como castigo por haberse involucrado sexualmente con una criada. Esa expulsión lo lleva a Estados Unidos en donde lo aguarda un tío millonario quien, en primera instancia, lo acoge cariñosamente, pero que luego, de manera intempestiva, se deshace de él al considerar que el joven no se había comportado de manera leal con él. A partir de ese momento, Karl inicia un largo y tormentoso periplo por tierras norteamericanas que le llevan a acabar formando parte de un circo teatro.

Más allá (o más acá) de los análisis biográfico-psicoanalíticos que ven en esta novela otra manifestación del complejo de Edipo del autor (a raíz de los desafíos a la autoridad que comete el personaje de la novela, primero con el padre y luego con el tío), la crítica biográfica ha señalado que en la génesis de esta novela de aventuras influyó la fuerte corriente migratoria que se producía en aquella época de ciudadanos europeos hacia Estados Unidos, fenómeno sobre el cual el escritor se manifestó interesado, según se puede advertir en sus *Diarios* en la entrada del 11 de noviembre de 1911:

En una entrevista en América sobre su viaje por Bohemia, cuenta [Thomas A.] Edison que, en su opinión, el desarrollo relativamente superior de Bohemia (en los suburbios hay calles anchas, jardincillos delante de las casas, recorriendo el país se ven fábricas en construcción) es debido a que la emigración de los checos a América es muy fuerte y los que regresan aisladamente traen de allí nuevos ímpetus. (203)

El interés de Franz Kafka por este fenómeno social se debía, en gran medida, a que dentro de esos checos emigrantes había parientes suyos que se alejaron de Europa en busca de mejores perspectivas (Northey, 1989: 61). Entre ellos destacaban los primos que dieron origen a dos de los personajes de la novela. Uno de ellos fue Otto Kafka quien, tras una frustrante estadía en Argentina, acabó convirtiéndose en un rico empresario en Estados Unidos, tal como era el tío Jakob de la novela (64; Hernández Arias, 2001a: 20). El otro primo, Robert Kafka, tuvo una influencia mucho más decisiva

---

*proceso*), véanse Izquierdo, 1981: 78; Llovet, 1999e: 1045. Sobre el nombre Frieda (de “La condena”),

en la obra, ya que en él estaría inspirado el personaje de Karl Rossmann, cuyo nombre, además, contendría otro kafkiano juego de palabras:

Su primo Robert Kafka, un adolescente de catorce años, fue seducido – eso cuenta un miembro de su familia– por la cocinera de la casa, convirtiéndose en padre a tan tierna edad. Franz Kafka parece haberse servido del nombre de su primo para formar el de su personaje, tomando las dos primeras letras del nombre y del apellido y reproduciéndolas en orden inverso: *Robert Kafka/Karl Rossmann*. (Northey, 1989: 62)<sup>77</sup>

Las peripecias norteamericanas de esos primos y demás parientes fueron seguidas con atención por la familia Kafka (ya sea a través de cartas, o por medio de las visitas que aquéllos efectuaban al viejo continente), y dieron origen a una serie de historias y versiones que, más allá de su veracidad, fueron oídas con gran interés por el escritor. Desde la perspectiva de la corriente biográfica, dichos relatos familiares estuvieron a la base de la génesis de la novela (Hernández Arias, 2001a: 16 y 20; Northey, 1989: 77).

En ese sentido, la redacción de la novela habría estado precedida por un período, más o menos prolongado, durante el cual Franz Kafka se nutrió de dichas historias, dentro de lo cual el contexto familiar fue de gran importancia. Una anotación del propio escritor parece refrendar tal posibilidad:

Una vez planeé una novela protagonizada por dos hermanos que se peleaban, y uno de ellos se iba a América, mientras el otro se quedaba en una cárcel europea. Al principio no hacía más que escribir una frase aquí y otra más allá, pues aquello me cansaba enseguida. Pero un domingo por la tarde en que estábamos todos de visita en casa de los abuelos y habíamos comido el pan untado con mantequilla, especialmente tierno, que siempre había allí, escribí algo sobre mi cárcel. (*Diarios*: 137)

No obstante, en la concepción de *El desaparecido* no sólo habría influido el contexto familiar que rodeaba al escritor, sino también sus gustos literarios y las lecturas que en aquella época él realizaba. Al respecto, dentro de la crítica kafkiana existe acuerdo en señalar a Charles Dickens como una influencia decisiva: “En el ámbito literario destaca soberana la influencia de Charles Dickens [...]. Entre los analistas de la obra se han repetido con frecuencia las sugerencias de Kafka de que Karl

---

véanse Llovet, 1999f: 1068; Kafka, 1977: 389.

<sup>77</sup> Véase además Citati, 1993: 74.

Rossmann era un pariente lejano de David Copperfield y de Oliver Twist” (Hernández Arias, 2001a: 22)<sup>78</sup>.

Aunque en un tono autocrítico algo severo, una anotación dejada por Franz Kafka apoya los planteamientos de la perspectiva biográfica: “*El fogonero* [primer capítulo de la novela], pura imitación de Dickens; la novela proyectada [capítulos restantes], más todavía [...]. Mi intención era escribir una novela de Dickens, únicamente enriquecida con las luces más vivas que he tomado de nuestra época y con las más opacas que saco de mí mismo” (*Diarios*: 633-4)<sup>79</sup>.

#### **2.1.2.4.2 Segundo período de gran productividad literaria: año 1914<sup>80</sup>**

Respecto al segundo período de gran producción literaria en Franz Kafka, año 1914, la crítica biográfica ha identificado una serie de acontecimientos que habrían sido determinantes en la génesis de *El proceso*, la segunda novela del autor checo, y cuya redacción éste inició en torno al 10 u 11 de agosto de ese año, e interrumpió en enero de 1915 (Llovet 1999e: 1037; Stach, 2003: 578). Los importantes sucesos señalados por la crítica biográfica son básicamente dos: en primer lugar, la ceremonia realizada en Berlín el 1 de junio de 1914 en la cual Franz Kafka y Felice Bauer se comprometieron a contraer matrimonio; y, en segundo lugar, el encuentro efectuado el 12 de julio de ese mismo año en el hotel Askanischer Hof de Berlín, y en el cual la pareja puso fin a dicho compromiso.

Esos dos acontecimientos fueron experimentados con gran desasosiego por Kafka, ya que ambos le sometían a consecuencias que resultaban muy desagradables para él; el primero de ellos lo “condenaba” al matrimonio, mientras que el segundo lo “sentenciaba” a perder a Felice. En ese sentido, Franz Kafka experimentó ambos hechos como si formaran parte de un “proceso” llevado en su contra. Al respecto, y refiriéndose al primero de ellos (la ceremonia del compromiso efectuada el 1 de junio), Franz Kafka escribió en su Diario: “Estuve atado como un criminal. Si me hubiesen puesto en un rincón con cadenas de verdad, y apostado gendarmes delante de mí, y solo de esa forma

---

<sup>78</sup> Véase además Llovet, 1999d: 1027-8.

<sup>79</sup> Aunque la crítica no ha señalado una influencia directa en la novela aquí comentada, otro de los autores predilectos de Franz Kafka fue Gustav Flaubert. Respecto a los gustos literarios de Kafka, véanse Brod, 1974: 47 y 67; Hernández Arias, 2001a: 37 y 41; Llovet, 1999c: 34-5n; Nabokov, 1987: 370; Unseld, 1989: 34; Wagenbach, 1970: 113.

me hubieran dejado observar, no habría sido peor. Y aquello era mi compromiso de boda” (408). En cuanto al segundo, Kafka le indicó lo siguiente a su amiga Grete Bloch (una de las promotoras del “tribunal” del hotel en donde, en presencia de Felice, sus padres y una hermana de ésta, Kafka fue interrogado acerca de sus dudas sobre casarse con Felice): “En el [hotel] Askanischer Hof se erigió usted en juez frente a mí –fue horrible para usted, para mí, para todos–” (CAF: 621)<sup>81</sup>.

En su libro *El otro proceso de Kafka*, fue Elías Canetti (1976) quien planteó originalmente la tesis de que la relación (o “proceso”) con Felice Bauer fue determinante para que el escritor checo diera origen a su segunda novela. Junto a ese factor de tipo personal, Canetti señaló que en la concepción de la novela también tuvo una gran incidencia el comienzo de la Primera Guerra Mundial, la cual se inició dos semanas después de la ruptura del compromiso matrimonial:

La forma en que quedó disuelto el compromiso, su forma concentrada a modo de “tribunal” [...] ejerció en él un efecto aplastante. Su reacción comenzó a formularse a principios de agosto. El proceso que a lo largo de dos años se había ido desarrollando por medio de cartas entre él y Felice, se convirtió entonces en ese otro proceso [la novela] que todo el mundo conoce [...]. Al mismo tiempo inicia sus sesiones el juicio universal: estalla la guerra mundial [...]. Hicieron falta dos cosas [para la concepción de la novela]: un golpe muy fuerte [...], como lo fue aquel “tribunal” [...], y un nexo entre el infierno exterior del mundo y su infierno interior. Ello tuvo lugar en agosto de 1914. (105-7)

Los críticos kafkianos tienden a refrendar los planteamientos de Elías Canetti<sup>82</sup>, y concuerdan en que, desde la perspectiva propuesta por el premio Nobel, *El proceso* es una especie de fantasía punitiva producto de la culpa experimentada por el escritor, puesto que fue él, con su indecisión, quien precipitó la ruptura de la relación amorosa (Stach, 2003: 584; Wagenbach, 1970: 117).

Como una manera de validar aún más esta visión, la crítica biográfica ha advertido una serie de semejanzas existentes entre el autor y el protagonista de la novela. En primer lugar, respecto a la ya comentada “coincidencia” de la letra *k* presente tanto en el apellido del escritor como en el del personaje –Josef K.–, me parece conveniente mencionar una curiosa anécdota referida por el propio escritor en la que él

---

<sup>80</sup> Véanse Canetti, 1976: 135; Unsel, 1989: 103-111.

<sup>81</sup> Véase además *Diarios*: 515-6.

<sup>82</sup> Véanse Izquierdo, 1981: 21 y 119; Llovet, 1999e: 1040-1; Stach, 2003: 22 y 235. Para una opinión discrepante, véase Hernández Arias, 2001a: 45-6.

mismo habría sido “víctima” del intercambio de identidades entre ambos: “Aunque en el hotel he escrito claramente mi nombre, aunque también ellos lo han escrito correctamente ya dos veces, en el registro de abajo pone Josef K. ¿Debo aclarárselo yo, o debo dejar que me lo aclaren ellos?” (*Diarios*: 669)<sup>83</sup>.

En esa misma dirección, la crítica biográfica ha destacado la similar edad de ambos –31 años– al momento de padecer sus respectivas “ejecuciones”. En efecto, nueve días antes de que sesionara el “tribunal” del hotel Askanišer Hof, Franz Kafka había cumplido dicha edad, mientras que Josef K. es asesinado en la víspera de cumplir tal aniversario (Hernández Arias, 2001a: 35).

Por otra parte, en cuanto a la “presencia” de Felice Bauer en la novela, ésta también puede ser advertida, ya que las iniciales de su nombre y su apellido están presentes en el apelativo de la joven hacia la cual Josef K. se siente fuertemente atraído: Fräulein Bürstner (Hernández, 1994: 34; Hernández Arias, 2001a: 35). Asimismo, la hipótesis acerca de la presencia de Felice en la novela aparece reforzada, pues, tal como ocurrió con la pareja compuesta por aquella y el escritor, la unión de la señorita Bürstner con Josef K. tampoco pudo concretarse debido, en este caso, al proceso al cual es sometido el protagonista. No obstante, la crítica ha advertido sobre otra posible causa para tal impedimento; la imagen negativa (o instrumental) que Franz Kafka (y Josef K., por extensión) tenía de la mujer:

En la obra de Kafka las figuras femeninas han sido concebidas en cierto modo como prostitutas; las relaciones entre ellas y el protagonista son de tal índole que no pueden conducir al matrimonio, sólo se establecen en *estado de inconsciencia* y son *seducciones* en un *lugar extraño*; de esta forma satisfacen el ideal soñado por Kafka: ceder al anhelo de comunicación bajo circunstancias que excluyesen la posibilidad de una comunidad. [cursivas en el original] (Wagenbach, 1970: 100)<sup>84</sup>

A este respecto, dentro de la exégesis biográfica se ha llegado a la conclusión de que, más allá de los genuinos sentimientos que Franz Kafka pudo experimentar hacia Felice Bauer, de parte del escritor predominó un fuerte afán de instrumentalización de dicha relación<sup>85</sup>, pues aquél esperaba que ésta le “sirviera”, principalmente, para potenciar su trabajo literario: “Cada vez que [a Kafka] se le agotaba la energía

---

<sup>83</sup> Respecto al posible origen del nombre Josef K., véase Stach, 2003: 577-8.

<sup>84</sup> Véanse además Adorno, 1962: 283; Benjamin, 1993: 215; Brod, 1974: 115 y 201; Hernández, 1994: 39; Llovet, 1999e: 1042-3; Modern, 1975b: 178 y ss; Robert, 1970: 52; Wagenbach, 1970: 99.

<sup>85</sup> Véanse Stach, 2003: 137; Canetti, 1976: 183.



inspiradora, sus contactos personales con Felice se estrechaban. Enfrentado a la inseguridad de sus capacidades creadoras, Kafka se aferraba a la ‘seguridad’ de la compañía femenina” (Unsel, 1989: 103; véase además 104).

En ese sentido, la distancia geográfica que separaba a Kafka y a Felice – recuérdese que él vivía en Praga y ella en Berlín– pudo resultar, más allá de los eventuales inconvenientes, altamente ventajosa para el escritor, pues el caso contrario, es decir la “excesiva” proximidad, podría haber resultado asfixiante para él; desde esa perspectiva, y en especial tratándose de un escritor, la relación epistolar establecida entre ambos se transformó en el medio ideal para mantener dicho vínculo, puesto que, a través de aquella, Kafka podía mantener cercana y distante a la vez a su pareja, pero siempre dispuesta a “nutrirlo” de aquellas cosas que él buscaba en ella: “La intención más profunda del intercambio epistolar [...]: establecer un nexo de unión, un canal, entre la laboriosidad y la salud de ella y la indecisión y la debilidad de él. Por encima de la distancia entre Praga y Berlín [Kafka] quiere aferrarse a la fortaleza de ella” (Canetti, 1976: 26-7; véase además 30 y 190; Hernández, 1994: 29).

A este respecto, los planteamientos de la exégesis biográfica vuelven a encontrar asidero en las palabras del propio escritor: “No puedo ni por un momento renunciar a tus cartas [las de Felice]. La necesidad de tener noticias tuyas es algo que ocupa todo mi ser. Sólo tus cartas me hacen capaz de exteriorizar las cosas más secundarias de la vida. Tengo necesidad de una carta tuya para mover adecuadamente el dedo meñique” (CAF/2: 344). En otra carta, y utilizando un tono mucho más crudo y franco, Kafka le espeta a Felice: “Mi anhelo de una correspondencia postal lo más ininterrumpida posible contigo no tiene su verdadera razón en el amor [...], sino en mi desdichada situación anímica” (356; véase además, 374 y 402).

La fortaleza femenina la necesitaban Kafka y sus héroes; él para potenciar su trabajo literario, y ellos para intentar salir de los atolladeros en que se hallaban sumidos: “En los héroes de Kafka se impone la necesidad de aferrarse al mundo que los rechaza [...]. Para conseguirlo [...], no ven nada más natural que hacerlo a través de la mujer. Porque oscuramente intuyen que lo que buscan –y no han encontrado– puede estar, y efectivamente está en la naturaleza femenina” (Modern, 1975b: 182-3). Pero esta aparente idealización de lo femenino supone, al mismo tiempo, su degradación, pues la mujer sólo es vista como un medio, no como un fin.

Por otro lado, y más allá de las posibles interpretaciones discrepantes respecto de las coincidencias obra-vida referidas, lo cierto es que, al igual que lo ocurrido con la

productividad literaria de Franz Kafka durante el segundo semestre de 1912 –período en el que escribió “La condena”, “La metamorfosis” e inició la redacción de *El desaparecido*–, entre agosto de 1914 y diciembre de ese mismo año, la productividad literaria de Franz Kafka experimentó un significativo repunte. Con su habitual tono de disconformidad, el propio Kafka realizó un recuento de todo lo escrito durante ese fructífero período:

Desde agosto he trabajado, en general, no poco y no mal, pero ni en el primer aspecto ni en el segundo, lo he hecho hasta los límites de mi capacidad, como tendría que haber sido, especialmente porque, según todas las previsiones (insomnio, dolores de cabeza, insuficiencia cardíaca), mi capacidad no durará ya mucho tiempo. Escrito sin terminar: *El proceso*, *Recuerdos del ferrocarril de Kalda*, *El maestro del pueblo*, *El fiscal suplente*, y otros comienzos menores. Terminados sólo están: *En la colonia penitenciaria* y un capítulo de *El desaparecido* [...]. No sé por qué hago este recuento, no va conmigo. (*Diarios*: 541)

Finalmente, y al igual que lo realizado con la novela *El desaparecido*, la crítica biográfica ha destacado la influencia de las lecturas y los gustos literarios de Franz Kafka en la génesis de *El proceso*. En ese sentido, Hernández Arias (2001a: 37-41) ha distinguido tres grandes grupos de influencia literaria: la religiosa, la filosófica y la narrativa<sup>86</sup>.

#### **2.1.2.4.3 Tercer período de gran productividad literaria: año 1922**

La crítica biográfica coincide en señalar que el período 1920-1921 fue de escasa producción literaria por parte de Franz Kafka<sup>87</sup>, y que a partir de enero de 1922, cuando el escritor checo habría comenzado la redacción de *El castillo*, éste inició una época de gran productividad<sup>88</sup>. Nuevamente, para que tal cambio se produjese, en la vida de Kafka debieron concurrir una serie de acontecimientos que se transformaron en el impulso que el autor necesitaba para iniciar otro período productivo:

---

<sup>86</sup> Respecto de otro tipo de coincidencias obra-vida, véase Hernández, 1994: 40-1.

<sup>87</sup> Véanse Acosta, 1998: 52 y 58-60; Hernández Arias, 2001a: 51.

<sup>88</sup> Véanse Acosta, 1998: 52-3 y 61; Hernández Arias, 2001a: 52; Llovet, 1999f: 1052-3 y 1055; Unseld, 1989: 177 y ss.

Como ya sucedió con *El proceso*, la redacción de *El castillo* se corresponde con un período muy productivo en la vida de Kafka, después de un tiempo de relativa inactividad literaria [...]. Es un hecho que no poseemos escrito alguno de Kafka atribuible con plena seguridad al año 1921 –y pocos de 1920–, y que la redacción de *El castillo*, simultánea a la redacción de una serie de narraciones –como era habitual en el modo de escribir de Kafka–, debe entenderse como síntoma de uno de esos momentos álgidos en la carrera literaria del autor, precisamente después de una de sus peores crisis de salud. (Llovet, 1999f: 1053)

En efecto, uno de los principales acontecimientos que la crítica biográfica identifica como responsable de la reactivación literaria de Franz Kafka fue el progresivo deterioro de su salud<sup>89</sup>, proceso que se había iniciado a comienzos de septiembre de 1917 cuando al escritor se le diagnosticó tuberculosis pulmonar, motivo por el cual, en diciembre de ese mismo año, rompió definitivamente su segundo compromiso matrimonial con Felice Bauer. Adicionalmente, y debido al mismo motivo, Franz Kafka obtuvo una serie de prolongados permisos laborales para que se pudiera trasladar al campo o a sanatorios, y así intentar curarse de su enfermedad. Finalmente, y producto de la imposibilidad de sanar de la tuberculosis, el escritor obtuvo, el 1 de junio de 1922, su jubilación definitiva, es decir, cuando aún se encontraba redactando *El castillo* (el cual habría abandonado en septiembre de ese mismo año)<sup>90</sup>.

Desde esa perspectiva, la crítica biográfica plantea que el deterioro físico padecido por Franz Kafka, lejos de bloquear definitivamente su potencial creador, fue el responsable de una mayor excitación de este último, lo cual se tradujo en una entrega aún más intensa al trabajo literario a raíz de la creencia del escritor checo de que él había fracasado, definitivamente, en otros planos de la vida (que para él seguían siendo importantes) como, por ejemplo, la posibilidad de casarse y de emanciparse de su familia y de formar una propia.

Este último aspecto es especialmente importante, pues en aquella época Kafka debió enfrentar nuevamente la imposibilidad de conformar una familia a raíz del rompimiento de su relación con Milena Jesenská, una joven vienesa que había traducido al checo algunos de sus escritos (recuérdese que Kafka escribía en alemán). Franz Kafka fue amante de Milena hasta que ella optó por permanecer junto a su marido poniendo término, de manera definitiva, a su relación amorosa con el escritor. Según la crítica biográfica, este rompimiento provocó una crisis sentimental en el escritor tan fuerte

---

<sup>89</sup> Véanse Acosta, 1998: 51 y 58; Hernández Arias, 2001a: 54; Llovet, 1999f: 1055.

como la padecida por éste en 1914 a raíz de su primera ruptura con Felice Bauer; debido a ello, la crítica biográfica considera el rompimiento de su relación con Milena Jesenská como otro de los factores determinantes para la génesis de *El castillo*: “*El castillo* puede leerse [...] como una especie de ‘réplica literaria’ de las relaciones entre Kafka y Milena Jesenská, del mismo modo que, según analizó muy bien Elías Canetti, *El proceso* puede entenderse como una ‘réplica literaria’ de las relaciones entre Kafka y Felice Bauer” (Llovet, 1999f: 1069)<sup>91</sup>.

Como demostración de la influencia de la crisis sentimental padecida por Kafka a raíz de la ruptura con Milena, la crítica biográfica señala el triángulo amoroso existente en *El castillo* conformado por K. (el protagonista de la novela), Klamm (un alto funcionario de la administración) y Frieda (amante de Klamm), el cual constituiría la transposición literaria del triángulo protagonizado por Franz Kafka, Milena y el esposo de ésta, ya que al igual que lo ocurrido entre el escritor y Milena, K. termina siendo abandonado por Frieda debido a que ésta, tras una breve fuga con K., acaba dando prioridad a la seguridad y protección que ella podía agenciarse gracias a su relación con Klamm, cuestiones que era imposible que K. pudiera satisfacer debido a la precaria y “proscrita” situación en la que éste se encontraba al interior del pueblo (Acosta, 1998: 90-1; Izquierdo, 1981: 109-10; Llovet, 1999f: 1066; Wagenbach, 1970: 154-5).

En efecto, desde su llegada al pueblo, K. se ve enfrentado a una muy incómoda situación, al ser informado que, a pesar de que él afirma haber sido llamado por la administración del castillo para desempeñar labores de agrimensor, en el pueblo nadie aguarda su llegada, ni menos aún las supuestas labores de un agrimensor. A raíz de esto, a K. se le hace saber que su presencia allí resulta inoportuna, indeseable y sospechosa; esto último parece ser confirmado por el propio K., ya que éste ni siquiera dispone de la autorización para pernoctar en el pueblo que todo extranjero o visitante debe poseer. Sin embargo, K. se niega a abandonar el pueblo y, a partir de ese momento, inicia una obstinada “peregrinación” con la intención de acceder a los altos (e inaccesibles) funcionarios del castillo (Klamm, entre ellos) con el objeto de encontrar la documentación o prueba inequívoca de que su presencia en el pueblo sí tenía un sentido, y que él sí era aguardado por el castillo.

---

<sup>90</sup> Véase Acosta, 1998: 58; Llovet, 1999f: 1056.

<sup>91</sup> Véase además Hernández Arias, 2001a: 61.

Sin embargo, y a pesar de su obstinación (o debido a ella), K. no logra entrevistarse con el esquivo Klamm (quien habría sido el responsable de la inicial solicitud sobre la llegada de K. al pueblo); en lugar de ello, los esfuerzos de K. se ven frustrados por la acción de una enmarañada burocracia que se comporta de manera indiferente respecto de la lamentable situación del agrimensor. No obstante, dicha obstinación de K. no es fruto de un afán meramente disruptivo o desafiante de su parte, sino que estaría asociada al intenso (y desesperado) deseo del protagonista por sentirse aceptado e integrado en la sociedad:

*El castillo* puede entenderse como la construcción literaria de un mundo ficticio específico que gira en torno al protagonista, K., que se mueve dentro de un medio social, de un tiempo y de un espacio específicos. Dentro de estas coordenadas el antihéroe novelesco se ha propuesto el objetivo –que no va a conseguir– de organizar su vida integrándose socialmente mediante el trabajo, familiarmente mediante el matrimonio y *políticamente* mediante la aceptación de la autoridad en su componente burocrático-administrativo. Dentro de todo este complejo vital, la relación amorosa desempeña un papel especialmente relevante. [cursiva en el original] (Acosta, 1998: 100-1)<sup>92</sup>

Desde la perspectiva de la crítica biográfica, las “obstinadas” aspiraciones de K. constituirían una “réplica” literaria de los anhelos que en torno a aquella época –y desde antes– “desvelaban” al propio Kafka. En ese sentido, el fracaso de su relación amorosa con Milena Jesenská no habría hecho otra cosa más que confirmar la visión pesimista que Franz Kafka tenía respecto de las posibilidades de su propia integración en el orden social: el fracaso de K. presagia (o refrenda) el fracaso de Kafka en su propio intento por ser admitido en el “castillo social”.

La crítica biográfica ha llamado la atención acerca del significado de la palabra agrimensor (*Landvermesser*, en alemán), y de las asociaciones que de ella se derivan (Acosta, 1998: 76-7; Llovet, 1999f: 1062). La palabra *Landvermesser* quiere decir literalmente “el que mide la tierra”, es decir, aquel que fija límites, establece un orden y acota el terreno de la existencia y la convivencia social poniendo en “armonía” no sólo la vida de los demás, sino también la propia. Esto último es precisamente lo que Franz Kafka habría aspirado a realizar con la suya en lo que, finalmente, sería la última etapa de ella. Sin embargo, tal como en la novela K. se ve impedido de llevar a cabo su tarea de agrimensor, Kafka sufre el mismo impedimento respecto de su vida: en realidad, lo

ocurrido con K. sería sólo el reflejo de lo padecido por el “agrimensor Kafka”. Desde esa perspectiva, los críticos puntualizan que cobra relevancia la palabra *vermessen* (audaz o temerario), pues la *hybris* de la cual parece haber estado poseído el obstinado K. fue lo que lo habría hecho merecedor de la cruel y punitiva indiferencia de los dioses-funcionarios del castillo.

Como una forma de no dejar lugar a dudas respecto de la “ semejanza ” entre K. y Franz Kafka, la crítica biográfica señala un conjunto de características a través de las cuales se confirma la “ similitud ” de ambos. Por ejemplo, la edad: al momento de comenzar a redactar *El castillo* Kafka tenía treinta y ocho años, mientras que en la novela K. es definido como un hombre de treinta y tantos años (Llovet, 1999f: 1063). Asimismo, la crítica señala que la burocracia es una experiencia compartida por ambos, ya que en su trabajo de la Compañía de Seguros Franz Kafka debía hacer frente a un enmarañado laberinto administrativo tal como el que padece K. en la novela (1066). Por otra parte, los críticos puntualizan que Kafka comenzó a escribir la novela utilizando la primera persona, y que sólo posteriormente reemplazó el *Ich* (yo, en alemán) por la letra K., la cual, como ya he comentado, seguía aludiendo al propio autor (1057-8 y 1063)<sup>93</sup>.

Finalmente, la crítica biográfica ha señalado la influencia de las lecturas y los gustos literarios de Franz Kafka en la génesis de *El castillo*. Al respecto son destacadas dos novelas que abordan la temática de la burocracia y su nociva repercusión en los individuos: *Resurrección* de León Tolstoi, y *La otra parte* de Alfred Kubin (Hernández Arias, 2001a: 59 y 71; Llovet, 1999f: 1063-4).

---

<sup>92</sup> Véanse además Hernández Arias, 2001a: 66; Wagenbach, 1970: 154-5.

<sup>93</sup> Véanse además Hernández Arias, 2001a: 53. Respecto a otras semejanzas obra-vida, véanse Llovet 1999f: 1064, 1069 y 1072; Wagenbach, 1970: 154-5. Acerca del posible origen del pueblo y del castillo de la novela, véanse Wagenbach, 1970: 154. Respecto de opiniones discrepantes acerca de esto último, véanse Acosta, 1998: 68-9; Llovet, 1999f: 1059-61.

## **2.2 La temática familiar en la obra de Franz Kafka**

### **2.2.1 Drama edípico y conflicto generacional (una visión crítica de la exégesis kafkiana)**

Como he señalado en secciones precedentes, parte de la exégesis kafkiana ha mostrado un especial interés por las narraciones de Franz Kafka que tienen como temática principal un conflicto de índole familiar. Dentro de esas narraciones suelen ser destacadas “La condena”, “La metamorfosis”, “El fogonero”, y el texto autobiográfico de la “Carta al padre”. Debido a que la exégesis que ha predominado sobre estos escritos es de corte psicoanalítico, el rico y complejo conflicto familiar que Kafka presenta en esos textos ha sido reducido por dicha corriente interpretativa a la consabida problemática edípica.

Desde esa perspectiva exegética, lo que Franz Kafka habría representado en sus textos no es más que la arcaica lucha en la que cíclicamente se ven enzarzados los padres y los hijos de todas las generaciones, pugna que es producto de los afanes parricidas del vástago y de los castradores ataques del progenitor: “Kafka consigue construir la mejor expresión literaria de un problema que, si bien es constante en toda la historia de la humanidad, presenta unas características especiales y agudas en su época: el conflicto de generaciones, la rebelión edípica de los hijos frente a la autoridad paterna” (González García, 2000: 17).

Sobre esos mismos relatos ha recaído también la mirada de la corriente biográfica. Entre otras cosas, ésta se ha interesado por detectar el conjunto de semejanzas existentes entre el autor y el protagonista como una forma de arribar a la inequívoca (¿y obvia?) conclusión de que en aquellos relatos Franz Kafka dejó plasmados sus personales conflictos vitales, en particular el más angustiante de todos ellos: la lucha con su padre Hermann Kafka (Camargo, 1985: 42-45, 49 y 56-7; González García, 2000: 32-5; Llovet, 1992: xxvii-xxi; Llovet, 1999f: 1059).

Desde este último punto de vista, la compleja temática familiar kafkiana quedaría reducida a un mero conflicto generacional (Camargo, 1985: 41-2 y 56-7), a través del cual los hijos intentan modificar la “relación de fuerzas” predominante en la interacción padre-hijo (dentro de la cual el progenitor ocupa un lugar privilegiado mientras que el vástago se halla relegado a una menoscabada posición de inferioridad).

Como una forma de poner término a esa situación, el hijo siente la necesidad (y el derecho) de desbancar al entronizado padre (la crítica psicoanalítica diría: matar al todopoderoso padre).

En ese contexto, Ángeles Camargo (1985) propone que “La condena” y “La metamorfosis” poseen una similar estructura narrativa, a través de la cual se desarrolla el conflicto generacional presente en cada uno de esos relatos (42). Dicha estructura narrativa está compuesta por tres fases: en la primera de ellas, el padre ocupa una posición de superioridad respecto de su hijo (esta fase corresponde al período de la relación que es posible inferir a partir de la información entregada por el relato); en la segunda, el hijo se transforma en el jefe de hogar, pasando el padre a depender de él (ese es el momento en que el hijo ha logrado desbancar al padre); finalmente en la tercera, el padre recupera el poder y la fuerza que había perdido y termina por imponerse en la pugna generacional entablada con el hijo.

Desde mi perspectiva, además de que las dos visiones descritas acaban llegando a un terreno bastante común (pues el conflicto generacional propuesto por la crítica biográfica podría poseer claros visos edípicos), ellas resultan insuficientes para abordar correcta e íntegramente tales relatos, ya que, con sus respectivos énfasis, dichas corrientes exegéticas omiten una serie de importantes aspectos presentes en esas narraciones; el principal de ellos: la participación de otros miembros del grupo familiar como, por ejemplo, la madre o la hermana del protagonista.

A mi juicio, la participación de otros integrantes del grupo familiar no debe ser considerada, bajo ningún punto de vista, como una cuestión de relevancia menor o como si aquéllos cumplieran el papel de mera comparsa dentro del supuesto drama edípico o conflicto generacional que estarían protagonizando padre e hijo. Muy por el contrario, la incorporación que Franz Kafka realiza en sus textos de otros integrantes de la familia es de enorme importancia, ya que a través de ellos el autor checo amplía la problemática familiar construyendo una compleja trama dentro de la cual padre e hijo son tan importantes como los demás miembros.

Dicha trama está asociada a la compleja interacción que establecen los miembros de las familias kafkianas y que tiene como objetivo fundamental impedir la emancipación de cualquiera de ellos, en especial, la del hijo que, por las características de su desarrollo evolutivo (por ejemplo, la edad), podría estar en condiciones de iniciar su proceso emancipador. Este hijo se ve sometido a tal impedimento a raíz de que la familia ha depositado en él la responsabilidad de colaborar activamente en la



mantención económica del hogar como consecuencia de que los padres se han declarado incapacitados (por enfermedad o edad avanzada) para seguir cumpliendo tal labor. De ese modo, el hijo pasa a ocupar un lugar tan importante dentro del funcionamiento familiar que su presencia al interior de la familia se convierte en indispensable para los demás miembros, debido a lo cual su eventual emancipación se transforma en una situación inimaginable al interior de ese grupo.

Los hijos kafkianos deben asumir responsabilidades de tanta envergadura –como tener que transformarse en “jefes de hogar”– no por simple comodidad de los progenitores, sino porque éstos funcionan bajo la creencia de que los hijos tienen que estar “al servicio” de sus padres, ya sea como sirvientes solícitos o bien como esclavos sumisos. En este sentido, obsérvese la enorme paradoja en la que quedan sumidos los hijos kafkianos, pues al tiempo de ser considerados “jefes” (de hogar) son tratados como “sirvientes” o “esclavos” (de ese mismo hogar); debido a su importancia, sobre esta paradoja volveré más adelante.

En ese contexto, cualquier amago de los hijos por “sabotear” ese esquema mental parental (y funcionamiento familiar, por extensión) es severamente reprendido por los padres, ya que éstos experimentan dichos intentos filiales como muestras de insubordinación, maldad o locura (traición, a fin de cuentas). Por el contrario, el solícito sometimiento por parte del hijo a las expectativas y exigencias parentales es valorado positivamente por la familia, debido a lo cual el joven se hace acreedor del calificativo de hijo modelo o leal. Eso sí, para acceder a tan alta “distinción”, el hijo kafkiano tiene que realizar un enorme sacrificio, puesto que debe anteponer las necesidades y aspiraciones familiares, relegando las suyas a un segundo plano, en especial, aquellas relativas a sus eventuales anhelos emancipadores.

En suma, lejos de mostrar una problemática de índole edípica o generacional, lo que presentan los aludidos relatos kafkianos es un conflicto de tipo familiar caracterizado, por un lado, por el conjunto de maniobras que realiza una (desesperada) familia que intenta retener a un hijo que, potencialmente, podría abandonar el hogar (desprendiéndose así de su doble condición de “jefe-esclavo”), y, por otro, los esfuerzos que realiza dicho hijo por hacer compatibles las expectativas parentales (en cuanto a que él siga estrechamente ligado a la familia) con sus necesidades personales de poder emanciparse del núcleo familiar; no obstante, y tal como comentaré más adelante, los funestos desenlaces de los relatos kafkianos demuestran que no es posible armonizar tan opuestas demandas.

En este sentido, discrepo de José Rafael Hernández Arias (2001b), pues, aun cuando él también alude a la importancia de la temática de la emancipación dentro de relatos como “La condena”, “La metamorfosis” y “El fogonero”, lo hace, por un lado, asociándola a motivos freudianos (19), y, por otro, minimizando su trascendencia exegética (20). En la siguiente sección intentaré fundamentar la enorme relevancia y complejidad de la temática de la emancipación filial en la obra de Franz Kafka.

### **2.2.2 Cohesión familiar, emancipación filial y el sacrificio de los hijos**

Franz Kafka no sólo mostró especial interés por abordar conflictos de índole familiar dentro de sus obras, sino que además se preocupó de organizar la edición de éstas de manera tal que los lectores pudieran advertir claramente la relevancia que poseía la problemática familiar por sobre otros aspectos de la obra que, en principio, podían resultar más significativos o llamativos. Al respecto, resulta pertinente recordar la intervención que a fines de octubre de 1915 Franz Kafka realizó ante su editor a objeto de asegurarse de que en la ilustración de la portada de “La metamorfosis” no apareciera dibujado un insecto (es decir, el elemento más llamativo o “efectista” de la obra) sino un grupo familiar (Camargo, 1985: 51; González García, 2000: 15-6; Llovet, 1992: xiii; Unseld, 1989: 101).

Una similar preocupación editorial manifestó Kafka cuando, en abril de 1913, le escribió a su editor sugiriéndole la publicación de “El fogonero”, “La metamorfosis” y “La condena” en un solo volumen titulado *Los hijos*<sup>94</sup>. Aun cuando el volumen no fue publicado en vida del autor, dicho proyecto editorial permite constatar el interés de Kafka por poner de manifiesto los “nexos visibles y secretos” existentes entre esos relatos (Hernández Arias, 2001b: 19).

A pesar de que en esa oportunidad Kafka no detalló a su editor cuáles eran esos importantes nexos, a mi juicio éstos pueden ser inferidos tras una minuciosa lectura de la obra kafkiana, y agrupados de la siguiente manera: importancia de la cohesión y la lealtad como medio de garantizar la supervivencia y el equilibrio de la familia; necesidad de que los hijos renuncien a sus planes de emancipación del grupo familiar; y necesidad de que los hijos se sacrifiquen por sus padres comportándose como solícitos

sirvientes de éstos. Un examen de cada uno de esos importantes aspectos permitirá comprender de mejor manera no sólo por qué Kafka quiso publicar el volumen *Los hijos*, sino también cuáles son las raíces de los conflictos familiares que el autor checo desarrolla en sus obras.

### 2.2.2.1 Cohesión, lealtad y expulsión familiar

En la entrada del 26 de febrero de 1912, Kafka realizó en su diario una anotación en la cual describió el apacible paseo que un grupo de gente daba por la calle; tras la aparente insignificancia de ese cotidiano registro se esconde, a mi juicio, un anticipo de lo que a partir de ese año se convirtió en un tema central de la obra kafkiana, la cohesión familiar:

Las familias permanecían bien unidas, y si alguna vez se deshacían en una larga hilera, enseguida surgían brazos que se tendían hacia atrás, manos que hacían señas, llamadas con nombres cariñosos, que reunían a los perdidos. Hombres abandonados a sí mismos intentaban aislarse todavía más metiéndose las manos en los bolsillos. Una tontería ridícula. (*Diarios*: 304)

Considero que en ese breve pasaje, Kafka condensó el rasgo esencial que, a su juicio, posee una familia cual es el de comportarse como un sistema cerrado que desalienta la diferenciación individual promoviendo en su reemplazo un conjunto de interacciones entre sus miembros (“brazos”, “señas”, “llamadas”) orientado a garantizar una homeostática cohesión interna: “La familia es, en consecuencia, un organismo, pero complicado y desequilibrado en extremo; al igual que todo organismo, también la familia aspira de continuo al equilibrio” (Kafka citado por Brod, 1974: 210). Para preservar dicho equilibrio familiar es esencial el compromiso de cada uno de los miembros quienes, en vez de cometer la “tontería ridícula” de “aislarse con las manos en los bolsillos”, deben extender éstas hacia los demás integrantes de la familia en un inequívoco gesto de leal y cariñosa entrega al grupo.

A diferencia de las amistosas intervenciones desplegadas por las personas observadas por Kafka aquel día, las familias de sus narraciones recurren a maniobras

---

<sup>94</sup> Véanse Llovet, 1999a: 21-2; Brod, 1974: 126; Camargo, 1985: 42 y 76; Hernández Arias, 2001b: 13 y

bastante grotescas con tal de llevar de vuelta a los descarriados miembros. Y si esas acciones resultan infructuosas, a la familia no le queda más remedio que recurrir al más severo castigo reservado a los miembros tildados de desleales: la expulsión del grupo familiar. Ese es, precisamente, el destino común que enfrentan los protagonistas de los tres relatos que iban a formar parte de *Los hijos*.

Así, en “El fogonero”, Karl Rossmann es expulsado tras haber transgredido una importante norma familiar al haberse involucrado sexualmente con una criada (más adelante, Karl volvió a recibir un castigo similar cuando su tío Jakob lo expulsó de su casa al considerar que el joven ya no era digno de su confianza). No obstante, y de manera muy acertada a mi juicio, Pietro Citati (1993) puntualiza que la expulsión de Karl no es consecuencia de la falta sexual que éste ha cometido sino del hecho que, a través de ella, el joven se ha mostrado desleal con su familia: “Karl [...] no ha cometido un pecado erótico [...] sino que ha violado el pacto de fidelidad y de exclusiva pertenencia que le unía a la familia. Por un instante se ha soltado el lazo y ese lazo le arroja fuera con la violencia de una honda” (79; véase además 89 y 91).

En “La condena”, por su parte, Georg Bendemann es expulsado de su familia (y condenado a morir ahogado), pues su padre consideró que el muchacho lo había traicionado arteramente con sus planes matrimoniales. Finalmente, en “La metamorfosis” Gregor Samsa es expulsado del hogar en el momento en que el resto de la familia determina que su transformación en insecto no sólo era algo irreversible, sino que además constituía una grave amenaza para el bienestar, la supervivencia y la cohesión familiar.

### **2.2.2.2 La emancipación imposible**

Como señalé más arriba, parte de la crítica kafkiana ya ha constatado que la temática de la emancipación es un aspecto reiterado en las tres narraciones que Franz Kafka propuso para que formaran parte del volumen *Los hijos*. Sin embargo, a diferencia de esos planteamientos exegéticos, yo no aprecio en dicha temática “motivos freudianos”, como tampoco considero que ella posea una relevancia menor en comparación a otros aspectos de supuesta mayor trascendencia interpretativa. Al contrario de ello, considero

---

19; Unseld, 1989: 86, 103 y 119.

que la temática de la emancipación filial es un aspecto de enorme importancia tanto en la obra como en la vida del autor checo, y que la crítica kafkiana no la ha valorado correctamente. Un breve pasaje de la “Carta al padre” es de gran utilidad para comprender la percepción que el propio Kafka poseía sobre la significativa trascendencia que ese tema tuvo en momentos cruciales de su vida:

La idea que subyacía a mis dos proyectos matrimoniales era perfectamente legítima: fundar una familia, emanciparme. Una idea con la que estás muy de acuerdo [alude al padre], si bien luego, a la hora de ponerla en práctica, ocurre como en ese juego infantil en el que uno sujeta la mano del otro y la mantiene apretada mientras grita: “Venga, venga, vete. ¿Por qué no te vas?”. Lo cual en nuestro caso se complica por el hecho de que ese “vete” siempre ha sido sincero, pese a que, también siempre, sin saberlo, me has retenido o, mejor dicho, oprimido, y todo a su debida manera. (848-9)

Un documento autobiográfico tan importante y extenso como la “Carta al padre” hace difícil (y arriesgado) el pretender “resumirlo” en un solo breve pasaje; sin embargo, hecha esa consideración, me permito señalar que en el fragmento que acabo de citar se halla un aspecto medular de ese texto: la ambivalente actitud parental que por un lado propicia la emancipación del hijo, y que por otra parte la inhibe y censura con tal fuerza que al hijo se le torna imposible llevarla a cabo.

Desde esa perspectiva, el conjunto de reproches que Kafka expuso en dicha carta no tendría como fin último “denunciar” el severo e intolerante método educativo de su padre, sino dejar en evidencia las maniobras (o “juegos”) familiares que el matrimonio Kafka desplegaba con el fin de retener a sus hijos en el hogar. En efecto, el papel de la madre en todo eso fue lúcidamente advertido por el escritor:

Mamá desempeñaba inconscientemente el papel del ojeador en la cacería. En el caso improbable de que tus métodos educativos [...] me hubieran permitido alzarme, mamá se habría encargado de aplacarme con su bondad, con sus palabras razonables [...].

Si quería huir de ti, tenía que huir también de la familia, incluso de mamá. En ella se podía encontrar refugio, pero sólo en lo tocante a ti. Te quería demasiado, y su lealtad y sumisión hacia tu persona pesaban demasiado para permitirle erigirse a la larga en una fuerza psicológica independiente. (CAP: 820 y 825-6)

Una situación similar a la padecida por Kafka enfrentan los vástagos de los tres relatos que el escritor checo quiso reunir en el volumen *Los hijos*. Así, en “La

metamorfosis”, los padres de Gregor aparentan propiciar la emancipación del hijo (permitiéndole que trabaje como vendedor viajero), mientras que, al mismo tiempo, lo “atan” más a la familia al hacerlo responsable del pago de una deuda del padre, con lo cual el trabajo del hijo pierde su eventual función emancipadora, ya que su verdadera utilidad se relaciona con la supervivencia del grupo familiar. En “La condena”, a Georg se le permite disfrutar de un período dentro del cual él cree estar preparando el terreno para su inminente emancipación; sin embargo, dicho período no es más que el plazo dentro del cual el padre ha esperado ansiosamente que el hijo renuncie a sus planes emancipadores. Y en “El fogonero”, la abrupta expulsión a la que es sometido Karl no es más que una expoliadora “emancipación” a través de la cual los progenitores le impiden al joven emanciparse adecuada y verdaderamente.

Al igual que a los protagonistas de esas narraciones, a Franz Kafka también le fue imposible emanciparse de su familia; salvo breves y regulares temporadas en las que se trasladaba al campo o a sanatorios a raíz de sus problemas de salud, Kafka permaneció estrechamente vinculado al hogar familiar. Sin embargo, esto no quiere decir que el escritor no haya deseado emanciparse; al contrario, dicho anhelo estuvo presente en él y de una manera muy intensa: “Yo, que casi nunca he sido independiente, tengo unas ganas infinitas de autonomía, independencia, libertad en todos los aspectos” (*Diarios: 607*)<sup>95</sup>. No obstante, cuando dichos anhelos emancipadores se tradujeron en acciones concretas (como, por ejemplo, sus compromisos matrimoniales), ellas estuvieron revestidas de una fuerte carga de ambivalencia:

La uniformidad, la regularidad, la comodidad y la falta de independencia de mi forma de vida me mantienen irremisiblemente atado al lugar en que me encuentre. Además, tengo una propensión mayor de lo común a una existencia cómoda y dependiente, así que yo mismo refuerzo todas las cosas nocivas. (391)

De tal manera, parece haber sido el propio Kafka, con su actitud “cómoda y dependiente”, quien precipitó el fracaso de sus eventuales intentos emancipadores. No obstante, es de justicia reconocer que también existieron importantes impedimentos externos que se “confabularon” con su ambigua actitud (Unsel, 1989: 191). Así, por ejemplo, tras su primera ruptura con Felice Bauer (en julio de 1914), Kafka intentó irse

---

<sup>95</sup> Véanse además Unsel, 1989: 108 y 132; Wagenbach, 1970: 71 y 75.

a vivir a Berlín (ciudad cosmopolita que le resultaba muy atractiva)<sup>96</sup>; sin embargo, el inicio de la Primera Guerra Mundial determinó el cierre de las fronteras, debido a lo cual el escritor se vio impedido de concretar su anhelado traslado a la ciudad alemana.

Varios años después, cuando Kafka pudo finalmente concretar el sueño de emigrar a Berlín (esta vez en compañía de su última pareja, Dora Diamant), su emancipación también se vio frustrada a raíz del grave deterioro de su salud y de las adversas condiciones de vida que imperaban en la Alemania de la época; debido a ello, Kafka tuvo que volver a Praga a vivir en casa de sus padres, experimentando dicho retorno como la confirmación de su incapacidad para romper con su dependencia familiar<sup>97</sup>. Ese frustrado periplo emancipador recuerda la historia contada por Franz Kafka a Felice Bauer acerca del fracaso sufrido por un joven judío en su intento por independizarse de su familia:

El hijo del dueño de una librería judía [...] estuvo prometido a una muchacha alta y robusta, los esponsales se rompieron más tarde porque no obtuvo bastante dinero. Posteriormente [...], se casó con una mujer frágil y voluble [...]. A las pocas semanas [ella] se volvió loca –se dijo que el marido, o más bien los padres del marido tuvieron la culpa, en gran parte. La internaron en un manicomio, el matrimonio fue disuelto [...]. El hombre estaba otra vez libre, pero no se volvió a casar, probablemente sus padres, a quienes estuvo siempre entregado en cuerpo y alma, dejaron de exigirlo. Jamás fue independiente [...]: no hace otra cosa que estar en la tiendecilla donde, a lo sumo, hay trabajo para una sola persona. (CAF/2: 308)

Los frustrados compromisos matrimoniales padecidos por el joven acabaron llevándolo de vuelta a lo que parecía ser su verdadero “hábitat natural”: la familia. Por su parte, lejos de aguardar pasivamente el (¿inevitable?) retorno del hijo, sus padres realizaron una serie de maniobras (como enloquecer a la nuera) de manera de precipitar el fracaso de la aventura emancipadora del hijo propiciando así el regreso de éste al hogar. Una vez de vuelta, el hijo fue “recluido” en la tienda familiar y “castigado” a tener que desempeñar una labor en apariencia insignificante (pues en la tienda apenas había trabajo que realizar), pero que en realidad estaba revestida de una enorme trascendencia, puesto que ella constituía la demostración inequívoca de que el hijo realmente estaba *entregado en cuerpo y alma* a sus padres (y sólo a sus padres).

---

<sup>96</sup> Véanse Brod, 1974: 194-6; Kafka, 1977: 654; Kafka, 2000a: 394; Unseld, 1989: 90, 107 y 191; Wagenbach, 1970: 157.

<sup>97</sup> Véanse Acosta, 1998: 56; Brod, 1974: 143 y 194-6; Llovet, 1999c: 18; Unseld, 1989: 189 y 210.

### 2.2.2.3 El sacrificio de los hijos

El sacrificio de los hijos es otro aspecto medular dentro de la obra kafkiana. Para comprenderlo en toda su magnitud se debe tener claro que Kafka lo emplea en tres acepciones. En primer lugar, Kafka entiende el sacrificio filial como el conjunto de actos a través de los cuales los hijos dan claras muestras de estar dispuestos a colaborar de buena gana en la preservación del sistema familiar, aun cuando esto les obligue a efectuar enormes “sacrificios” como, por ejemplo, postergar (o renunciar) a la realización de anhelos personales en favor de la satisfacción de las demandas o requerimientos del grupo familiar.

Durante ese período de la vida familiar, los hijos se comportan como miembros leales, obedientes, bondadosos, diligentes, agradecidos y devotos (Citati, 1993: 77); el ejemplo paradigmático de esto lo constituye Gregor Samsa en su etapa pre-metamorfosis, es decir, aquel período en el cual éste se echó sobre sus hombros la pesada y enorme responsabilidad de garantizar el bienestar económico de su familia a pesar de la grave crisis financiera en la que se encontraban sumidos los Samsa.

La segunda acepción del sacrificio filial está relacionada con el momento en que, desde la perspectiva parental, el vástago pierde las cualidades tan positivas que antes poseía y pasa a comportarse como un hijo desagradecido, rebelde y aprovechador, es decir, como un miembro desleal en el cual la familia ya no puede depositar confianza alguna. Debido a la gravedad que tal cambio reviste para los intereses del grupo, la familia se siente con el derecho de castigar severamente al hijo traidor quien, por lo demás, no da muestras de querer corregir su tan deleznable comportamiento.

En esta segunda acepción, por tanto, el sacrificio filial posee para Kafka una connotación punitiva que puede alcanzar manifestaciones tan paroxísticas como que el hijo sea “asesinado” por la familia; ésta es, precisamente, la suerte que corren Gregor Samsa y Georg Bendemann (de “La metamorfosis” y “La condena”, respectivamente). Por su parte, lo ocurrido a Karl Rossmann (de “El fogonero”) –ser expulsado del hogar ¡y del continente!– no está lejos de ser calificado como un verdadero acto “criminal” cometido por los padres.

En íntima relación con lo anterior se encuentra la tercera acepción dada por Franz Kafka al sacrificio de los hijos, pues dichas acciones punitivas poseen además el



cariz de verdaderos actos sacrificiales por medio de los cuales la familia intenta hacerse acreedora de una “expiatoria salvación” que le permita restablecer, al menos en parte, la (“adánica”) situación de la que gozaba hasta antes de la “maligna” metamorfosis padecida por el hijo. Así, gracias a la inmolación de sus respectivos hijos, los Rossmann recuperaron la cuestionada honra familiar, los Samsa el bienestar y la tranquilidad, y el viudo Bendemann el poder y la autoridad paterna:

En lo profundo de su espíritu [el hijo kafkiano] quería algo más. Quería sufrir, sacrificarse, ser inmolado: como el montón de paja está destinado a prenderse en verano y arder; como Cristo, como Georg Bendemann y Gregor Samsa, los héroes de los dos relatos juveniles que con la inmolación restablecen la armonía ofendida de la naturaleza. (Citati, 1993: 31)<sup>98</sup>

El sometimiento de los hijos ante las crueles determinaciones parentales constituye una nueva manifestación de la abnegada actitud de entrega que predomina en los vástagos y que sólo se vio temporalmente eclipsada por los fugaces amagos emancipadores por ellos esbozados, tan negativamente percibidos por la familia (no obstante, y tal como mostraré más adelante, dichos intentos emancipadores están revestidos de una carga ambivalente tan intensa que en realidad acaban siendo más útiles para reforzar la cohesión familiar que para facilitar la emancipación filial). Así, en los hijos termina imponiéndose su papel de “salvadores” del sistema familiar, máxima expresión que puede alcanzar el sacrificio filial, según Kafka:

Tales son los dos medios educativos nacidos del egoísmo de los padres: tiranía y esclavitud en todas sus gradaciones; hasta la tiranía puede manifestarse de una manera muy suave (“¡Debes creerme, pues soy tu madre!”) y la esclavitud adoptar una manera muy orgullosa (“Tú eres mi hijo; por eso te convertiré en mi salvador”). (Kafka, citado por Brod, 1974: 212)

Desde la perspectiva de Franz Kafka, el papel de salvadores que deben asumir los hijos, lejos de ser consecuencia de una situación fortuita ocurrida al interior de la familia, es el resultado de una creencia parental que ve a los vástagos como meros recursos que deben estar al servicio de la satisfacción de las necesidades de la familia. En el siguiente apartado, presentaré los estudios de tres narraciones de Franz Kafka, en

---

<sup>98</sup> Véanse además Adorno, 1962: 29; Franzetti, 1993: 149-150; Llovet, 1992: xv.

las cuales ahondaré en cómo los padres comienzan por (des)alentar la emancipación de sus hijos hasta llegar a transformar a éstos en verdaderos mártires familiares.

## **2.3 Tres estudios de la obra de Franz Kafka**

### **2.3.1 “El mundo urbano”: la vida disipada como (ausencia de) emancipación filial, y un plan imposible**

Oscar M., un estudiante ya mayor, cuya inacabada tesis doctoral lleva diez años guardada en un cajón, debe enfrentar los inesperados y coléricos reproches de su anciano padre, quien le acusa de llevar una vida disipada. El padre, que ha aguardado con impaciencia la llegada de Oscar a casa, está profundamente decepcionado de su hijo, pues se había forjado la ilusión de que en el joven encontraría un consuelo para sus últimos años, “pero te has convertido en algo más enojoso que mis enfermedades” (CC: 67), lo recrimina.

Oscar intenta aplacar la ira de su padre diciéndole que se considera a sí mismo un hijo bueno que cuando toma decisiones lo hace pensando principalmente en sus padres, pero que hasta ahora no ha tenido la oportunidad de demostrarlo. Oscar le revela además que ese mismo día ha tenido una importante ocurrencia: “Hoy se me ha ocurrido algo que hará de mí un hombre diligente, como tú deseas” (67). Dicha idea, sin embargo, no puede ser conocida aún por el padre, puesto que Oscar necesita dar un paseo más y conversar con un amigo para aclarar sus pensamientos. El padre le concede esa prórroga; no obstante, se muestra muy escéptico: “Es posible que, si tienes algo en la cabeza, sólo sea una nadería”. El abrupto final del relato parece darle la razón al insatisfecho y desconfiado padre.

#### **2.3.1.1 (In)satisfacción parental y emancipación filial**

En “El mundo urbano” aparece una de las temáticas recurrentes en la narrativa de Kafka: el hijo que no logra satisfacer las necesidades y expectativas de sus progenitores. Al respecto, piénsese en Georg Bendemann, el hijo que en “La condena” es reprendido y sentenciado a muerte por su desconsiderado e insatisfecho padre; en Karl Rossmann, el muchacho de *El desaparecido* que es expulsado del hogar y enviado a Norteamérica por orden de sus decepcionados padres, debido a que el joven se ha dejado seducir por la criada; en Gregor Samsa, el hijo “modelo” de “La metamorfosis” que se transforma

en *parásito* y que por ello es maltratado y abandonado por sus progenitores; en el propio Franz Kafka (la “Carta al padre” es un verdadero compendio de las quejas y reproches que padeció el Franz Kafka hijo); y en cualquiera de los vástagos de “Once hijos”, ninguno de los cuales logra satisfacer los exigentes criterios y demandas parentales. Con su comportamiento disipado, Oscar, en “El mundo urbano”, tampoco satisface a sus padres.

Asimismo, en “El mundo urbano” aparece otra de las problemáticas relevantes en la obra de Kafka: el hijo no emancipado del núcleo familiar, a pesar de que su edad podría (y debería) permitirle acceder a esa condición. Oscar pertenece a esa categoría, pues es descrito como un estudiante ya mayor que vive aún con sus padres, y que, por otro lado, tampoco parece tomarse demasiado en serio los estudios, debido a que su tesis doctoral lleva diez años metida en un cajón. Este último aspecto es muy relevante, puesto que, más que implicar una carencia intelectual, podría en realidad constituir un hábil mecanismo utilizado por Oscar (y sus padres) para prolongar (y justificar) su dependencia del núcleo familiar: mientras no acabe su tesis, el hijo no puede marcharse de casa.

Desde mi perspectiva, para realizar una correcta interpretación de “El mundo urbano” es imprescindible abocarse al análisis de esas dos temáticas kafkianas (la insatisfacción parental y la ausencia de emancipación filial), pues lo que dicho relato describe es la intensa pugna (e intentos de conciliación al mismo tiempo) entre los esfuerzos que realiza un padre por lograr y garantizar que el hijo satisfará las demandas parentales, y los intentos de ese hijo por satisfacer dichas expectativas pero sin tener que verse obligado a descuidar sus anhelos y proyectos emancipadores. Como mostraré más adelante, esos intentos de conciliación se tornan tan complejos que ni siquiera el gran esfuerzo desplegado por el hijo permitirá alcanzar dicha meta.

Respecto a la insatisfacción experimentada por los padres, parece evidente que Oscar está (o aparenta estar) preocupado e interesado por enfrentarla, debido a que el plan que tiene en ciernes estaría pensado, precisamente, para corregir tal problema (*Hoy se me ha ocurrido algo que hará de mí un hombre diligente, como tú deseas*). Sin embargo, en cuanto a su condición de hijo no emancipado del grupo familiar, no queda suficientemente claro si esto constituye o no un problema para él, o para los padres.

En cuanto a estos últimos, la queja explícita de ellos no parece abarcar esta esfera; al contrario, las insatisfechas aspiraciones parentales tienden a incluir la demanda implícita de que Oscar permanezca estrechamente vinculado a sus

progenitores. Al respecto, en la versión original de este relato, la que se encuentra en los *Diarios* de Franz Kafka (entrada del 21 de febrero de 1911), el padre le hace el siguiente reproche a Oscar: “Pensaba que serías el báculo de mi vejez” (141). Según esta queja, lo que se espera de Oscar es que él sea el apoyo sobre el cual recaiga todo el peso de la incapacidad parental. Por tanto, en vez de aspirar al distanciamiento del hijo, lo que los padres ansían es que entre ambas partes se produzca una compenetración mucho más profunda de la existente hasta ese momento, de manera de lograr que el hijo se transforme en una especie de prolongación ortopédica (o *báculo*) del cuerpo del progenitor.

Sin embargo, el tipo de vinculación predominante hasta ese instante entre Oscar y sus padres está lejos de ajustarse a esa (desmesurada) ilusión parental; debido a ello, dicha relación se ha transformado en una fuente de enorme insatisfacción para los progenitores, ya que lo que esperan del hijo es que este se convierta en una especie de *lazarillo* para ellos; lejos de esto, Oscar lleva, según los padres, una “vida disipada” marcada por la pereza, el derroche, la maldad y la estupidez. Así, Oscar no parece ser precisamente un *lazarillo*, sino más bien un *pícaro*.

Desde la perspectiva planteada por el padre, se podría afirmar, entonces, que Oscar es un *bribón* que disfruta de los diversos beneficios y ventajas que le concede su situación familiar: padres viejos y enfermos (que no logran controlar el comportamiento irresponsable del hijo), cena dispuesta, casa calefaccionada (“Mientras pronunciaba las últimas palabras, entró la criada para comprobar el fuego de la calefacción” [CC: 68]), etc.

De ese modo, el supuesto y brillante plan que Oscar estaría urdiendo podría no ser más que un medio para sortear los obstáculos que pueden poner en peligro su privilegiado modo de vida. Si ese fuese el objetivo más inmediato (y significativo) del plan, la misión del mismo podría darse por cumplida, ya que, con sus promesas de cambio, Georg ha logrado aplacar la ira del padre: “Con tu habilidad has logrado suavizar mi enfado inicial” (70), reconoce el progenitor; la habilidad verbal es otro rasgo del *pícaro*.

Por otra parte, aun cuando el plan poseería una enorme importancia tanto para Oscar como para sus padres, la verdad es que el muchacho tampoco quiere que se le exponga a demasiadas prisas; ante la insistencia de su padre por conocer detalles del plan redentor, Oscar le responde: “Por favor, padre, deja dormir al futuro como se merece. Si se le despierta antes de tiempo se recibe un presente somnoliento” (69). Al

respecto, cabe preguntar: ¿es al plan o al “perezoso” Oscar a quien no hay que hacer madrugar?

Esta demanda de Oscar de que se tenga consideración con su “sueño”, contrasta con la actitud desconsiderada que él mismo tiene respecto del descanso de su amigo ingeniero, Franz, a quien visita tras la conversación que ha sostenido con su padre; aun cuando el amigo ya está dormido, Oscar le obliga a vestirse y salir a la calle, a pesar de la queja del amigo: “Ya empieza a fastidiarme el poco respeto que me tienes. No es la primera vez. Naturalmente, eres un estudiante y puedes hacer lo que te da la gana. No todos son tan afortunados. Caramba, hay que tener una deferencia con los demás” (71). Oscar no parece oír el reproche del amigo, pues está absorto en su plan.

El amigo no sólo se encarga de recriminar la desconsiderada actitud que Oscar ha tenido con él, sino además rebaja la importancia del plan que tan trascendente resulta para Oscar: “Tus novedades me interesan poco” (71), espeta Franz. En ese sentido, no es sólo el padre quien se ha encargado de degradar la importancia de los pensamientos que tanto ocupan a Oscar (ya que el progenitor los ha tratado de *naderías* y *palabrerías*); el amigo hace algo parecido. A pesar de estos ataques, Oscar no cesa en su esfuerzo por lograr que los demás adviertan la seriedad que poseen los asuntos que lo preocupan: “Todo lo que dices contra mí ayuda a mis ideas, no paran de hacerse más fuertes y llenan mi cabeza” (68-9), responde Oscar a su padre, mientras al amigo le advierte: “Ante todo ninguna broma, Franz. Eso es lo más importante, lo había olvidado” (70). La seriedad que Oscar reclama para tratar su asunto se debe a que lo que él está elaborando es un plan que tiene la nada despreciable misión de satisfacer por fin a sus decepcionados y desesperanzados padres; esta tarea, como he advertido anteriormente, no es nada sencilla.

### **2.3.1.2 El hijo al servicio de los padres**

Para sentirse satisfechos, los padres kafkianos requieren que los vástagos estén al servicio de ellos, es decir, que atiendan las necesidades y satisfagan las expectativas parentales. Estas necesidades pueden ser tanto emocionales como físicas, y suelen presentarse a raíz de la condición de “postración” en la que se encuentran los progenitores quienes, la mayoría de las veces, son viejos y están enfermos, lo cual les impide (al menos en apariencia) valerse por sí mismos.

La forma más inmediata y concreta que tiene un hijo kafkiano de demostrarle a sus padres que está disponible y al servicio de ellos es no emancipándose del núcleo familiar. Desde la posición de miembro no emancipado, el hijo puede intentar demostrarle dos cosas a sus padres. En primer lugar, que es un hijo que está permanentemente al alcance (o “a la mano”) de ellos para auxiliarles y atenderles cuando fuese necesario (o, en el peor de los casos –como el de Oscar–, para tenerles constantemente ilusionados en que dicha óptima situación podría concretarse de un momento a otro). En segundo lugar, le permite demostrar a sus padres que ellos se ubican en una situación de privilegio dentro de su lista de preocupaciones, lo cual resulta posible debido a que el hijo carece de otras obligaciones o responsabilidades importantes externas o independientes a la familia (Oscar, por ejemplo, no parece tener ninguna tarea o responsabilidad fuera de casa).

No obstante, la ausencia de emancipación del núcleo familiar no garantiza que los padres se sientan satisfechos con ese hijo, ya que aquélla es sólo un medio para alcanzar la meta o estado verdaderamente importante: que el hijo esté al servicio de los padres de manera eficaz y diligente (como una especie de *báculo para la vejez*). El hijo, por tanto, debe ser capaz de demostrar un genuino y visible sacrificio por sus progenitores. En otras palabras, un hijo no emancipado no sólo debe serlo sino también debe parecerlo (y Oscar, con su vida disipada, “no parece serlo”).

Sin embargo, aun cuando la ausencia de emancipación del núcleo familiar no es sinónimo de satisfacción paterna, lo cierto es que ella es un requisito imprescindible para esto último, debido a que sólo desde su condición de hijo no emancipado éste puede enterarse oportunamente de las necesidades y expectativas parentales, para así atenderlas de manera diligente. Ubicarse fuera del “mundo urbano” demarcado por el territorio familiar expone al hijo a quedar en abierta oposición respecto de su obligación principal: servir a los padres (y no a otros, como tampoco a sí mismo).

Esto coloca al hijo kafkiano en una situación extremadamente compleja, puesto que para estar verdadera y *diligentemente* al servicio de los padres, debe renunciar de raíz a su emancipación del núcleo familiar; cualquier acto orientado a la diferenciación personal, o cualquier conducta que implique una posible (amenaza de) separación de la familia, será severamente reprendida por el resto de la familia. Por tanto, el sacrificio que se espera del hijo implica una entrega total al grupo familiar y, por lo mismo, una suspensión de las necesidades o proyectos personales (la interrumpida tesis doctoral de Oscar podría ser una muestra de ello).

Sin embargo, una renuncia personal de tal magnitud es prácticamente imposible de alcanzar, debido a que su eventual realización implica una negación de la propia individualidad que exige, a su vez, realizar renunciaciones y sacrificios mucho mayores que el “simple” acto de dejar inacabada una tesis. En ese sentido, es extremadamente difícil que Oscar pueda llegar a satisfacer a sus padres de la manera que ellos esperan, puesto que Oscar es una persona (con necesidades, derechos, proyectos, etc.), y no un “ortopédico báculo”.

Por tanto, cuando Oscar opta por priorizar sus necesidades personales (como ha estado haciendo, según las acusaciones del padre), se ve obligado a descuidar las necesidades de sus progenitores; cuando atiende las de estos últimos, se abandona a sí mismo. Desde esa perspectiva, Oscar está sumido en una situación en extremo desconcertante y enajenante (“Quien lo miraba de cerca, quedaba aterrorizado ante sus ojos” [67]), y lo que ha estado haciendo para salir de ella es dar prioridad a sus necesidades personales; de allí su comportamiento “desconsiderado” tanto con sus padres como con su amigo. Por ahora, Oscar ha optado por él mismo, lo cual le ha valido el calificativo de hijo malo y amigo desconsiderado.

A pesar de ello, Oscar no ha olvidado sus otras obligaciones: las relativas a su familia. Al contrario, lo absorben (¿lo persiguen?) de tal modo que se sustrae a la tormenta de nieve que cae sobre él mientras piensa en ellas y ultima detalles del plan que supuestamente lo llevará de vuelta a la satisfacción de las mismas:

Oscar M., un estudiante ya mayor –quien lo miraba de cerca, quedaba aterrorizado ante sus ojos–, permanecía un mediodía invernal en una plaza vacía en plena tormenta de nieve, con su abrigo de invierno, una bufanda alrededor del cuello y un gorro de piel en la cabeza. Parpadeaba pensativo. Se había sumido en sus pensamientos hasta tal extremo que se quitó el gorro y frotó con la piel crespada su rostro. Finalmente, pareció haber llegado a una conclusión y emprendió el camino de regreso a casa con un giro de bailarín. (67)

No obstante la importante conclusión a la que parece haber arribado bajo la tormenta de nieve, Oscar dice necesitar todavía otro paseo, además de una impostergable entrevista con su amigo, para intentar aclarar aún más sus ideas. Al respecto, cabe hacer las siguientes preguntas: ¿cuáles son las dudas que Oscar todavía tiene respecto de su plan? ¿Qué imperfecciones contiene aún su proyecto que hacen



necesaria una tan minuciosa revisión del mismo antes de darlo a conocer a sus padres?  
¿A qué peligros lo podría exponer la aplicación de dicho plan?

Desde mi perspectiva, para interpretar adecuadamente “El mundo urbano” es necesario aproximarse a las posibles respuestas a esas preguntas, las cuales están asociadas a otras interrogantes: además de transformar a Oscar en un “hombre diligente”, ¿tiene alguna otra función su secreto plan? Y de ser así, ¿existe compatibilidad o incompatibilidad entre ellas? En torno a esas preguntas radica el meollo de “El mundo urbano”.

### **2.3.1.3 Un plan imposible**

Según lo expuesto, el relato muestra a un hijo que, tras una “temporada” en la cual se ha volcado a la satisfacción de sus necesidades o caprichos personales (llevando una “vida disipada”), siente la necesidad (u obligación) de atender las postergadas e insatisfechas necesidades y expectativas parentales. Como muestra de ese cambio, el joven se encuentra abocado a la preparación de un plan que satisfará los requerimientos de sus padres. Sin embargo, la elaboración de dicho plan se convierte en algo extremadamente complejo para Oscar.

A mi juicio, esa complicación se produce porque, en realidad, tal plan no sólo debe ser capaz de garantizar la satisfacción de las necesidades y expectativas de los padres, sino también las del propio Oscar, que, debido a su edad, pueden estar vinculadas a un potencial proyecto de emancipación del núcleo familiar.

Aun cuando, en “El mundo urbano”, no se especifica nada respecto de la existencia de un posible proyecto emancipador por parte de Oscar, por otro lado, ¿qué puede significar la “vida disipada” de la que se le acusa llevar a Oscar sino un amago de emancipación por su parte, esto es, un intento de autoafirmación de sus necesidades personales que le conduzca a la diferenciación y separación respecto de su familia?

Es verdad que sobre esta “vida disipada” puede recaer una interpretación de índole *maligna*, como la que hace el padre de Oscar cuando señala que el joven es una especie de bribón que quiere sacar el máximo provecho de la privilegiada situación familiar en la que se encuentra, aun a costa de deteriorar más todavía la ya delicada salud de sus padres. Desde esa perspectiva, lo que Oscar estaría buscando no es cimentar las bases de su independencia sino todo lo contrario, es decir, prolongar

indefinidamente su dependencia del núcleo familiar, transformando a sus padres en una especie de “báculo” de su juventud.

Sin embargo, la “vida disipada” de Oscar puede ser entendida desde una perspectiva más *benigna*. Esto quiere decir que las necesidades de autonomía de Oscar se encuentran sometidas a una restricción o vigilancia tan extrema por parte de los padres (que esperan que el hijo sea un *báculo* para ellos), que la “vida disipada” de Oscar sería la única forma que este joven ha encontrado para hacer prevalecer (e imponer de forma “violenta”) sus necesidades personales, aun a costa de parecer (y ser) desconsiderado con las necesidades y derechos de los demás.

Aun cuando mi interpretación de “El mundo urbano” da prioridad a esta última visión de la “vida disipada” de Oscar –es decir, la *benigna*–, la verdad es que las dos perspectivas –la *benigna* y la *maligna*– no son incompatibles. Al contrario, es muy probable que, con su comportamiento disipado, Oscar no sólo esté reafirmando su individualidad (lectura *benigna*) sino que además esté disfrutando de las ventajas que le otorga su dependencia del núcleo familiar (lectura *maligna*). Ese doble beneficio debe hacer doblemente atractiva para Oscar su “vida disipada”, pues, al mismo tiempo, le permite vivir la ilusión de una vida autónoma, pero sin tener que renunciar a la seguridad que le otorga la dependencia de la familia (cena dispuesta, casa calefaccionada, etc). Si eso es así, Oscar debe sentir la “tentación” de incorporar a su plan algún *resquicio* que le permita conservar algo de esas ventajas. Pero como el plan debe “también” satisfacer a los padres, esa inclusión es algo difícil de realizar; de ahí, en parte, tanta cavilación.

En ese sentido, tanta duda por parte de Oscar respecto de su plan, tanta reflexión ensimismada (y *atormentada*) y tanto urgente conciliábulo sobre el mismo se debe a que dicho plan debe garantizar la satisfacción de dos demandas muy opuestas entre sí: las paternas y las del propio Oscar; conciliar ambas parece algo muy difícil de lograr. De allí entonces que a Oscar su plan aún le parezca inacabado, imperfecto e impresentable, pues en su interior podría estar alojado el peligro de que la realización del mismo ponga realmente fin (como reclaman sus padres) a su “vida disipada”, esto es, a la única posibilidad que hasta ahora el joven parece haber hallado de zafarse de los “tentáculos” de la familia.

Sin embargo, no habría que desconfiar tanto de Oscar, puesto que tal vez él sí está genuinamente dispuesto a renunciar de raíz a su “vida disipada” y, en especial, a los aspectos “nocivos” que ella implica, es decir, a aquellos que tienden a perpetuar su

dependencia familiar y que lo hacen medrar de sus ancianos padres y disfrutar “pícaramente” de las comodidades que encuentra en el hogar. Ese intento puede ser tan sincero que, de hecho, Oscar busca consejo en un amigo que se ajustaría bastante a la imagen o estereotipo de “hombre diligente”, puesto que Franz es un profesional trabajador (que se esfuerza y realiza turnos), ordenado (que se duerme temprano), y que parece valerse por sí mismo (es decir, que no abusa de sus padres).

Oscar podría estar pensando que es a su amigo Franz a quien debe tomar como modelo, y por ello recurre a él con tanta urgencia, pues es él, y sólo él, quien puede darle la tan anhelada información que Oscar requiere para ultimar su plan: “Franz, levántate. Necesito tu consejo de especialista” (70-1). Sin embargo, y aunque pueda resultar paradójico, no habría que estar tan seguro de que, desde la perspectiva de los padres de Oscar, sea Franz, precisamente, el modelo (o *especialista*) más adecuado para él, debido a que en su condición de joven profesional (con horarios, rutinas y responsabilidades propias) es poco probable que Franz sea un hijo que dispone del tiempo suficiente como para entregarse (en cuerpo y alma) a la causa de servir a sus propios padres. Por lo tanto, Oscar no estaría buscando consejo en el lugar más indicado; no obstante, busca el apoyo de su amigo. Esto se debería a que la idea que él tiene de *hombre diligente* no coincide con la que poseen sus padres. Al respecto, los padres de Oscar tienen bastante claro lo que desean (y entienden por *hombre o hijo diligente*): un báculo, es decir, un instrumento que esté disponible para ellos las veinticuatro horas del día.

Es probable que Oscar aún no se haya enterado de dicha acepción parental, y que por ello busca consejo donde no corresponde. O quizás Oscar sí lo sabe (o lo ha percibido), y el *horror* que ello le ha producido es el origen de tanta desorientación, ensimismamiento y desconsideración. Tal vez, en alguna de sus absortas cavilaciones, Oscar ha logrado atisbar lo que verdaderamente esperan sus padres de él: que se convierta en un abnegado y sumiso criado que está al servicio de ellos.

Su plan, por tanto, requiere tantas revisiones para poder cerciorarse de si aquél lo convertirá en un *hombre diligente* del “tipo Franz” o del “tipo báculo”. Si es en el primer sentido, Oscar se encuentra en problemas, pues no es eso lo que esperan sus padres de él. Si es en el segundo sentido, Oscar está igualmente en graves aprietos, debido a que por esa vía arribaría a la subyugación familiar de la cual, hasta ahora, Oscar ha podido librarse gracias a su “vida disipada”.

No obstante, a pesar de que aparentemente le zafa de la subordinación a los padres, la “vida disipada” también habría dejado de ser un estilo o modelo atractivo para Oscar, pues limita seriamente sus posibilidades de emancipación, haciéndolo más dependiente del núcleo familiar, en donde satisface fácilmente sus más básicas necesidades (alimentación, descanso, etc.). En ese contexto, Oscar está verdaderamente ante un problema complejo, pues está enfrentado a la elaboración de un plan que parece imposible de lograr, y cuyo destino quizás no sea más que el de quedar guardado en el cajón junto a su inacabada tesis doctoral.

Sin embargo, por ese último camino, Oscar podría quedar expuesto a la nada despreciable posibilidad de que llegue el día en que la insatisfacción y la cólera parental acumuladas sean tan grandes que el displicente muchacho se vea sometido a un fulminante ataque por parte del decepcionado progenitor, tal y como le ocurre al protagonista de “La condena”, Georg Bendemann, quien no tuvo la misma “suerte” de Oscar M., puesto que éste, con un par de promesas, fue capaz de contener la ira parental.

### 2.3.2 “La condena”: la emancipación *ahogada* a través de juzgar y sojuzgar a un hijo

En una hermosa y primaveral mañana de domingo, Georg Bendemann, un joven comerciante, termina de escribir una carta a un amigo de infancia que desde hace varios años vive en Rusia. En esa carta, le cuenta al amigo de su próximo compromiso matrimonial y lo invita a asistir a él. Georg, además, le confiesa lo feliz que lo hace la inminencia de su boda: “Ahora en vez de tener en mí a un simple amigo, tienes a un amigo feliz” (CC: 79). En efecto, desde hace un tiempo, Georg se ha visto favorecido por una serie de circunstancias felices: el negocio familiar ha experimentado un gran crecimiento e importantes ganancias, de lo cual, además, él es el principal responsable, puesto que, desde la muerte de su madre –ocurrida hace dos años–, ha pasado a desempeñar una importante función dentro de él. Junto a ello, se encuentra el compromiso con su novia, Frieda Brandenfeld, “una muchacha de buena familia” (78). Todas esas alegres circunstancias parecen ser el anuncio de un auspicioso futuro, el cual se ve refrendado aquel día por ese esplendoroso amanecer dominical.

Con la revelación de su compromiso matrimonial, Georg pone fin a la “peculiar relación epistolar” (*Diarios*: 350) que mantenía con su amigo, pues en sus cartas el joven comerciante omitía cualquier información relevante acerca de su vida; en vez de eso, “se limitaba a escribirle al amigo acerca de sucesos sin importancia” (CC: 78). El joven había optado por ese tipo de comunicación debido a que, desde hacía varios años, el amigo se encontraba sumido en una difícil situación económica; en ese contexto, comunicarle sus alegres noticias no le parecía lo más sensato de hacer; de hecho, Georg se tardó bastante tiempo en revelar su compromiso matrimonial.

Asimismo, considerando que el amigo se alejó de los suyos y emigró a Rusia en busca de prosperidad económica –la cual se le ha tornado cada vez más inalcanzable–, a Georg tampoco le parecía oportuno contarle en sus cartas acerca de sus éxitos económicos, más aún cuando él cree haber alcanzado dichos éxitos gracias a que se ha mantenido cerca de su familia (no sólo vive con su padre sino que además comparte con él las labores del negocio familiar). En ese contexto, el joven comerciante ha preferido omitir ese tema para así evitar cualquier posible consejo respecto de qué debería hacer su amigo para corregir su lamentable situación; no obstante, considerando su propia experiencia, Georg tiene algunas ideas al respecto: “[Su amigo] debería regresar y [...] seguir el ejemplo de los amigos que habían permanecido en casa” (76-7).

Además de haber permanecido junto a sus padres, Georg ha sabido sacar un inteligente “provecho” de su condición de hijo no emancipado, puesto que, lejos de que esa situación haya sido sinónimo de estancamiento personal, se constituyó en una especie de privilegiado trampolín que él utilizó para alcanzar una serie de logros laborales y económicos. Con esos logros, Georg ha podido satisfacer dos tipos de expectativas o demandas que, como he comentado anteriormente, en las familias kafkianas suelen resultar incompatibles.

En primer lugar, debido a que dichos éxitos económicos estaban relacionados con el progreso y crecimiento del negocio familiar, Georg ha podido satisfacer la demanda de comportarse como un hijo leal a la familia, en el sentido de que los esfuerzos y actividades de todo hijo kafkiano deben estar dirigidas, esencialmente, a satisfacer las expectativas y demandas provenientes del núcleo familiar. Si desde que Georg se hizo cargo del negocio este experimentó un notable repunte, ello quiere decir que el joven comerciante ha podido satisfacer con creces ese primer tipo de demandas.

En segundo lugar, debido a que el repunte del negocio familiar se ha producido justo a partir de que Georg se ha hecho cargo de él, el joven comerciante puede sentir que, más allá de la ayuda y participación de otras personas, es él quien posee una serie de cualidades o talentos especiales que, así como en esta etapa de su vida han permitido la revitalización del negocio familiar, en otros momentos pueden permitirle abordar otro tipo de empresas o aventuras que ya no estén necesariamente vinculadas a (o protegidas por) la familia. Esto quiere decir que, con los logros y éxitos en el negocio familiar, Georg ha estado cimentando las bases de una futura emancipación del núcleo familiar que, en lo más inmediato, es decir, el compromiso matrimonial, se traducirían en la constitución de una familia propia, separada y diferenciada de su familia de origen; de hecho, una vez contraído matrimonio, Georg espera no seguir viviendo en casa de su padre.

Por tanto, hasta ese momento pareciera que Georg ha podido satisfacer exitosamente los dos tipos de aspiraciones o demandas que suelen resultar tan conflictivas para los hijos kafkianos: en primer lugar, permanecer vinculado a la familia satisfaciendo eficazmente las necesidades que de ella surgen; y, en segundo término, tener experiencias emancipadoras exitosas que permitan cimentar las bases para una posterior y definitiva separación de la familia. Para lograr todo eso, Georg ha seguido una especie de camino inverso al que ha hecho su amigo de San Petersburgo: primero ha buscado (y encontrado) la prosperidad económica en el seno de su familia para, a

partir de ahí, pensar en establecerse de manera independiente a ella. Ese exitoso periplo debe ser otro motivo de felicidad para Georg, si acaso no es el más importante.

Así, tras terminar de escribir la carta, Georg acude ilusionado hasta la habitación de su padre para comunicarle que finalmente se ha decidido a contarle de su compromiso matrimonial a su amigo de Rusia; sin embargo, se sorprende del oscuro entorno en que se encuentra el padre: sumido en una habitación sombría, a la cual no llega el sol debido a un alto muro que hay más allá de la ventana, el padre permanecía sentado en un rincón rodeado por objetos y recuerdos de la esposa fallecida. Mientras el hijo estaba abocado a la realización de *luminosos* y auspiciosos proyectos, el padre se hallaba sumido entre las *sombras* del muro y el pasado familiar.

### **2.3.2.1 El padre se opone a los planes del hijo (y lo manipula y degrada)**

La reacción paterna ante la noticia también provoca gran sorpresa en el hijo, pues el padre duda de la existencia del amigo de San Petersburgo, y después le reprocha a Georg la insincera comunicación epistolar que ha mantenido con él. El padre se presenta así como una especie de defensor del “ultrajado” amigo (“Yo era su representante aquí” [*Diarios*: 356]), y admite haber iniciado correspondencia con él (“He iniciado una espléndida relación con él” [357]), dentro de la cual el anciano ya se ha encargado de comunicarle los detalles que Georg ha omitido en sus cartas.

Las inesperadas recriminaciones del padre se extienden además a otros ámbitos, en especial a aquellos relacionados con una serie de situaciones ocurridas en la vida familiar a partir de la muerte de la madre de Georg:

Desde la muerte de nuestra querida madre se han producido algunas [cosas] no muy agradables [...]. En el negocio hay muchas cosas que se me escapan [...], ya no tengo la suficiente fuerza, la memoria empieza a fallarme y tampoco logro ver ya claro en una serie de asuntos. Esto se debe, en primer lugar, a un inevitable proceso natural, y, en segundo lugar, a que la muerte de nuestra madrecita me ha dejado mucho más abatido que a ti. (352-3)

El padre, por tanto, no hace una evaluación positiva de los últimos dos años, es decir, del período que ha sido tan fructífero para Georg, y en el cual, además, éste ha estado preparando su futura emancipación. Esto quiere decir que lo que para Georg

constituyen logros y éxitos para el padre significan cosas *no muy agradables* y, por tanto, reprobables. Al padre le parece especialmente reprochable el noviazgo de Georg, pues implica una falta de respeto a la memoria de la madre:

-Porque [la novia] se levantó la falda, esa gansa repugnante [...]. Porque se levantó la falda así y así, por eso le metiste mano, y para poder satisfacer tus deseos sin que nadie te estorbase has deshonrado el recuerdo de tu madre, has traicionado al amigo y has confinado a tu padre en la cama para que no pueda moverse. (CC: 83)

El padre se muestra muy irritado por el noviazgo de Georg, debido a que lo considera un atentado no sólo a la memoria de la madre, sino también como un desprecio a la figura y autoridad paterna: “Y ahora que creías haberlo subyugado [al padre], y subyugado al punto de poder aposentar tu trasero encima de él sin que se moviera, ¡pues resulta que mi señor hijo decide casarse!” (*Diarios*: 355). Por tanto, el padre no está dispuesto a tolerar, ni menos bendecir, el matrimonio de su hijo: “Cuélgate del brazo de tu novia y sal a mi encuentro, si te atreves. La barreré de tu lado no te imaginas cómo” (357).

A través de este “golpe de autoridad”, el padre intenta recuperar la posición de superioridad que él cree haber perdido en los últimos años (“¡No te equivoques! Yo soy todavía el más fuerte” [CC:84]), y, al mismo tiempo, como *buen padre kafkiano*, le representa al hijo, con la mayor claridad, su airada molestia por la situación de abandono o postergación en la que se encontraría por culpa del desconsiderado y aprovechador hijo:

¿Qué me quedaba, encerrado en mi cuarto trasero, perseguido por un personal infiel, viejo hasta notárseme todos los huesos? ¡Y mi hijo marchaba triunfante por el mundo, concertaba negocios que yo había preparado, dando volteretas de placer y huyendo de su padre con el rostro enigmático de un hombre de honor! (84)

Desde la perspectiva del padre, Georg sólo puede ser calificado de manera negativa: es un egoísta que sólo piensa y actúa según sus necesidades, olvidándose del duelo familiar por la muerte de la madre; un cínico que le ha mentado a su amigo de San Petersburgo, y que también engaña a su padre; un abusador que mantiene a su padre confinado en un cuarto oscuro; y un ambicioso que ha prosperado en los negocios valiéndose del esfuerzo del progenitor.



Esos juicios tan severamente negativos de un padre hacia un hijo es un aspecto característico dentro la obra de Kafka: por ejemplo, en “El mundo urbano” el padre asocia la imagen de su hijo Oscar a conceptos nada positivos como son la pereza, el derroche, la maldad y la estupidez. En “Once hijos” se halla un verdadero compendio – demasiado largo para reproducir– de todas las cualidades negativas que un padre detecta en cada uno de sus hijos.

Estos calificativos tan negativos son producto de la intensa decepción que sufren los padres cuando ven que los hijos son incapaces de satisfacer sus demandas y necesidades. Los hijos kafkianos sólo pueden aspirar a valoraciones positivas si son capaces de satisfacer *eficaz y diligentemente* las expectativas de sus progenitores; para ello, es requisito imprescindible que no se emancipen del núcleo familiar. Por defecto, los juicios y valoraciones parentales se tornan más negativos y drásticos en la medida que, junto a la incapacidad de satisfacer a sus padres, los hijos, además, manifiesten claras y decididas intenciones de emanciparse del núcleo familiar. El inminente compromiso matrimonial ha expuesto a Georg, precisamente, a esa situación.

La extrema irritación que afecta al padre de Georg cuando este le comenta que ha decidido comunicarle la noticia de su matrimonio al amigo que vive en Rusia, puede ser entendida en ese contexto. Dicho de otra manera: el que Georg haya optado por contarle la verdad a su amigo debe ser interpretado como una clara demostración de que el joven comerciante se encuentra verdaderamente decidido a contraer matrimonio, al punto de que se siente capaz de superar las vaguedades o ambigüedades comunicativas que él mismo había creado en torno a su compromiso, pues al amigo le había contado previamente del compromiso matrimonial, pero había inventado unos novios ficticios ocultando las verdaderas identidades; ahora, en cambio, dice los nombres reales, comunicándose con toda claridad.

Esta mayor claridad comunicativa es lo que ha irritado profundamente al padre, puesto que es la señal evidente de que Georg está a un paso de emanciparse (y abandonarlo). En ese sentido, aun cuando Georg acude a la oscura habitación del padre para comentarle su cambio de actitud respecto de su amigo, el progenitor entiende, con aguda perspicacia, que el mensaje o hecho realmente importante que lleva a Georg a su habitación no es la escritura de la carta, sino su definitiva decisión de emanciparse; por tanto, la eventual opinión paterna respecto del envío de la carta es algo secundario; no

es el envío de la carta lo que hay que detener, sino las situaciones que están propiciando la emancipación del hijo:

Has venido a verme para que te aconseje en este asunto [el de la carta]. Es algo que te honra, no cabe duda. Pero no es nada, es incluso peor que nada, si no me dices ahora toda la verdad. No quiero remover cosas que no vienen al caso. Pero desde la muerte de nuestra querida madre se han producido algunas no muy agradables. Quizá también les llegue su turno, y quizá antes de lo que pensamos. En el negocio hay muchas cosas que se me escapan [...], la muerte de nuestra madrecita me ha dejado mucho más abatido que a ti. – Pero ya que estamos hablando de este tema, de esta carta en concreto, te ruego, Georg, que no me engañes. Es una nimiedad, no tiene la menor importancia, de modo que no me engañes. ¿Tienes de verdad ese amigo en San Petersburgo? (*Diarios*: 352-3)

Este pasaje muestra el esfuerzo del padre por restarle importancia al tema de la carta, y así abrirle espacio a la posibilidad de abordar aquellas otras *cosas* que, aunque *no vienen al caso*, esperan (agazapadas) su *turno*, y que quizá deban ser tratadas *antes de lo que pensamos*; esas otras cosas son la serie de situaciones *no muy agradables* que han ocurrido desde la muerte de la madre, y cuyo momento de ser tratadas parece inminente. Pero antes de *remover* y abordar dichas cosas, el padre realiza un “pequeño” rodeo.

### **2.3.2.2 El padre intenta impedir la inminente emancipación del hijo**

La desconcertante insinuación del padre, que pone en duda la existencia real del amigo de Georg, es decir, del destinatario de la carta, es una maniobra que busca retomar el tema de la carta degradándola y anulándola al mismo tiempo: cuestionar la existencia del destinatario es cuestionar la existencia y sentido de la carta misma y su contenido, o sea, los planes matrimoniales (y emancipadores) de Georg; esos planes no serían más que una broma del hijo, esto es, algo que no debe ser tomado en serio (ni por el padre, ni menos por el hijo): “–No tienes a ningún amigo en San Petersburgo. Siempre has sido un bromista y ni siquiera te has contenido conmigo. ¡Cómo podrías tener allí a un amigo! No puedo creerlo” (CC: 81).

La posterior rectificación que al respecto hace el padre de Georg, es decir, su reconocimiento de que realmente existe el amigo de San Petersburgo, pero ya no en

calidad de amigo especial de Georg sino que de él mismo (“Conozco muy bien a tu amigo. Hubiera sido un hijo afín a mi corazón” [83]), es otra grotesca treta orientada al mismo objetivo: desconocer la trascendencia (o seriedad) de los contenidos expuestos en la carta escrita por el hijo. Más aún, las cartas que aguarda el amigo de Rusia no son las que escribe Georg, sino las que envía el padre: “¡[Tu amigo] arruga tus cartas en la mano izquierda sin haberlas leído, mientras mantiene las mías en la derecha para leerlas!” (84).

Si acaso realmente ha existido esa privilegiada correspondencia de la cual se ufana el padre de Georg, ésta no sería más que una paroxística forma de intromisión y negación de la individualidad del hijo; si a éste no se le concede el “mínimo” derecho de mantener correspondencia personal y privada con un amigo, es muy poco probable que le sean permitidos otros ámbitos mucho más trascendentales que obligan a los padres a tener que conceder y aceptar grados mucho mayores de individualidad y emancipación por parte de los hijos.

De cualquier manera, lo que el padre esencialmente intenta con todas esas desesperadas maniobras es evitar el alejamiento y emancipación del hijo. Sin embargo, para lograr ello, el padre primero debe alcanzar otras metas intermedias. En primer lugar, es necesario que el hijo tome conciencia del estado de abandono o desprotección en que el padre dice encontrarse, y de la necesidad de hallar un rápido (*eficaz* y *diligente*) remedio a ello; este objetivo parece logrado cuando Georg le dice a su padre:

Tenemos que encontrar otra forma de vida para ti. Y, además, radicalmente distinta de la que llevas. Permaneces aquí sentado, en la oscuridad, mientras que en el salón podrías disponer de una luz espléndida. Picoteas del desayuno, en vez de tomar algo que de verdad te fortalezca. Te sientas frente a la ventana cerrada y el aire fresco te sentaría muy bien. ¡No, padre! Voy a llamar al médico y seguiremos sus indicaciones a rajatabla. (81)

En segundo lugar, es necesario que el hijo se sienta culpable por el estado de abandono en el cual se encuentra su progenitor, ya que se debe a su propia negligencia el que éste haya llegado a tan lamentable situación: “Al ver la ropa interior [del padre], no del todo limpia, [Georg] se hizo reproches por haber descuidado a su padre. Entre sus deberes se encontraba con toda seguridad vigilar que su padre se cambiara de ropa interior” (82).

En tercer lugar, es necesario dar al padre un mensaje claro en cuanto a que él ocupa un lugar prioritario dentro de los intereses y preocupaciones del hijo: “–Dejemos estar lo de mi amigo. Mil amigos no sustituyen a mi padre [...]. Ya sabes que para mí eres insustituible en el negocio, pero en el caso de que el negocio amenazase tu salud, lo cerraría mañana para siempre” (81).

El cuarto paso está insinuado en el anterior: las soluciones requeridas demandan la realización de actos de autosacrificio por parte del hijo, a través de los cuales éste demuestre que es capaz de renunciar a determinadas posesiones o actividades relevantes para él. Con estos actos, el hijo restituye al padre a una posición de privilegio dentro del funcionamiento familiar: “Cambiaremos las habitaciones, tú te mudarás al cuarto exterior [el soleado], yo ocuparé este [el sombrío]” (81).

En quinto lugar, esos actos de autosacrificio deben abarcar esferas de real importancia para el hijo: un mero intercambio de habitaciones puede que no sea suficiente; debe existir “algo” más, y si ese algo está vinculado al sensible ámbito de la emancipación del hijo, mejor aún:

[Georg] todavía no había hablado con su prometida del futuro de su padre, pero daban por sentado que el padre permanecería solo en la casa antigua. Pero ahora decidió con toda determinación que se llevaría a su padre al nuevo hogar. Casi parecía, si se apreciaba con detenimiento, que el cuidado que se le ofrecería al padre allí podría llegar demasiado tarde. (82)

Con esos cinco pasos, Georg da nuevamente muestras de ser, aparentemente, un hijo kafkiano excepcional por cuanto, sin tener que renunciar a sus proyectos emancipadores (sigue pensando en casarse e irse de la casa), logra ser capaz de proponer una serie de *diligentes* y *eficaces* medidas orientadas a satisfacer las necesidades y expectativas paternas, aun a costa de tener que sacrificar y renunciar a algunos ámbitos personales importantes.

Sin embargo, aunque esos cinco logros son importantes para el padre (pues muestran que Georg “vuelve” a preocuparse por él), son todavía insuficientes, y por ello el padre no responde ni muestra interés ante ninguna de las propuestas que le hace el hijo, ya que estas sólo constituirían metas intermedias que, por sí mismas, no garantizan la satisfacción de su principal aspiración: que Georg renuncie a su compromiso matrimonial y, con ello, a sus planes emancipadores. Pero Georg no da señales de estar

dispuesto a tanto autosacrificio, por lo cual el padre debe actuar de una manera que haga más evidente su demanda:

En brazos [Georg] llevó luego a su padre hasta la cama. Tuvo una sensación horrible al advertir, mientras daba los pocos pasos que lo separaban de la cama, que sobre su pecho el padre jugueteaba con la leontina. No pudo acostarlo de inmediato por la fuerza con la que se aferraba a ella. (*Diarios*: 354-5)

Desde mi perspectiva, ese pasaje constituye un momento medular dentro del desarrollo de “La condena”, puesto que en él es posible apreciar la doble demanda del progenitor en toda su magnitud: en primer lugar, impedir que el hijo se separe de él (para lo cual se aferra firmemente a la cadena de reloj). En segundo término, lograr que el hijo lo cargue en brazos como demostración inequívoca de que está a su exclusivo servicio (es decir, sin brazos para dedicarse a otras cosas). Pero el pasaje no sólo se limita a revelar las verdaderas expectativas paternas sino que además permite, como en ningún otro momento del relato, que el padre goce, aunque sea de manera muy breve, de una intensa satisfacción de esas mismas aspiraciones.

En ese pasaje no sólo se describen (y satisfacen), con total *desnudez*, las verdaderas aspiraciones del padre, sino que también se muestra el punto límite a que pueden llegar los sacrificios del hijo: Georg *experimentó un horrible sentimiento* al ver cómo su padre jugueteaba y se aferraba a la leontina. Esto quiere decir que, aunque Georg está dispuesto a dar los cinco pasos anteriormente descritos (incluso a cargar a su padre como si éste fuese un niño o un inválido), no está dispuesto a que su padre se cuelgue de su cadena impidiendo así la separación de ambos; aunque ello constituya una situación *muy agradable* para el padre, a Georg le parece *horrible*.

Por tanto, en aquél pasaje se hace evidente lo contrastantes e irreconciliables que son las aspiraciones del padre y del hijo: el primero aspira a que el hijo no se separe de él, mientras el segundo anhela la emancipación; a este último le parecen suficientes los cinco logros o pasos dados, mientras que al primero le resultan absolutamente irrelevantes. Debido a este distanciamiento de posiciones, el pasaje marca un verdadero punto de inflexión en el relato, pudiendo “La condena” ser dividida en un antes y después de él.

Antes de él, Georg se muestra comprensivo y dialogante con su padre, incluso a pesar de la perplejidad que experimenta por el cuestionamiento que su padre hace de la existencia de su amigo. Después del pasaje de la leontina, a Georg le resulta muy difícil comunicarse con su progenitor, y le evita: “Georg permanecía en una esquina, lo más lejos posible del padre” (CC: 83). Asimismo, si antes Georg se mostró servicial con su progenitor (le ofreció intercambiar las habitaciones, lo cogió en brazos y lo acostó), después de este crucial pasaje parece desentenderse de las necesidades del padre, llegando incluso a anhelar, aunque fugazmente, que se haga daño: “¡Ahora se inclinará –pensó Georg–, si se cayera y se rompiera la crisma!” –estas palabras pasaron raudas por su cabeza” (84).

Por su parte, en el padre también es posible hallar un punto de inflexión (o de acentuación, mejor dicho) en torno al pasaje referido, debido a que antes de él el padre se dedicó, casi exclusivamente, a poner en cuestión la existencia del amigo, dejando meramente insinuados otro tipo de cuestionamientos, como el duelo por la muerte de la madre (“La muerte de nuestra madrecita me ha afectado a mí más que a ti” [80]). Sin embargo, después de aquél pasaje, el padre deja a un lado los rodeos y da libre curso a sus furibundos reproches relacionados con esas cosas *no muy agradables* que han ocurrido tras la muerte de la madre (el noviazgo del hijo, y el abandono en que se encontraría el progenitor), y que en la primera parte del relato habían quedado someramente referidos.

El aspecto determinante para todos esos cambios es que, a pesar de la fuerza con la que el padre se aferró a la leontina, Georg logró depositarlo en la cama “deshaciéndose” de él, y aunque Georg se preocupó de que su padre hubiese quedado bien cómodo (“¿Te gusta estar así en la cama? –dijo Georg, y le arropó mejor” [82]), el padre experimentó su situación como una nueva manifestación del desinterés de Georg hacia su desprotegida persona: estar tumbado en la cama era algo muy diferente a estar en los brazos del hijo.

Georg habría podido evitar el airado ataque de su padre si hubiese prolongado *indefinidamente* ese epifánico episodio, en el cual el padre pudo gozar a plenitud de los cuidados y cercanía del hijo. Pero al “arrojarlo” entre las mantas de su cama, Georg no sólo fue incapaz de impedir el ataque de su padre, sino que promovió y exacerbó la ira de este último al desperdiciar la oportunidad de comportarse por fin como un hijo protector.

Con ello además, Georg desaprovechó la posibilidad de expiar su culpa por las reiteradas situaciones de abandono a las que desde hacía tiempo había estado sometiendo a su padre:

[Con la carta para su amigo, Georg] entró en la habitación del padre, en la que no había estado desde hacía meses. Pero en realidad no había necesidad de hacerlo, pues trataba constantemente con su padre en el negocio. Comían juntos en una casa de comidas y la cena la tomaban por separado, aunque luego se sentaban un rato juntos en el salón, cada uno con su periódico, a no ser que Georg, lo que ocurría ahora con frecuencia, se hubiera reunido con sus amigos o visitase a su prometida. (79)

Esas situaciones rutinarias, que desde la perspectiva de Georg podían parecer completamente normales y satisfactorias, para el padre, en cambio, formaban parte del conjunto de cosas *no muy agradables* que habían estado ocurriendo en el último tiempo. Así, mientras el hijo se divertía con amigos y novia (al punto que no le quedaba tiempo para visitar al padre en su oscura habitación, ni para preocuparse de sus mudas de ropa interior), el padre se veía obligado a “entretenerse” simulando leer la prensa: “¿Acaso crees que leo los periódicos? ¡Pues, mira! –y arrojó a Georg una hoja de periódico que de algún modo había llegado hasta la cama. Se trataba de un periódico viejo, cuyo nombre era totalmente desconocido para Georg” (84-5).

Para el padre, quizás lo más grave no sea la situación de abandono en la que él afirma encontrarse, sino que el hijo no se entere de ella, no le ponga remedio, y la agudice y perpetúe con su actitud día tras día. Así, mientras el padre se “entretiene” con añosos periódicos, y se rodea de sombras y de recuerdos de su esposa, lo que está haciendo verdaderamente es aguardar con ansiedad el momento en que el hijo por fin tome conciencia del estado de abandono en que lo tiene:

–¿Desde hace años esperaba a que me vinieras con esa pregunta! ¿Crees que hay otra cosa que me preocupe? ¿Acaso crees que leo los periódicos? [...].

–¿Cuánto tiempo has tardado en madurar? Tu madre tuvo que morir, no pudo vivir ese día de felicidad; tu amigo sucumbe en su Rusia [...], y yo, ya ves cómo me va, ¡me imagino que para eso tendrás ojos! (84-5)

El hijo por fin ha “madurado” y ha abierto los ojos como para ver lo que ocurre a su alrededor. Pero, desde la perspectiva del padre, esa toma de conciencia es tardía, pues

es demasiado el daño que ha causado en los demás: Georg no sólo es responsable del estado en que se encuentran su padre y su amigo, sino que también podría haber sido el causante de la muerte de su propia madre, cuyo deceso pudo ser consecuencia de un idéntico estado de abandono por parte del hijo.

En ese sentido, el padre interpreta el supuesto desinterés del hijo hacia su persona como una encubierta (y a la vez evidente) mala intención. Así, y aun cuando en un primer momento el padre acepta ser tendido en la cama (“Apenas se encontró en la cama, todo fue bien” [82]), a continuación se encarga de desenmascarar el supuesto afán aniquilador que se escondería tras la inocente preocupación de Georg por dejarle bien “tapado” en la cama: “Quisiste taparme, lo sé, hijito, pero todavía no estoy tapado del todo. Y aunque sean mis últimas fuerzas son suficientes para ti, ¡demasiado para ti!” (82-3).

Tras esa amenazante advertencia, el padre dio paso a su incontrolable y colérica andanada de reproches bajo el convencimiento de que Georg no deseaba cargarle en brazos por más tiempo, ni que tampoco estaba dispuesto a dar ese “sexto paso” que, por otra parte, el padre ya no esperaba, pues se le había hecho evidente que Georg tenía la firme (y *destruictiva*) decisión de emanciparse: “¡Quédate donde estás, no te necesito” (CC: 84), le grita. Por medio de esa furibunda renuncia al hijo, el padre “asume” (y prepara) la inminente pérdida de éste. Al mismo tiempo, el progenitor se coloca a una prudente distancia (*quédate donde estás*) desde la cual pueda sentirse protegido de los supuestos ataques aniquiladores del hijo.

Desde la paranoica perspectiva del padre, la serie de situaciones *no muy agradables* que han ocurrido en los últimos años constituyen un conjunto de agresiones y ataques a través de las cuales Georg habría intentado eliminarle. En ese sentido, los éxitos y progresos que Georg ha sabido sacarle al negocio familiar no tendrían ninguna importancia para su padre; o, mejor dicho, la relevancia de dichos logros es sólo negativa, puesto que el joven comerciante los ha estado utilizando como un trampolín desde el cual espera dar el salto que le permita abandonarlo (y destruirlo) definitivamente.

Como Georg no da muestras de querer corregir su “destruictiva” actitud (desperdiciando la última oportunidad que el padre le ofreció colgándose de la leontina, es decir, mostrándole cuánto necesitaba sus cuidados, y cuán bien Georg podría protegerle si así quisiera hacerlo), el padre pasa a comportarse de una manera extremadamente colérica bajo el convencimiento de que estaba ante un hijo malo y



*diabólico* (aparentemente, habría sido así desde la infancia) que no se merecía ningún tipo de expiación ni nueva oportunidad, y que, por tanto, debía ser severa y cruelmente castigado, de acuerdo al grave daño que había causado a los demás.

### 2.3.2.3 El hijo se somete al padre

Según el padre, la tardía toma de conciencia efectuada por Georg no tendría otra utilidad más que la de sacar culposamente al hijo de su egoísta ensimismamiento y de preparar así el terreno para su merecido castigo: “¡Ahora ya sabes todo lo que había aparte de ti, hasta ahora sólo sabías de ti mismo! ¡Eras, ciertamente, un niño inocente, pero mucho más cierto es que eras un ser diabólico! Y por eso, tienes que saber: ¡yo te condeno a morir ahogado!” (85). Por tanto, impedir la emancipación del *diabólico* hijo no era ya el objetivo más importante a conseguir, sino más bien juzgarle y sojuzgarle.

Con una pesada culpa sobre su espalda, Georg Bendemann se encaminó de manera obediente hacia el río, y tras haber estado un rato aferrado firmemente a los barrotes de la barandilla (como antes el padre estuvo de su leontina), se lanzó al agua en un acto de carácter expiatorio y como una nueva muestra de su lealtad y devoción familiar: “–Queridos padres, a pesar de todo, os he amado siempre” (85), musitó antes de cumplir su sentencia.

Este inequívoco (¿e inverosímil?) acto de obediencia filial constituye una extrema demostración de los irracionales actos de autosacrificio que deben llegar a cometer los hijos kafkianos con tal de satisfacer los más inauditos y desmesurados deseos (o sentencias) de los padres. No obstante, para llegar a disponer de tan extremo grado de subyugación, el padre debió previamente desmontar el “sistema defensivo” de Georg eliminando cualquier traza de beligerancia que pudiera esconderse tras la aparentemente inocente y dócil actitud conciliadora de su hijo.

En efecto, cuando los progenitores kafkianos regañan o recriminan a sus hijos, estos últimos asumen una actitud conciliadora. A pesar de lo injustas, arbitrarias o exageradas que puedan ser las acusaciones parentales, los hijos kafkianos no enfrentan a los padres de la misma manera que ellos están siendo atacados. Es más, ni siquiera podría afirmarse que estos hijos verdaderamente se enfrenten a sus progenitores; lo que hacen, más bien, es buscar un punto de conciliación que sea capaz de contener y disminuir la ira del padre.

Lo que busca el hijo con esta actitud conciliadora y de contención de la cólera paterna es lograr que el padre sea capaz de visualizar otro punto de vista respecto del problema tratado, en particular el del hijo (he ahí la traza beligerante), o sea, aquel que está vinculado con las necesidades y expectativas del joven. La importancia de ello es primordial para el hijo, puesto que un eventual éxito en su esfuerzo conciliador le abriría la posibilidad de alcanzar un objetivo trascendental para él: lograr la compatibilidad entre los dos tipos de demandas que en las familias kafkianas aparecen como irreconciliables: las necesidades parentales de retener al hijo en el seno familiar, frente a los proyectos emancipadores del vástago.

Sin embargo, el padre no está dispuesto a facilitarle al hijo, bajo ningún pretexto, la concreción de un plan conciliador de tal naturaleza. En concordancia con esto, el padre se muestra incapaz de alcanzar la actitud empática sugerida por el hijo, con lo cual rechaza de plano tanto los esfuerzos conciliadores como las necesidades internas de este último. Con esa drástica y rígida actitud, el padre no sólo intenta asegurarse de estar eliminando de raíz cualquier posibilidad de (re)surgimiento de los esfuerzos conciliadores (léase beligerante-emancipadores) del hijo, sino que además le envía una clara y rotunda señal de que lo que él espera del hijo no es una actitud conciliadora, sino una actitud de sumisión.

Desde la perspectiva del padre, la actitud sumisa del hijo tiene una clara ventaja sobre la actitud conciliadora, puesto que la primera, además de garantizar de que el hijo tampoco le enfrentará cuando él le esté atormentando con sus reproches, le asegura que el vástago se comportará como un subyugado subordinado que satisfará y cumplirá cualquier tipo de demanda u orden paterna, por más inverosímil o irracional que ésta pueda parecer (como, por ejemplo, la sentencia de que debe ahogarse en el río). En ese sentido, el pasaje de la leontina vuelve a adquirir gran trascendencia, pues ese es precisamente el momento a partir del cual el padre, a través de su furibundo ataque, le envía a Georg la clara señal de que él no desea diálogo, conciliación ni beligerancia por parte suya, sino sumisión.

Coincidentemente, y tal como precisé con anterioridad, en Georg efectivamente se advierte un cambio a partir de ese pasaje, por cuanto el joven comerciante realiza un evidente abandono de la actitud de diálogo que había mantenido hasta ese momento hacia su padre, para dar paso a un comportamiento retraído en que sólo se expresa a través de lacónicas y “ahogadas” afirmaciones. Además de ser el paralizante efecto del horror sufrido (al haber visto de qué grotesca manera su padre impide la separación de

ambos colgándose de la leontina), este retraining puede ser también la primera manifestación de que Georg estaba comenzando a comportarse como deseaba el padre, es decir, como un sumiso subordinado que ha renunciado a su impertinente conducta dialogante, y que ahora es “todo oídos”.

La tarea de desmontar el sistema defensivo del hijo se ve facilitada además por una condición previa: los hijos kafkianos suelen ubicarse de antemano en una posición de inferioridad respecto de sus padres (ya sea desde la conciliación o, más aún, desde la sumisión). De esta manera, los hijos ceden implícitamente a sus progenitores la atribución de definir acerca de ámbitos trascendentes y privativos de ellos mismos. Esta condición previa, lejos de ir disminuyendo, va incrementándose hasta alcanzar manifestaciones inverosímiles como cuando el padre llega a decidir acerca de la vida del hijo, sentenciándolo a morir ahogado.

En los relatos de Kafka se hallan imágenes que describen esta asimétrica relación padre-hijo mediante una mayor corporalidad del progenitor. Por ejemplo, en “El mundo urbano” se encuentra el siguiente pasaje: “–¡Silencio –gritó el padre, y al levantarse tapó con su cuerpo una ventana–. ¡Te ordeno silencio! Y déjate de ‘peros’, ¿entiendes?” (CC: 67). La superioridad del padre no sólo es refrendada por la contundencia verbal sino también por la física: su cuerpo es capaz de cubrir toda una ventana.

En ese mismo sentido, cuando Georg Bendemann acude con la carta para su amigo a la habitación de su padre, aparece la siguiente descripción:

¡Ah, Georg!, dijo el padre saliendo a su encuentro. Su pesada bata se le abrió al andar y los bordes ondearon en torno a él. Mi padre sigue siendo un *gigante*, pensó Georg. La oscuridad aquí es insoportable, dijo luego. Pues sí que está oscuro, respondió el padre. ¿También has cerrado la ventana? Lo prefiero así. [cursiva mía] (*Diarios*: 351)

Esos dos pasajes constituyen verdaderos presagios de las dificultades que deben enfrentar esos dos hijos, pues el primero de ellos, Oscar M., debió dedicarse a la cuidadosa elaboración de un complejo plan conciliador para que fuese sometido a la escrupulosa evaluación de su iracundo padre, un ser capaz de cubrir una ventana sólo con su cuerpo. El segundo, Georg Bendemann, vio sofocados sus esforzados y *luminosos* proyectos emancipadores por obra de un *gigante* resentido que vivía semiencerrado en un oscuro cuarto. En este último caso, lo que podría parecer una

pírrica victoria –pues el abandonado y anciano *gigante* ha logrado impedir la emancipación de su hijo pero a costa de perderle–, constituye en realidad la consumación de la aspiración suprema de un padre kafkiano de tan *sombría* naturaleza: juzgar y sojuzgar a su hijo.

Sólo a través de una inequívoca manifestación de obediencia, como es que el hijo haya aceptado ahogarse en el río, el anciano padre obtuvo una doble confirmación. En primer lugar, pudo constatar que sus severos y negativos juicios acerca del hijo eran correctos, puesto que fue la toma de conciencia que éste hizo de sus deleznable cualidades lo que llevó a autoeliminarse culposamente. En segundo lugar, a través de dicho acto de obediencia, el padre pudo verificar que el hijo se encontraba por fin sometido y subyugado a su autoridad, pues fue capaz de cumplir sumisamente tan descabellada orden, lo cual se constituía además en la demostración inequívoca de que el hijo había optado por entregarse y estar plenamente al servicio del padre y la familia.

### **2.3.3 “La metamorfosis”: Gregor Samsa, el traidor leal y su grave aprieto emancipador**

“La metamorfosis” describe los enormes esfuerzos que Gregor Samsa debe realizar con tal de satisfacer las demandas y expectativas que sus padres han depositado en él, pues, desde hace cinco años –fecha en la que se produjo la quiebra del negocio de su padre–, el joven ha tenido que pasar a ocupar la posición de jefe de hogar haciéndose cargo de la tarea de garantizar el bienestar económico de su familia. Además de la quiebra del negocio paterno, dicho cambio ha sido consecuencia de la supuesta incapacidad parental para seguir cargando con tal responsabilidad, ya que ambos progenitores se habrían encontrado demasiado enfermos y viejos como para continuar asumiendo tal desafío; por su parte, tampoco la hermana, Grete, podía colaborar en dichas tareas, pues era apenas una adolescente.

Gregor debió asumir en solitario no sólo aquella gran responsabilidad, sino también la de saldar la deuda con la que quedó su padre tras la quiebra de su negocio. Lejos de rebelarse o resistirse a todo ello, el joven asumió todas esas tareas con gran entusiasmo y dedicación:

Por aquel entonces, Gregor sólo había pensado en poner cuantos medios estuviesen a su alcance para hacer olvidar a los suyos, lo más rápidamente posible, la desgracia mercantil que los sumiera a todos en la más completa desesperación. Por eso había él comenzado a trabajar con tal ahínco, convirtiéndose en poco tiempo, de dependiente sin importancia, en todo un viajante de comercio, con hartos mayores posibilidades de ganar dinero, y cuyos éxitos profesionales patentizábanse inmediatamente bajo la forma de comisiones constantes y sonantes, puestas sobre la mesa familiar ante el asombro y la alegría de todos. Fueron aquéllos, tiempos hermosos de veras. (LM: 55-6)

A mi juicio, la alegría familiar de aquella época no sólo estaba asociada a la capacidad demostrada por los Samsa –por uno de ellos, en particular– en cuanto a saber cómo enfrentar y superar exitosamente la debacle económica que les había afectado, sino también al hecho (privilegiado) de contar con un hijo tan excepcional que fue capaz de asumir eficazmente tamaña responsabilidad, logrando en tan poco tiempo una serie de éxitos laborales y económicos que llegaron a convertirse en el factor determinante que permitió salvar a la familia Samsa de la ruina definitiva.

A raíz de este éxito, Gregor se transformó (*¿metamorfosó?*) en un miembro indispensable para el funcionamiento familiar, alcanzando, de ese modo, un estatus especial dentro de su familia, que le permitió gozar del respeto y “veneración” de parte de los demás integrantes:

En el lienzo de pared [...], colgaba un retrato de [Gregor], hecho durante su servicio militar, y que le representaba con uniforme de teniente, la mano puesta en la espalda, sonriendo despreocupadamente, con un aire que parecía exigir respeto para su indumento y su actitud. (38-9)

Ese lienzo, ubicado en un lugar destacado dentro de la casa de los Samsa, no sólo recordaba antiguas muestras de valentía que Gregor había realizado en favor de su patria, sino que –a mi juicio– también estaba ahí como señal de los “gestos heroicos” que éste venía efectuando en el último tiempo en beneficio de su propia familia. Desde la perspectiva de la familia Samsa, Gregor era un sacrificado héroe (familiar) merecedor de respeto y admiración.

Sin embargo, tanta admiración y respeto no sólo se debía a que con sus exitosas y “milagrosas” intervenciones Gregor había salvado a su familia de las desastrosas consecuencias que la desgracia mercantil les había augurado en un comienzo, sino además a que con ello había logrado algo mucho más importante que lo meramente económico: garantizar la preservación y cohesión de la familia.

En efecto, de no mediar la intervención de Gregor, la familia Samsa pudo verse expuesta a una situación tan adversa que podría haber acarreado la pérdida de algún miembro de la familia (como, por ejemplo, la muerte de alguno de los padres debido a los graves contratiempos sufridos). En este sentido, el mantenimiento de la cohesión familiar debió ser un motivo adicional de alegría para los Samsa, si acaso no era el más importante.

En esa misma dirección –y a riesgo de parecer demasiado suspicaz–, quizás el principal agradecimiento familiar tendría que haber ido dirigido al padre, puesto que fue él, con su inesperada quiebra acaecida cinco años atrás, quien propició todos los posteriores hechos que afectaron a la familia Samsa, y que desembocaron en tan “feliz” final. En ese sentido, la estrepitosa quiebra –y la consecuente necesidad de que “alguien” de los Samsa saliera al rescate de los suyos– pudo no haber sido más que una hábil maniobra paterna orientada a retener por el máximo tiempo posible en el seno familiar a un hijo que, por su desarrollo evolutivo, podía estar próximo a iniciar su

proceso de emancipación del núcleo familiar. Si esa emancipación se hubiese concretado, los Samsa habrían visto seriamente amenazada su cohesión, situación que, quizás, sí habría significado una *quiebra* realmente irreparable para ellos.

En concordancia con esta hipótesis, en pasajes posteriores de la novela se revela que, en realidad, la situación financiera de la familia no era tan catastrófica como el padre hizo creer a Gregor en un comienzo:

[Gregor] siempre había creído que a su padre no le quedaba absolutamente nada del antiguo negocio. El padre, al menos, nada le había dicho que pudiese desvanecer esta idea. Verdad es que tampoco Gregor le había preguntado nada sobre el particular [...].

[Sin embargo] a pesar de la desgracia, aún les quedaba del antiguo esplendor algún dinero; verdad es que muy escaso, pero que algo había ido aumentando desde entonces, gracias a los intereses intactos. (55 y 57)

En ese contexto, no habría sido necesario, entonces, que el hijo realizase tantos “heroicos” sacrificios por la familia, ya que, al haber logrado salvar algo de su fortuna tras la quiebra, el progenitor pudo haber continuado haciéndose cargo del sostenimiento económico de la familia o, siquiera, haber amortizado en parte la deuda que él le traspasó íntegra al hijo.

Sin embargo, a Gregor se le hizo creer que sus sacrificados esfuerzos eran indispensables para la familia, debido a lo cual el joven y entusiasta hijo puso todos los medios a su alcance para restablecer el bienestar familiar. Con ello, estaba cayendo en una “trampa”, pues más que estar trabajando para evitar una inminente ruina económica de la familia, lo que estaba haciendo en realidad era generar las condiciones que permitiesen mantener y asegurar la cohesión familiar. Con ello, era el propio Gregor quien estaba cerrando las puertas a la posibilidad de emanciparse de la familia.

Por tanto, para merecerse una tan positiva y respetuosa opinión por parte de sus padres y hermana, Gregor no sólo estaba obligado a traspasar de manera íntegra a su familia las ganancias mensuales obtenidas por él con tanto sacrificio (su trabajo de vendedor viajero le forzaba a madrugar, ajustarse a diversos itinerarios ferroviarios, dormir fuera de casa, etc.), sino que además estaba obligado a dejar de lado cualquier posibilidad de emancipación individual, puesto que, como miembro “indispensable” que él era para el funcionamiento de su familia, cualquier eventual intento de emancipación

podría haber puesto en riesgo el “hermoso y feliz” equilibrio familiar del cual gozaban todos los Samsa gracias a él.

En ese sentido, además de vivir con sus padres y su hermana (a quienes el joven sólo “abandonaba” cuando se iba de viaje por su trabajo), Gregor enviaba claras señales a su familia de que él no poseía proyectos emancipadores de ninguna especie (por ejemplo, no se encontraba comprometido en matrimonio, ni tampoco tenía novia). Así, Gregor Samsa se comportaba como una especie de hijo kafkiano modélico, ya que no sólo estaba logrando satisfacer íntegramente las necesidades y expectativas parentales (por más injustas o abusivas que éstas pudieran ser), sino que además daba muestras inequívocas de no pretender emanciparse del núcleo familiar.

Como ya he comentado anteriormente, en las familias kafkianas la emancipación de los hijos es un aspecto de muy difícil resolución, y los padres tienden a realizar una serie de maniobras –algunas más grotescas que otras– orientadas a impedir que aquélla se produzca y en favor de que el hijo se mantenga cercano y al servicio de ellos. La característica especial que al respecto se puede advertir en “La metamorfosis” es que en ella se aprecia con gran claridad cómo es el propio hijo quien colabora de manera “entusiasta” en la concreción de la maniobra parental, bloqueando así, por su propia cuenta, las vías a su eventual emancipación.

Desde esa perspectiva, sólo se hizo necesaria la realización de una “sutil” maniobra paterna (amplificar tanto la gravedad de la quiebra como la incapacidad parental para enfrentarla) para que la familia lograra impedir –o retrasar al menos– la eventual emancipación de Gregor, pues, inmediatamente a continuación, éste se hizo cargo del resto de la tarea (léase maniobra) al responsabilizarse exitosamente del sostenimiento económico de la familia, ganándose con ello el aprecio y admiración de los demás. Esto último puede ser, a su vez, una muestra de cómo los demás miembros de la familia también se sumaron a la maniobra de cohesión, puesto que, lejos de censurarla, la validaron alegrándose y admirando los actos “heroicos” de Gregor.

En un contexto antiemancipación tan “apacible” como ese, en el cual una serie de “sutiles” (pero eficaces) maniobras son introducidas y aceptadas sin mayor resistencia por el conjunto de la familia, no es extraño que, a pesar de las preocupaciones derivadas de la quiebra económica, ese período de la vida familiar de los Samsa sea descrito como *hermoso de veras*. Esto quiere decir que, a pesar de –o gracias a– todas las dificultades sufridas, los integrantes de la familia Samsa estaban



logrando el objetivo más importante para ellos: mantenerse unidos. Y todo ello gracias al sacrificado esfuerzo de un miembro: Gregor.

Sin embargo, y tal como he señalado anteriormente, la posibilidad de que un tan “idílico” equilibrio familiar se prolongue indefinidamente no parece posible, ya que el origen y consolidación del mismo sólo resulta factible a costa del desmesurado esfuerzo que debe hacer algún miembro –Gregor, en este caso– en beneficio de su familia, lo cual obliga a éste no sólo a renunciar a sus potenciales proyectos de emancipación, sino también a su propia individualidad. Esto quiere decir que un equilibrio familiar de tal naturaleza está “condenado” a desaparecer, pues parece imposible hallar un hijo que esté dispuesto a renunciar de tal manera a sus necesidades y derechos personales por demasiado tiempo.

Al mismo tiempo, Gregor se encontraba sumido al interior de su familia en otra situación tanto o más compleja y paradójica que la anterior, y que le ubicaba en dos posiciones totalmente opuestas entre sí. Por un lado, estaba colocado en una situación de especial superioridad respecto de sus padres y hermana, debido a que él no sólo era la persona de “carne y hueso” que les mantenía económicamente (léase “jefe de hogar”), sino que también era una especie de “ser milagroso” que se había elevado a una posición de “veneración” gracias a que con su intervención había salvado a la familia Samsa de las garras de la ruina financiera. Por otro lado, sin embargo, Gregor estaba transformado en algo así como un sumiso sirviente –o proveedor, mejor dicho– que debía entregar puntualmente cada mes una determinada cantidad de dinero (destinada a satisfacer las diversas necesidades de la familia), y en un esclavo carente de libertad para decidir sobre su destino.

En otras palabras, Gregor era una especie de ser superior o suprahumano (un “milagroso héroe”) que merecía ser respetado y venerado, y, al mismo tiempo, un ser inferior o infrahumano que sólo estaba para servir, y que no merecía ningún tipo de consideración ni respeto, cual si de un bicho o un insecto se tratase.

Al igual que el “idílico” equilibrio familiar alcanzado a costa de la negación de la individualidad del hijo, la paradójica posición de superioridad-inferioridad tampoco podía prolongarse indefinidamente, pues así como no parece posible hallar un hijo que esté dispuesto a negar por tanto tiempo su propia individualidad, tampoco es factible encontrar un hijo que acepte ser héroe e “insecto” a la vez de manera indefinida; se puede ser una cosa, pero no las dos al mismo tiempo.

De este modo, los “hermosos” tiempos de la familia Samsa parecían tener los días contados. En efecto, a pesar de los “heroicos” esfuerzos de Gregor (¿o debido a ellos?), la “hermosa y feliz” armonía familiar de los Samsa llegaba intempestivamente (¿o predeciblemente?) a su fin cuando, una mañana de invierno, el venerado (¿o pisoteado?) Gregor no fue capaz de levantarse de la cama para ir a coger el tren que debía llevarle a otro de sus viajes de negocios, pues había amanecido convertido en insecto:

Al despertar Gregor Samsa una mañana, tras un sueño intranquilo, encontré en su cama convertido en un monstruoso insecto. Hallábase echado sobre el duro caparazón de su espalda, y, al alzar un poco la cabeza, vio la figura convexa de su vientre oscuro, surcada por curvadas callosidades, cuya prominencia apenas si podía aguantar la colcha, que estaba visiblemente a punto de escurrirse hasta el suelo. Innumerables patas, lamentablemente escuálidas en comparación con el grosor ordinario de sus piernas, ofrecían a sus ojos el espectáculo de una agitación sin consistencia. (15)

Desde la perspectiva que he venido sosteniendo, este abrupto e insólito cambio experimentado por Gregor no constituiría algo tan inesperado, puesto que dicha transformación sería, más bien, la consecuencia “natural” de un largo proceso –de cinco años– dentro del cual Gregor debió renunciar, gradual y sostenidamente, a su propia individualidad en favor del bienestar familiar; para ello, Gregor tuvo que realizar importantes sacrificios en una serie de significativos aspectos personales (necesidades, derechos, proyectos, etc.) que constituyen componentes esenciales de la identidad humana.

Así, ya sea desde la posición de milagroso “superhéroe”, como desde la infrahumana condición de “esclavo”, Gregor había ido siendo forzado a renunciar no sólo a la posibilidad de emanciparse del núcleo familiar, sino también a rasgos trascendentales de la condición humana. Por tanto, la transformación de Gregor en un animal –un insecto, en este caso– es un proceso que se venía gestando desde antes, y lo ocurrido aquella nubosa mañana de invierno no es más que su irreversible y paroxística consumación.

Quizás esto pueda permitir entender, en parte, la ausencia de sorpresa en la reacción de Gregor cuando éste tomó conciencia del “nuevo” estado en que había amanecido aquella mañana: “–¿Qué me ha sucedido?” (15), se preguntó a sí mismo de manera lacónica, y agregó: “Harto mejor que tomar decisiones extremas era meditar

serenamente [...]. Durante unos momentos [Gregor] permaneció echado, inmóvil y respirando quedo, cual si esperase volver en el silencio a su estado normal” (24). Lejos de alarmarse o angustiarse, Gregor intentó conservar el autocontrol ante una situación que, quizás, no le era tan desconocida o inesperada:

[Gregor] recordaba haber sentido ya con frecuencia en la cama cierto dolorcillo, producido, sin duda, por alguna postura incómoda, y que, una vez levantado, resultaba ser obra de su imaginación; y tenía curiosidad por ver cómo habrían de desvanecerse paulatinamente sus imaginaciones de hoy. (21-2)

Aparentemente, la “imaginación” de Gregor ya venía dándole señales de la “silenciosa” transformación que se estaba operando en su interior; sin embargo, el sacrificado hijo había optado por minimizar su importancia.

### **2.3.3.1 Un grave aprieto**

Lo que sí produjo gran inquietud en Gregor aquella mañana fue no haber oído el despertador y, con ello, haber perdido el tren de las cinco de la madrugada que debía tomar: “–¡Santo Dios!” (18), exclamó sorprendido Gregor cuando constató que el reloj marcaba ya las seis y media. Este retraso era algo verdaderamente grave, ya que con él “[Gregor] corría el peligro de perder su colocación, con lo cual el amo volvería a atormentar a los padres con las deudas de antaño” (29). Así, la inquietud y la angustia de Gregor no estaban directamente relacionadas con la transformación por él sufrida, sino con la imposibilidad de cumplir con las obligaciones que la familia había depositado en él.

Sin embargo, Gregor creía que todavía estaba a tiempo de evitar las desagradables consecuencias que su retraso podía acarrear a su familia; presentándose en su aspecto habitual –si acaso éste retornaba–, o en su nueva constitución de insecto, él debía acudir al trabajo: “[Gregor] no pensaba ni remotamente en abandonar a los suyos” (30). Por ello, Gregor realizó una serie de esforzados movimientos en la cama con la intención de levantarse para coger el siguiente tren: “No conviene hacer el zángano en la cama” (22), se advertía a sí mismo. Sin embargo, sus innumerables patas y la extraordinaria anchura de su cuerpo le impidieron ponerse en pie.

La desesperación de Gregor se incrementó al presagiar que del almacén podrían enviar a alguien a su casa para averiguar por qué no había tomado el tren de las cinco; de ocurrir aquello, no sólo se dejaría en evidencia su retraso, sino que se demostraría que en su trabajo ya estaban tomando medidas respecto de él. En efecto, a los pocos minutos llegó a casa de los Samsa el principal del almacén, quien se sumó a los infructuosos intentos de los padres y la hermana de Gregor, que se esforzaban por lograr que el joven abriera la puerta de su habitación. Irritado por la imposibilidad de enfrentar directamente al empleado, el principal le gritó a Gregor desde el otro lado de la puerta:

–Señor Samsa [...], ¿qué significa esto? Se ha atrincherado usted en su habitación. No contesta más que sí o no. Inquieta usted grave e inútilmente a sus padres, y, dicho sea de paso, falta a su obligación en el almacén de una manera verdaderamente inaudita. Le hablo aquí en nombre de sus padres y de su jefe [...]. Estoy asombrado; yo le tenía a usted por un hombre formal y juicioso, y no parece sino que ahora, de repente, quiere usted hacer gala de incomprensibles extravagancias [...]. Su posición de usted no es, ni con mucho, muy segura. Mi intención era decirle a usted todo esto a solas; pero, como usted tiene a bien hacerme perder inútilmente el tiempo, no veo ya por qué no habrían de enterarse también sus señores padres. En estos últimos tiempos su trabajo ha dejado bastante que desear. (30-1)

Esta invectiva terminó de desesperar a Gregor que, a su vez, sintió la necesidad imperiosa de hacer cambiar de opinión al principal, pues en sus palabras se apreciaba la latente amenaza de los temores que a él le agobiaban en esos momentos:

¡Señor principal, tenga consideración con mis padres! No hay motivo para todos los reproches que me hace usted ahora; nunca me han dicho nada de eso. Sin duda, no ha visto usted los últimos pedidos que he transmitido. Por lo demás, saldré en el tren de las ocho. Este par de horas de descanso me han dado fuerzas. (32)

Para Gregor era de vital importancia lograr no sólo que el principal modificara sus inesperados y negativos juicios sobre él, sino también que éste no tuviera ningún tipo de dudas respecto del leal compromiso que Gregor seguía sintiendo hacia el trabajo y las demás obligaciones que sobre él pesaban, aun a pesar de las dificultades que se presentaban aquella mañana: “Yo, como usted sabe muy bien, le estoy muy obligado al jefe. Por otra parte, también tengo que atender a mis padres y a mi hermana. Cierto que hoy me encuentro en un *grave aprieto*. Pero trabajando sabré salir de él” [cursiva mía]

(38); este *grave aprieto*, como detallaré más adelante, es un concepto fundamental para comprender cabalmente el sentido de “La metamorfosis”.

Lejos de tranquilizar al principal, lo que Gregor logró fue desconcertarlo aún más, puesto que su animal voz hacía totalmente incomprensibles sus palabras. Su familia también se impacientó al oír las ininteligibles expresiones de Gregor, y enviaron a buscar un médico y un cerrajero; estas disposiciones de la familia lograron aliviar al hijo que (¿por primera vez?) veía cómo sus necesidades eran *diligentemente* atendidas:

Lo esencial [para Gregor] era que ya se habían percatado los demás de que algo insólito le sucedía y se disponían a acudir en su ayuda. La decisión y firmeza con que fueron tomadas las primeras disposiciones le aliviaron. Sintióse nuevamente incluido entre los seres humanos, y esperó de los dos, del médico y del cerrajero, acciones extrañas y maravillosas. (34)

Sin embargo, Gregor tenía tanta prisa que no esperó la llegada del cerrajero y, con gran esfuerzo, movió la manilla con su propia boca y abrió la puerta para así intentar hablarle directamente al principal, ya que le resultaba imperioso que éste cambiase su opinión sobre él:

Gregor comprendió que no debía de ningún modo dejar marchar al principal en ese estado de ánimo, pues si no su puesto en el almacén estaba seriamente amenazado [...]; se percataba de que era indispensable retener al principal, apaciguarle, convencerle, conquistarle. De ello dependía el porvenir de Gregor y los suyos. (40)

De paso, para poder abrir la puerta, había sido necesario que Gregor se pusiese por fin en pie, y aunque luego perdió el equilibrio cayendo al suelo, la posibilidad de haberse podido controlar en su nuevo estado fue motivo de alegría para él:

Al punto sintióse, por primera vez en aquel día, invadido por un verdadero bienestar: las patitas, apoyadas en el suelo, obedecíanle perfectamente. Lo notó con la natural alegría, y vio que se esforzaban en llevarle allí donde él deseaba ir, dándole la sensación de haber llegado al cabo de sus sufrimientos. (41)

Sin embargo, el principal no se conmovió con ninguna de las solicitudes de Gregor –en realidad, ni siquiera las logró entender–, y huyó horrorizado de la casa de los Samsa tras ver la monstruosa figura del empleado. Obligado por el padre, Gregor

debió volver a su habitación para quedar encerrado en ella, agobiado por el esfuerzo realizado, y derrotado en sus intentos de retener y hacer cambiar de opinión al principal.

De ese modo, Gregor no pudo resolver satisfactoriamente el *grave aprieto* en que se encontraba aquella lluviosa mañana; el principal ya corría al almacén a informar al jefe de lo ocurrido, y éste no tardaría mucho tiempo más en quitarle el trabajo, con lo cual el apacible e “idílico” equilibrio familiar de los Samsa llegaba a su fin.

A mi juicio, con lo ocurrido aquella mañana no sólo se ponía fin a dicho equilibrio familiar, sino que también se ponía en cuestión si acaso este realmente había existido alguna vez. En ese sentido, el principal reveló que en el almacén, desde hacía tiempo, ya no estaban conformes con el desempeño del joven Samsa, insinuando la posibilidad de despedirle para así deshacerse de tan ineficiente empleado. Por su parte – y esto es de gran importancia–, mientras aquella mañana Gregor tomaba conciencia de su transformación, manifestaba su disgusto por las sacrificadas condiciones que le imponía su trabajo, responsabilizándolas a ellas de las *imaginaciones* que él padecía en esos momentos: “–Estos madrugones –díjose– le entontecen a uno por completo. El hombre necesita dormir lo justo” (17).

Desde esa perspectiva, y aun cuando Gregor había venido desempeñando de manera entusiasta su trabajo, la verdad es que el gran esfuerzo al que había estado sometido en los últimos cinco años le estaba provocando un gran fastidio:

–¡Ay, Dios! –díjose entonces–. ¡Qué cansada es la profesión que he elegido! Un día sí y otro también de viaje. La preocupación de los negocios es mucho mayor cuando se trabaja fuera que cuando se trabaja en el almacén, y no hablemos de esta plaga de los viajes: cuidarse de los enlaces de los trenes; la comida mala, irregular; relaciones que cambian de continuo, que no duran nunca, que no llegan nunca a ser verdaderamente cordiales, y en el que el corazón nunca puede tener parte. ¡Al diablo con todo! (17)

Los costos personales, e incluso emocionales, que el trabajo había venido imponiéndole le estaban resultando muy difíciles de sobrellevar, apareciendo la necesidad de desentenderse de todo ello (*¡Al diablo con todo!*). Asimismo, las injusticias a las que potencialmente quedaba expuesto en el trabajo, así como aquellas que ya se habían cometido con él, le eran apenas tolerables:

Hay viajantes que se dan una vida de odaliscas. Cuando a media mañana regreso a la fonda para anotar los pedidos, me los encuentro muy

sentados, tomándose el desayuno. Si yo, con el jefe que tengo, quisiese hacer lo mismo, me vería de patitas en la calle. (17-8)

Sin embargo, esas injusticias eran parte de su inevitable (y no precisamente “idílica”) realidad, puesto que su trabajo resultaba imprescindible para la supervivencia de su familia. A pesar de esto, la posibilidad de verse *de patitas en la calle* no dejaba de ser atractiva para el agotado hijo:

Y ¿quién sabe si esto no sería para mí lo más conveniente? Si no fuese por mis padres, ya hace tiempo que me hubiese despedido [...]; la esperanza, todavía no la he perdido del todo. En cuanto tenga reunida la cantidad necesaria para pagarle la deuda de mis padres –unos cinco o seis años todavía–, ¡vaya si lo hago! (18)

Así, para Gregor la posibilidad de verse *de patitas en la calle* no sólo constituía una forma de liberarse de las injustas y sacrificadas condiciones laborales, sino también una tentadora manera de deshacerse anticipadamente de la responsabilidad de tener que seguir pagando la deuda de los padres.

Si el trabajo y sus obligaciones le estaban resultando así de insoportables al joven hijo, se puede concluir entonces que el equilibrio familiar no era “hermoso y feliz” como los Samsa querían creer, puesto que al menos uno de ellos lo estaba pasando bastante mal. En ese sentido, aun cuando el *grave aprieto* impidió a Gregor ir a trabajar aquella mañana, con lo cual quedó expuesto a los reproches del principal, el jefe y sus propios padres –pues aquél hablaba a nombre de todos ellos–, la verdad es que esa misma imposibilidad de seguir cumpliendo con sus obligaciones era algo “intensamente” anhelado por él.

Que ese oculto deseo de Gregor se haya manifestado de la manera tan *extravagante* y violenta como sucedió aquella mañana sólo puede ser comprendido si se tiene en cuenta la enorme vigilancia y censura a la que estaban sometidas las necesidades del joven por parte de su familia. Así, al igual que la “vida disipada” de Oscar M. en “El mundo urbano”, la metamorfosis de Gregor no sería más que el único medio a través del cual este hijo kafkiano se permitió reafirmar su individualidad.

### 2.3.3.2 El duro caparazón

*Atrincherado* aquella mañana en su habitación –en la cual, además, tenía la costumbre de dormir bajo llave–, lo que Gregor habría estado intentando hacer era comenzar a demarcar un territorio de emancipación y diferenciación personal, situación que, tal como la madre reveló en sus palabras al principal, no le había resultado nada fácil al joven hasta antes de su metamorfosis (aunque, como mostraré más adelante, con ésta última tampoco se le simplificó mucho aquello):

Si el chico no tiene otra cosa en la cabeza más que el almacén. ¡Si casi me molesta que no salga ninguna noche! Ahora, por ejemplo, ha estado aquí ocho días; pues bien, ¡ni una sola noche ha salido de casa! Se sienta con nosotros, haciendo corro alrededor de la mesa, lee el periódico sin decir palabra o estudia itinerarios. Su única distracción consiste en trabajos de carpintería. En dos o tres veladas ha tallado un marquito. Cuando lo vea usted, se va asombrar; es precioso. Ahí está colgado, en su cuarto. (28)

En efecto, los comportamientos de Gregor “denunciados” por su madre dan cuenta de un hijo que carecía, casi totalmente, de espacios privados de individualidad (salvo el nocturno –y “asfixiante”– encierro bajo llave en su habitación). Hasta antes de su metamorfosis, la vida de Gregor había girado, casi exclusivamente, en torno a su familia (como indicaré posteriormente, después de la transformación ocurrió lo mismo), ya sea porque cuando se ausentaba lo hacía por motivos de trabajo, para así obtener el dinero que los Samsa requerían, o porque cuando estaba en casa se sumaba al “idílico” y cohesionador corro familiar. En ese sentido, la molestia de la madre porque Gregor no salía de casa por las noches puede ser entendida como un sentimiento que encubre otro verdaderamente más importante para ella (y el resto de la familia): la satisfacción de tener permanentemente cerca al hijo y haciendo cosas tan “hermosas” (e “inofensivas”) como sus tallados en carpintería.

No obstante, de la noche a la mañana, este hijo tan bueno e inofensivo (*formal* y *juicioso*, según el principal), pasó a comportarse de forma irracional y *extravagante*. Esta nueva actitud de Gregor, sin embargo, puede ser considerada como algo bastante “cuerdo” y coherente con las aspiraciones de éste relacionadas, por un lado, con el anhelo de verse liberado de la carga con que la familia lo ha atormentado en los últimos cinco años, y, por otro, con el deseo de que fuesen sus propias necesidades las que



pasasen a ocupar un lugar preferente dentro del funcionamiento familiar, en especial las relativas a sus aspiraciones de emancipación.

La tozuda insistencia de Gregor por querer levantarse para ir a trabajar aquella mañana (a pesar del *grave aprieto* en que “por fin” se encontraba), debe ser entendida como una mecánica (y exagerada) manifestación de aquella parte suya que en los últimos cinco años le ha llevado a cumplir lealmente sus deberes familiares, aun a costa de tener que renunciar de forma heroica a la satisfacción de sus necesidades personales. Asimismo, esa obstinada y amplificadora insistencia por querer seguir mostrándose a los demás como un hijo leal a su familia, constituye también una forma de encubrir el emergente y “censurable” deseo de renunciar a tan sacrificado papel.

Esas dos partes en las que Gregor parecía encontrarse escindido internamente, es decir, aquella que le ha permitido sacrificar sus necesidades en los últimos años, y aquella otra que las ha reivindicado de manera monstruosa aquella lluviosa mañana, no parecen ser tan irreconciliables entre sí; esto, al menos, desde la perspectiva de Gregor. En efecto, lo que el joven ha buscado con su metamorfosis es –como buen hijo kafkiano– intentar conciliar ambos “polos”; esto quiere decir que, sin tener que renunciar al cumplimiento de sus obligaciones familiares, Gregor esperaba poder comenzar a satisfacer sus postergadas necesidades personales de autonomía y emancipación.

No obstante, y tal como he mostrado anteriormente, tales planes conciliadores son inviables dentro de las familias kafkianas (al respecto, recuérdese el imposible plan de Oscar M. en “El mundo urbano”, y los “ahogados” proyectos de Georg en “La condena”). Esta inviabilidad se debe, en gran medida, a que los padres kafkianos no están dispuestos a que el hijo se distraiga atendiendo otro tipo de necesidades que no sean las de ellos, menos aún si esas amenazantes distracciones están relacionadas con ofensivos afanes emancipadores.

En ese contexto, las posibilidades de fracaso para los planes de Gregor eran tan altas que, embebido quizás de un entorno tan poco auspicioso, éste no hizo más que alentar el fracaso de sus proyectos emancipadores al irrumpir con ellos aquella mañana de manera tan *extravagante* en la “idílica” vida de los Samsa. Este “estratégico” error de Gregor debe ser interpretado como una muestra de lealtad hacia su familia, puesto que si hay algo que deseaban intensamente los padres es que los planes emancipadores del hijo fracasasen de manera tan estrepitosa que resultara completamente imposible el

llevarlos a la práctica. En ese sentido, con su *extravagante* e ineficaz actitud, Gregor no hizo más que satisfacer a sus padres.

En esa misma dirección, y a pesar de su disruptiva aparición, las aspiraciones de emancipación de Gregor parecían poseer una ambición más bien limitada, pues el cautiverio que padeció en su habitación –en donde fue recluido por su familia tras su transformación– se constituyó en el máximo ámbito de independencia al que pudo aspirar el joven tras su “rebelión”. En otras palabras, el amago de rebelión emancipadora fue tan *extravagante* como (auto)limitado, puesto que ni siquiera traspasó los muros de la casa familiar. Con ello, Gregor satisfizo otra demanda paterna: que el hijo siempre se mantuviese cerca de sus progenitores.

El gesto emancipador de Gregor fue tan considerado con su familia que el eventual mayor protagonismo que adquirieron las postergadas necesidades del joven, más que servir a la diferenciación y la independencia de éste, resultaron más útiles para reforzar la cohesión familiar y la dependencia mutua de sus integrantes. En efecto, tras la metamorfosis de Gregor –como tras la quiebra del negocio del padre–, los Samsa realizaron los ajustes necesarios de manera tal que el *grave aprieto* sufrido por el hijo sirviera para estrechar los lazos de dependencia entre ellos a modo de un accionar solidario (del tipo “la unión hace la fuerza”) para así enfrentar la adversidad, transformando la casa en una especie de “cuartel general”: “Ninguno de los miembros de la familia quería permanecer solo en casa, y como tampoco querían dejar ésta abandonada, siempre había allí por lo menos dos personas” (54).

Tantas concesiones a la familia sólo podían tener un resultado: el fracaso de los planes emancipadores de Gregor. Así, frustrado en sus intentos de reafirmación de su individualidad y recluido en su habitación –el gesto emancipador también contenía un elemento (auto)punitivo–, Gregor debió conformarse, simplemente, con haber logrado que sus postergadas e insatisfechas necesidades de ser cuidado y atendido por su familia adquirieran un lugar preferente dentro del funcionamiento de los Samsa; aunque para ello debió transformarse nada menos que en un “parásito”.

En efecto, esa misma noche Gregor comenzó a ser alimentado por su hermana, quien llevó hasta su habitación una escudilla con leche. Gregor, sin embargo, rechazó ese alimento y prefirió los restos de comida que en reemplazo de la leche llevó Grete; esos alimentos en descomposición sí fueron del gusto del insecto:

[La hermana] le trajo un surtido completo de alimentos y los extendió sobre un periódico viejo; allí había legumbres atrasadas, medio podridas ya; huesos de la cena de la víspera, rodeados de salsa blanca cuajada; pasas y almendras; un pedazo de queso, que dos días antes Gregor había declarado incomible; un panecillo duro; otro untado con mantequilla, y otro con mantequilla y sal. Añadió a esto la escudilla, que por lo visto, quedaba destinada a Gregor definitivamente, pero ahora estaba llena de agua [...]. Gregor devoró sucesivamente el queso, las legumbres y la salsa. En cambio, los alimentos frescos no le gustaban; su olor mismo le era insoportable. (50-1)

De ese modo, Gregor pudo comenzar a disfrutar de la “bondad” de la familia que, a través de la hermana, no sólo se percató muy rápidamente de cuáles eran sus nuevas “debilidades” culinarias, sino que las satisfizo de manera *diligente*. Al respecto, fue la hermana quien debió asumir la tarea de hacerse cargo de los cuidados diarios de Gregor, puesto que los padres –¡cómo no!– se sintieron incapaces de realizar tales labores:

De esta manera recibió Gregor diariamente su comida; una vez por la mañana, cuando dormían los padres y la criada, y otra después del almuerzo, mientras los padres sesteaban un rato [...]. Seguramente no querían tampoco ellos que Gregor se muriera de hambre; pero tal vez no hubieran podido soportar el espectáculo de sus comidas, y era mejor que sólo las conociesen por lo que les dijera la hermana. Tal vez también quería ésta ahorrarles una pena más, sobre lo que ya sufrían. (52)

Tal como después de la quiebra del negocio los padres depositaron en Gregor la enorme responsabilidad de garantizar la supervivencia económica de la familia (como también la de saldar la deuda que le traspasaron íntegra), tras la metamorfosis del hijo, hicieron algo muy parecido con la hermana que, a pesar de su juventud (o a raíz de ella), debió asumir la obligación de velar por el hermano: “[Grete era] sólo una niña, que quizá sólo por ligereza infantil se había echado sobre los hombros tan penosa carga” (63).

A pesar de los sacrificios que dichas labores implicaban, Grete –al igual que Gregor en su momento– se hizo cargo con gran esmero de la tarea que los padres le asignaron: “La hermana hacía cuanto podía para borrar la dolorosa situación, y, a medida que transcurría el tiempo, iba consiguiéndolo mejor” (60). Sin embargo, esto sólo fue así durante un primer período, puesto que, posteriormente, Grete experimentó un gran agotamiento, y rechazó las labores asignadas.

Antes de que ese cambio se concretara, Gregor tuvo oportunidad de disfrutar de un período en el cual sus necesidades básicas fueron medianamente atendidas (en esa familia, él estaba impedido de aspirar a la satisfacción de otras necesidades más elevadas). Sin embargo, Gregor experimentaba tal “privilegio” como un placer culpable, y se recriminaba a sí mismo por preocupar y atormentar a su familia; ya en la primera noche de su “nueva” vida, Gregor debió enfrentarse a tal conflicto interior:

Así permaneció toda la noche, parte en un semisueño, del que le despertaba con sobresalto el hambre, y parte también presa de preocupaciones y esperanzas no muy definidas, pero cuya conclusión era siempre la necesidad, por de pronto, de tener calma y paciencia y de hacer lo posible para que la familia, a su vez, soportase cuantas molestias él, en su estado actual, no podía por menos de causar. (49)

Esta gran consideración de Gregor hacia su familia –a pesar de las diversas molestias que padecía en esos momentos– no era en absoluto un comportamiento inédito en él, sino que constituía la prolongación de su anterior actitud (pre-metamorfosis) que le llevó a dar prioridad a las necesidades de su familia en desmedro de las suyas. Lejos de desaparecer esta abnegada actitud, con la metamorfosis ella pareció intensificarse de manera absurda, pues, en el estado en el que Gregor se encontraba –convertido en insecto– era quizás muy poco lo que verdaderamente podía hacer por su familia, aun a pesar de las ilusiones que él todavía conservaba al respecto: “A veces, ocurríasele pensar que iba a abrirse la puerta de su cuarto, y que él iba a encargarse de nuevo, como antes, de los asuntos de la familia” (84). Como mostraré más adelante, Gregor sí ayudó a su familia desde su condición de insecto –o hijo malo–, y, en realidad, tanto o más que desde su antiguo papel de hijo bueno y venerado.

No obstante, Gregor se sentía avergonzado por haber abandonado sus obligaciones familiares, y para él era de gran interés conocer detalles de cómo la familia estaba enfrentando el inesperado trance en que él les había colocado. Por ese motivo, cuando Gregor oyó la conversación en que el padre reveló a la madre y la hermana la verdadera situación financiera de la familia –que indicaba que el padre había logrado salvar un capital a pesar de la quiebra sufrida–, lejos de enojarse por el “engaño” sufrido, aquél se alegró por la actitud previsoras del padre:

Gregor aprobaba con la cabeza, contento de esta inesperada previsión e insospechado ahorro. Ciertamente que con ese dinero sobrante podía él haber

pagado poco a poco la deuda que su padre tenía con el jefe, y haberse visto libre de ella mucho antes de lo que creyera; pero ahora resultaban sin duda mejor las cosas tal como su padre las había dispuesto. (58)

Por el contrario, cuando las conversaciones familiares –que él oía con ansiosa atención desde su puerta– daban cuenta de los aprietos económicos que atormentaban a los Samsa –y que, a pesar de los ahorros, les obligaron a buscar trabajo–, Gregor se sentía responsable y culpable por ello: “Cada vez que la conversación venía a parar a esta necesidad de ganar dinero, Gregor abandonaba la puerta y, encendido de pena y vergüenza, arrojábase sobre el fresco sofá de cuero. A menudo pasábase allí toda la noche, sin pegar ojo, arañando el cuero hora tras hora” (59).

Así como las atenciones de Grete hacia Gregor sufrieron un importante deterioro, la actitud comprensiva y considerada de éste hacia su familia también decayó (aunque sin alcanzar el nivel extremo e irreversible del cambio experimentado por Grete). La pérdida de interés y de consideración de Gregor para con los suyos fue la reacción de éste al progresivo abandono al que lo sometió su familia, dentro del cual fue determinante el cambio de actitud de Grete:

Ahora, la entrada de la hermana era para él algo terrible. Apenas dentro de la habitación, y sin cuidarse siquiera de cerrar previamente las puertas, como antes, para ocultar a todos la vista del cuarto, corría derecha a la ventana, y la abría violentamente, cual si se hallase a punto de asfixiarse; y hasta cuando el frío era intenso, permanecía allí un rato, respirando con fuerza. Tales carreras y estrépitos asustaban a Gregor dos veces al día [...]; quedaba temblando debajo del sofá todo el tiempo que duraba la visita. (60-1)

En ese contexto, no sólo se fue atenuando la preocupación de Gregor por los sucesos que ocurrían más allá de su puerta, sino que también disminuyó su interés por alimentarse; en compensación a todo ello, Gregor desarrolló la “autista” entretención de trepar zigzagueando por las paredes y el techo de su habitación. Al percatarse de la nueva costumbre de su hermano, y como una aparente forma de facilitarle esos placenteros desplazamientos, Grete decidió retirar todos los muebles de la habitación de Gregor, a excepción del sofá que era su escondite.

La madre no compartía la necesidad de realizar esos cambios, ya que a su juicio constituirían un mensaje para Gregor a través del cual la familia, más que mostrar interés por su nueva entretención, lo que hacía en realidad era manifestarle su

resignación, y que se había abandonado toda esperanza de mejoría del hijo. Por su parte, y a pesar del gusto por su nueva entretención, Gregor tampoco deseaba sufrir el desalojo de su mobiliario:

¿Es que él deseaba de verdad se cambiase aquella su muelle habitación, confortable y dispuesta con muebles de familia, en un desierto en el cual hubiera podido, es verdad, trepar en todas las direcciones sin el menor impedimento, pero en el cual se hubiera, al mismo tiempo, olvidado rápida y completamente de su pasada condición humana? [...].

No, no había que retirar nada; todo tenía que permanecer tal cual; no era posible prescindir de la bienhechora influencia que los muebles ejercían sobre él, y, aunque éstos impedían su libre ejercicio, ello, en todo caso, antes que un perjuicio, debía ser considerado como una gran ventaja. (67)

La hermana, sin embargo, siguió adelante con su obstinada decisión, lo cual obligó a Gregor a tener que defender por sí mismo sus intereses personales. Así, en medio de un breve descanso tomado por las mujeres en la habitación de al lado, Gregor se arrojó hacia una de las paredes de su cuarto, y se aferró a aquel marquito que él mismo había tallado algunas noches atrás, y que contenía la imagen de una mujer: “Al menos esta estampa que él tapaba ahora por completo, no se la quitarían” (70). Al volver las mujeres al cuarto de Gregor, la madre se desmayó al ver a su hijo adherido a la pared, y tras la llegada del padre a casa –que se hallaba fuera en esos momentos–, Gregor fue nuevamente recluido en su habitación, pues había salido de ella al encontrar la puerta abierta.

Esta frustrada defensa de sus intereses personales dio la posibilidad a Gregor de tomar conciencia de que sólo una intensa defensa de los mismos podría servirle, eventualmente, para salir airoso alguna vez en su afán de que su familia tomase realmente en consideración sus necesidades y aspiraciones personales. Aunque también podía concluir lo contrario, es decir, que ni la más enérgica defensa de sus intereses – como la que Gregor realizó con el marquito– le podía garantizar el éxito en sus aspiraciones de preservar y autoproteger su propia individualidad. En verdad, ni la familia estaba dispuesta a concederle a Gregor tal margen de acción, ni tampoco él estaba dispuesto a llegar a tales extremos; con su metamorfosis, Gregor parecía haber agotado todos sus recursos al respecto.

En cualquier caso, el suceso del cambio de muebles, dio la oportunidad a Gregor de volver a ver a su padre, a quien no veía desde la mañana de su metamorfosis. Desde

aquel día, el padre parecía haber experimentado una verdadera “transformación”, pues, para encerrarlo en su habitación el anciano progenitor hizo uso de una energía desconocida para Gregor, que le permitió atacar a este con una lluvia de manzanas (dejándole una incrustada que nadie se encargó de retirar), poniendo así fin al altercado sobre la retirada de los muebles:

¿Era aquél realmente su padre? ¿Era éste aquel hombre que, antaño, cuando Gregor se preparaba a emprender un viaje de negocios, permanecía fatigado en la cama? ¿Aquel mismo hombre que, al regresar a casa le acogía en bata, hundido en su butaca, y que, por no estar en condiciones de levantarse, contentábase con alzar los brazos en señal de alegría?

Pero no; ahora presentábase firme y derecho, con un severo uniforme azul con botones dorados, cual el que suelen usar los ordenanzas de los Bancos. Sobre la rigidez del cuello alto, derramábase la papada; bajo las pobladas cejas, los ojos negros despedían una mirada atenta y lozana, y el cabello blanco, siempre desmelenado hasta entonces, aparecía brillante y dividido por una raya primorosamente sacada. (74-5)

Desde la metamorfosis del hijo, el padre había experimentado esos “rejuvenecedores” cambios a raíz de que se vio obligado a “sacar fuerzas de flaqueza” para volver a trabajar y así aportar al sostenimiento económico de la familia, pues, como él mismo había informado a su esposa y su hija, el dinero salvado de la quiebra, como el ahorrado de las ganancias de Gregor, era insuficiente para vivir. Debido a ello, la madre y la hermana también tuvieron que ponerse a trabajar: “La madre, inclinada muy junto a la luz, cosía ropa blanca fina para un almacén, y la hermana, que se había colocado de dependienta, estudiaba por las noches estenografía y francés, a fin de lograr quizá con el tiempo un puesto mejor que el actual” (80).

A pesar de ser tres los miembros que trabajaban –a diferencia de antes que sólo lo hacía Gregor–, la familia sentía que no lograba garantizar su supervivencia, y las dificultades económicas padecidas les llevaron incluso a vender las joyas de las mujeres. La familia experimentó este grave deterioro como una experiencia de degradación social:

Hubieron de apurar hasta la hez el cáliz que el mundo impone a los desventurados; el padre tenía que ir a buscar el desayuno del humilde empleado de Banco; la madre, que sacrificarse por ropas de extraños; la hermana, que correr de acá para allá detrás del mostrador, conforme lo

exigían los clientes. Pero las fuerzas de la familia no daban ya más de sí.  
(83)

En efecto, los padres y la hermana sentían que estaban llegando al límite de sus fuerzas, y que se quedaban sin energías para seguir preocupándose de Gregor: “¿Quién, en aquella familia cansada, deshecha por el trabajo, hubiera podido dedicar a Gregor algún tiempo más que el estrictamente necesario?” (82). Él, por tanto, se veía forzado a renunciar al único logro que le había reportado su transformación, ser cuidado y atendido por su familia:

La hermana no se preocupaba ya de idear lo que más había de agradarle; antes de marchar a su trabajo, por la mañana y por la tarde, empujaba con el pie cualquier comida en el interior del cuarto, y luego, al regresar, sin fijarse siquiera si Gregor sólo había probado la comida –lo cual era lo más frecuente– o si ni siquiera la había tocado, recogía los restos de un escobazo. El arreglo de la habitación, que siempre tenía lugar de noche, no podía así mismo ser más rápido. Las paredes estaban cubiertas de mugre, y el polvo y la basura amontonábase en los rincones. (84-5)

El abandono y maltrato al que era sometido Gregor no sólo era consecuencia del cansancio y la supuesta falta de tiempo de los padres y la hermana, sino también de la percepción de éstos de que Gregor era el responsable de todos sus padecimientos; si la familia estaba sufriendo una degradación social y económica de la magnitud que ellos decían padecer (¿no estarían exagerando tal como el padre amplificó la gravedad de la quiebra?), el causante de la misma no podía correr una suerte diferente. El miembro antiguamente venerado también debía padecer la denigración, y si ello ocurría en su propio territorio “emancipado”, tanto mejor; así, la habitación de Gregor fue transformada en el trastero de la casa: “Habían ido tomando la costumbre de colocar allí las cosas que estorbaban en otra parte [...]; de igual modo que el cogedor de las cenizas y el cajón de la basura” (88-9). Con esa degradante actitud familiar, el mismo Gregor fue transformado en un trasto.

### **2.3.3.3 El traidor leal**

Los anhelos de la familia Samsa por mantener “inalterable” la cohesión grupal eran tan intensos que, aun en calidad de trasto, Gregor seguía siendo considerado un miembro de



la familia: “Pese a lo triste y repulsivo de su forma actual, [Gregor] era un miembro de la familia, a quien no se debía tratar como a un enemigo, sino, por el contrario, guardar todos los respetos, y que era un elemental deber de la familia sobreponerse a la repugnancia y resignarse. Resignarse y nada más” (78-9). Para este kafkiano grupo, la pérdida o emancipación de un miembro resultaba tan intolerable que preferían conservarle en calidad de cosa inservible en vez de tener que asumir su irreparable “pérdida”.

No obstante, y aun cuando Gregor compartía la necesidad colectiva de conservar a toda costa la cohesión familiar (por lo cual aceptaba ser rebajado a la calidad de parásito y trasto con tal de seguir formando parte del corro familiar), la verdad es que él también experimentaba la personal necesidad de gozar de ciertos límites que le protegieran de los degradantes ataques de los que estaba siendo víctima. Así, y como respuesta a las afrentas padecidas, el interés de Gregor hacia su familia no sólo fue decayendo, sino que dio paso al rencor: “[Gregor] sólo sentía hacia ella [su familia] la irritación producida por la poca atención que se le dispensaba. No se le ocurría pensar en nada que le apeteciera; empero, fraguaba planes para llegar hasta la despensa y apoderarse, aunque sin hambre, de lo que en todo caso le pertenecía de derecho” (84).

En un contexto como ese, la restitución de los derechos de Gregor (o el establecimiento de ciertos límites protectores) sólo parecía posible como fruto de una temeraria intervención de autodefensa como la fraguada por el desesperado joven-insecto. Como contrapartida, para sufrir la pérdida absoluta e irrevocable de dichos derechos (o de los pocos que le quedaban), sólo hacía falta algún suceso que “evidenciara” la posición de traidor y enemigo que ocupaba Gregor al interior de la familia, y que lo haría merecedor de la expulsión del grupo; en calidad de trasto, Gregor podía seguir formando parte de los Samsa, pero en la condición de enemigo y traidor, no.

La ocasión propicia para desenmascarar al verdadero Gregor (es decir, aquel que era algo peor que un trasto) se presentó en el momento en que éste traspuso los límites de su habitación-celda y quiso intervenir cuando, según él, la hermana estaba siendo víctima de unos huéspedes que no oían con el debido respeto la música que ella tocaba en el violín. La intempestiva aparición de Gregor en el comedor no sólo reveló a los huéspedes la existencia de semejante bicho en la casa en que ellos alquilaban una habitación, sino que fue especialmente agravante para la hermana, quien vio en el comportamiento de Gregor una actitud beligerante que resultaba absolutamente

impropia en alguien que ni siquiera tenía derecho a disponer de muebles en su habitación. A raíz de esto, la hermana conminó a sus padres a deshacerse definitivamente de Gregor:

–Es preciso que se vaya –dijo la hermana–. Éste es el único medio, padre. Basta que procures desechar la idea de que se trata de Gregor. El haberlo creído durante tanto tiempo es, en realidad, el origen de nuestra desgracia. ¿Cómo puede ser esto Gregor? Si tal fuese, ya hace tiempo que hubiese comprendido que no es posible que unos seres humanos vivan en comunidad con semejante bicho. Y a él mismo se le habría ocurrido marcharse. Habríamos perdido al hermano, pero podríamos seguir viviendo, y su memoria perduraría eternamente entre nosotros. Mientras que así, este animal nos persigue, echa a los huéspedes y muestra claramente que quiere apoderarse de toda la casa y dejarnos en la calle. (100-1)

Frente a este nuevo y definitivo ataque, Gregor se replegó sumisamente en su habitación, en donde fue encerrado por última vez, mientras manifestaba su acuerdo con la decisión de la hermana: “[Gregor] pensaba con emoción y cariño en los suyos. Hallábase, a ser posible, aún más firmemente convencido que su hermana de que tenía que desaparecer” (104). De este modo, Gregor, el hijo kafkiano “modelo”, reincidía (y de manera definitiva) en la renuncia radical a sus necesidades y derechos personales en favor de lo que para él fue siempre más importante: el bienestar de la familia.

A la mañana siguiente, y tras comprobar la criada que Gregor había amanecido muerto, los padres y la hija decidieron dar un paseo en tranvía por las afueras de la ciudad para así descansar de las largas tensiones sufridas. Bajo un primaveral sol –tan ausente aquella lluviosa mañana en que Gregor amaneció convertido en insecto–, la familia comenzó a reconocer no sólo los aspectos favorables de su situación presente – ¡que recién ahí se hicieron visibles para ellos!–, sino también las auspiciosas posibilidades que el futuro les deparaba:

El tranvía, en el cual eran los únicos viajeros, hallábase inundado de la luz cálida del sol. Cómodamente recostados en sus asientos, fueron cambiando impresiones acerca del porvenir, y vieron que, bien pensadas las cosas, éste no se presentaba con tonos oscuros, pues sus tres colocaciones –sobre las cuales no se habían todavía interrogado claramente unos a otros– eran muy buenas, y, sobre todo, permitían abrigar para más adelante grandes esperanzas. (112)

En ese tranvía, el único viajero ausente era Gregor, el joven y esforzado hijo que los acompañó en el largo y sacrificado trayecto previo y que tanto desde la posición de hijo bueno, leal y venerado, como desde el ingrato papel de hijo malo, parásito y traidor, tuvo que encargarse de ser él quien más sacrificios y renunciaciones debió realizar con tal de hacer avanzar un “tren” familiar que resultaba en extremo pesado, debido a la escasa colaboración de los demás “pasajeros” que tendían a amplificar tanto la gravedad de sus incapacidades como la magnitud de los contratiempos sufridos.

En efecto, así como la superación del sombrío panorama en que les dejó la quiebra del negocio del padre sólo fue posible gracias a la “milagrosa” intervención de Gregor, la familia Samsa habría sido incapaz de arribar a tan auspicioso y primaveral final del trayecto de no mediar la “monstruosa” participación del hijo-insecto. Aun cuando Gregor –en su etapa de hijo bueno– estaba garantizando la supervivencia económica de la familia, la verdad es que sus padres y su hermana parecían hallarse estancados en sus desarrollos: los padres padecían diversas e incapacitantes molestias físicas, y la hermana llevaba una inútil vida encerrada en casa. Sin embargo, a partir de la metamorfosis de Gregor, tanto los progenitores como la hermana experimentaron sus propias “metamorfosis”, pues el nuevo contexto familiar los obligó a superar sus invalidantes incapacidades a los primeros, y su inútil inexperiencia a la segunda.

De ese modo, y aun cuando en ese nuevo contexto parecía que ya no estaba presente el “milagroso héroe” para rescatarlos de la adversidad, en realidad sí lo estaba, aunque ocupando un papel que le cargaba de un signo negativo: el parásito traidor. Esta posición de aparente deslealtad constituía, en realidad, una nueva muestra de los extremos sacrificios a los que Gregor era capaz de llegar (¿o que era forzado a realizar?) con tal de garantizar no sólo la supervivencia contingente o inmediata de la familia, sino también de asegurar el bienestar y desarrollo futuro de la misma:

Y mientras así departían [en el tranvía], percatáronse casi simultáneamente el señor y la señora Samsa de que su hija, que pese a todos los cuidados perdiera el color en los últimos tiempos, habíase desarrollado y convertido en una linda muchacha llena de vida. Sin cruzar ya palabra, entendiéndose casi instintivamente con las miradas, dijéronse uno a otro que ya era hora de encontrarle un buen marido.

Y cuando, al llegar al término del viaje, la hija se levantó la primera y estiró sus formas juveniles, pareció cual si confirmase con ello los nuevos sueños y sanas intenciones de los padres. (112-3)

Considerando el invalidante estancamiento en que se habían hallado sumidos los padres y la hermana, es posible presumir que Gregor, desde su papel de hijo bueno, habría sido incapaz de llevar a su familia a alcanzar tan elevados logros evolutivos en torno a los cuales sus padres incluso llegaban a predisponerse positivamente ante la futura “pérdida” de la única hija que les quedaba, y que tanta “utilidad” les había prestado en el último tiempo.

De este modo, esta novela de Franz Kafka alude con su título no sólo a la “insólita” metamorfosis que sufrió Gregor Samsa, sino también a la transformación que experimentó la familia Samsa en su conjunto, la que, de hallarse inicialmente en una situación de “quiebra” y estancamiento, pasó a ocupar una auspiciosa posición que abría para ella insospechadas posibilidades de nuevos desarrollos.

En suma, Gregor sólo pudo garantizar el desarrollo y el bienestar futuro de su familia a partir de su transformación en hijo malo o traidor, es decir, desde su papel de traidor leal. En ese sentido, la posición de Gregor Samsa recuerda –o anticipa, mejor dicho– la situación de Fergus Kilpatrick –el protagonista del relato “Tema del traidor y del héroe” de Jorge Luis Borges– que, en calidad de líder de un grupo de fracasados revolucionarios, sólo pudo garantizar el éxito de los suyos cuando fue él mismo quien los traicionó; sólo de esa manera, la amada patria de esos revolucionarios alcanzó su liberación.

## 2.4 Conclusiones

La emancipación de los hijos de la familia de origen es una temática central y recurrente en los escritos de Franz Kafka. Ella posee un carácter tan complejo que para su adecuada comprensión resultan insuficientes los tradicionales enfoques que han predominado hasta ahora en la exégesis kafkiana, pues gran parte de estos tienden a rotularla como un conflicto meramente edípico o generacional. Lejos de esto, la emancipación filial es un complejo proceso intrafamiliar que adquiere visos de problemática irresoluble a raíz de que las familias kafkianas se organizan de tal manera que la presencia de los hijos al interior de ellas resulta imprescindible para garantizar la cohesión y preservación de las mismas.

Tan peculiar organización familiar se debe a que los hijos tienen que cargar con la responsabilidad de atender las necesidades afectivas y materiales de sus padres, como también asumir la tarea de mantener económicamente al conjunto de la familia, lo cual los transforma en verdaderos “jefes de hogar”. Esto es consecuencia de las severas incapacidades que supuestamente afectan a los padres y que les impiden continuar realizando las labores que han delegado en los hijos. Sin embargo, el análisis de las narraciones kafkianas demuestra que los padres magnifican dichas incapacidades con el objeto de contar con un poderoso pretexto que permita retener al hijo por más tiempo en el seno familiar.

Embebido de un fuerte sentimiento de lealtad, el hijo posterga sus eventuales proyectos emancipadores, dando prioridad a la misión encomendada por su familia en cuanto a tener que erigirse en el “salvador” de la misma, puesto que la situación en la que esta se encuentra es tan “catastrófica” que sólo una heroica intervención (“imposible” de ser realizada por los padres) podría ser capaz de revertir tan adversas circunstancias. Sin embargo, la renuncia del hijo a sus planes emancipadores es sólo relativa, ya que en su interior él sigue albergando la esperanza de que dichos anhelos puedan concretarse en algún momento, e incluso considera la posibilidad de que tales proyectos puedan ser compatibles con la labor que debe realizar al interior de la familia.

La posibilidad de compatibilizar tan opuestas demandas es descartada de plano por los padres, quienes se niegan a que el hijo se aventure en proyectos diferentes a la misión que ellos le han endosado en cuanto a tener que convertirse en el garante de la preservación y cohesión del sistema familiar. Enfrentado a tan restrictivo contexto, el hijo se limita a realizar tenues y ambiguos amagos emancipadores que, no obstante la

escasa satisfacción que puedan reportarle, son interpretados por los padres como destructivos e intolerables actos de insubordinación y traición filial, debido a lo cual el vástago queda expuesto a recibir los más crueles castigos.

En ese punitivo contexto, las posibilidades de éxito para los amagos emancipadores del hijo son prácticamente nulas. Dicho fracaso se ve además propiciado por el carácter ambiguo que poseen los intentos emancipadores del vástago, quien, atrapado en una tupida trama de lealtades, acaba dando prioridad a la cohesión familiar en desmedro de su emancipación individual. Esto quiere decir que, más que estar al servicio de esta última, los gestos emancipadores del hijo acaban siendo más útiles para reforzar la cohesión de la familia, puesto que esta los utiliza como factor de preocupación común en torno al cual los miembros se reorganizan, de tal manera que lo único que permanece inalterable es la “férrea” unión entre ellos.

En ese sentido, las tres narraciones de Franz Kafka que he analizado en este apartado describen la lucha entre dos “bandos”: por un lado, los esfuerzos parentales por retener indefinidamente al hijo al interior de la familia, encomendándole la tarea de cuidar de sus “ancianos” y “enfermos” padres, y, por otra parte, los intentos del hijo por satisfacer dicha demanda parental pero sin tener que renunciar de raíz a sus proyectos de emancipación. En tal sentido, “El mundo urbano” puede ser considerado un relato preparatorio de los otros dos –de hecho es escrito por Kafka más de un año antes<sup>99</sup>–, pues en él la mencionada pugna no llega a alcanzar un desenlace definitivo (recuérdese el abrupto final del relato), como sí es posible advertir en “La condena” (cuyo título ya sugiere la idea de resolución) y en “La metamorfosis”.

Respecto al desenlace alcanzado en estas dos últimas narraciones, en realidad tampoco es fácil señalar cuál es el “bando” que acaba por imponerse, puesto que en ninguna de ellas los padres imponen su voluntad de retener indefinidamente al hijo (pues el fallecimiento de éste frustra tal posibilidad), ni el hijo logra satisfacer su necesidad de emanciparse del núcleo familiar o compatibilizar dichos deseos con las demandas parentales. A este respecto, la única posibilidad de conciliación estaría dada por el hecho de que, a partir de su transformación en insecto, Gregor Samsa no sólo delimitó un “acorazado” territorio de autonomía sino que al mismo tiempo –y a pesar que él creía no estar haciéndolo–, se mantuvo *a cargo* de los asuntos familiares, pues

---

<sup>99</sup> La crítica ya ha señalado el carácter preparatorio o preliminar que tiene “El mundo urbano” respecto de otros escritos de Kafka, como “La condena”, “La metamorfosis” y la “Carta al padre”. Sobre este aspecto, véase Kafka, 2000a: 878 y 916.

gracias a su metamorfosis (y sólo gracias a ella) el resto de la familia pudo alcanzar un promisorio y optimista equilibrio.

No obstante, esa posible compatibilidad lograda por Gregor puede también ser puesta en cuestión, ya que una transformación en insecto no es, precisamente, el mejor sinónimo de emancipación. En la obra de Kafka, sin embargo, aparecen con cierta frecuencia situaciones de ese tipo, es decir, aquellas en que el hijo debe conformarse con una “menguada” (y a veces autodestructiva) independencia. Así, por ejemplo, en el breve relato “El paseo repentino” un hombre sólo se atreve a “emanciparse” fugazmente de su núcleo familiar dando un *repentino paseo* que, al menos por una noche, lo libera de la “claustrofóbica” rutina nocturna que realiza su familia (cenar, jugar a las cartas, etc.) antes de la hora de dormir. Esa nocturna fuga no da paso a una verdadera emancipación sino a lo opuesto: el “inevitable” regreso al hogar. Precisamente, ese es el título de otro relato de Franz Kafka, “Regreso al hogar”, el cual describe las sensaciones que experimenta un hijo que, después de algún tiempo fuera de casa, decide (¿debe?) volver a ella.

Desde esa perspectiva, lo que termina por imponerse en las narraciones kafkianas es el sentido de pertenencia a la familia por sobre los afanes (o menguados amagos) emancipadores del hijo (los cuales, a su vez, no son más que otra forma de mostrar lealtad a la familia). Sin embargo, eso no es sinónimo de que los padres logren satisfacer plenamente su (desmesurada) aspiración de retener indefinidamente al hijo en el núcleo familiar desempeñando la (¿irrealizable?) tarea de hacerse cargo de ellos, pues contra tal posibilidad se yerguen los desesperados esfuerzos filiales por desprenderse de tan *inhumana* misión, objetivo que, finalmente, el hijo alcanza aunque para ello deba nada menos que sacrificar su propia vida (sacrificio que, de manera paradójica, constituye otra muestra de lealtad a su grupo familiar).

Desde mi punto de vista, ese es el momento en torno al cual la lucha entre los dos bandos descritos pasa a desarrollarse en otro nivel, puesto que los padres dejan de pugnar por evitar la emancipación del hijo y pasan a esforzarse “simplemente” por sojuzgarle, aunque ello involucre la pérdida de éste. En ese sentido, a lo que los padres kafkianos aspiran en última instancia es a lograr el sometimiento del hijo a la voluntad parental. Desde esa perspectiva, entonces, es claro que tanto en “La condena” como en “La metamorfosis” el bando “vencedor” es el parental, debido a que en ambos casos los hijos acatan sumisamente el veredicto a través del cual son expulsados del seno familiar. Así, esas dos narraciones vuelven a diferenciarse de “El mundo urbano”, pues en este

relato el padre no logra imponer su voluntad, quedando esta en suspenso a la espera de que el hijo de a conocer su importante plan.

Por otra parte, en su novela *El castillo* Franz Kafka también aborda la problemática de la emancipación filial. Específicamente en los capítulos 17 (“El secreto de Amalia”) y 18 (“El castigo de Amalia”), Kafka describe el aislamiento social al que ha sido sometida la familia de Amalia como consecuencia de que ésta se ha negado a someterse sexualmente a un alto funcionario del castillo. A partir de ese momento, la familia de la joven sobrevive con enormes dificultades, ya que en el pueblo nadie se atreve a relacionarse con ellos por temor a recibir represalias. Debido a ello, tanto la muchacha como sus hermanos, Olga y Barnabas, deben hacerse cargo de la subsistencia del grupo familiar, pues los viejos y enfermos padres no pueden responsabilizarse de ello.

Debido a que la problemática central de *El castillo* no es el ostracismo de la familia de Amalia, Kafka no profundiza en el desenlace que tiene tal situación; por lo tanto, no es posible afirmar cuál es el “bando” que acaba por imponerse. Sin embargo, lo descrito en la novela coincide con aquel período de la vida familiar en el que, a pesar de las adversas circunstancias que rodean al grupo (o debido a ellas), la familia se mantiene férreamente unida, por lo que cualquier intento de emancipación filial aparece como un hecho altamente improbable, al menos por el momento. En ese sentido, en una interpelación que Olga le hace a Barnabas, se puede apreciar cómo es el conjunto de la familia (y no sólo los padres) quien se involucra activamente en la realización de “maniobras” que buscan desalentar la emancipación filial: “¿Qué quieres realmente, Barnabas? ¿Con qué objetivo sueñas? ¿Quieres llegar quizá tan lejos que tengas que abandonarnos [...]? ¿Es ese tu objetivo?” (EC: 877).

De cualquier manera, la historia de la familia de Amalia refrenda mi afirmación en cuanto a que la problemática de la emancipación filial es un tema recurrente en la obra de Franz Kafka, puesto que, además de su presencia en diversas narraciones, ésta aparece en dos de sus tres novelas largas (*El desaparecido* y *El castillo*). Adicionalmente, Kafka se refirió a ella en numerosos pasajes de sus *Diarios* y correspondencia, muchas veces en clave autobiográfica. Sirva el presente estudio, entonces, no sólo para revalorizar la importancia de la temática de la emancipación filial dentro de la obra de Franz Kafka, sino también para lograr una comprensión más correcta y amplia de la misma.



Aun cuando el objetivo de mi estudio no ha sido analizar la vida de Franz Kafka, me es inevitable señalar que, así como la crítica kafkiana considera que las novelas *El proceso* y *El castillo* son “réplicas literarias” de las crisis sentimentales padecidas por el escritor checo a raíz de las rupturas de sus relaciones amorosas con Felice Bauer y Milena Jesenská, respectivamente (Llovet, 1999f: 1069), desde mi perspectiva las narraciones “El mundo urbano”, “La condena” y “La metamorfosis” (así como “El fogonero”) deben ser consideradas “réplicas literarias” de la crisis emocional que Kafka debió sufrir como consecuencia de sus enormes dificultades para emanciparse de su familia de origen, las cuales, como ya he comentado, él analiza de manera perspicaz en la “Carta al padre”.

En efecto, en 1912 –año en que escribió las obras que iban a formar parte del volumen *Los hijos*– Franz Kafka cumplió la simbólica edad de 29 años, es decir, aquella que, culturalmente, marca el fin de la edad juvenil y el comienzo de la edad adulta con todas las obligaciones y desafíos que esta última conlleva (Lesser, 1982: 288). Entre otras expectativas, del hombre que llega a tal edad se espera que alcance un significativo nivel de mayor autonomía e independencia respecto de su familia de origen. Sin embargo, y tal como he comentado en apartados anteriores, lejos de acceder a tales logros evolutivos Kafka tendió a quedar “atrapado” en el núcleo familiar como si de un “gueto” este se tratase, situación similar a la cual se ven expuestos los funestos personajes de las narraciones aquí comentadas.

En relación con esto, y según el enfoque transgeneracional de Iván Boszormenyi-Nagy, la actitud asumida por los padres, en cuanto a querer transformar a los hijos en “sirvientes” suyos, tiene su origen en la generación anterior, esto es, en la de los abuelos. En efecto, lo que en ella se habría producido es que los hijos no fueron debidamente “reembolsados” por los diversos sacrificios realizados en beneficio de su familia; debido a ello, estos hijos, a partir de la *contabilización de méritos* que realizan, traspasan a sus propios hijos la deuda impaga, con el objeto de que sean estos quienes se hagan cargo de cancelarla (para lo cual es necesario que fracasen en su emancipación, poniéndose al servicio de los padres). Desde esa perspectiva, las “resonancias” entre el enfoque transgeneracional y la obra de Franz Kafka se pueden extender, además de lo profundizado en este estudio, a otros aspectos que podrían justificar la realización de una nueva investigación. Así, por ejemplo, en la “Carta al padre” el escritor alude, en varias ocasiones, a los enormes sacrificios que su progenitor, Hermann Kafka, debió realizar en favor de sus pobres y enfermos padres, y cómo no recibió de ellos ningún

tipo de compensación, cuestión que, a su vez, Hermann Kafka enrostraba al escritor y sus hermanas; desde ese punto de vista, el objetivo de tan reiterado reproche debe de haber sido lograr que la nueva generación asumiera la responsabilidad (o la “carga”) de tener que saldar dicha deuda impaga, reparando, al menos en parte, la injusticia cometida con el progenitor.

A pesar de que en “La metamorfosis” no existe alusión alguna a la generación de los abuelos de Gregor Samsa, llama la atención que el padre del joven viajante le traspa a este una importante deuda, de la cual el hijo debe hacerse cargo de manera íntegra; a mi juicio, dicha deuda podría simbolizar aquella otra que, según Boszormenyi-Nagy, se origina en las generaciones precedentes y que es traspasada de padre a hijo con el objeto de que sea asumida por este último. Por otra parte, según el enfoque transgeneracional, cuando los hijos parentalizados deciden (o desean) emanciparse, experimentan un intenso sentimiento de culpa, cuestión que es señal de estar incurriendo en una “grave” falta, cual es la de “abandonar” a sus padres. Al respecto, en la “Carta al padre”, Kafka menciona en reiteradas ocasiones su sentimiento de culpa por sentir que ha frustrado las expectativas parentales cifradas en torno a él. Asimismo, en las tres obras de Kafka analizadas en este estudio, los hijos suelen sentirse culpables por el (deteriorado) estado en que se hallan sus padres; la culpa filial, además, es hábilmente manipulada por los padres como una forma de atormentar y de retener a los hijos para siempre al lado suyo.

## **CAPÍTULO 3**

### **JULIO CORTÁZAR Y LA EMANCIPACIÓN DE LOS HIJOS DE LA FAMILIA DE ORIGEN**

### 3. Julio Cortázar y la emancipación de los hijos de la familia de origen

#### 3.1 Julio Cortázar (1914-1984): su figura y su obra

La figura y la obra de Julio Cortázar ocupan un lugar central en la literatura hispanoamericana del siglo XX. Cortázar no sólo es admirado como el creador de una admirable obra cuentística –dentro de la cual figuran verdaderas obras maestras del género como “Casa tomada”, “Continuidad de los parques” o “Axolotl”–, sino además por ser el autor de varias novelas, entre las cuales destaca *Rayuela*, obra que, tras su publicación en 1963, se ha constituido en un punto de referencia prácticamente obligado para los lectores y escritores hispanoamericanos, a raíz de su carácter transgresor e innovador: “El efecto de *Rayuela* cuando apareció, en 1963, en el mundo de la lengua española, fue sísmico. Removió hasta los cimientos las convicciones o prejuicios que escritores y lectores teníamos sobre los medios y los fines de narrar y extendió las fronteras del género hasta límites impensables” (Vargas Llosa, 2002: 16)<sup>100</sup>. En las primeras páginas del libro, Cortázar advierte que *Rayuela* puede ser leída al menos de dos maneras: en primer lugar, de un modo convencional, es decir, de comienzo a fin –lo cual excluye una serie de *capítulos prescindibles*–; o bien, dejándose guiar por un *insólito* tablero de dirección que establece una peculiar secuencia de lectura abarcando la totalidad de los capítulos que conforman las tres partes de la novela: Del lado de allá, Del lado de acá y De otros lados.

Tal es la importancia de *Rayuela* que, aun cuando antes de 1963 Cortázar ya había realizado un importante número de publicaciones –tres colecciones de relatos, *Bestiario* (1951), *Final del juego* (1956) y *Las armas secretas* (1959); una novela, *Los premios* (1960); una pieza lírico-teatral, *Los reyes* (1949); y un “inclasificable” *Historias de Cronopios y de famas* (1962)–, fue a partir de la publicación de aquella que el escritor latinoamericano adquirió notoriedad y trascendencia dentro del mundo de las letras (Yurkievich, 2002: 17; Goyalde Palacios, 2001: 15)<sup>101</sup>.

Al listado de publicaciones realizadas por Cortázar antes de 1963 se debe agregar un libro de poemas, *Presencia*, aparecido en 1938 bajo el seudónimo de Julio

---

<sup>100</sup> Véase además Yurkievich, 1994c: 16.

<sup>101</sup> Por ejemplo, un importante especialista en la obra cortazariana, Jaime Alazraki, ha reconocido que él sólo comenzó a leer a Cortázar tras la publicación de *Rayuela* (Alazraki, 1983: 8).

Denis, así como un gran número de artículos, reseñas, notas y ensayos que Cortázar publicó en diversas revistas, principalmente bonaerenses, a partir de la década de los cuarenta. No obstante su juventud –en aquella época Cortázar tenía un poco más de treinta años–, en dichos escritos el autor argentino ya daba inequívocas muestras de poseer un enorme acervo intelectual así como unas muy definidas filiaciones literarias, asociadas al surrealismo, el romanticismo y el existencialismo (Alazraki, 1994a: 49ss; 1994b: 10ss). En dichas revistas, aparecieron también algunos de los relatos que luego pasaron a formar parte de *Bestiario*. Dentro de aquellos destaca “Casa tomada”, que apareció en 1946 en la revista *Los Anales de Buenos Aires*, dirigida en ese momento por Jorge Luis Borges, quien siempre valoró la trascendencia de haber sido él el primero en publicar ese célebre texto cortazariano, y cuyo manuscrito fue llevado hasta la redacción de la revista “por un muchacho alto y todavía casi desconocido” (Alazraki, 1994a: 58).

Aun cuando en vida Cortázar publicó una parte significativa del total de su obra, a partir de su muerte, en 1984, se realizaron diversas reediciones de sus libros, como también publicaciones de su nada despreciable obra inédita. Así, la editorial Alfaguara publicó en 1994 la obra crítica de Cortázar, reuniéndola en tres volúmenes, cuyos editores son los connotados críticos Saúl Yurkievich, Jaime Alazraki y Saúl Sosnowski, respectivamente. La misma editorial publicó, también en tres tomos, la voluminosa correspondencia del autor argentino, cuya edición estuvo a cargo de Aurora Bernárdez. Asimismo, Alfaguara reeditó en 1994 la narrativa breve del autor, reuniéndola en dos volúmenes bajo el título de *Cuentos completos*.

Esta última recopilación cuentística –ámbito en el cual se centra mi estudio– ha merecido algunos reparos<sup>102</sup>, ya que en ella se incorporan dos libros del autor de discutible filiación cuentística –*Un tal Lucas* e *Historias de Cronopios y de Famas*–, y, además, porque ella altera el criterio que Julio Cortázar utilizó en la compilación que él mismo hizo de sus cuentos para la edición completa de ellos llevada a cabo por Alianza Editorial en cuatro volúmenes, *Ritos*, *Juegos*, *Pasajes* y *Ahí y ahora*, cuya entrega finalizó en 1985, es decir, un año después de la muerte del escritor. No obstante, el criterio compilador utilizado por Cortázar en esa oportunidad tampoco resultó demasiado claro para la crítica<sup>103</sup>, de tal manera que, hasta antes de la edición de los *Cuentos completos* realizada por Alfaguara, tampoco existía una recopilación

---

<sup>102</sup> Véase Mesa Gancedo, 1995: 135-137; Goyalde Palacios, 2001: 23.

<sup>103</sup> Véase Goyalde Palacios, 2001: 22 y 23n; Mesa Gancedo, 1985: 136.

suficientemente satisfactoria de la totalidad de la narrativa breve del autor latinoamericano.

Pese a los reparos de los críticos, estos volúmenes de Alfaguara poseen, a mi parecer, dos importantes características. En primer lugar, está el hecho de que recojan los relatos más tempranos de Cortázar, trece en total, la mayoría inéditos hasta la fecha y reunidos bajo el título de *La otra orilla*, lo cual permite un mejor conocimiento de su obra al poder acceder a los antecedentes iniciales de la misma. En segundo lugar, la edición de Alfaguara respeta el orden cronológico de los ocho libros de cuentos publicados en vida por el autor (nueve al considerar la segunda edición ampliada de *Final del juego*): *Bestiario* (1951), *Final del juego* (1956), *Las armas secretas* (1959), *Final del juego* (segunda edición ampliada, 1964), *Todos los fuegos el fuego* (1966), *Octaedro* (1974), *Alguien que anda por ahí* (1977), *Queremos tanto a Glenda* (1980) y *Deshoras* (1982). Este apego a la cronología original puede facilitar un acercamiento diacrónico a su obra que permita detectar la evolución de determinados focos temáticos del autor.

Asimismo, la incorporación de *Historias de Cronopios y de Famas*, lejos de parecerme un error, creo que constituye un acierto, pues en este libro se halla la sección “Ocupaciones raras”, en la cual Cortázar aborda un aspecto medular del tema sobre el que se centra mi estudio, la cohesión familiar, y, como mostraré más adelante, desde una singular perspectiva. Por tanto, y tomando en cuenta todas estas consideraciones, en mi estudio utilizaré la mencionada edición de Alfaguara que presenta los cuentos completos de Cortázar en dos volúmenes, a los cuales me referiré como CC/1 y CC/2, respectivamente<sup>104</sup>.

La intensa actividad editorial desarrollada en torno a la obra de Cortázar tras la muerte de éste, ha significado también que, a las cuatro novelas publicadas en vida por él –*Los premios* (1960), *Rayuela* (1963), *62. Modelo para armar* (1968), y *Libro de Manuel* (1973)–, se hayan agregado las dos novelas que permanecían inéditas, *Divertimento* (Alfaguara, 1988) y *El examen* (Alfaguara, 1986), las cuales databan de 1949 y 1950, respectivamente. Todo esto demuestra que el interés editorial, el de los críticos y el de los lectores, promueve y justifica una aproximación continua a una vasta obra que abarcó prácticamente todos los géneros, sin eludir tampoco la atrevida y

---

<sup>104</sup> Sólo algunos meses antes de finalizar la redacción de mi estudio, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores inició la entrega de las *Obras completas* de Julio Cortázar con el volumen I de las mismas, correspondiente a los cuentos del escritor argentino.

original mezcla de ellos, la cual dio origen a libros cuya única clasificación posible, según la crítica, es la de *misceláneos*, como *La vuelta al día en ochenta mundos* (1967), *Último round* (1969) y *Los astronautas de la cosmopista* (1983).

Sin embargo, existen algunos ámbitos de la obra cortazariana hacia los cuales los editores, la crítica y los lectores han dirigido hasta ahora una escasa atención. Al respecto, Mesa Gancedo (1988) ha destacado el contraste que existe, a su juicio, entre la importancia, calidad y volumen de la obra poética cortazariana y la poca atención que le ha prestado la crítica. En ese sentido, la tarea de los nuevos lectores de la obra de Julio Cortázar parece ser precisamente esa: explorar y abrir nuevos senderos que permitan seguir recorriendo una obra que todavía no acaba de decir todo lo que tiene por revelar. En ese contexto, y aun cuando la narrativa breve de Cortázar es un área muy analizada de su obra, el presente estudio intenta desarrollar una lectura novedosa de la misma que, lejos de insistir en cuestiones ya suficientemente sabidas, sea capaz de arrojar una mirada iluminadora sobre, al menos, una parte de sus relatos.

### 3.1.1 La crítica sobre la obra de Julio Cortázar

#### 3.1.1.1 Consideraciones generales acerca de la crítica cortazariana

Frente a la abundante producción literaria de Julio Cortázar, se ha generado una no menos significativa cantidad de interpretación crítica de su obra. Al respecto, ya a comienzos de la década de los setenta, Mercedes Rein señalaba: “Tal vez sea Cortázar el escritor latinoamericano sobre el que más tinta ha corrido en las [sic] últimos tiempos” (Rein, 1974: 7). En ese sentido, y en la misma época de Rein, Malva Filer indicaba: “Sus cuentos [los de Cortázar] ejercen particular atracción y estimulan el análisis por su riqueza temática, sus innovaciones técnicas, y por las dificultades de comprensión que muchas veces ofrecen, aún al lector informado” (Filer, 1970: 19). Lejos de tener efectos *disuasivos*, el tiempo parece haber acrecentado el interés de los críticos por la obra de Julio Cortázar, puesto que dos décadas después de lo señalado por Rein y Filer, Jaime Alazraki, uno de los principales estudiosos cortazarianos, ha establecido lo siguiente:

Nos llevará muchos años, y muchos libros, llegar a definir y entender la honda huella que la obra de Julio Cortázar ha dejado no solamente en la literatura de nuestro tiempo, sino en nuestros hábitos de lector, en nuestra percepción de un texto, en nuestra inevitable necesidad de asociar la literatura y la vida, la escritura y el hombre. (Alazraki, 1994a: 299)

Sin embargo, a juicio de Patricio Goyalde Palacios, el resultado de todo ese *boom* interpretativo es que, en torno a la obra de Julio Cortázar, se ha generado un volumen de crítica de características desmesuradas e inabarcables (Goyalde Palacios, 2001: 16, 24 y 276n); desmesurada no en términos de que la calidad de la obra del autor argentino-francés no la justifique, sino en cuanto a que la labor de la crítica cortazariana ha seguido una especie de generación espontánea dentro de la cual ha habido un mínimo espacio para la reflexión autocrítica: “Este impresionante crecimiento [de la crítica cortazariana] no se ha visto acompañado –con algunas excepciones [...]– de una reflexión sobre la propia crítica y su actividad interpretativa, de un análisis de los diferentes métodos aplicados y de los principios subyacentes de los mismos” (16). A partir de esa constatación, Goyalde Palacios propone una *metacrítica de la crítica*



*cortazariana*, que permita una “comprensión de los presupuestos –no siempre explícitos– que subyacen en cada una de esas interpretaciones críticas [para de esta forma] clarificar un panorama que nos parece, por lo menos, desordenado, cuando no, confuso y polémico” (17).

Debido, por un lado, al carácter minucioso del trabajo realizado por Goyalde Palacios y, por otra parte, a las limitaciones que me impone el presente estudio, en la siguiente sección me abocaré a la presentación de los principales planteamientos y conclusiones de la propuesta metacrítica de Goyalde Palacios, ya que ella ofrece una detallada y amplia visión panorámica de la exégesis sobre los cuentos de Julio Cortázar, los cuales constituyen, precisamente, el corpus sobre el cual se basa mi estudio. Esta revisión de la crítica cortazariana resulta indispensable para el logro de los objetivos de mi estudio, puesto que para su elaboración he tenido como marco de referencia general no sólo la obra cuentística de Cortázar, sino también la exégesis que ha surgido en torno a ella; debido a esto, he examinado con especial atención aquellos planteamientos de esta última que, a mi juicio, no dan cuenta adecuadamente de la complejidad y riqueza que la temática familiar tiene dentro de la narrativa breve del autor latinoamericano, aspecto en el cual ahondaré en una sección posterior.

### **3.1.1.2 La propuesta metacrítica de Goyalde Palacios**

Una vez realizado el examen del conjunto de textos que han ensayado alguna interpretación (parcial o global) de los cuentos de Julio Cortázar, Goyalde Palacios señala que, en términos generales, dichas críticas pueden ser distribuidas en dos grandes grupos: en el primero de ellos están aquellas interpretaciones que basan sus planteamientos en aspectos externos a la obra (o crítica extratextual); mientras que en el segundo, se hallan aquellas exégesis que se limitan a cuestiones internas de la misma (o crítica intratextual). A continuación se revisarán los principales planteamientos y representantes de cada una de esas corrientes.

#### **3.1.1.2.1 La crítica cortazariana extratextual**

Dentro de la crítica extratextual, Goyalde Palacios distingue un amplio número de interpretaciones cuya característica en común es la de buscar la clave interpretativa en

aspectos externos a la obra como, por ejemplo, datos biográficos del autor, contexto sociopolítico de la época en que fue escrita la obra, etc.:

[Según esta corriente exegética] la clave del texto se encuentra más allá de las fronteras que lo delimitan como tal, bien sea en los aspectos biográficos y en la incidencia psicológica de los mismos, bien sea en las situaciones sociopolíticas en las que fueron escritos o en una tradición filosófica que proporciona unos temas cuyo trasfondo es perceptible en los textos del autor. (208)

El esfuerzo por ir más allá de los límites de la obra está determinado, en gran medida, por la complejidad de los textos estudiados. Según Goyalde Palacios, un claro ejemplo al respecto lo constituye la ingente crítica sobre *Bestiario*, el primer volumen de cuentos publicado por Cortázar: “La dificultad que entraña la interpretación de estos relatos se ha intentado superar por medio de la referencia al contexto general de la época en que fueron escritos” (56). De ese modo, cobran especial relevancia aspectos relativos a la biografía personal y familiar de Julio Cortázar en aquella época, como también cuestiones asociadas a sus características de personalidad y posibles alteraciones psicológicas sufridas por él, como asimismo las turbulencias del contexto sociopolítico de la época (Segunda Guerra Mundial, ascenso del peronismo al poder en Argentina, etc.).

En una dirección similar, se ubica un conjunto de interpretaciones que respalda sus propuestas en los planteamientos del autor o, más específicamente, en la intención – consciente o inconsciente– que el escritor tuvo al momento de redactar determinado relato (122). En el caso de Julio Cortázar, este habría revelado sus intenciones a través de diversos medios: escritos teóricos, entrevistas y cartas (130 y 157). Desde esta perspectiva exegética, la importancia de esas revelaciones es que ellas resultan fundamentales para realizar una “correcta” interpretación de la obra, pues para tal objetivo es imprescindible conocer la verdadera intención que el autor tuvo al momento de afrontar sus creaciones (129).

Según esta perspectiva, la coincidencia de las hipótesis del crítico con las revelaciones del autor le otorgaría mayor validez (131) a dichas suposiciones, adquiriendo así estas un estatus especial (128), puesto que contarían con la refrendación del propio autor. Pero esta perspectiva *intencionalista* va todavía un poco más allá al señalar que, al haber conocido o descifrado las intenciones del autor –especialmente las de tipo inconsciente–, se habría logrado acceder a la mente de él (124), lo que

permitiría, según el postulado romántico, llegar a conocerle mejor de lo que él mismo hubiese podido hacer (125, 129 y 133), labor que no se acomete como algo secundario, sino como central dentro de esta corriente interpretativa (125 y 157).

Un tercer grupo de críticas extratextuales lo conforman aquellas que, yendo también más allá del texto, se mantienen dentro del ámbito de la literatura interesándose por el tema de las influencias literarias y la intertextualidad. Esta última puede ser definida como “la presencia en un texto determinado de temas, rasgos estilísticos, estructurales o genéricos que proceden de otros textos y que se incorporan en forma de citas, alusiones, imitaciones o recreaciones paródicas” (232). Debido, en gran medida, al carácter enciclopédico de la formación de Julio Cortázar como lector (258), “la vía intertextual se ha convertido [en el caso de Cortázar] en un recurso crítico ilimitado, en el que resulta posible encontrar paralelismos textuales que recorren la historia de la literatura” (240). A pesar de esta gran dispersión, existe acuerdo en que hay que buscar los mayores lazos intertextuales de Cortázar en tres movimientos literarios: el romanticismo, el simbolismo y el surrealismo (241). No obstante, parte de la crítica intertextual ha extendido su interés más allá de la literatura estableciendo conexiones con la pintura, la escultura y el cine (234). Otra vertiente intertextual se ha interesado en la búsqueda de influencias y relaciones textuales entre las obras del mismo Cortázar (234).

### **3.1.1.2.2 La crítica intratextual**

En el polo opuesto de la corriente extratextual, se halla un grupo de interpretaciones que, enfatizando el carácter autónomo del texto, da prioridad a las explicaciones inmanentes (20), por lo cual queda adscrito, en términos generales, a los postulados formalistas y estructuralistas (213). Para este tipo de crítica, la intención del autor es irrelevante a la hora de analizar el texto (137), así como tampoco son de utilidad los demás datos externos a la obra –como los biográficos o sociopolíticos–, pues, en vez de favorecer la interpretación, lo que en verdad hacen es abrir la vía al relativismo crítico (137): “El valor de esas interpretaciones [las que van más allá del texto] residiría, como el conocido test de Rorschach, no en lo que nos dicen sobre el cuento, sino en lo que revelan sobre el intérprete” (Alazraki, 1983: 134).

De ese modo, a lo que la crítica formal intenta poner freno es a la gran carga subjetiva que estaría a la base de las interpretaciones extratextuales: “En su pretensión de cientificidad, [la crítica formal] desdeña todo elemento exterior al texto y reduce su objeto de estudio a los elementos estructurales que sostienen la armazón textual” (Goyalde Palacios, 2001: 266). Así, este tipo de crítica se aboca al estudio de las cuestiones meramente sintácticas y gramaticales de cada texto, con el objeto de establecer secuencias, taxonomías y demás clasificaciones que permitan agrupar y esquematizar el funcionamiento estructural de cada texto dentro de un diseño general que los englobe a todos.

Si bien en un comienzo “los comentarios estructurales supusieron [...] una bocanada de aire fresco en un panorama crítico agotado en las interpretaciones temáticas que situaban la referencia en el exterior del texto” (257), el excesivo afán clasificatorio de este tipo de crítica fue generando, a juicio de Goyalde Palacios, un importante problema: “La dificultad de adaptación de escritos heterogéneos a un modelo único y cerrado” (269; véase además 217 y 267). Por otro lado, desde mi punto de vista, el riguroso apego a la objetividad formalista no parece tampoco algo demasiado factible de realizar sin caer, de vez en cuando, en la “tentación” extratextual. En ese sentido, Jaime Alazraki, un importante exponente de la crítica estructural cortazariana, comete, a mi juicio, dicho “pecado” cuando comenta cuatro de los nueve cuentos de *Bestiario* en clave claramente extratextual. Así, en su comentario de “Casa tomada”, Alazraki establece un paralelismo entre el destino de los hermanos protagonistas del relato y la caída bíblica de Adán y Eva (Alazraki, 1983: 141-148)<sup>105</sup>.

Asimismo, para el análisis de “Lejana”, Alazraki también recurre a la intertextualidad, comentando dicho relato a partir de su relación con otra obra: *El yo dividido* del antipsiquiatra R. D. Laing (Alazraki, 1983: 181-200). En el comentario de “Bestiario”, acude a declaraciones de Julio Cortázar para dar mayor validez a su propuesta en cuanto a que el color verde (frecuentemente mencionado en tal relato) posee un valor simbólico de tipo sexual para el escritor (Alazraki, 1994a: 109-127). Finalmente, y tal como advierte Goyalde Palacios (2001: 268), en su interpretación de “Carta a una señorita en París” (Alazraki, 1983: 72-80), Alazraki realiza una valoración claramente subjetiva del suicidio del protagonista, interpretándolo como algo positivo, a fin de hacer calzar el desenlace del cuento en el esquema por él propuesto.

Estos cuatro ejemplos, lejos de buscar poner en cuestión la innegable calidad de Alazraki como crítico, pretenden mostrar lo difícil que es eliminar la carga subjetiva que tiende a estar siempre presente en cualquier crítico: “Parece legítimo considerar que en todo comentario se produce, de forma inevitable, la proyección del propio intérprete, el cual difícilmente puede liberarse de los condicionamientos que le imponen su época, su ideología y su formación cultural” (Goyalde Palacios, 2001: 262).

### 3.1.1.2.3 Algunas conclusiones

Con la separación de la crítica cortazariana en dos grandes grupos, el extratextual y el intratextual, Goyalde Palacios no establece una frontera infranqueable entre ambos, pues lo que se puede observar en la práctica es un entrecruzamiento de las dos vías interpretativas –como el realizado por Jaime Alazraki en su análisis de los cuatro cuentos de *Bestiario*–, fenómeno al que Goyalde Palacios denomina *vaivén interpretativo* (123). Asimismo, la intención del crítico no es agotar ni abarcar con su clasificación todas las posibilidades exegéticas existentes dentro de la crítica cortazariana, ya que hay algunas que no pueden ser incluidas tan fácilmente en ninguno de los dos grupos mencionados, como las denominadas *repcionistas* y otras de tipo integrador.

Por otro lado, a juicio de Goyalde Palacios, la ingente crítica cortazariana se debe, en gran medida, a la *pluralidad interpretativa* a la que necesariamente conduce la obra del escritor latinoamericano: “Los textos de la narrativa breve cortazariana difícilmente pueden conducir a una conclusión única, por lo que se convierten en una muestra palpable de la pluralidad interpretativa” (90). Esto quiere decir que más allá de los esfuerzos de determinados críticos por encasillar y clasificar la obra de Julio Cortázar, los textos cortazarianos se resisten a aceptar un único ropaje interpretativo; esta realidad obliga a los críticos a sentirse parte de una comunidad interpretativa (265) que debe imponer una conciencia de limitación y de finitud histórica (265) a los planteamientos de cada crítico.

Sin embargo, tras la aparente diversidad de la crítica cortazariana se esconde un sedimento de temas interpretativos que se repiten y reaparecen en cada nueva lectura

---

<sup>105</sup> Aunque lo más “grave” de dicha interpretación es que Alazraki no reconoce que la autoría original de

crítica. Por tanto, el enorme volumen que ha alcanzado la crítica sobre la obra de Julio Cortázar contrasta con el hecho de que, a juicio de Goyalde Palacios, se están hollando las mismas vías de siempre y, lo que es peor, cayendo no pocas veces en la sobreinterpretación, o sea, en la búsqueda ilimitada de relaciones muchas veces antojadizas o que resultan poco razonables (105-106). Al respecto, la sentencia del crítico es tajante:

[Se] ha originado una crítica repetitiva, reiterativa en sus temas de análisis, deudora en su mayor parte de planteamientos realizados en los años sesenta, por lo que, en la lectura de muchos de los artículos y estudios monográficos, hay poco lugar a la sorpresa y la sensación de *déjà vu* es continua. La dificultad de encontrar elementos o enfoques originales ha conducido a la interpretación crítica cortazariana por caminos trillados que, a fuerza de repetirse, corren el riesgo de convertirse en estériles, por lo que cualquier nuevo acercamiento difícilmente puede abstraerse de ese aparente callejón sin salida que, como una losa, parece pesar sobre cualquiera que pretenda escribir sobre Cortázar. (275)

No obstante, Goyalde Palacios no cierra la vía a la realización de nuevas interpretaciones de la obra de Julio Cortázar; al contrario, lo que hace es plantear el imperativo de abordar el corpus cortazariano desde perspectivas novedosas que sean capaces de abrir y transitar vías menos holladas (275).

Teniendo en cuenta este panorama general de la crítica cortazariana, realizaré la presentación de mis planteamientos críticos sobre parte de la cuentística de Julio Cortázar. Para ello, y siguiendo la clasificación general de dos grandes grupos propuesta por Goyalde Palacios, me atenderé a una modalidad de crítica extratextual en el sentido que aludiré a determinados datos biográficos del autor y también a diversas declaraciones suyas realizadas en algunas entrevistas. Sin embargo, el énfasis de mis planteamientos será psicológico, pero no desde los postulados teóricos del psicoanálisis que, como mostraré, ya han sido suficientemente “exprimidos” por buena parte de la crítica cortazariana, sino desde la psicología sistémica-familiar, enfoque teórico hacia el cual la crítica cortazariana no ha dirigido hasta ahora su mirada.

Es importante aclarar, eso sí, que cuando digo *psicológico* no lo hago en el sentido de que mi propósito sea indagar en la mente y en la vida del autor con el fin de establecer nuevas conclusiones acerca de su personalidad; en realidad, estoy muy lejos

---

ella pertenece a Planells, 1979.

de pretender aquello. Lo que sí me planteo es realizar una propuesta interpretativa de la cuentística cortazariana que parte del supuesto de que las relaciones y vínculos familiares existentes entre los personajes poseen tanta importancia que resulta imprescindible tenerlos en cuenta a la hora de querer realizar un adecuado estudio de dichos relatos. Sin embargo, antes de iniciar la presentación de mis planteamientos críticos, me detendré en precisar algunas cuestiones relativas a la crítica biográfica y psicológica por tratarse de un ámbito al que de manera natural debieran pertenecer mis planteamientos, pero del cual, en realidad, me intentaré diferenciar.

### **3.1.1.3 Crítica biográfica, crítica psicológica y psicoanálisis**

Como señalé más arriba, la crítica biográfica se enmarca dentro de la corriente interpretativa que intenta esclarecer el complejo y confuso sentido de la obra literaria indagando en diversas experiencias vitales del escritor que pudieron condicionar el surgimiento de determinados textos o personajes: “La crítica biográfica pretende [...] entender la obra desde la vida de su autor, puesto que aquella no se concibe sino como un espejo en la que ésta se refleja” (Goyalde Palacios, 2001: 172; véase además 37, 48, 163 y 164). La búsqueda del sustrato biográfico en los relatos de Julio Cortázar no parece ser una tarea antojadiza, puesto que los nexos obra-vida fueron develados por el propio escritor quien, a través de diferentes medios (entrevistas, cartas, etc.), identificó diversos hechos de su vida que estuvieron a la base, o que dieron pie, al surgimiento de sus relatos. Fiándose de esa información, se puede llegar a afirmar que prácticamente no hay un solo cuento tras del cual no se pueda rastrear la presencia de un hecho biográfico personal que lo haya determinado en algún grado.

La crítica psicológica, por su parte, también indaga en la vida del escritor, pero centrando su interés en aquellos hechos biográficos que pudieron tener un carácter traumático y que, por lo mismo, pudieron desencadenar una serie de conflictos psicológicos que estarían a la base de diversos relatos. De ese modo, por medio de la escritura, el autor habría podido realizar una especie de desahogo catártico que lo habría liberado de (parte de) la tensión psicológica en la que se encontraba sumido.

Refiriéndose a *Bestiario* —el primer volumen de cuentos de Julio Cortázar—, y basándose en declaraciones del autor, Goyalde Palacios señala que “una buena parte de estos textos surgieron de estados neuróticos, de obsesiones, fobias y pesadillas” (45). Y

es que, según la información biográfica de la que se dispone, el período de elaboración de los relatos de *Bestiario* fue especialmente difícil en lo psicológico para Julio Cortázar: “El fundamento de la interpretación psicológica de estos relatos reside en la suposición de que en la base de las diversas metáforas se encuentra una situación de neurosis personal, cuya resolución literaria a través de lo fantástico contiene un elemento catártico o, si se prefiere, terapéutico” (58). Al respecto, tal es el nivel de acuerdo entre los críticos que incluso Jaime Alazraki se ha decantado por la misma alternativa: “Que hay un elemento neurótico en los vehículos de las metáforas de *Bestiario* es evidente” (Alazraki, 1994a: 146).

De ese modo, la crítica psicológica cortazariana –de marcada índole psicoanalítica, como detallaré más adelante–, dirige de manera especial su atención, además de los eventuales hechos traumáticos sufridos por el escritor, hacia lo que se denomina la *biografía profunda* (Goyalde Palacios, 2001: 126, 134, 173 y 181), es decir, hacia aquellas situaciones que, aunque no hayan acaecido como hechos reales en la vida cotidiana, sí tuvieron una repercusión, nada desdeñable, en la vida del autor, esto es: deseos insatisfechos, fantasías inconscientes, conflictos psicológicos, etc.. En ese sentido, la exégesis psicológica se interesa en los aspectos inconscientes, profundos o latentes que es posible rastrear tanto en la mente como en la obra del autor.

Siendo la crítica psicológica cortazariana de fuerte acento psicoanalítico, no es de extrañar que dentro de los temas latentes o inconscientes que ella identifica aparezcan dos de gran relevancia: la sexualidad y la agresividad (58; Picón Garfield, 1978: 102). En el primero de ellos, suele ser destacado el incesto –como en algunos comentarios sobre “Casa tomada”, cuento del que me ocuparé más adelante–, el cual, aunque no haya llegado a concretarse (ni en la vida real de Julio Cortázar ni en la ficticia de los hermanos protagonistas del cuento), sí habría constituido una preocupación inconsciente que afectó al escritor a nivel de su biografía profunda, y de lo cual este sólo tomó consciencia cuando un lector se lo comentó (Picón Garfield, 1978: 43; González Bermejo, 1978: 37); sólo a partir de ese momento, Julio Cortázar advirtió el deseo incestuoso que él sentía hacia su hermana. Por otro lado, la agresividad inconsciente del autor se manifestaría a través de la recurrencia en sus narraciones de determinados temas como la destrucción y la bestialidad, muchas veces encarnados por animales o bien por personajes crueles.



### 3.1.1.3.1 Crítica psicológica y psicoanálisis

El enfoque y lenguaje utilizado por la crítica psicológica, que parece más propio de la psicología clínica y la psiquiatría (neurosis, obsesiones, fobias y pesadillas), fue, seguramente, la puerta de entrada para que el psicoanálisis se posesionara de la crítica cortazariana: “Partiendo del carácter onírico o pesadillesco de algunos relatos, [diversos críticos] han ensayado un acercamiento psicológico, mayoritariamente psicoanalítico, a los mismos” (Goyalde Palacios, 2001: 49). Por tanto, en el caso de la crítica cortazariana, hablar de interpretación psicológica es hablar de crítica psicoanalítica; al menos dentro de la búsqueda que he realizado, no he podido localizar ningún comentario psicológico que no se atuviera a los predicamentos del psicoanálisis; como mucho, es posible advertir diferencias de enfoque (jungiano, lacaniano, etc.), pero siempre dentro del peculiar lenguaje psicoanalítico. Como mis comentarios críticos están basados en un enfoque diferente, la psicología sistémica familiar, creo necesario reseñar, aunque sea muy brevemente, los motivos que podrían explicar el predominio absoluto de la perspectiva psicoanalítica dentro de la crítica psicológica cortazariana.

En primer lugar, a lo largo del siglo XX el psicoanálisis llegó a transformarse en una poderosa teoría explicativa acerca del comportamiento humano, en especial del patológico, y, así, en un punto de referencia prácticamente obligado para todos aquellos que quisieran afirmar algo acerca de la conducta de las personas. De ese modo, los exégetas interesados por el trasfondo psicológico de los relatos cortazarianos debieron sentir la necesidad, u obligación, de impregnarse del lenguaje psicoanalítico para dar un respaldo de mayor validez (científica) a sus afirmaciones.

En segundo término, y a diferencia de otros enfoques psicológicos, el psicoanálisis posee una importante tradición en cuanto a la aplicación de sus conceptos teóricos al estudio, análisis e interpretación de obras literarias y artísticas en general. Fue el propio Sigmund Freud quien inició dicha relación al analizar diversas obras artísticas, partiendo del convencimiento de que la literatura, así como los sueños, los chistes o los actos fallidos, encuentra sus raíces en el inconsciente o psiquis profunda<sup>106</sup>. Más aún, el origen de uno de los conceptos centrales del psicoanálisis, el Complejo de Edipo, se remonta a la literatura clásica griega, ya que fue la tragedia *Edipo rey* de

---

<sup>106</sup> Los ensayos freudianos de esta naturaleza son los siguientes: “El delirio y los sueños en la ‘Gradiva’ de W. Jensen”, “El poeta y los sueños diurnos”, “El tema de la elección de un cofrecillo”, “El ‘Moisés’ de

Sófocles la que inspiró a Freud para denominar de tal modo a aquel conflicto psicológico que, según él, afecta a todos los seres humanos: el amor incestuoso hacia el progenitor del sexo opuesto, y la hostilidad homicida dirigida al progenitor del mismo sexo.

En ese contexto, no es de extrañar que los exégetas cortazarianos hayan echado mano del predominante lenguaje psicoanalítico a la hora de realizar interpretaciones psicológicas y biográficas de su obra. No obstante, Julio Cortázar también favoreció la existencia y desarrollo de dicho vínculo; como comentaré a continuación, Cortázar se sintió especialmente atraído por las teorías freudianas, las estudió de manera autodidacta y sintió simpatía hacia las interpretaciones psicoanalíticas de su obra. La importancia del psicoanálisis dentro de la formación lectora de Julio Cortázar, así como su repercusión en la obra del mismo, podrían dar pie a un estudio aparte que podría conducir incluso a considerar al psicoanálisis como otra fuente intertextual de gran importancia para él (como así han sido reconocidos el surrealismo, el simbolismo y el romanticismo).

### **3.1.1.3.2 Julio Cortázar y el psicoanálisis**

En una entrevista realizada a fines de la década de los setenta, Evelyn Picón Garfield consultaba a Julio Cortázar respecto de cuáles eran los autores que más le interesaban, y Cortázar le respondía: “Te va a parecer extraño pero en estos últimos años más que literatura pura, ficción, leo libros de antropología, libros de cierto tipo de psicoanálisis contemporáneo o psiquiatría contemporánea que me fascinan porque creo que están llenos de aperturas tan interesantes como las de la literatura” (Picón Garfield, 1978: 42). El interés de Cortázar por el psicoanálisis y la psiquiatría, sin embargo, no se restringía a aquella época sino que se remontaba mucho más atrás, casi cuarenta años antes de la mencionada entrevista, cuando Cortázar tenía unos veinticinco años y era profesor en un pueblo de Argentina; así se lo confesó el escritor a Omar Prego: “En mis largas horas de ocio, cuando era profesor en Chivilcoy, me leí las Obras Completas de Freud en la

---

Miguel Angel”, “Un recuerdo infantil de Goethe en *Poesía y verdad*”, “Lo siniestro”, “Dostoyevski y el parricidio”. Véase Sigmund Freud, *Obras Completas (vol. II y III)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981.

edición española, en la traducción de Torres Ballesterio [*sic*]<sup>107</sup>. Y me fascinó” (Prego, 1985: 182). De esas afirmaciones se desprende que el interés de Cortázar por el psicoanálisis ocupó un lugar central dentro de sus lecturas y estudios; de ellas se puede concluir además que uno de los objetivos que animaba a Cortázar era el autoconocimiento:

Conocer a un ser humano es una empresa quizás más complicada que llegar a la luna. Porque ¿quién soy yo? Estoy yo en el plano consciente. Pero luego están todos los otros elementos que forman una personalidad, toda la parte del subconsciente y del inconsciente. Yo soy el primero en no conocerme en los planos profundos o solamente conocerme a través de lo que escribo a veces. Después de haber escrito algo, descubro alguna cosa sobre mí mismo. (Picón Garfield, 1978: 43)

Al mismo tiempo, a tales lecturas, asociadas con la escritura de sus propios textos, Julio Cortázar les asignaba un poder autocurativo o de autoterapia: “Varios de los cuentos de ese mi primer libro de cuentos [*Bestiario*], fueron, sin que yo lo supiera (de eso me di cuenta después), autoterapias de tipo psicoanalítico” (Prego, 1985: 182). Al respecto, uno de los casos más difundido es el relacionado con el cuento “Circe” (aquel en el cual una muchacha, que vive con sus padres, “elimina” a sus novios con bombones rellenos con cucarachas que ella misma ha preparado); como se trata de un cuento sobre el cual volveré más adelante, para ofrecer una interpretación alternativa a las vigentes, me parece conveniente reproducir lo señalado por Julio Cortázar respecto del poder autocurativo que tuvo la escritura del mismo y que fue posible gracias a las lecturas freudianas que él había realizado:

Muchos de esos cuentos [de *Bestiario*] –incluso puedo señalar uno concretamente– representan una especie de autopsicoanálisis [...]. Cuando escribí ese cuento [“Circe”] pasaba por una etapa de gran fatiga en Buenos Aires, porque quería recibirme de traductor público y estaba dando todos los exámenes uno tras otro. En esa época buscaba independizarme de mi empleo y tener una profesión, con vistas a venirme alguna vez a Francia. Hice toda la carrera de traductor público en ocho o nueve meses, lo que me resultó muy penoso. Me cansé y empecé a tener síntomas neuróticos; nada grave –no se me ocurrió ir al médico– pero sumamente desagradable, porque me asaltaban diversas fobias a cual más absurda [*sic*]. Noté que cuando comía me preocupaba constantemente el temor de encontrar moscas o insectos en la comida. Comida, por lo

---

<sup>107</sup> El nombre correcto del aludido traductor de las obras completas de Freud es Luis López-Ballesteros y de Torres.

demás, preparada en mi casa y a la que yo le tenía plena confianza. Pero una y otra vez me sorprendía a mí mismo en el acto de escarbar con el tenedor antes de cada bocado. Eso me dio la idea del cuento, la idea del alimento inmundo. Y cuando lo escribí, por cierto que sin proponérmelo como cura, descubrí que había obrado como exorcismo porque me curé inmediatamente. (Harss, 1971: 269-270)

En ese contexto, más allá de esos objetivos (me refiero al autoconocimiento y la autocuración) que Julio Cortázar habría intentado alcanzar a través de las lecturas autodidactas de psiquiatría y psicología, la verdad es que lo que se podría definir como el “lenguaje psicológico” del escritor latinoamericano se fue impregnando intensamente del vocabulario psicoanalítico, lo cual puede advertirse en una declaración suya como la siguiente:

Yo pienso que un lector sensible entonces puede conocerme en la medida de lo posible, puede conocerme bastante bien a través de lo que yo he escrito. Puede conocerme en mi parte patológica, para usar la palabra, toda la parte morbosa, censurada, desviada, que se nota en una parte de los cuentos que responden a obsesiones, a fobias, a complejos. (Picón Garfield, 1978: 43)<sup>108</sup>

Desde mi perspectiva, no sólo se trata de una asimilación conceptual a nivel superficial o repetitivo, sino de una apropiación profunda de las hipótesis y las teorías del psicoanálisis acerca del funcionamiento del ser humano, es decir, de una visión del hombre (y la mujer) que permite explicar la realidad y el comportamiento humano desde la peculiar visión psicoanalítica:

La primera vez que alguien me dijo después de haber leído *Bestiario*, “tú tienes un problema de incesto, el incesto tiene algo que ver contigo”, yo me quedé muy asombrado porque no había pensado jamás [en ello] en el plano consciente. Y efectivamente, analizando los cuentos, hay una repetición de temas incestuosos en *Bestiario*. Por ejemplo, en el cuento “Bestiario” el hermano Nene está enamorado de Rema. En “Casa tomada” hay esos personajes, hermanos que a sí mismos se califican de matrimonio. Y entonces cuando esa persona me lo dijo yo empecé a pensar y a descubrir que efectivamente a través de mis sueños yo tengo un problema incestuoso con una hermana mía. Tengo una sola hermana. Lo que es curioso es que en el plano consciente mi hermana y yo no tenemos la menor relación. Nunca nos hemos entendido [...]. Y sin

---

<sup>108</sup> Véase además González Bermejo, 1978: 31.

embargo yo me he despertado muchas veces impresionado porque me he acostado con mi hermana en el sueño. (Picón Garfield, 1978: 43)<sup>109</sup>

Esto quiere decir que cuando se aborda la relación de Julio Cortázar con el psicoanálisis, se está aludiendo a un vínculo que llegó a ser muy estrecho, y dentro del cual el escritor asimiló e incorporó no sólo determinadas definiciones conceptuales, sino también una verdadera visión explicativa tanto de sus propias conductas (o fantasías) *desviadas* como del comportamiento humano en general. Esto es, a mi juicio, de gran importancia, ya que dado lo temprano que se habría iniciado esa relación (a los veinticinco años del escritor, y nada menos que con la lectura de las más de tres mil quinientas páginas que componen los volúmenes aludidos) ella pudo “condicionar” que la elaboración de determinados cuentos de Cortázar respondieran y se ajustaran a esa visión freudiana del ser humano.

A su vez, eso mismo puede complementar la explicación dada más arriba acerca de la abundancia de crítica cortazariana de índole psicoanalítica, puesto que ésta habría encontrado en la obra de Cortázar un terreno altamente propicio para su desarrollo o, en otras palabras, habría dado con un escritor que, en cierto modo, escribía *para* la crítica psicoanalítica. Por lo tanto, aventurarse en una propuesta de lectura psicológica diferente a la psicoanalítica no parece una tarea demasiado fácil, pues el campo de la crítica ya está bastante copado, y el escritor tampoco mostró interés por corrientes psicológicas alternativas.

No obstante, esto último requiere una precisión. Si bien es cierto que respecto al ámbito de las teorías psicológicas que explican el comportamiento y el mundo emocional de las personas, el psicoanálisis captó toda la atención de Julio Cortázar, la verdad es que en cuanto a lo cognitivo, es decir, respecto a la búsqueda de explicaciones psicológicas sobre cómo el ser humano conoce y construye la realidad, Cortázar sí se interesó por otros enfoques (seguramente porque el psicoanálisis ofrece pocas respuestas al respecto), y dirigió su atención hacia corrientes consideradas alternativas como el budismo zen<sup>110</sup> y otros planteamientos que cuestionan el racionalismo occidental ofreciendo una epistemología alternativa<sup>111</sup>. A partir de dicho interés por el ámbito cognitivo y epistemológico, Cortázar creó una serie de relatos –entre los que

---

<sup>109</sup> Véase además González Bermejo, 1978: 37.

<sup>110</sup> Véanse Alazraki, 1994a: 214-234; Goloboff, 1998: 101-107.

<sup>111</sup> Véanse Sosnowski, 1973: 11, 12 y 19; García Canclini, 1968: 84; Filer, 1970: 62, 74 y 75; Castro-Klaren, 1983: 351, 353, 356, 357 y 359.

destacan “Continuidad de los parques” “Axolotl”, “Instrucciones para John Howell” y “La isla a mediodía”– en los cuales el autor cuestiona, entre otras cosas, la clásica escisión sujeto/objeto, dando paso a una visión de la realidad que establece claras filiaciones con el constructivismo psicológico, cuestión que podría dar origen a otro novedoso estudio de la obra cortazariana.

## 3.2 La temática familiar en los cuentos de Julio Cortázar

### 3.2.1 La temática familiar según la crítica cortazariana

Debido a que en la crítica psicológica cortazariana ha predominado un enfoque de tipo individual, que tiende a ver al individuo de manera aislada y sumido en sus más recónditos miedos, obsesiones y complejos, hasta ahora se ha dado poco relieve a los aspectos familiares que interactúan con dichos conflictos individuales. De ese modo, es posible encontrar interpretaciones que minimizan la importancia del contexto familiar, como la siguiente de Juan Carlos Curutchet: “Los personajes cortazarianos nunca habitan en sus propias casas; no viven con sus familiares; etcétera; están *sustraídos al medio familiar*” [cursiva en el original] (Curutchet, 1972: 84). Aun cuando uno podría concordar en que para que en un cuento esté presente la temática familiar no es imprescindible que los personajes vivan en sus propias casas, o que las compartan con sus familiares, me parece que Curutchet se equivoca flagrantemente cuando, a propósito de *Bestiario*, señala que en ninguno de esos cuentos los personajes habitan en sus propias casas (84).

En realidad, en dicho volumen hay por lo menos tres relatos en los que claramente los personajes viven en sus casas y con sus familias: “Casa tomada” (casi toda su trama se desarrolla al interior de la casa familiar); “Circe” (Delia, la chica que “elimina” a sus novios con bombones rellenos con cucarachas, vive con sus padres); “Bestiario” (Isabel, la niña que va a pasar las vacaciones de verano a casa de una familia, también vive con la suya y sólo durante el período estival la ha abandonado). A esta lista se podría agregar “Cefalea”, puesto que sus personajes, que viven en casa al cuidado de las curiosas mancuspias, también parecen conformar una familia, aunque ello no sea explicitado.

Esta obliteración de la temática familiar realizada por Curutchet contrasta con la apreciación de Roberto Escamilla Molina que, aunque algo aislada y sin mayor desarrollo, advierte sobre la importancia de cierto tipo de dinámica familiar en parte de la cuentística de Julio Cortázar, cuando habla de “una crisis [familiar] que motiva una relativa alteración en una atmósfera detenida, para más tarde chocar con la certidumbre y perpetuar otros axiomas del hábito en ese cuadro de la convencional igualdad de la tarea diaria, en las asfixiantes familias sin cambio” (Escamilla Molina, 1970: 164). En

una dirección similar, Miguel Herráez (autor de una de las más recientes biografías en español de Julio Cortázar)<sup>112</sup> señala que algunos de los ejes anecdótico-temáticos más recurrentes en Cortázar son: “el grupo familiar cohesionado, pero en el borde de su desintegración” (Herráez, 2003: 172). Al igual que Escamilla Molina, Herráez tampoco profundiza en esta importante apreciación.

Por su parte, otro biógrafo de Julio Cortázar, Mario Goloboff, a propósito del cuento “Cartas de mamá” (en el cual un joven matrimonio argentino, que se ha trasladado a vivir a París –en parte para huir de los reproches familiares, pues él se ha casado con la exnovia de su hermano recién fallecido–, ve perturbada su tranquilidad y emancipación a raíz de las frecuentes y cada vez más inquietantes cartas de la madre de él) señala que “[dicho relato] consolida el ambiente familiar, doméstico, fuertemente enrarecido por la enfermedad y la muerte que, con el tiempo, distinguirá las mejores narraciones de Cortázar” (Goloboff, 1998: 114). En el mismo sentido, José Amícola resalta la característica presencia de ambientes familiares extensos en los cuentos de Julio Cortázar, lo cual tendría una raíz biográfica, ya que de tal forma habrían sido las familias que conoció Cortázar en Buenos Aires (Amícola, 1969: 124).

No deja de ser curioso que, entre los críticos mencionados, sean los biógrafos de Julio Cortázar (me refiero a Mario Goloboff y Miguel Herráez) quienes hayan reparado en la importante impronta de la temática familiar dentro de sus narraciones. A mi juicio, esta coincidencia podría deberse a que los datos biográficos les han permitido atisbar ese importante eje temático, el cual podría encontrar sus raíces en determinados hechos y características de la biografía familiar de Julio Cortázar. Para contar con mayores elementos de análisis al momento de comentar los cuentos de Cortázar, como también para poder confirmar esa posible relación entre hechos biográficos familiares y ejes temáticos de su cuentística, a continuación revisaré una serie de situaciones y características de la biografía familiar del autor latinoamericano.

### **3.2.2 El sustrato biográfico-familiar**

A la luz de los datos biográficos disponibles, parecen adquirir aún más corrección las aseveraciones mencionadas más arriba, en las cuales se señala que las narraciones

---

<sup>112</sup> Cuando ya estaba finalizada la redacción de este capítulo apareció una nueva biografía sobre Cortázar,



familiares de Julio Cortázar se caracterizan por la presencia de grupos familiares cohesionados, extensos y con una fuerte presencia de la enfermedad, y que así habrían sido, al menos en lo referido a su extensión, las familias que Cortázar conoció en Buenos Aires. Si bien es cierto que esto último no se puede corroborar, al menos dentro de las limitaciones de este trabajo, sí se puede hacer respecto del grupo familiar del escritor, teniendo como base lo investigado por sus biógrafos.

Miguel Herráez (2003) y Mario Goloboff (1998) coinciden en señalar el carácter extenso de la composición de la familia de Julio Cortázar. A pesar de que tras la vuelta a Argentina el padre del escritor los abandonó, el reducido número de tres miembros (madre, Julio y su hermana) se vio prontamente incrementado: “En ese ámbito empezará a adaptarse la familia de tres miembros, que se ensanchará al integrar a la abuela materna, Ma. Victoria, y a una tía segunda de Julio, tía Enriqueta, que era prima de su madre” (Herráez, 2003: 32). Varios años más tarde, la familia sufrirá una nueva extensión cuando sus miembros establezcan una curiosa y estrecha relación con una familia vecina, encabezada por un capitán retirado del Ejército:

Ofelia [la hermana del escritor] se casó con uno de los hijos menores de [el capitán retirado] Pereyra Brizuela [...]; su tía (la música) [Enriqueta] se casó con otro de los hermanos y, finalmente, Herminia, la madre del escritor, con el hijo mayor del capitán retirado. Los vínculos fueron, pues, estrechándose con el paso de los años. (Goloboff, 1998: 20)

A través de ese verdadero matrimonio en bloque, con un evidente acento endogámico, más que estrechar lazos con una familia distinta (los Pereyra Brizuela), la familia Cortázar logró reforzar los vínculos entre sus propios miembros (evitando así la *temida* desintegración), quienes además de ser hermanas, sobrina, tía o madre, pasaban también a ser cuñadas.

Por otra parte, los biógrafos de Cortázar también coinciden en la importante presencia de la enfermedad dentro de la familia del escritor, la cual se manifestó en dolencias efectivas (crisis epilépticas de Ofelia en su infancia, y afecciones pulmonares de Julio en la misma época), pero también, y en gran medida, en preocupaciones anticipatorias que llevaron a que “algunos allegados [de la familia de Cortázar] describan a la familia como especialmente hipocondríaca [...]: las obsesiones por la salud ocupaban un espacio importante en el ámbito más íntimo” (Goloboff, 1998: 18).

---

de Eduardo Montes-Bradley, *Cortázar sin barba*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.

Al respecto, no deja de ser significativo un testimonio de Aurora Bernárdez, la primera esposa del escritor:

Entre las cosas que más me asombraron cuando lo conocí a Julio [...], y cuando proyectamos uno de nuestros primeros viajes por Europa [...], fue su preocupación porque lleváramos un botiquín. Para mí ese era un componente insólito en un equipaje [...]. Para él, en cambio, se trataba de una previsión indispensable. Ya me había llamado la atención, cuando conocí la casa de su familia en Villa del Parque, que tuvieran en el baño un botiquín que parecía el de una farmacia. (Citada por Goloboff, 1998: 20)

Al igual que el enlace *endogámico* con los Pereyra Brizuela, las obsesiones por la salud debieron ser entre los Cortázar otro importante medio para favorecer la cohesión familiar, pues en la medida que existiese un miembro (supuestamente) enfermo, los intereses o preocupaciones extrafamiliares debían quedar relegados a un segundo plano. No obstante, si a pesar de ese mandato familiar “algún” miembro decidía marcharse con su novia de vacaciones a Europa, su familia también debía “acompañarles”, aunque fuese a través de la insólita insistencia del escritor de llevar un botiquín.

Desde esa perspectiva, la emancipación de un grupo familiar tan cohesionado, endogámico y “enfermo” como el suyo, no debió haber sido una tarea de fácil resolución para el escritor, puesto que es muy probable que hayan existido una serie de inconvenientes (o *imprevistos*) capaces de retrasar o dificultar su emancipación. Aunque antes de emigrar a París, Cortázar tuvo la experiencia de vivir fuera de la casa de su familia –por ejemplo, cuando ejerció de profesor en algunos pueblos argentinos–, él siguió manteniendo un estrecho contacto con su familia, gracias a permanentes cartas y viajes tanto de él a Buenos Aires como de su madre y su hermana a los pueblos en donde él trabajaba. Asimismo, un importante objetivo de esos trabajos era aportar económicamente al sustento de su madre y hermana (Harss, 1971: 262; Herráez, 2033: 62, 87 y 106). Por lo tanto, la experiencia de emanciparse definitivamente del hogar familiar (o de las obligaciones que éste le imponía) sólo comenzó a concretarse a partir de su salida de Argentina para radicarse en París a fines de 1951, cuando ya tenía 37 años.

Los años previos a su marcha son los que conforman el período en que Cortázar compuso los relatos que pasaron a formar parte de *Bestiario*, época que, como comenté

más arriba, él mismo calificó de especialmente difícil en lo psicológico. En ese sentido, no resultaría aventurada la hipótesis respecto a que tales tormentos psicológicos hayan estado asociados a los enormes esfuerzos que tal vez el escritor debió desplegar para anteponer sus afanes emancipadores por sobre las resistencias que pudo haber encontrado en su propia familia, como también por encima de sus eventuales ambivalencias personales.

Desde ese punto de vista, es sintomático que, como señalé anteriormente, en aquella época él haya desarrollado una fobia a la comida familiar (el alimento inmundo que dio origen al cuento “Circe” que forma parte de *Bestiario*); según su propia interpretación, dicho temor irracional (encontrar insectos en los alimentos preparados por su madre) se debió a que pasaba por un período de gran fatiga a raíz de los intensos estudios de traductor que estaba desarrollando a fin de poder independizarse prontamente de su trabajo para después irse a Francia (Harss, 1971: 269-270).

Como se puede apreciar, la interpretación psicológica que hace Cortázar de sus síntomas (basada seguramente en sus lecturas freudianas) es bastante lineal: el agotamiento y la fatiga son la causa de las fobias. Así, en ningún momento él hace referencia a las posibles repercusiones (o interrelaciones, mejor dicho) de sus padecimientos en el funcionamiento familiar; estas, sin embargo, seguramente sí existieron, pues no se debe olvidar el importante lugar que ocupaba Cortázar dentro de su familia, ya que él era una especie de “jefe de hogar” u “hombre de la familia”. Al menos dentro de sus relatos, las enfermedades juegan un papel fuertemente cohesionador al interior de las familias. Al respecto, no deja de ser relevante que, antes de marcharse a París, el escritor haya debido resolver no sólo cuestiones personales, sino también familiares, como la referida al sustento de su madre y hermana:

Había que solucionar el mantenimiento económico de su madre y su hermana, que dependían [...] de los ingresos del escritor [...]. Resolvió el asunto [...] con un compromiso que estableció con la Editorial Sudamericana: el pacto le obligaba a traducir libros, y ésta, a cambio, abonaría los suficientes emolumentos en pesos argentinos [a ellas]. (Herráez, 2003: 148)

Resuelto ese aspecto, el camino hacia la emancipación quedaba “libre” para Cortázar; las eventuales dificultades posteriores (y anteriores) quedarían registradas en las peripecias y padecimientos de sus personajes.

Sin embargo, y a pesar de la distancia geográfica, la relación entre Cortázar y su familia siguió siendo estrecha (Goloboff, 1998: 16), y sólo la llegada de las dictaduras militares al gobierno argentino le impidieron mantenerla del modo que él hubiera querido. En ese sentido, “el permanente sentimiento de estar desdoblado, partido entre dos mundos, el allá y el acá, Buenos Aires y París” (Goloboff, 1998: 140), que Julio Cortázar manifestó en diversas ocasiones y que la crítica cortazariana ha interpretado en términos de escisión o problemática cultural (Amícola, 1999: 109-111), incluso con acentos metafísicos, podría hallar, a mi juicio, una lectura bastante más *pedestre* asociada con la forzosa separación de su familia a la que lo condujo el cambio de continente.

### **3.2.3 Cohesión, enfermedad y emancipación filial.**

En el capítulo dos de este estudio, he abordado los postulados conceptuales de diversos enfoques teóricos de la psicología sistémica familiar acerca de las características que posee el funcionamiento de toda familia, dedicando una especial atención a aquellos períodos del ciclo vital familiar en los cuales dicho grupo puede quedar mayormente expuesto a presentar disfunciones (o problemáticas de funcionamiento), lo cual sería un reflejo de las dificultades de sus miembros para realizar los ajustes estructurales necesarios para adaptarse satisfactoriamente a la nueva etapa que demanda el desarrollo de sus respectivos ciclos evolutivos (me refiero al individual y al familiar). En mis interpretaciones de los relatos de Julio Cortázar, me centraré en aquéllos en que aparecen descritas familias que presentan esas dificultades adaptativas y evolutivas definidas por las teorías sistémicas.

Desde esa perspectiva, dedicaré una atención especial a aquellas narraciones en que Julio Cortázar describe familias caracterizadas por un alto nivel de cohesión entre sus miembros, quienes suelen estar conectados entre sí –*enmarañada* o *laberínticamente*– en torno a la realización de una actividad común como, por ejemplo, el cuidado de un miembro enfermo (“La salud de los enfermos”, “Cefalea”, “Pesadillas” y “Las fases de Severo”), o bien en el desarrollo de cualquier otra *disparatada* tarea (“Ocupaciones raras”) y cuya característica común es que de la ejecución exitosa de la misma parece depender la conservación de la propia familia como ente grupal, o al menos la de algún miembro importante.

Una consecuencia que sufren los miembros de familias cohesionadas es que las posibilidades de diferenciación individual y de emancipación del grupo se ven seriamente dificultadas, pues dichas familias funcionan como sistemas cerrados que poseen gruesas fronteras que les separan del exterior, propiciando, de esa manera, un escaso intercambio con lo que se encuentra más allá de sus márgenes, de tal forma que sus integrantes viven prácticamente reclusos al interior de ellas (“Casa tomada”, “Cefalea”, “Circe”). Dentro de esos sistemas familiares se privilegia, además, el establecimiento de fuertes lazos de índole endogámica (“Ocupaciones raras”, “Casa tomada”), lo que reduce aún más las posibilidades de interacción con el exterior, hacia el cual, por otro lado, se dirige una mirada de desconfianza, no pocas veces mutua (“Circe”), o de cierto menosprecio o desvalorización (“Ocupaciones raras”).

No obstante, cuando la autonomía y la emancipación individual de todas maneras llega a concretarse, a pesar de la oposición del grupo (“Cartas de mamá”) o de las propias ambivalencias e inseguridades de quien se ha atrevido a tomar tal decisión (“Casa tomada”), el grupo, o aquel miembro emancipado, puede sufrir graves perturbaciones (“Cefalea”). Dependiendo de lo intenso que pueda llegar a ser ese sismo familiar, se puede producir una vuelta atrás en el sentido que el miembro desertor se vea forzado a volver al redil, o bien a dar señales de haber fracasado (o de haber encontrado importantes dificultades) en su escaramuza emancipadora, de modo tal que el grupo familiar llegue a sentir que sigue contando con él como un miembro más.

En ese sentido, y tal como comentaré más adelante, en cuanto al funcionamiento cohesionado de la familia, los personajes cortazarianos pueden presentar dos tipos de valoraciones o actitudes bien diferentes entre sí. En un primer caso, los integrantes de la familia parecen estar adaptados positivamente a tal realidad (“La salud de los enfermos”), experimentando la cohesión familiar como algo soportable, o hasta favorable, incluso con ribetes claramente festivos (“Ocupaciones raras”), aun a costa de ver seriamente mermadas las posibilidades de diferenciación y emancipación individual, las cuales, en realidad, no parecen tampoco resultar mayormente atractivas.

En el otro extremo, la cohesión familiar (vinculada, como señalé anteriormente, a que la familia funciona como un sistema cerrado) es vivenciada como un proceso asfixiante que limita la libertad individual, quedando asociado todo lo referido a la familia (hogar, matrimonio, padres, casa, etc.) a lugares o ámbitos marcados por el encierro, que oprimen y angustian (“La señorita Cora”). Esta última visión parece corresponderse más con los planteamientos de las teorías sistémicas acerca de los

padecimientos individuales (y grupales) que provoca el funcionamiento aglutinado de este tipo de familias. Sin embargo, la primera perspectiva tampoco resulta tan disparatada, pues tal actitud adaptativa (“La salud de los enfermos”) o festiva (“Ocupaciones raras”) puede no ser más que una flagrante negación de las necesidades individuales (en favor de las grupales) y una poderosa defensa ante la angustia que provoca tal desequilibrio.

Esto encamina a una primera conclusión inicial: en los cuentos de Julio Cortázar se puede advertir la presencia de la oposición *individuo versus familia*, ya sea porque la familia, a través de sus normas, valores y restricciones, limita la libertad individual (“Cartas de mamá”, “El otro cielo”), o bien porque aquella (la familia) satisface de tal modo las necesidades individuales que el desarrollo personal (por ejemplo, la emancipación del hogar) se convierte en algo innecesario (“Ocupaciones raras”), o se transforma en un problema (“Usted se tendió a tu lado”), en algo indeseable (“Circe”), e incluso en algo angustioso o paranoico (“Casa tomada”), debido a que la emancipación podría poner en riesgo o significar la pérdida de tamaña fuente de satisfacción.

### **3.3 La emancipación filial en los cuentos de Julio Cortázar**

Aun cuando en la mayoría de los cuentos que he seleccionado, Cortázar aborda la temática de la emancipación filial, hay algunos en los cuales esta última no aparece de manera tan evidente y, en realidad, ni siquiera es posible afirmar de forma tajante que el grupo humano descrito en la narración constituya una familia (ese es el caso de “Cefalea”). En otros, el énfasis explícito de la narración no está puesto en los hijos, sino en otro miembro de la familia, como el padre (piénsese en “Las fases de Severo”); sin embargo, he incluido ese tipo de relatos, pues en ellos Cortázar aborda la problemática de la cohesión familiar, la cual está íntimamente ligada a la de la emancipación filial; como mostraré más adelante, las dificultades que presentan los hijos (u otros miembros) para emanciparse de la familia es consecuencia del fuerte énfasis que esta última pone en la cohesión y el sentido de pertenencia al grupo.

A partir de lo anterior, el análisis y comentario del corpus cortazariano que he delimitado lo realizaré distribuyendo los textos en tres grupos: en primer lugar, analizaré aquellos relatos en los cuales Cortázar desarrolla la temática de la cohesión familiar; en segundo término, comentaré las narraciones cortazarianas en las que destaca la problemática de la emancipación filial; y, por último, me referiré a un conjunto de relatos en los cuales Cortázar también aborda la emancipación filial, aunque de manera más indirecta.

No obstante, es importante advertir que a través de esa clasificación no pretendo establecer fronteras rígidas o infranqueables, ya que, tal como se advertirá, Cortázar suele abordar ambas temáticas en cada una de las obras que he seleccionado; lo que ocurre, es que yo no he hecho más que resaltar los énfasis temáticos que él mismo plasmó en sus escritos, a fin de apreciar con mayor nitidez la compleja problemática familiar que subyace a cada uno de ellos. Hecha esta precisión, daré paso al análisis del primer foco temático, la cohesión familiar.

#### **3.3.1 La familia cohesionada en torno a una tarea común**

En los cuentos de Julio Cortázar, las familias logran reforzar y garantizar su cohesión interna por medio de la realización de alguna actividad común en la cual participan todos los integrantes del grupo. Las tareas en torno a las cuales los miembros se

aglutinan pueden ser de dos tipos: el cuidado de algún pariente enfermo y la protesta o rebeldía contra los convencionalismos sociales. En el siguiente apartado analizaré la primera de dichas posibilidades.

### **3.3.1.1 La enfermedad (y la salud) como fuente de cohesión familiar**

La presencia de la enfermedad en la familia genera un importante desequilibrio al interior de ella, lo cual puede conducir a sus integrantes a esforzarse por restablecer cuanto antes la sensación de bienestar grupal e individual que han perdido. Para ello, no sólo resulta imprescindible recuperar la resquebrajada salud del miembro enfermo, sino que también es importante evitar el empeoramiento o agravamiento de su dolencia. No obstante, ya en la realización de ambos esfuerzos, la familia puede llegar a percibir que el hecho mismo de abocarse colectivamente a esas actividades es fuente de gratificación; esto quiere decir que en el proceso de intentar restablecer la salud del miembro enfermo (o de evitar que este vea agravado su estado), la familia experimenta los “saludables” efectos que tiene la presencia de la enfermedad al interior del grupo, puesto que en la lucha contra ella los integrantes ven afianzada la solidaria y leal unión entre ellos.

Con diversos matices, de esas “saludables” consecuencias de la enfermedad se benefician los miembros de las familias en “La salud de los enfermos”, “Cefalea”, “Pesadillas” y “Las fases de Severo”. A continuación, presentaré el análisis de cada uno de esos relatos de Julio Cortázar.



### 3.3.1.1.1 “La salud de los enfermos”: la enfermedad (y la salud) de la familia

En “La salud de los enfermos”, Cortázar narra los esfuerzos que realiza una familia bonaerense por ocultar a la madre la muerte del menor de sus hijos, debido al temor de los posibles efectos negativos que tal noticia podría tener en la ya debilitada salud de la mujer. Los hermanos de ésta (tío Roque y tía Clelia), junto a los hermanos del fallecido (Rosa, Pepa y Carlos), se organizan para ocultarle la verdad a la madre (Alejandro ha muerto en un accidente automovilístico en Montevideo, adonde se había dirigido de vacaciones), haciéndola creer que su hijo ha sido repentinamente contratado por una empresa brasileña, por lo cual ha tenido que interrumpir sus vacaciones para dirigirse de inmediato a Recife; debido a ello, Alejandro no ha podido pasar por Buenos Aires para despedirse de su madre antes de marcharse a Brasil. A esta “comedia piadosa” (CC/1: 527) la familia logra incorporar tanto al médico de la mujer, quien refrenda la necesidad de “proteger” a su paciente, así como también a la novia del fallecido, quien sigue visitando a la familia como si nada anormal hubiese ocurrido, hasta que tal misión encubridora le resulta insoportable, pues le parece que la mujer intuye el real destino de su hijo.

No obstante, para la familia de Alejandro la *comedia piadosa* parece dar resultados positivos. Esto, a pesar del creciente deseo de la madre de ver a su hijo, puesto que ella no se conforma con el intercambio epistolar, en el cual un falso Alejandro contesta desde Brasil a sus cartas. Dicho deseo materno intenta ser contrarrestado por el resto de la familia con la invención de una serie de inconvenientes en la *vida* brasileña de Alejandro: una fractura de tobillo, un conflicto diplomático entre Argentina y Brasil, y una prórroga inmediata de su contrato, todo lo cual, naturalmente, le impide al muchacho viajar y satisfacer el exigente deseo de la madre. A pesar de la verosimilitud de dichos inconvenientes, el resultado obtenido es el progresivo desinterés de la madre hacia las frías y evasivas cartas escritas a máquina, en las cuales su “hijo” ni siquiera se dirige a ella utilizando el apelativo secreto que sólo ellos dos conocen.

Para hacer más compleja (¿y saludable?) la *comedia*, alrededor del décimo mes, tía Clelia cae gravemente enferma, falleciendo a los pocos días. A la madre de Alejandro tampoco se le revela tal deceso, y se le hace creer, en cambio, que su hermana se ha marchado a la casa de campo de una amiga, y que allí se repone de unas molestias sin importancia. A partir de esa situación, son dos muertes las que se le deben ocultar a la madre enferma, la que, no obstante, con “su inquietante capacidad para

adivinar dónde estaba cada uno” (524), algo parece intuir al respecto. A pesar de esto, el resto de la familia persiste en su propósito porque “en una casa como la de ellos un deber era un deber” (530).

Desde mi perspectiva, dicho deber familiar no sólo está relacionado con la compartida tarea de cuidar la salud de la madre (Sosnowski, 1973: 27; Gertel, 1975: 102), inmunizándola de cualquier avatar potencialmente nocivo, sino también, y en una medida muy importante, con la protección de la estabilidad de la familia como grupo, en el sentido de que dentro de esa familia no parece haber cabida para cambios inesperados, menos de la magnitud como los ocurridos a Alejandro y tía Clelia. De ese modo, lo que esa familia evidencia, a mi juicio, es una enorme dificultad para adaptarse a inevitables cambios estructurales, en especial aquellos relacionados con la separación o pérdida de algún miembro, una situación aparentemente impensable dentro de ese grupo, y no sólo por parte de la madre.

Dicha posibilidad parece confirmada, ya que los miembros de la familia presentan características que les hacen reforzar más el apego mutuo y la cohesión que la separación y la individuación, y mucho más la estabilidad que el cambio. En ese sentido, la “nueva vida” de Alejandro y el “reposo campestre” de tía Clelia constituyen lo que se puede denominar como *cambios para que nada cambie*. Por tanto, no resulta extraño que dicho grupo haya generado, y formado parte activa, de una trama orientada a producir la (*enfermiza*) ilusión de que todo en la familia permanece (más o menos) como siempre. A pesar de que el fin que se está persiguiendo con esa “piadosa comedia” puede ser calificado de noble (ocultar a un miembro mayor y enfermo una mala noticia que podría quebrantar aún más su delicada salud), a mi juicio, la *salud* que se está tratando de proteger realmente no es sólo la de la madre enferma, sino la de la familia en su conjunto, es decir, *la salud de los enfermos*.

En ese sentido, en la familia de “La salud de los enfermos” se observa una dificultad común a todos sus miembros (como si de una *enfermedad* colectiva se tratase): la incapacidad para emanciparse satisfactoriamente de ella. Es así como tío Roque y Clelia son, aparentemente, solterones que han echado raíces definitivas en la familia; Rosa y Pepa (hermanas del fallecido Alejandro) parecen ir por el mismo camino de la soltería, pues, además de dar clases de música en la misma casa (¡ni siquiera abandonan el hogar para realizar tal labor!), han consagrado su vida al cuidado de la madre; y Carlos (el otro hermano de Alejandro) es definido como “tan de su casa” (CC/ 1: 531). Por su parte, aquel miembro (me refiero a Alejandro) que se aventura en

la “osada” realización de proyectos emancipadores (a diferencia de los demás miembros, el joven tenía novia y, probablemente, planes de independizarse del hogar) ve trágicamente frustrados dichos intentos como si la muerte fuese una señal de que de una familia como esa sólo es posible emanciparse nada menos que a través de la muerte. Similar destino al de Alejandro padece tía Clelia, quien con su muerte parece confirmar el aciago anuncio de que de esa familia sólo se sale para irse al cementerio.

### 3.3.1.1.2 “Cefalea”: la enfermedad entronizada en el hogar

“Cefalea” es un curioso cuento, el cual incluyo dentro de la temática familiar a pesar de que en el relato no se señale explícitamente que entre los personajes existe un lazo de ese tipo: ¿cuatro hermanos, quizá primos u otro tipo de parientes? En realidad, es escasa la información dada en el relato sobre ellos que pudiera permitir su identificación, y sólo dos son mencionados por sus nombres: Leonor y el Chango (curiosamente, son estos dos los que más tarde abandonan el grupo, en un claro gesto de diferenciación individual). No obstante, todo parece indicar que sí existe un vínculo familiar entre ellos; de hecho, el mismo Cortázar revela en una entrevista la existencia de tal posibilidad, al menos entre dos de los protagonistas (los dos que no reciben nombre alguno), aunque no aclara de qué tipo: “Imaginé esa pareja que es un poco la pareja de ‘Casa tomada’, más confuso todavía porque no se sabe si son dos hombres o dos mujeres o un hombre y una mujer, si son marido y mujer, si son hermanos. Nunca está dicho: ‘uno de nosotros’, ‘una de nosotras’. Está deliberadamente confuso eso” (Picón Garfield, 1978: 96). De cualquier manera, si tal lazo familiar no existiese, el hecho de vivir en el mismo hogar, y compartir las labores en torno a él, les hace constituir un grupo muy cercano a una familia.

Los personajes de “Cefalea” habitan una pequeña casa emplazada en medio de la pampa, “en un pequeño valle amenazado de médanos inmensos” (CC/1: 136), separados del pueblo más cercano con cuyos habitantes mantienen escaso contacto, ya que éstos les miran con desconfianza: “A veces pensamos si no nos espían, la gente es tan ignorante y nos tiene tan entre ojos. Preferimos no pensar y cerramos la puerta con delicia, replegados a la casa donde todo es tan nuestro” (142). De ese modo, los personajes se ven sumidos en un espacio cerrado constituido por la propia casa, como es característico en varios cuentos de Cortázar (“Casa tomada”, “Verano”, “Tango de vuelta”); el clima de encierro, así como las aprensiones de los extraños, no parecen carecer de fundamento, pues “sale un aire estancado por la puerta [de la casa]” (140).

El cuento narra las actividades cotidianas de esa “familia” consistentes en la crianza de unos curiosos animales denominados *mancuspías*<sup>113</sup>; estos animales, “que combinan rasgos de aves y mamíferos” (Speratti Piñero, 1957: 82), son sometidos (y someten) a una rigurosa rutina que se prolonga todo el día (desde las 6:30 a.m. hasta las

---

<sup>113</sup> Acerca del origen del neologismo *mancuspia*, véase Picón Garfield, 1978: 96

8:00 p.m.), puesto que las mancupias parecen poseer una salud bastante frágil, lo cual obliga –al menos así lo consideran sus cuidadores– a que sean tratadas con gran dedicación y extrema delicadeza: alimentación especial, higiene matinal, control diario del peso y de la temperatura rectal (historia clínica incluida), etc., etc.: “su cría es un trabajo sutil, necesitado de una precisión incesante y minuciosa” (CC/1: 135).

En gran medida, tanta dedicación está orientada a que las mancupias no desarrollen patología alguna (o a eliminarla rápidamente cuando la han presentado), pues el objetivo final de todo ese trabajo es la venta de las crías jóvenes, con la cual sus criadores esperan ganar el dinero necesario para pasar el invierno. No obstante, más allá de esa instrumentalización material, las mancupias otorgan un verdadero sentido a la existencia de sus cuidadores: “Las mancupias nos entretienen mucho” (135), reconoce uno de ellos. Asimismo, en torno a esa actividad común (la crianza de los animales), los cuatro integrantes se mantienen firmemente cohesionados, realizando un asombroso trabajo en equipo, hasta que dos de ellos (Leonor y el Chango) les abandonan repentinamente (aunque, en realidad, ya desde antes, los desertores habían dado señales de “haraganeo” [135]). Esta deserción, como comentaré, acarrea desastrosas consecuencias en el hogar.

Por otro lado, la crianza de las mancupias es desarrollada de manera paralela a la otra actividad que absorbe a los personajes, el autocuidado, el cual se debe a las severas cefaleas que ellos padecen: “Sí, las cefaleas vienen con tal violencia que apenas se las puede describir. Sensación de desgarró, de quemazón en el cerebro, en el cuero cabelludo, con miedo, con fiebre, con angustia” (140). Según las indicaciones dadas por un tal doctor Harbín, los cuidadores de las mancupias llevan un detallado registro de los diversos cuadros y fases que adquieren sus cefaleas, se medican, y en la noche, además de ordenar alfabéticamente los remedios en el botiquín, estudian manuales sobre la materia.

Por tanto, las dos principales (o únicas) rutinas de los personajes se asocian con la prevención y curación de enfermedades: las cefaleas de ellos y las posibles patologías de las mancupias, lo cual transforma la casa en una especie de hospital. Dichas actividades les absorben de tal forma, que a los cuidadores apenas les queda tiempo para otras cosas: “Andamos entonces sin reflexionar, cumpliendo uno tras otro los actos que el hábito escalona, deteniéndonos apenas para comer” (134). Asimismo, esas dos rutinas están muy relacionadas entre sí, al punto de que en uno de los cuadros que los

personajes han identificado dentro de sus intensas cefaleas (el *Silica*), éstas adquieren verdadero cuerpo físico en las propias mancupias:

[La cefalea es como] un vértigo que trepa por la columna vertebral hacia el interior de la cabeza; como el mismo trepar reptante (no hay otra descripción) de las pequeñas mancupias por los postes de los corrales. Entonces [...] somos ese poste duro y ácido al que trepan jugando las mancupias [...], como si la cabeza estuviera llena de cosas vivas que giran a su alrededor. Como mancupias. (136)

Las mancupias son la corporización de las cefaleas no sólo en el cuadro *Silica*, sino también en “la gran cefalea *Glonoinum* [que padecieron los personajes] el día en que nació la segunda camada de mancupias” (137), como asimismo en la *Cannabis indica* que puede ser “una mancupia que se ha escapado y viene como todas a la luz” (138).

Junto a esto, y como consecuencia de la desertión de Leonor y el Chango, el cuidado de las mancupias se torna más difícil, los dos miembros que han quedado en casa se muestran torpes (el trabajo en equipo se ha resentido), y esto lo parecen advertir las mancupias. A partir de ese momento, dichos animales se tornan cada vez más inquietos, se atacan entre ellos, escapan de sus jaulas y rodean la casa de manera amenazante; la corporización de las cefaleas en mancupias adquiere una nueva expresión en el severo cuadro *Crotalus cascavella*: “Algo viviente camina en círculo dentro de la cabeza. (Entonces la casa es nuestra cabeza, la sentimos rondada, cada ventana es una oreja contra el aullar de las mancupias ahí afuera)” (142). Esta enorme inquietud y revuelo de las mancupias no es otra cosa que la manifestación de un nuevo y fulminante ataque de cefalea.

De ese modo, la partida de los dos desertores ha tenido efectos nefastos en la “salud familiar”: si bien cuando ellos estaban las cefaleas no habían desaparecido por completo, al menos existía la ilusión de tenerlas bajo cierto control, gracias al riguroso y detallado registro que se llevaba de ellas para el doctor Harbín, y también en virtud de haberlas *externalizado* en esos curiosos animales que se prestaron para tal propósito (a cambio de variados “caprichos y versatilidades” [134]). De no haberse producido tal desertión, de haber continuado el cohesionado trabajo en equipo, las mancupias (léase, cefaleas) no habrían escapado de los corrales, y la rigurosa rutina familiar habría seguido su curso, dentro del cual enfermos, enfermedades y enfermeros formaban un todo compacto, indiferenciado y *feliz*.

### 3.3.1.1.3 “Pesadillas”: la familia aplastada por la enfermedad

En “Pesadillas”, una familia bonaerense debe hacer frente al inesperado estado de coma en el que ha caído la hija desde hace dos semanas como consecuencia de un proceso viral complejo. De haber sido una muchacha activa (“flaquita y liviana, bailarina de rock y tenista” [CC/2: 481]), Mecha ahora se encuentra postrada en la cama de su cuarto, asistida por la compañía permanente de su madre y una enfermera, y recibiendo las visitas del médico quien, ante la desesperación e insistencia de la familia, intenta convencer a los padres de Mecha de la inutilidad de cualquier esfuerzo por recuperar a la joven, ya que ante el estado de la muchacha sólo cabe esperar: “es un estado de coma clásico, no se puede hacer más que esperar” (481), insiste el médico. Sin embargo, los miembros de la familia se resisten a tal pasividad e intentan ayudar a Mecha a través de sus propios medios: “se acostumbraban a hablarse en voz alta al lado de la cama de Mecha [a pesar de que] el doctor Raimondi estaba seguro de que el estado de coma la aislaba de toda sensibilidad” (482).

Por otra parte, los padres alientan a Lauro, el otro hijo, para que no descuide sus estudios de la universidad: “usted tiene que alimentarse, [y] no se olvide de los exámenes” (481), le advierte el padre al joven. A través de esos comportamientos normalizadores, la familia intenta conservar su funcionamiento habitual previo a la enfermedad de la muchacha: el padre pasando gran parte del tiempo frente al televisor y Lauro asistiendo a la facultad (en donde además de los exámenes lo esperan secretas reuniones en unos días convulsos bajo la dictadura militar argentina). Sin embargo, la fuerza de los nuevos acontecimientos familiares impone silenciosamente una nueva rutina más estática, en la que no hay lugar para los cambios, salvo el anhelado despertar de Mecha: “lo único que duraba sin cambio, lo único exactamente igual día tras día era Mecha, el peso de Mecha en esa cama [...] ahí aplastada y aplastando a todos desde hacía semanas” (481).

Así, la familia se ve arrastrada a la inmovilidad y a la repetición de actos rutinarios, en los cuales la enfermedad de Mecha ocupa un lugar central, “dominándolos a todos de hora en hora” (481). Sólo el padre se muestra un poco más periférico y se evade en los programas de televisión; sin embargo, la familia en su conjunto va centrando su funcionamiento en torno a la enfermedad –y ansiada mejoría– de Mecha. Por ese motivo, la familia se va gradualmente recluyendo al interior de la casa, en la cual se halla el motivo central de preocupación: la salud de la hija (incluso “al perro lo

habían mandado a la casa de un tío” [482], seguramente para no tener motivos de distracción). Esa situación de encierro se ve propiciada además por los acontecimientos callejeros vinculados a las revueltas populares y a la represión policial: “los tiros no eran una novedad en el barrio ni en ninguna parte” (482), y a determinadas horas no es posible salir de casa. Lauro, en especial, siente el choque de fuerzas entre lo ocurrido dentro de la casa y los sucesos que se producen fuera de ella:

[A Lauro] se le hacía cada vez más difícil volver a casa con el viaje desde el centro y todo lo que pasaba en la facultad, pero más por su madre que por Mecha se aparecía a cualquier hora y se quedaba un rato, se enteraba de lo de siempre, charlaba con los viejos, les inventaba temas de conversación para sacarlos un poco del agujero. (485)

A pesar de sus actividades en la facultad, Lauro siente gran preocupación por la salud de su hermana y cuando vuelve de clases acompaña a la madre que reza junto a la cama de Mecha. En su interior, Lauro conserva la desesperada ilusión que lo de Mecha no sea más que un mal chiste: “Mecha que siempre le había hecho los peores chistes, vestida de fantasma en la escalera, escondiéndole un plumero en el fondo de la cama, riéndose tanto los dos, inventándose trampas, jugando a seguir siendo chicos” (483). Sin embargo, aunque la enfermedad de Mecha ha interrumpido esa estrecha relación entre los hermanos, ha abierto otro tipo de conexión entre ambos: desde donde ahora Mecha se encuentra, ella parece tener un acceso privilegiado a los acontecimientos que rodean y aguardan a Lauro. Pero esto no lo sabe él ni la familia. Lo que sí advierte Lauro es una especial e inexplicable inquietud cuando se acerca a su hermana postrada en la cama.

Inesperadamente, en aquellos días Mecha comienza a realizar algunos movimientos corporales que la familia interpreta como un deseo de comunicarse: “era como si Mecha estuviese soñando y que su sueño fuese penoso y desesperante, la pesadilla volviendo y volviendo sin que pudiera rechazarla” (482). No obstante, el médico es de una opinión diferente: “el cuadro no ha cambiado, sería imprudente pensar en un síntoma favorable [...]. Todo es vegetativo [...], no [hay que] impresionarse por eso, su hija no sufre” (483). A pesar del pesimista dictamen médico, la familia sigue atenta a lo que denominan las *pesadillas* de Mecha. Precisamente, es ante esas pesadillas que Lauro se siente especialmente inquieto: “Los ojos [de Mecha] seguían girando en las órbitas y Lauro se apartó, no sabía por qué pero tenía cada vez más miedo, la idea de que Mecha pudiera alzar los párpados y mirarlo lo hizo echarse hacia



atrás [...]. [Era como si] la pesadilla alcanzaba su peor instante cuando él estaba ahí mirándola” (484-5).

Lejos de cesar, las pesadillas de Mecha continúan y alcanzan su máxima expresión un día en que Lauro no vuelve a casa. Ya en la mañana los padres han advertido la ausencia del hijo, el cual nunca había dormido fuera de casa sin habérselos anunciado previamente: “[Lauro] nunca hizo eso, la vez de la fiesta de fin de curso llamó a las nueve, te acordás, tenía miedo de que nos preocupáramos y eso que era más chico” (486). Sin salir de casa, los padres intentan localizar a Lauro, telefoneando a casa de amigos y familiares: ya han *perdido* a la hija, y la madre se desespera ante la inminente desaparición de Lauro: “seguro que le ha ocurrido algo, no puede ser que a esta hora sigamos sin saber nada” (487).

Coincidentemente, Mecha parece estar sumida en la peor de sus pesadillas; aun cuando realiza nuevos movimientos corporales por sí misma, la madre no los interpreta como una buena señal: “Pero si es peor que antes [...], sigue con las alucinaciones, [parece] que se está como defendiendo de...” (487). Debido a las aciagas circunstancias familiares del último tiempo, la conexión entre los miembros de la familia se ha hecho muy intensa: la madre advierte el padecimiento de los hijos, los hijos hacen lo mismo entre sí, e incluso el padre, días antes, ha recomendado prudencia a Lauro, como si también se anticipara a los funestos hechos. Lejos de facilitar la emancipación filial, los acontecimientos que afectan a la familia han reforzado la cohesión y la dependencia mutua.

Más allá de las connotaciones políticas que la crítica ha advertido en el coma y el despertar de Mecha (ya que dichos eventos representarían el adormecimiento y el horror de los civiles ante la dictadura militar, respectivamente)<sup>114</sup>, a mi juicio, uno de los aspectos más relevantes de este relato –además de la intensa cohesión familiar en torno al miembro enfermo– es que en él se aprecia cómo la emancipación filial puede llegar a ser concebida como un proceso que sólo acarrea sucesos aciagos para la familia, al igual que en “La salud de los enfermos” y “Cefalea”, en donde la emancipación de algún miembro es sinónimo de adversidad para el grupo familiar. Aun cuando en “Pesadillas” no se especifica nada respecto de eventuales planes emancipadores por parte de Mecha, esta es descrita de una manera que la hace estar potencialmente preparada para ello (*flaquita y liviana, bailarina de rock y tenista*).

---

<sup>114</sup> Véase Kason, 1987: 149-156.

En ese sentido, el repentino e inexplicable coma de Mecha puede ser entendido como un acto a través del cual la joven logra una *profunda emancipación* de su familia y, al mismo tiempo, como un comportamiento por medio del cual ella misma se encarga de reforzar, en un grado máximo, la cohesión familiar. Esto último se ve facilitado además por los acontecimientos políticos (disturbios, represión policial, etc.) que confinan aún más a la familia en su casa-guarida. El único que se rebela ante ese enclaustramiento es Lauro, pues, a pesar de sus iniciales ambivalencias (que lo hacían volver a casa no obstante su deseo de permanecer con sus camaradas en la facultad), acaba dando prioridad a sus actividades políticas. Esa osada opción filial acaba por aplastar a su familia, puesto que, justo en el momento en que Mecha por fin vuelve a la vida, la policía allana el hogar del rebelde y *emancipado* Lauro.

#### 3.3.1.1.4 “Las fases de Severo”: la enfermedad como espectáculo familiar (o la importancia de llamarse Severo)

En “Las fases de Severo”, Cortázar describe el *trance* que cada cierto tiempo afecta a un padre de familia llamado Severo. En aquél, éste padece seis curiosas fases denominadas “sudor” (Severo suda abundantemente por todo el cuerpo), “saltos” (en ella Severo da saltos sobre su cama y el suelo), “polillas” (llamadas por la luz, las polillas acuden al cuarto de Severo para, una vez apagada la misma, volar hacia la cara de él cubriéndola completamente), “números” (Severo dicta números a cada uno de los presentes, lo cual podría constituir una especie de mensaje inextricable), “relojes” (a la indicación de Severo, cada asistente debe adelantar o retrasar su reloj) y “sueño” (ya casi al amanecer, y cubierta su cara por un pañuelo con cuatro monedas en cada una de sus puntas, Severo se duerme).

Para la realización de las fases, Severo cuenta con la ayuda de su esposa, hijos y hermanos quienes se encargan de los preparativos necesarios para la ejecución de cada una de ellas. Dicha ayuda es imprescindible para Severo, pues durante el desarrollo de las fases éste realiza una serie de actos y movimientos involuntarios que le impiden valerse por sí solo, como si estuviese poseído por alguna fuerza oculta y misteriosa. Por ese motivo, el desarrollo de las seis fases es presenciado con gran expectación y respeto por todas las personas –vecinos, amigos y parientes– que, junto a la familia, asisten a contemplar a Severo, quien parece estar afectado por una extraña y *prestigiosa* enfermedad.

Debido a ello, “Las fases de Severo” posee, a mi juicio, una gran importancia dentro del corpus que he delimitado, ya que en esta narración Cortázar evidencia que para él la enfermedad no sólo es un fenómeno *trivial* en torno al cual una familia se organiza y cohesionan con el objetivo de restablecer la salud del miembro enfermo, sino que también ella podría ser la manifestación *privilegiada* de algún tipo de naturaleza oculta y misteriosa. En ese sentido, la enfermedad constituiría para Cortázar una especie de fenómeno magnético que, lejos de ahuyentar a la gente, logra aglutinar tanto a una familia, como también a una “multitud” que acude expectante a enterarse de los misterios de la vida (“Los parientes ya estaban amontonados en el dormitorio [de Severo] y no quedaba mucho sitio donde ubicarse” [CC/2: 102]).

Como consecuencia de ello, el trato preferencial del que disfruta el miembro enfermo al interior de la familia adquiere una connotación todavía más intensa, puesto

que él no sólo es considerado como la persona en torno a la cual el grupo se ha logrado cohesionar, sino que además es percibido como un individuo dotado de una serie de cualidades excepcionales (además de lo ocurrido con Severo, piénsese, por ejemplo, en la capacidad de la madre en “La salud de los enfermos” para adivinar dónde está cada miembro de la familia). Pero además de diferenciarlo del común de los mortales, dichas cualidades ponen al enfermo en conexión con un mundo (o submundo) al que no tienen acceso los otros individuos, transformándose así el miembro enfermo en una especie de médium, mago o alquimista (al respecto, piénsese en la capacidad de Mecha para anticiparse a los sucesos que aguardan a su hermano en “Pesadillas”).

En ese sentido, Severo, en su calidad de enfermo –y sólo a raíz de su calidad de enfermo–, puede ser calificado como un sujeto especial, diferente e importante (¿la importancia de llamarse Severo?) que, además de aglutinar a la familia en torno suyo, es capaz de realizar unas insólitas fases, a través de las cuales accede –y los demás con él– a un mundo irracional y maravilloso, el cual posee gran trascendencia tanto para él como para la “multitud” que lo observa ansiosa, ya que desde dichas remotas dimensiones parecen surgir significativas y reveladoras señales para las vidas de los asistentes.

Sin embargo, junto a la atmósfera más bien solemne o “sacra” que envuelve a la realización de cada una de las enigmáticas fases de Severo, coexiste otro ambiente de naturaleza más “pagana”, pues entre cada una de las fases los asistentes disfrutaban de unas especies de *entreactos*, dentro de los cuales pueden distenderse, departir amistosamente y beber y fumar en la cocina o en el patio de la casa: “Salíamos al mismo tiempo comentando la fase y buscando alguna cosa para calmar la sed [...], a respirar el aire de la noche y a bebernos dos cervezas del gollete” (100). Lejos de ser consideradas interrupciones inoportunas, dichos entreactos son una parte importante de la “representación”, debido a que ese es el momento en el que los asistentes del *médium* efectúan los preparativos necesarios para la realización de la siguiente “escena”. Tal es el grado de organización que, al mismo tiempo, es la propia familia de Severo quien se encarga de atender al “público” en esos momentos: “Cada tanto los hijos o la hermana de Severo traían café y copas de caña” (98).

Todo ese entramado interpretativo es lo que convierte a las fases de Severo en una especie de representación teatral colectiva, puesto que, aun cuando el papel de protagonista es desempeñado de manera exclusiva por Severo, es el conjunto de la familia quien se involucra de forma activa en el desarrollo de tal *espectáculo*. De ese

modo, lejos de dejarse abatir por el extraño padecimiento que afecta al padre, la familia de Severo (además de organizarse y cohesionarse en torno a él) transforma la dolencia de éste en un atractivo y magnético ritual que combina tanto elementos solemnes como festivos.

Esos componentes más alegres o distendidos del ritual –me refiero a los *entreactos*–, no ocupan un lugar secundario o menor dentro de la representación, sino que son aquellos que, a fin de cuentas, revelan el profundo sentido lúdico –pero no por ello menos importante– que la familia de Severo asigna a la enfermedad de este, y que el narrador del cuento (¿acaso el escritor mismo?) se encarga de revelar al final de su relato, una vez que las fases ya han concluido y que ha llegado el amanecer: “–Era un juego, ¿verdad, Julio? –Sí, viejo, era un juego. Andá a dormir, ahora” (104).

### 3.3.1.2 El disparate como fuente de cohesión familiar o la familia felizmente cohesionada en torno a unas raras ocupaciones: “Ocupaciones raras” y el equilibrio familiar perfecto

“Ocupaciones raras” forma parte del libro *Historias de cronopios y de famas*, un conjunto de textos al que parte de la crítica cortazariana ha elogiado por su tono festivo, irreverente y liberador: “*Historias de cronopios y de famas*, [está conformado por] relatos que no son sino agilísimas zancadillas al caballero silogismo que, de pronto, pierde el equilibrio, trastabilla y aterriza en su galera, patas arriba, con la camisa sucia y su elegancia desarmada” (Alazraki, 1994a: 226). En el mismo sentido se pronuncia Néstor García Canclini: “Frente a los relojes y a cualquier otro calabozo, el hombre resucita de vez en cuando gracias a las ‘ocupaciones raras’” (García Canclini, 1968: 67).

Sin embargo, bajo ese tono diferente se escondería un característico sustrato temático cortazariano; así al menos lo ha advertido Malva Filer:

[Es cierto que] no hay en ellas [en *Historias de cronopios y de famas*] el trasfondo obsesivo y angustioso característico de sus relatos [...]. Los cronopios, famas y esperanzas constituyen un mundo generalmente amable y benigno; las emociones están controladas, se percibe un estado sereno y equilibrado. Pero esa versión transformada de la realidad, ese mundo que el autor crea con su fantasía es, sin embargo, una de las formas en que algunas de las preocupaciones más entrañables de Cortázar encuentran expresión. (Filer, 1970: 122)

Desde mi perspectiva, esas *preocupaciones más entrañables* tienen que ver con la temática de la cohesión familiar, al menos en lo referido a la sección “Ocupaciones raras”. En efecto, si en los relatos que he comentado en la sección anterior la unión familiar aparece revestida de un carácter más bien dramático o angustioso, en “Ocupaciones raras”, en cambio, la cohesión familiar es presentada como algo asociado a la alegría de vivir y cargada de un carácter claramente festivo: la estrecha unión familiar no asfixia la vida de cada miembro, sino que la potencia, otorgándole espacios y posibilidades insospechadas para su expresión individual y colectiva (eso sí, siempre dentro de los límites familiares).

Ese es, a mi juicio, el aspecto central de esa sección de *Historias de cronopios y de famas*, casi más importante que el otro motivo que suele destacar la crítica dejándose llevar, a mi parecer, por el contenido más evidente que ofrecen esos relatos: “La idea

central es la de escapar de lo convencional, ya sea transgrediendo las normas y burlándose de las costumbres aceptadas por la sociedad o inventando otras que, según aquéllas, resultan absurdas e inaceptables” (Filer, 1970: 125). Aun cuando dicho aspecto es muy importante, desde mi perspectiva, lo más relevante de “Ocupaciones raras” es que Cortázar ofrece una visión más *amable y benigna* (e idealizada) de la cohesión familiar.

La sección “Ocupaciones raras” está conformada por ocho breves relatos (“Simulacros”, “Etiquetas y prelações”, “Correos y telecomunicaciones”, “Pérdida y recuperación del pelo”, “Tía en dificultades”, “Tía explicada o no”, “Los posatigres” y “Conducta en los velorios”), todos los cuales tienen como personajes a los miembros de la curiosa familia de la calle Humboldt. Es el propio narrador (uno de los hermanos) quien define a la familia como *rara* debido al gusto de sus miembros por las ocupaciones libres, las tareas porque sí, todo lo cual contrasta con el clima de obligación y fanfarronería que se respira más allá de los límites de su casa.

Cada relato de “Ocupaciones raras” describe la ejecución de una determinada tarea, la cual se caracteriza no sólo por su rasgo anticonvencional, sino también porque en su realización participan todos los miembros de esa extensa familia. A pesar de las eventuales deserciones –“a veces [...] (me duele mencionarlo) alguno traiciona, renuncia” (CC/1: 421)–, la familia se mantiene firmemente cohesionada en torno a la realización de las labores asignadas; los eventuales fracasos (“en que toda la familia cae al suelo como un castillo de naipes” [421]) son más el resultado de la dificultad de la empresa acometida que de la desorganización colectiva o del haraganeo individual. Asimismo, esos fracasos ni siquiera tienen el poder de mellar la unión familiar, pues en los días siguientes a algún fiasco, “no se oyen más que deploraciones y carcajadas” (421).

Por otro lado, debido a su carácter anticonvencional, la realización de esas tareas familiares suele acarrear la oposición o desconcierto de los vecinos; no obstante, los gruesos límites que protegen la casa de la familia (una verja de mampostería y fierro) permiten que dichas tareas (al menos las que se desarrollan dentro de esos límites) sean realizadas a pesar de las protestas de los vecinos, hacia quienes, por lo demás, la familia mantiene una actitud de distancia e indiferencia: “nunca nos ha preocupado lo que puedan pensar los vecinos [...], [pues] las murmuraciones del vecindario eran hijas del odio y fruto de la envidia” (422). La sólida verja constituye un límite que adquiere connotaciones simbólicas, ya que es la frontera que transforma a la familia de la calle

Humboldt en un espacio o sistema cerrado en el cual no penetran ni los malintencionados comentarios de los vecinos ni las uniformadoras normas y convenciones de la sociedad.

“Simulacros” y “Los posatigres” describen la realización de actividades al interior de la casa. En el primer relato, la familia construye un patíbulo en el jardín delantero de su vivienda, en el cual simulan una ejecución. En la construcción del patíbulo, la familia da muestras de su férrea organización y trabajo colectivo:

De día íbamos a buscar maderas y fierros a los corralones de la avenida Juan B., pero mis hermanas se quedaban en la sala practicando el aullido de los lobos, después que mi tía la menor sostuvo que los patíbulos atraen a los lobos y los incitan a aullar a la luna. Por cuenta de mis primos corría la provisión de clavos y herramientas; mi tío el mayor dibujaba los planos, discutía con mi madre y mi tío segundo la variedad y calidad de los instrumentos de suplicio. (422)

Gracias a esa organización, la familia concluye con éxito su tarea a pesar de la oposición y el desconcierto de los vecinos que no comprenden el sentido de tal actividad. Similar situación ocurre en “Los posatigres”, aunque con una complicación añadida: el “posado” del tigre implica la posibilidad de riesgos en la integridad de los miembros, pues lo que la familia se ha propuesto en este caso es nada menos que conseguir un tigre (para lo cual deben sortear diversos obstáculos) y llevarlo hasta la casa en donde han construido un dispositivo sobre el cual se realiza tal “posado”.

No obstante, a pesar de los temores y las dudas iniciales, la familia realiza con éxito su misión gracias a la articulación armoniosa de las diferentes funciones. Debido al riesgo implicado en la ejecución de esa tarea, la familia llega a sentirse poseída de una exaltación extraordinaria que le permite advertir que: “Posar el tigre tiene algo de total encuentro, de alienación frente a un absoluto; el equilibrio depende de tan poco y lo pagamos a un precio tan alto” (432). Probablemente, el equilibrio al que se refiere el narrador no sea sólo el del tigre posado, sino el que alcanza la propia familia con ese tipo de actividades; el alto precio, por tanto, sea tal vez la extrema cohesión que les demanda la ejecución de esas tareas.

“Correos y Telecomunicaciones” y “Conducta en los velorios” son los dos relatos que dan cuenta de las actividades que acomete la familia de la calle Humboldt en dos espacios diferentes a su propia casa: una oficina de correos y la casa de unos vecinos en que se vela a un fallecido. Al primer sitio, la familia acude a trabajar cuando



logra que un lejano pariente que ha sido nombrado ministro contrate a buena parte de la familia en una de las sucursales de Correos. No obstante, el desempeño laboral de la familia sólo alcanza a durar tres días, puesto que, si bien en un comienzo se hizo meritoria de felicitaciones por su eficiente labor, la policía finalmente debe intervenir debido a la peculiar manera en que la familia está desarrollando su tarea: reparten entre el público globos de colores, vasitos de grapa, empanadas y untan las encomiendas en alquitrán y plumas ante la estupefacción de la gente.

En “Conducta en los velorios”, por su parte, la familia se apodera del velorio que se realiza en otra casa del barrio debido a que han advertido que el dolor y los sentimientos de los deudos no son genuinos. La familia, por tanto, acude en pleno hasta esa casa y toma el control del velorio como resultado de “una organización invisible pero sin brechas” (435): las mujeres de la familia lloran más conmovedoramente que las propias parientes del fallecido y, al día siguiente, los hombres asumen el control del traslado del cuerpo al cementerio, así como la realización de los panegíricos en el entierro, desplazando a los deudos designados para ello. El resultado es que la familia ha dado otra vez muestras de su asombrosa y armoniosa coordinación.

En “Tía en dificultades” y en “Tía explicada o no” aparece el tema de la enfermedad –psicológica en este caso– que es capaz de aglutinar a la familia en torno a ella. Se trata de una tía que padece del irracional temor de caerse de espaldas, lo cual la obliga a caminar por la casa con extrema precaución a fin de no resbalar y caer al suelo. Su temor también hace que la familia deba tomar diversas precauciones con el objeto de allanarle el camino lo más posible:

Mi padre [...] fraternalmente la acompaña a cualquier parte y va mirando el piso para que tía pueda caminar sin preocupaciones, mientras mi madre se esmera en barrer el patio varias veces al día, mis hermanas recogen las pelotas de tenis con que se divierten inocentemente en la terraza y mis primos borran toda huella imputable a los perros, gatos, tortugas y gallinas que proliferan en casa. (429)

Sin embargo, a pesar de todos esos esfuerzos familiares, la tía no se cura de su obsesión; aunque quizás tampoco debiera hacerlo, pues así la familia conserva otro motivo de común preocupación e interés, como el que también tiene en “Etiquetas y prelações”, en donde la familia debe dar muestras de una constante creatividad colectiva a fin de asignar sobrenombres originales a sus diversos miembros, y que

deben diferenciarse, por supuesto, de los comunes y corrientes apelativos que predominan en el barrio.

Finalmente, la disposición de esa familia a generar situaciones que justifiquen y hagan necesaria la prolongación casi indefinida de la relación dependiente entre sus miembros alcanza los máximos ribetes delirantes en “Pérdida y recuperación del pelo”. En ese relato se narra la ocurrencia de un primo de sacarse un pelo de la cabeza, hacerle un nudo en el medio para luego dejarlo ir por el agujero del lavabo. La etapa siguiente de la tarea, y en la cual se requiere la participación de la familia, consiste en recuperar dicho pelo identificándolo dentro de los muchos otros cabellos que se pueden encontrar en el caño. Sin embargo, la tarea se puede complicar aún más si acaso el pelo desaparecido ha ido a dar más lejos:

Si no aparece, se planteará el interesante problema de romper la cañería hasta la planta baja, pero esto significa un esfuerzo mayor, pues durante ocho o diez años habrá que trabajar en algún ministerio o casa de comercio para reunir el dinero que permita comprar los cuatro departamentos situados debajo del de mi primo. (427)

Aunque también es posible que todo ese esfuerzo no sea necesario si acaso el primo tiene la suerte de hallar su pelo a pocos centímetros de la boca del lavabo; no obstante, lo importante es que la familia estaría dispuesta a desarrollar tamaña búsqueda y llegar hasta las cloacas mayores, y más allá, si así hiciera falta, aunque sólo sea por ir detrás de un pelo, pero que es un pelo de la familia al fin y al cabo. Con una familia así sí que vale la pena contar.

### 3.3.2 El complejo camino hacia la emancipación

En los relatos que he comentado en los apartados precedentes, el interés por la individuación y la emancipación personal posee una importancia secundaria para los personajes de esos cuentos; salvo Leonor y el Chango de “Cefalea”, así como los anónimos e insignificantes desertores de la familia de la calle Humboldt en “Ocupaciones raras” (y, desde una perspectiva algo diferente, también Lauro de “Pesadillas”), los demás personajes se muestran más interesados en conservar su pertenencia al grupo familiar que plantearse su independización de él. A mi juicio, esos personajes optan por la comodidad y la seguridad que, con matices por cierto, les ofrece el hogar familiar; en vez de afrontar los riesgos y desafíos que supone todo acto emancipador (al Chango lo captura la policía, y Lauro se convierte en un *desaparecido*), aquéllos prefieren quedarse en casa, aun a costa de sufrir las vicisitudes familiares más amargas, pues, en compañía de sus seres queridos, éstas pueden incluso llegar a adquirir un sabor muy diferente.

En ese sentido, recuérdese que en “La salud de los enfermos” los miembros de la familia definen su dramática situación como una *comedia piadosa*; los cuidadores de las mancupias reconocen que esos animales los *entretienen mucho*; en las “Fases de Severo” el hogar se transforma casi en un teatro (¿o circo?) al que se puede asistir a la representación de un extraño número artísitico-místico-mórbido; el tono festivo de “Ocupaciones raras” no merece ninguna aclaración (sólo en “Pesadillas” el dolor familiar parece más genuino). Por tanto, esos personajes *hogareños* se recluyen al interior de la casa familiar transformándola en un espacio cerrado que los protege de las vicisitudes externas, y dentro de la cual pueden garantizar de mejor manera la preservación de la familia (cuidando a un miembro enfermo, por ejemplo), y cultivar los lazos de lealtad familiar a través del desarrollo de un fuerte sentido del deber (manifestado en la realización de diversas tareas) y de pertenencia a dicho grupo.

No obstante, afirmar, como lo he hecho más arriba, que el interés por la emancipación individual posee una importancia secundaria para esos personajes cortazarianos no quiere decir que aquél no exista; al contrario, él está presente pero, debido al implícito mandato familiar que impone la cohesión familiar como ley fundamental, el deseo de emancipación personal adquiere connotaciones negativas (por ejemplo, Alejandro termina muerto cuando se va de casa a pasar sus vacaciones a otro país, y las tentativas emancipadoras de Lauro le acarrearán un final tan trágico como ése),

y se reviste de una complejidad psicológica que hace oscilar ambivalentemente a esos miembros entre el deseo de emanciparse y el deber de permanecer lealmente unido a la familia.

En ese sentido, el choque de fuerzas entre los deseos de emancipación individual y el mandato de pertenencia al grupo puede desembocar en tres situaciones diferentes: la resolución a favor de la primera opción (la emancipación), la resolución a favor de la segunda alternativa (la pertenencia al grupo), y el permanente conflicto entre ambas. Los tres cuentos de Julio Cortázar que comentaré a continuación, “Casa tomada”, “Circe” y “Cartas de mamá”, servirán para ilustrar, respectivamente, cada una de esas tres posibilidades.

### 3.3.2.1 “Casa tomada”: la emancipación por la fuerza

Puesto que “Casa tomada” es uno de los cuentos de Julio Cortázar que más comentarios críticos ha generado (Brandt, 1980: 75), puede parecer una osadía querer agregar uno más a la larga lista, más aún teniendo en cuenta que un comentarista reputado ha sentenciado que “es inútil ensayar nuevas soluciones” (Alazraki, 1983: 142) respecto de las incógnitas que plantea este relato (no obstante, a renglón seguido Alazraki agrega otra más). Sin embargo, la temática del presente estudio –el contenido familiar en la cuentística cortazariana–, hace inevitable que me refiera a “Casa tomada”, pues es un relato que aborda precisamente una problemática de índole familiar.

El desarrollo narrativo de “Casa tomada” se puede dividir en cuatro momentos. En primer lugar, la narración describe la vida cotidiana de los personajes (Irene y su hermano, el narrador) al interior de la casa familiar, la cual han heredado de las generaciones anteriores. En segundo lugar, se describe la sorpresiva aparición de unos extraños ruidos que tienen el poder suficiente para apoderarse de una parte de la casa, sin haber tenido que enfrentar resistencia alguna por parte de los hermanos. Luego, se vuelve a narrar la vida cotidiana de los hermanos, pero ahora con la singularidad de que ellos ya no tienen acceso a la parte de la casa que ha sido tomada. Finalmente, se describe una nueva aparición de los extraños ruidos que terminan de tomarse el resto de la casa, lo cual determina la expulsión de los hermanos del hogar.

De ese modo, el cuento deja planteadas dos incógnitas fundamentales, que han motivado el trabajo de la crítica: desentrañar la misteriosa identidad de esos ruidos invasores e identificar la razón por la cual los hermanos no ofrecen resistencia alguna ni a la invasión ni a la expulsión de la casa de la que son víctimas (Planells, 1986: 591; Alazraki, 1983: 143; Moreno Turner, 1998: 73). En torno a la dilucidación de esas dos incógnitas se ha desarrollado una gran variedad de interpretaciones críticas, las cuales se pueden distribuir en tres grandes grupos: las socio-políticas, las psicológicas y las religiosas (Picón Garfield, 1978: 89). En el primer grupo se encuentran aquellas interpretaciones que han visto en las misteriosas fuerzas invasoras (que expulsan a los hermanos de la *mansión* familiar) a las clases populares argentinas alentadas por el arribo del peronismo al poder y que se sintieron con derecho a apropiarse de los bienes y riquezas de las clases pudientes. Los comentarios psicológicos, de fuerte raigambre psicoanalítica, han centrado su atención en el aspecto sexual, esto es, en la relación incestuosa que, según ellos, existiría entre los hermanos protagonistas; la expulsión de

la casa sería entonces un castigo (social) por tal falta cometida. En un sentido similar se hallan los planteamientos de las críticas que resaltan los aspectos religiosos que estarían presentes en el relato, en particular lo referido al mito cristiano de la expulsión de Adán y Eva del paraíso edénico<sup>115</sup>.

Desde mi perspectiva, sin embargo, el aspecto medular de “Casa tomada” está relacionado con la ausencia de emancipación por parte de los hermanos, cuyas vidas giran en torno a las actividades que desarrollan, de manera casi exclusiva, al interior de la casa: las labores domésticas que realizan ellos mismos, pues carecen de servidumbre; el tejido y la lectura de literatura francesa, aficiones a las que Irma y su hermano, respectivamente, dedican el resto del tiempo diario, puesto que no tienen necesidad de trabajar, ya que de los campos que poseen llega el dinero suficiente para vivir. Sólo el hermano sale de casa para ir en búsqueda de más lana para la hermana y de nuevos libros para él, los cuales no halla, debido a que “desde 1939 no llegaba nada valioso a la Argentina” (CC/1: 107).

Recluidos al interior de la casa, en donde parecen encontrar la satisfacción de todas sus necesidades, los hermanos viven sumidos en una relación de índole endogámica dejando escapar las posibilidades de formar pareja: ella ha rechazado sin mayor motivo a dos pretendientes, y a él se le murió una novia. Sin embargo, no parece que estén preocupados al respecto, sino todo lo contrario: disfrutan de su vida al interior de la casa familiar, la cual guarda los recuerdos de las generaciones anteriores. Desde esa perspectiva, los hermanos presentan las mismas características de los personajes de los cuentos que he comentado anteriormente: aúnan sus esfuerzos individuales en función de una tarea común (las labores domésticas, en este caso); convierten la casa en un espacio cerrado, lo que minimiza al máximo su interacción con el exterior; y dan prioridad a la cohesión familiar en desmedro de la emancipación individual.

Sin embargo, como he dicho más arriba, en los personajes cortazarianos de esta índole el deseo de individuación y emancipación personal no ha desaparecido, sino que se encuentra bloqueado debido a que el mandato familiar que promueve la cohesión ha logrado imponerse temporalmente sobre aquél, aun a costa de generar una situación con visos de locura, tal como la experimentada por los hermanos en “Casa tomada”: “Nos habituamos Irene y yo a *persistir* solos en ella [la casa familiar], lo que era una locura

---

<sup>115</sup> Una relación detallada de otras variaciones interpretativas acerca de “Casa tomada” se puede encontrar en Alazraki, 1983: 141-148; Andreu, 1968: 49-66; Goyalde Palacios, 2001: 50-66; y Moreno Turner,

pues en esa casa podían vivir ocho personas sin estorbarse” [cursiva mía] (107). El que los hermanos hayan debido *persistir* para permanecer en la casa bajo las condiciones descritas implica que ha habido una tendencia opuesta que han debido enfrentar; a mi juicio, dicha tendencia no sería otra que la de abandonar la casa, o bien la de habitarla bajo condiciones diferentes (por ejemplo, con mayor contacto con el exterior). Por tanto, bajo la aparente y feliz armonía en la que dicen vivir los hermanos, se esconde la enorme (y *ruidosa*) incomodidad por tener que someterse a tal situación de enclaustramiento: “años [...] repitiendo rutinas heredadas que convierten en fraude cualquier vivir” (Brandt, 1980: 81).

Desde esa perspectiva, es importante destacar que parte de la crítica cortazariana ha interpretado la expulsión de los hermanos como una liberación que los aleja definitivamente de un orden que los tiranizaba (Filer, 1970: 40; Soifer, 1986: 174). Para dar el paso hacia la ansiada (y temida) emancipación personal, los hermanos (en especial él, quien toma la iniciativa) han debido recurrir a una “ayuda externa”, los ruidos invasores, los cuales no serían más que una invención para justificar una *forzosa* y anhelada emancipación. En palabras de Miguelina Soifer: “Necesitando un poderoso pretexto para anular el imperativo de *lealtad* a los antepasados, la fuerza opresiva de la casa, guardada por generaciones, el narrador creará alucinatoriamente los motivos para la definitiva libertación [*sic*]” [cursiva mía] (Soifer, 1986: 175).

Por tanto, lo que ocurre en la casa (la invasión de los ruidos) es una manifestación o exteriorización de lo que sucede en la mente de los personajes (al modo de la corporización de las cefaleas en las mancuernas en “Cefalea”): “Como en la mayoría de los relatos de Cortázar, el espacio físico es un símbolo del estado interno del personaje. También en ‘Casa tomada’ el espacio físico juega un papel fundamental en el drama y en la unidad de todo el cuento” (Rosenblat, 1987: 203)<sup>116</sup>. En ese sentido, la identidad de los ruidos invasores se corresponde con el pretexto que necesitan los hermanos para salir de la casa. Por tanto, la falta de resistencia ante esos ruidos no es más que el primer paso conducente a la liberación filial: “su evidente falta de reacción ante la invasión, es indicio de morosidad ataráxica o de una iniciativa premeditada para libertarse de la asfixiante dominación de la casa” (Soifer, 1986: 175)<sup>117</sup>. Los hermanos, entonces, no ofrecen resistencia alguna porque hacerlo hubiera significado ir en contra

---

1998: 69-80. No obstante, más allá de la aparente dispersión interpretativa, los comentarios pueden ser distribuidos en alguno de los tres grupos arriba señalados.

<sup>116</sup> Véase además Goyalde Palacios, 2001: 61-62.

de sus (inexpresados) deseos de emancipación personal. El atribuir la partida a la acción expoliadora de unos ruidos permite marcharse sin culpa: los hermanos no se han ido por decisión propia, les han expulsado de su casa en donde, de no mediar la acción de los ruidos, ellos habrían seguido viviendo (in)felices.

---

<sup>117</sup> Véase además Brandt, 1980: 80.



### 3.3.2.2 “Circe”: la emancipación imposible

La hechicera Circe es un personaje de la mitología y la literatura clásica griega que aparece en *La odisea* de Homero: cuando Odiseo va de retorno a Ítaca se detiene en la isla habitada por Circe, quien, gracias a sus poderes mágicos, convierte en cerdos a los hombres del mítico navegante, transformándolos así en sus dóciles víctimas; no obstante, debido a las hierbas que le ha dado Hermes, Odiseo se salva de similar destino y, tras un año de placentera estancia junto a la atractiva hechicera (a la cual Odiseo ha obligado a restituirle la conformación humana a sus hombres), continúa el viaje hacia su hogar donde le aguardan su esposa e hijo. La literatura moderna se ha hecho eco de este personaje femenino, que reaparece en diversas obras como una mujer seductora, peligrosa y destructiva, con rasgos de vampiresa o como un personaje siniestro (como en el texto de Dante Gabriel Rossetti que Cortázar incorpora como epígrafe a su cuento).

Continuando esa tradición literaria, Cortázar crea en “Circe” el personaje de Delia Mañara, una atractiva muchacha bonaerense que vive en casa de sus padres y que posee especiales habilidades para la fabricación de licores caseros y bombones de enigmáticos rellenos, así como un especial magnetismo que atrae a diversos animales hacia ella. Delia disfruta también de la música, y al compás de las melodías que toca en el piano de la casa, de los sabores de los licores y bombones, así como de la infatigable lectura del periódico que hacen sus padres, la familia Mañara, al menos aparentemente, desarrolla una apacible vida familiar. Sin embargo, a los Mañara les rodea un ambiente enrarecido, ya que el vecindario ha dejado caer sobre Delia las sospechas de que ella ha tenido algo que ver en las muertes de sus dos novios anteriores: una noche, cuando se marchaba, Rolo murió de un síncope en la puerta de la casa de los Mañara, en cuyo suelo, además, se rompió la cabeza al caer; y Héctor se suicidó lanzándose al río, sin tener motivos para hacerlo, según su familia. Los Mañara, por su parte, parecen inmunes a los rumores del vecindario; sin embargo, y tal vez para acallarlos, se cambian de casa a un barrio próximo, en donde les aguardan vecinos que desconocen dichas misteriosas muertes.

Debido al aura que rodea a la joven (y que la torna en una muchacha peligrosa, destructiva o siniestra), la crítica cortazariana ha centrado sus interpretaciones de “Circe” precisamente en el personaje de Delia, quien es descrita como una joven que padece de una psicosis obsesiva y poseedora de un impulso destructivo y de un arte

maléfico (Filer, 1970: 52; Mac Adam, 1971: 85-87; Alazraki, 1983: 167). A mi juicio, ese tipo de crítica enfatiza excesivamente el aspecto individual en desmedro de las resonancias que dicho comportamiento tiene en el plano familiar. No obstante, dicha perspectiva exegética cree encontrar un refuerzo adicional a sus planteamientos aludiendo a las supuestas afecciones psicopatológicas que habría padecido Cortázar en la época de la escritura de este relato (en ese período, el escritor temía encontrar insectos en los alimentos preparados por su madre), lo cual habría quedado reflejado en el trastorno que afecta a la joven. Desde esa perspectiva crítica, el contenido narrativo de “Circe” podría ser resumido más o menos de la siguiente manera: Delia, una muchacha poseedora de ciertas artes maléficas y de un especial contacto con el mundo animal, provoca (directa o indirectamente) la muerte de sus novios a quienes da de comer bombones rellenos de cucarachas que ella misma les prepara, todo lo cual cuenta con el encubrimiento o complacencia de los padres de ésta.

Aun cuando la crítica cortazariana ha entrevisto un trasfondo familiar en el comportamiento de Delia, esto no va más allá de subrayar la actitud de complicidad o secreta complacencia de los padres respecto de los *crímenes* cometidos por Delia<sup>118</sup>, o de resaltar el guiño al lector en cuanto al apellido que Cortázar ha asignado a los padres de la chica<sup>119</sup>, o incluso, en una dirección equivocada –como mostraré más adelante–, la de indicar que cada novio muerto representaría una posibilidad frustrada de los padres respecto de su deseo de deshacerse de la hija (Sosnowski, 1973: 29). Desde mi punto de vista, el verdadero trasfondo de “Circe” tiene que ver con la temática familiar, en particular, con la peculiar *maraña* de hechos que teje una familia, padres e hija incluida, de modo de retardar e imposibilitar la emancipación de ésta del hogar.

El narrador de “Circe” es, probablemente, un vecino del barrio que indica que los sucesos que va a relatar se remontan al Buenos Aires de los años veinte, época en la cual él tenía unos doce años. Su narración se centra en el período inmediatamente posterior a la muerte de los dos novios de Delia, cuando ella todavía viste de negro, ya que aún no se encuentra restablecida de esas pérdidas. Delia, por tanto, atraviesa un período de duelo que la sumerge al interior de la casa en donde disfruta de los consentimientos de sus padres. En esas circunstancias, hace su aparición Mario, un muchacho algo menor que Delia y enamorado de ella. Delia acepta las visitas de Mario como otra muestra del interés y preocupación que ella provoca en los demás: “[Delia] se

---

<sup>118</sup> Véase Filer, 1970: 52.

dejaba adorar vagamente por Mario y los Mañara, se dejaba pasear y comprar cosas” (CC/1: 145).

La amistad de Mario y Delia es rechazada por la familia del muchacho, debido a que su madre y sus hermanos también se han hecho eco de los rumores que pesan sobre la joven. A pesar de esta oposición (o debido a ella), Mario persiste en la relación, lo cual le significa una seria ruptura con su familia:

[Mario] odió de improviso a su familia con un eficaz estallido de independencia. No los había querido nunca, sólo la sangre y el miedo a estar solo lo ataban a su madre y a los hermanos [...]. Después de eso fue la ruptura manifiesta; lo dejaban solo, le lavaban la ropa como por favor, los domingos se iban a Palermo o de picnic sin siquiera avisarle. (144)

Mientras tanto, las visitas de Mario a Delia continúan y, por otro lado, se ven facilitadas, pues esa es la época en que los Mañara se mudan de barrio. La persistencia de Mario da, además, resultados positivos en el ánimo de la muchacha: “Delia recobraba ahora una menuda vivacidad episódica, un día tocó el piano, otra vez jugó al ludo; era más dulce con Mario, lo hacía sentarse cerca de la ventana de la sala y le explicaba proyectos de costura o de bordado” (147). Con sus constantes visitas, Mario logra integrarse gradualmente en el funcionamiento familiar de los Mañara, quienes, a su vez, comienzan a girar nuevamente en torno a los antiguos caprichos y actividades de la hija: Delia no sólo ha vuelto a tocar el piano, sino que además ha recuperado el interés por preparar licores y bombones.

Como siempre, dicho funcionamiento familiar es realizado puertas adentro, es decir, con un escaso contacto de los Mañara con el exterior: “Otras gentes no iban a ver a los Mañara. Asombraba un poco esa ausencia de parientes y amigos. Mario no tenía necesidad de inventarse un toque especial de timbre, todos sabían que era él” (148). Ese extremo aislamiento de los Mañara es alternado con las salidas y paseos que los fines de semana realizan Delia y Mario, sin la compañía de los padres de la muchacha, puesto que estos prefieren el encierro hogareño, quedándose en casa a jugar a las cartas o a oír la radio. Sin embargo, cuando ocasionalmente los padres les acompañan en dichos paseos, Mario advierte a Delia mucho más contenta:

---

<sup>119</sup> Véanse Speratti Piñero, 1957: 80; Filer, 1970: 52.

[Mario] sospechó *una repugnancia de Delia a irse de la casa* cuando quedaban los viejos. Aunque no estaba triste junto a Mario, las pocas veces que salieron con los Mañara se alegró más, entonces se divertía de veras [...], quería pastillas y aceptaba juguetes que a la vuelta miraba con fijeza, estudiándolos hasta cansarse. [cursivas mías] (150)

La progresiva compenetración de los jóvenes da paso a que estos se comprometan en matrimonio. A pesar de la oposición de su familia, Mario no desiste de su proyecto; tampoco se transforman en impedimento los anónimos recibidos por el muchacho, en donde es alertado de los riesgos que corre al comprometerse con Delia. Mario persiste en su iluso proyecto y se imagina como el nuevo soporte del hogar de los Mañara; la unión entre ambas partes se estrecha aún más: “Ahora el tratamiento era íntimo y a la vez más lejano. Perdían la simplicidad de amigos para mirarse con los ojos del pariente, del que lo sabe todo desde la primera infancia” (151).

Sin embargo, a pesar de esa mayor unión (o debido a ella), una noche de luna, justo antes de que Mario se marche a su casa, Delia da a probar a su novio el último de los bombones que le ha preparado, aquel que ella y sus padres tienen reservado a los ingenuos muchachos que pretenden arrebatarla de la casa familiar. Se cumplen así los funestos anuncios contenidos en los anónimos menospreciados por Mario, quien pasa de ese modo a engrosar la lista de pretendientes que fracasan en su intento de *desenmarañar* la compleja trama de lealtades que retienen a Delia en la casa-isla de sus padres.

### 3.3.2.3 “Cartas de mamá”: la emancipación condicional

Los comentarios precedentes que he realizado a los cuentos de Cortázar no deben dejar la errónea idea de que el concepto de emancipación personal que estoy utilizando se asocia, única y exclusivamente, con el hecho material de abandonar la casa familiar, ya que, aunque el hijo se haya marchado de ella, puede seguir atrapado en las invisibles redes de la cohesión y la lealtad familiar. Cuando esto último ocurre, es como si el hijo se hubiese ido y no se hubiese ido al mismo tiempo. Lo que existe, en ese caso, es un conflicto irresuelto entre la emancipación y la cohesión. A ese tipo de emancipación se le podría llamar *libertad condicional*. Precisamente, así es como Luis, el personaje de “Cartas de mamá”, denomina a su situación respecto de la familia que, tras la muerte de su hermano Nico, ha quedado constituida por él y su madre, además de otros parientes. Examinemos por qué la define de tal manera.

Luis y Laura son un joven matrimonio argentino que vive en París desde hace poco más de dos años, llevando una vida “sorprendentemente fácil” (CC/1: 182): Luis trabaja como diseñador en una agencia de publicidad, Laura está a cargo de la casa, van mucho al cine, pasean y, en general, disfrutan de las bondades parisinas. Sin embargo, cada cierto tiempo Luis recibe cartas de su madre, lo cual le recuerda que su vida no es sólo la de París, sino también la que tuvo en Buenos Aires hasta hace dos años atrás, y de la cual él preferiría no acordarse. No obstante, las cartas de mamá le obligan a ello, lo que le resta realismo a la paradisíaca libertad parisina:

Muy bien hubiera podido llamarse *libertad condicional* [...]. Cada nueva carta [de mamá] insinuaba por un rato (porque después él las borraba en el acto mismo de contestarlas cariñosamente) que su libertad duramente conquistada, esa nueva vida recortada con feroces golpes de tijera en la *madeja de lana* que los demás habían llamado su vida, cesaba de justificarse, perdía pie, se borraba. [cursivas mías] (CC/1: 179)

El deseo de olvidar el pasado bonaerense está asociado con las circunstancias que rodearon la partida de la pareja, cuyo matrimonio contó con el rechazo de la familia de Luis a raíz de que, hasta no mucho tiempo antes de que se casaran, Laura era la novia de Nico, el hermano de Luis. Más agravante aún fue el hecho de que Laura cambiara de pareja en circunstancias de que Nico estaba gravemente enfermo; de hecho, en plena luna de miel de su hermano y su exnovia, Nico falleció a raíz de la tuberculosis que

padecía. En medio de esas circunstancias adversas, y poco antes de que falleciera su hermano, Luis tomó la decisión de emanciparse definitivamente de su familia:

[Luis] se había jurado escapar de la Argentina, del caserón de Flores, de mamá y los perros y su hermano [...]. Su juramento había sido el *gesto brutal* del que hace trizas una botella [...]. Todo había sido *brutal* en esos días: su casamiento, la partida, sin remilgos ni consideraciones para con mamá, el olvido de todos los deberes sociales [...]. No le había importado nada, ni siquiera el asomo de protesta de Laura. Mamá se quedaba sola en el caserón, con los perros y los frascos de remedios. [cursivas mías] (182)

Ese modo *brutal* de conquistar la emancipación está en correspondencia al nivel de sofocamiento que seguramente experimentaba Luis al interior de su familia, pues fue el conjunto de ella (tío Emilio, los primos Víctor y Matilde, además de su madre) la que manifestó su indignación por los pasos que estaba dando Luis. Frente a ello, a Luis le quedaban, al menos, dos alternativas: rectificar y renunciar a sus planes, o seguir adelante con ellos a toda costa. Optó por lo segundo, lo cual implicaba la ruptura *brutal* entre ambas partes.

Sin embargo, a pesar de la enorme distancia que les separa y de los *feroces golpes de tijera* con que Luis intentó cortar los “hilvanes” de la relación, las breves y domésticas cartas de mamá tienen el poder suficiente como para mantenerlo ligado a la “madeja familiar”. Las aspiraciones de la madre, sin embargo, van un poco más allá y no sólo intenta mantener intactos los “invisibles hilos” que unen a Luis a la familia, sino también propiciar la preservación de esta última, comportándose como si ningún hecho anormal o inesperado hubiese ocurrido. Desde esa perspectiva puede entenderse el insólito hecho de que en una de sus últimas cartas mamá le comente a Luis que Nico ha preguntado por ellos; que en una siguiente, le diga que su hermano muerto también tiene planes de irse a Europa; y que, finalmente, en otra le comunique el día y la hora exacta en que llegará el tren de Nico a París.

Al respecto, creo que resulta pertinente recordar una declaración realizada por Cortázar acerca de la relación existente entre lo fantástico y la temática familiar: “Lo fantástico sirve, por ejemplo, para [provocar] una situación de familia en la que una serie de *fuerzas latentes* se desencadena en un momento por la irrupción de elementos fantásticos” [cursivas mías] (Picón Garfield, 1978: 14). En “Cartas de mamá”, los elementos fantásticos que irrumpen en la vida familiar son las sorpresivas cartas

maternas en las que la mujer habla de Nico como si este estuviese vivo. Por su parte, las *fuerzas latentes* desencadenadas por esas cartas corresponden al deseo materno de hacer prevalecer la cohesión familiar por sobre la emancipación filial. Transcurridos dos años desde la pérdida de ambos hijos, la madre, seguramente, ha considerado que ya ha pasado demasiado tiempo como para que la familia siga así de disgregada, y ya que Luis no da muestras de querer volver a Buenos Aires, ella se encarga de “enviarle” a Nico, satisfaciendo así su *latente* deseo (ahora patente) de que la familia vuelva a estar reunida.

En ese sentido, las cartas de mamá son una grotesca maniobra que intenta sabotear la feliz emancipación de Luis; de tener éxito en su intervención, el eventual (¿e inminente?) fracaso de Luis, más que ser el resultado de una actitud ambivalente de su parte (quien, en realidad, parece muy seguro de los cambios realizados), sería consecuencia, precisamente, de la desesperada (y “fantástica”) maniobra materna que intenta “resucitar”, de cualquier manera, una familia que parecía desecha (y *deshilvanada*). Así, y a pesar de su inicial perplejidad e incredulidad ante las últimas cartas de la madre, Luis finalmente acude a esperar a su hermano a la estación en el día y hora señalados por la mujer. A través de ese acto, Luis no hace más que darle crédito a la versión materna en cuanto a que el hermano sigue vivo, que ella no está loca y que él ha fracasado en su esfuerzo por ponerse al margen de la *enorme* madeja familiar. Así, la brutal y condicional emancipación de Luis parece tener sus días contados.

### 3.3.3 Individuo versus familia

En el primer grupo de cuentos que he comentado (me refiero a “La salud de los enfermos”, “Cefalea”, “Pesadillas”, “Las fases de Severo” y “Ocupaciones raras”), el conflicto entre familia y desarrollo individual aparece más bien atenuado, al punto de aparentar ser inexistente en la mayoría de los personajes. Sólo en algunos como Lauro Botto (el muchacho revolucionario de “Pesadillas”) es posible advertir con claridad un importante grado de tensión entre sus necesidades o preocupaciones individuales –las cuales tienen su centro más allá de las paredes del hogar– y el funcionamiento familiar marcado por el coma de la hermana, que impone un orden y un ritmo de acontecimientos que impiden al joven, por ejemplo, hacer unas importantes llamadas telefónicas desde la casa, ya que su padre permanece en la sala hasta tarde viendo la televisión. En la misma situación están los desertores de “Cefalea” (Leonor y el Chango), quienes, probablemente ya hartos de las mancupias y del clima de encierro familiar, se marchan de aquella curiosa casa en busca de mejores expectativas individuales.

En el segundo grupo de cuentos, en cambio (me refiero a “Casa tomada”, “Circe” y “Cartas de mamá”), el conflicto entre los intereses individuales de los personajes y los de sus respectivas familias posee un carácter mucho más intenso, puesto que en ellos los hijos (a excepción de Delia) han optado por dar prioridad a sus anhelos emancipadores en desmedro de la cohesión familiar, aun cuando ello acarree la “desintegración” de la familia (al respecto, piénsese, por ejemplo, en el estado de abandono e insania en el que queda la madre de Luis tras la emancipación de este en “Cartas de mamá”, y en las devastadoras consecuencias que la “liberadora” invasión de ruidos tiene para el legado familiar en “Casa tomada”).

Dentro de este último grupo de cuentos, Delia es la única hija que se comporta de manera más leal con su familia, pues, a diferencia de los “cobardes” hermanos de “Casa tomada”, que no oponen resistencia a los misteriosos ruidos, ella sí se enfrenta a los novios “invasores” que intentan arrancarla del seno familiar. Así, a pesar de querer hacernos creer que están muy a gusto en la mansión familiar, los hermanos de “Casa tomada” en realidad parecen estar ansiosos por largarse de ella y deshacerse cuanto antes de las obligaciones genealógicas, para lo cual recurren a esos improbables ruidos expoliadores.



En “Circe”, es Mario, el novio de Delia, quien experimenta un agudo conflicto de intereses con su familia, puesto que ésta rechaza a la joven por considerarla un peligro para la integridad de él y de la propia familia (a pesar de esta oposición, o debido a ella, Mario sigue adelante con el noviazgo, con los resultados ya comentados). Este conflicto entre desarrollo individual y cohesión familiar es aún más evidente (y *brutal*) en el caso de Luis (“Cartas de mamá”), ya que él percibe que sus planes de libertad y autonomía son totalmente incompatibles con las restricciones que impone la familia, entre las cuales se cuentan las obligaciones de hijo, y Luis “se reía de su deber de hijo, como si los hijos tuvieran deberes” (CC/1: 191).

Hay otros cuentos de Cortázar en los cuales también se advierte la incompatibilidad entre los intereses del individuo y los de la familia, aunque con un importante matiz: la tensión entre ambos polos produce un choque bastante menos *brutal* que el observado en “Cartas de mamá” y “Casa tomada”. Esto se debe a que en esos otros relatos los personajes canalizan sus aspiraciones personales de una manera que no resulta violenta para la vida familiar, materializándolas en espacios revestidos de un carácter lúdico o imaginario, a los cuales el resto de la familia no tiene acceso. No obstante, a pesar de ese *blindaje* lúdico, la imaginaria emancipación filial también acaba viéndose frustrada; eso es lo que ocurre en “El otro cielo”, “Final del juego” y “Siestas”.

### **3.3.3.1 La emancipación imaginaria**

En “El otro cielo” un joven trabajador de la Bolsa de Buenos Aires, “que vive todavía en casa de su madre” (592), se siente agobiado por el monótono entorno familiar compuesto por la madre y su novia Irma: “Para ella, como para mi madre, no hay mejor actividad social que el sofá de la sala donde ocurre eso que llaman la conversación, el café y el anisado” (591). Como el joven no se siente satisfecho dentro de ese ambiente, gusta de pasear por los barrios del sur de la ciudad en donde accede, casi literalmente, a otra vida, ya que a través de una de las galerías por las que suele pasear y, gracias a un proceso de metempsicosis, accede al París prusiano en donde mantiene un romance con una prostituta.

Dicho romance se torna más intenso cuando la muchacha permite que el joven se transforme en su protector, pues en aquellos días el barrio de las prostitutas era asolado por un misterioso asesino. Todas esas emocionantes aventuras constituyen *el otro cielo*,

“ese mundo diferente donde no había que pensar en Irma y se podía vivir sin horarios fijos, al azar de los encuentros y la suerte” (596). Sin embargo, esa imaginaria emancipación termina por perder su silenciosa lucha con la realidad, ya que ésta acaba por imponer sus apremiantes acontecimientos: “las noticias de la [segunda] guerra [mundial] exigían mi presencia en la Bolsa a las nueve de la mañana” (605). Así, finalmente el joven se casa con su novia, asume las obligaciones familiares y termina por sumarse a las conversaciones de la sala, renunciando al *otro cielo*.

Por su parte, en “Final del juego”, tres niñas (aparentemente primas entre ellas) que viven con sus madres y tías, gustan de salir al patio trasero de la casa por cuyo linde discurre la línea férrea. Allí las chicas realizan un especial juego en el momento del paso del tren, efectuando lo que ellas denominan *estatuas* y *actitudes*, y que consiste en representar una serie de sentimientos por medio del lenguaje corporal y algunas vestimentas. Todo ello las chicas lo realizan para que sea contemplado por los pasajeros del tren. El juego de las niñas no es conocido por las mujeres adultas, puesto que las chicas esperan que aquéllas hagan la siesta para salir al patio: “Abríamos despacio la puerta blanca, y al cerrarla otra vez era como un viento, una libertad que nos tomaba de las manos, de todo el cuerpo y nos lanzaba hacia delante” (CC/1: 394).

Sin embargo, cuando un muchacho, habitual pasajero del tren, se baja para conocer a una de las primas, termina decepcionado frente al retraimiento con que se comporta la elegida, quien no logra superar la vergüenza social que le provoca la parálisis que ella padece. Este amargo suceso se transforma en la causa del inminente fin del secreto juego de las niñas. Así, al igual que en “El otro cielo”, en “Final del juego” la lúdica emancipación filial también acaba siendo derrotada; a pesar de los reiterados ensayos (en diversas *estatuas* y *actitudes*), en el momento crucial fue el sentimiento de lealtad familiar el que se impuso sobre los demás, transformándose la vergüenza por la parálisis en un *excelente* pretexto para enmascararlo.

En “Siestas”, por su parte, unas adolescentes también esperan que los adultos se duerman para poder dar curso a sus actividades preferidas que, en este caso, consisten en beber, fumar, mirar ilustraciones eróticas y realizar juegos sexuales entre ellas. Dichas actividades, sin embargo, provocan bastante angustia en una de las muchachas, debido a que ésta pertenece a un entorno familiar bastante más restrictivo y represor del que disfruta su amiga. Esto la conduce a tener una recurrente y angustiante pesadilla, en la que un desconocido intenta abusar sexualmente de ella, lo cual la lleva a buscar refugio en el mundo familiar del cual, precisamente, se estaba tratando de emancipar.

### 3.3.3.2 Adolescencia y emancipación

La crítica cortazariana ha advertido la importancia del tema de la adolescencia en la obra de Cortázar, destacando la difícil situación vital que enfrentan los jóvenes. Graciela de Sola ha subrayado que el adolescente “aparece *golpeado brutalmente* por la realidad que lo rodea y [...] sacrificado en medio de la indiferencia” [cursivas mías] (Sola, 1968: 66); el adolescente es alguien “inseguro, al borde de la caída, solo y enfrentado a una sociedad incomprensiva” (80). Néstor García Canclini, en cambio, aun cuando concuerda en la relevancia del tema de la adolescencia en la obra cortazariana, destaca más bien sus aspectos o potencialidades positivas:

La adolescencia es ruptura con lo heredado e ingreso en un *nuevo mundo*. Se van dejando atrás poco a poco, y a veces bruscamente, las costumbres, las normas que la sociedad trata de imponer a través de los padres, y se acude a la vida buscando una *libertad absoluta*. [...] La adolescencia es, en suma, la mejor posibilidad para construir una *conducta original* [...], el adolescente es pura posibilidad. [cursivas mías] (García Canclini, 1968: 64-6)

Me parece que García Canclini acierta en sus alentadores juicios sobre el adolescente; sin embargo, en la obra cortazariana éste aparece rodeado de circunstancias algo más complejas que las que desearía el crítico aunque, a mi juicio, no llegan tampoco a ser tan (absolutamente) aciagas y fatalistas como las sentenciadas por Sola<sup>120</sup>. De cualquier manera, García Canclini tiene razón al atribuir al período de la adolescencia una connotación de transición entre el mundo infantil, de marcada dependencia respecto de los padres, y un *nuevo mundo* de mayor autonomía, en el cual el adolescente aspira a ser reconocido por los otros como un adulto más, que goza de una *libertad absoluta*. Sin embargo, el tránsito hacia la emancipación individual es aquí también un proceso entorpecido por la familia.

En “La señorita Cora”, Cortázar narra la hospitalización de un adolescente que va a ser operado de apendicitis. Amparándome en el carácter simbólico que pueden tener las enfermedades, creo conveniente sugerir que dicha apendicitis puede ser

---

<sup>120</sup> Sobre el tema de la adolescencia en la narrativa cortazariana, véanse además Filer, 1970: 77ss; Alazraki, 1983: 173-4; y Amícola, 1999: 111-2.

entendida como la “inflamación” de la dependencia familiar padecida por el joven, puesto que, aun cuando la operación no parece revestir mayor peligro médico, la madre de Pablo reacciona muy mal al enterarse de que a ella no le está permitido dormir junto a su hijo en el hospital, y dirige su ira hacia la joven enfermera que tiene a cargo el cuidado de su hijo, la señorita Cora, a quien advierte en tono amenazante: “Le agradeceré que lo atienda muy bien, [Pablo] es un niño que ha estado *siempre muy rodeado por su familia*” [cursivas mías] (CC/1: 551).

Esa interpelación materna se convierte en un mal inicio para la internación de Pablo, ya que, a pesar de que la enfermera intenta abstraerse de la actitud sobreprotectora de la madre, no puede evitar ver al joven como un niño mimado; este último, por el contrario, desea que la enfermera lo trate como un hombre que puede incluso tutearla, lo cual es desaprobado por ella: para él, ella no es Cora, sino la señorita Cora. Con su desaprobación, la enfermera no sólo le prohíbe a Pablo la posibilidad de tutearla, sino que lo rebaja a una condición de inferioridad infantil, de la cual, precisamente, el muchacho quería ser *operado*.

En esas lides se debate Pablo –sintiéndose rechazado y degradado por Cora y agobiado por la invasiva actitud de la madre–, cuando lo que parecía iba a ser una operación rutinaria se transforma en algo mucho más complejo, debido a que el muchacho reacciona mal a la intervención, tiene picos de fiebre y padece de vómitos. La gran tensión que esto provoca, sumada a las dificultades previas de relación, hacen que la señorita Cora renuncie a seguir cuidando a Pablo; otros compañeros la reemplazan, además de la madre, que esperaba agazapada su oportunidad.

En ese contexto (en el cual la sobreprotectora madre –y la familia a través de ella– logra retomar las labores de cuidado de su hijo), las complicaciones médicas presentadas por el joven podrían no ser más que la manifestación visible de la imposibilidad de éste para acceder a un estatus adulto caracterizado por una menor dependencia familiar. Desde ese punto de vista, Pablo no sólo ve frustrado su intento por convertir la hospitalización en una provechosa experiencia de crecimiento personal (a través del establecimiento de relaciones más igualitarias u horizontales con los adultos), sino que además fracasa en su esfuerzo por librarse de su molesta y agobiante “apendicitis” (léase, dependencia familiar), la cual, lejos de ser eliminada, acaba viéndose exacerbada, al punto de casi provocarle la muerte.

“Después del almuerzo”, por su parte, también ofrece la posibilidad de apreciar el conflicto adolescente-familia, representado, en este caso, por la obligación que recae

sobre un hijo, quien, después de comer, debe sacar a pasear a otro miembro de la familia: “Después del almuerzo yo hubiera querido quedarme en mi cuarto leyendo, pero papá y mamá vinieron casi enseguida a decirme que esa tarde tenía que llevarlo de paseo” (374). Además del carácter perentorio de lo encomendado (que no deja ningún margen a la beligerancia filial), la tarea se torna aún más desagradable, pues a quien debe sacar a pasear es a un extraño miembro de la familia de muy vaga definición, quizás un hermano con retardo mental o tal vez una especie de animal (Amícola, 1999: 28). La situación implica una carga de vergüenza social todavía mayor por tener que dirigirse al centro de la ciudad.

Una vez allí, en plena Plaza de Mayo, y tras vencer algunas dudas, el muchacho abandona a su *hermano*, a quien deja sentado en un banco con el objeto de verse libre de él (cual si de un molesto “apéndice” se tratase), y así poder “andar solo por el centro *con las manos en los bolsillos*, y comprarme una revista o entrar a tomar un helado en alguna parte antes de volver a casa” [cursivas mías] (CC/1: 379). Sin embargo, el muchacho no puede hacer ninguna de esas placenteras y “adultas” actividades (repárese en el distraído y adulto gesto de andar por el centro *con las manos en los bolsillos*), puesto que, a las pocas calles de donde ha abandonado su “apéndice”, el “candidato a adulto” comienza a sentirse descompuesto: “me empezó a doler el estómago [...], quería respirar y no podía, entonces tenía que quedarme quieto y esperar que se pasara el calambre, y delante de mí se veía como una mancha verde y puntitos que bailaban, y la cara de papá [...], porque yo había cerrado los ojos” (379).

Tras recuperarse del desvanecimiento (¿un benigno *ataque de apendicitis?*), el muchacho vuelve corriendo a la Plaza de Mayo y recoge a su *hermano* para irse con él de vuelta a casa. A pesar de sentirse orgulloso por el intento de rebeldía que ha protagonizado (al liberarse de la ingrata tarea familiar, aunque sólo fuese por unos momentos), lo que acaba por imponerse en “Después del almuerzo” es el sentimiento de lealtad a la familia en desmedro del amago de adultez filial. Así, al igual que Pablo fracasa en su intento de ser tratado como adulto por la señorita Cora (y por su madre y por su familia), este hijo también fracasa en su empeño de comportarse como un adulto (que anda solo y distraído por el centro, comprando revistas), y tampoco puede liberarse del molesto “apéndice” a quien, tras haberlo abandonado por un momento en la plaza, lleva rápidamente de vuelta a la seguridad del hogar.

### 3.3.3.3 El triunfo de la familia

Más allá de las diferencias entre los personajes de las últimas narraciones que he comentado (me refiero a “El otro cielo”, “Final del juego”, “Siestas”, “La señorita Cora” y “Después del almuerzo”), una característica común a todos ellos es que cada uno siente que su felicidad (liberación, realización personal, etc.) se encuentra más allá de los límites que impone la familia. Sin embargo, el sentido de pertenencia y lealtad hacia el grupo familiar termina por imponerse. Debido a esto, probablemente, el choque entre ambas partes implicadas (familia e individuo) no adquiere el tono violento de otros relatos como el de “Cartas de mamá”, en donde Luis se resiste hasta el último momento a ser “fagocitado” por su familia. Estos otros personajes, en cambio, sólo se permiten temporales escapadas o emancipaciones de su familia, para después volver a ella.

Desde esa perspectiva, quizás la situación de Luis no sea tampoco tan diferente, pues, al comentar con su esposa lo flaco que ha hallado a su hermano en la estación de trenes, Luis termina por asignarle veracidad a la versión de su madre respecto de la llegada de Nico a París. Aceptar la versión de la madre, ¿no es acaso una forma de hacerse partícipe de los intentos de ella por mantener viva la familia? De hecho, como Luis mismo ha dicho, su libertad no es más que una libertad condicional. Lo verdaderamente perdurable entonces, le guste o no a él (y a los demás personajes cortazarianos), es la pertenencia y subordinación a la familia.

### 3.4 Conclusiones

Fuertemente influida por los planteamientos de la teoría psicoanalítica, una parte importante de la exégesis cortazariana ha centrado sus análisis en los aspectos intrapsíquicos de los personajes del autor latinoamericano, lo cual quiere decir que los sucesos que afectan a estos últimos son interpretados por dicha crítica como el resultado de las alteraciones psicopatológicas que aquéllos padecen (miedos, fobias, obsesiones, etc.), lo que a su vez sería una prolongación de la insania del propio escritor. De ese modo, tal corriente interpretativa minimiza o deja de lado cualquier influencia o participación del entorno familiar (lo extrapsíquico) al cual pertenecen dichos personajes, al considerar que dicho contexto no es más que una especie de *paisaje* dentro del cual se mueven los protagonistas. Un ejemplo adicional servirá para clarificar todavía más la diferencia entre dicho enfoque y el que yo he desarrollado en el presente estudio: el comentario psicoanalítico que realiza Hortensia Morell (1985) sobre “Después del almuerzo”, aquel relato en el cual un hijo debe cumplir con la obligación familiar de sacar a pasear a su *hermano*.

Hortensia Morell parte del muy rebatible supuesto de que la mayoría de los hechos narrados, o al menos los más significativos, ocurren simplemente en la imaginación del protagonista (nivel intrapsíquico). Esto quiere decir, por ejemplo, que la perentoria orden dada por los padres en realidad no ha tenido lugar y que el hijo “voluntariamente se ha escapado en una aventura de la cual no se quiere responsabilizar” (483). Para Morell, tampoco tiene existencia real aquel extraño miembro familiar al cual debe sacar a pasear el protagonista, porque lo que en verdad ocurre es que este último es una “persona sumamente agresiva, incapaz de lidiar efectivamente con su instinto de agresión” (483), por lo cual se ve obligado a inventarse una criatura en la cual proyectar su propio instinto agresivo: “Esa criatura de su fantasía se constituye en doble del narrador, aspecto disasociado [*sic*] de sus instintos e impulsos agresivos” (483).

Según la visión de Morell, lo que el protagonista hace es recurrir a la utilización de dos clásicos mecanismos de defensa psicoanalíticos: la negación y la proyección; negación de su gran agresividad (demostrada a través de la procacidad verbal que la comentarista insiste en ver en el protagonista) y proyección de los mismos impulsos destructivos en el engendro. A partir de eso, todo lo que ocurre en el relato es una mera demostración de esos supuestos. La máxima alusión que Morell hace al contexto

familiar tiene que ver, ¿cómo no?, con la existencia del clásico triángulo edípico: rivalidad hacia el padre y atracción hacia la madre (en este caso desplazada hacia una tía que se muestra más cariñosa con el hijo y no tan coludida con el padre). En resumen, lo que “Después del almuerzo” muestra, desde la perspectiva de Morell, son los avatares de un niño que se encuentra “en una etapa del desarrollo previa a la moral” (482), es decir, que se comporta como un *perverso* y que proyecta en los demás (hasta en los vecinos y demás viandantes) su propia agresividad.

Por mi parte, no rechazo la riqueza y complejidad de la mente infantil, como tampoco la del adulto, ya que en ella, efectivamente, pueden tener lugar éstos y otros tipos de mecanismos de defensa. Tampoco desconozco que el carácter ambiguo y la muy vaga definición que Cortázar realiza de ese extraño miembro de la familia da pie a diversas especulaciones sobre su verdadera identidad, como ocurre con los misteriosos ruidos de “Casa tomada”, respecto de los cuales yo mismo me decanté por la posibilidad de que no fueran más que una *invención* del hermano, a la que se suma dócilmente la hermana, con el objeto de autojustificar la intempestiva y forzada emancipación que ambos protagonizan. Sin embargo, me parece que una diferencia entre un enfoque interpretativo y otro es que en mis planteamientos el contexto familiar está siempre presente. En el de Morell, en cambio, la presencia de la familia sólo es contemplada cuando lo requiere el entramado interpretativo; si éste no justifica su existencia, pues entonces la familia, o parte de ella, simplemente deja de existir.

A mi juicio, eso es lo que hace Morell con la familia de “Después del almuerzo”, puesto que le niega existencia real a un miembro de ella, el *hermano*, lo que constituye una subrepticia forma de comenzar a negar la realidad de la familia; niega también la existencia de la orden dada por los padres acerca de sacar a pasear al *hermano*, es decir, niega, y ya no tan solapadamente, un importante ámbito de la interacción familiar: la relación padres-hijo. Las negaciones de Morell se detienen aquí (al menos en el ámbito familiar) y sí le concede existencia real a los padres, a la tía y al hijo protagonista. No obstante, es importante advertir que por el camino que iba la comentarista pudo perfectamente permitirse la *eliminación* de cualquiera de ellos, y si no lo hizo, si les perdonó la vida, fue porque les necesitaba para su interpretación. Esto quiere decir que en el enfoque que representa Morell la familia aparece y desaparece según las necesidades del intérprete, pues lo que verdaderamente prevalece es el individuo y su psiquismo. Lo demás es pura imaginación.



En contraposición a dicho enfoque, dentro de la cuentística de Cortázar es posible distinguir un significativo conjunto de textos (los que he comentado en el presente estudio) que tienen como característica en común el que su nudo dramático gira en torno a los sucesos que ocurren no al interior de la intrincada mente de un patológico personaje, sino dentro de una familia real de “carne y hueso”. Esas familias suelen estar compuestas por varios miembros, quienes establecen entre sí fuertes lazos de cohesión grupal, en el sentido de que privilegian la realización de tareas que requieren la colaboración mutua (por ejemplo, el cuidado de un miembro enfermo) por sobre aquellas que suponen o imponen la segregación. Un resultado evidente de ese tipo de funcionamiento es que las posibilidades de emancipación e individuación de sus miembros se ven seriamente disminuidas.

Esto último, sin embargo, en gran parte de los casos no llega a constituir un problema para los leales personajes, ya que ellos consideran que el *hábitat natural* al cual pertenecen es la familia (piénsese, por ejemplo, en los personajes de “La salud de los enfermos” y “Ocupaciones raras”, y en Delia en “Circe”). No obstante, cuando aquello sí se transforma en un problema (me refiero a la imposibilidad de emanciparse), la “batalla” por la emancipación suele quedar asociada a un proceso de carácter complejo (piénsese en “Cartas de mamá”) que, en un mediano o largo plazo, puede propiciar incluso que, finalmente, sea la cohesión familiar la que termine por imponerse por sobre la frágil y condicional autonomía que dicho miembro había logrado alcanzar.

Desde ese punto de vista, dentro del corpus cortazariano que he delimitado, es posible distinguir un conjunto de relatos en los cuales se advierte la presencia de un conflicto entre individuo y familia, lo cual quiere decir que aquél considera que su felicidad o realización personal sólo es posible alcanzarla traspasando las barreras que impone la familia. No obstante, debido a los intensos sentimientos de lealtad familiar que predominan en los personajes cortazarianos, estos acaban por renunciar a los ámbitos de emancipación que habían conquistado gracias a la utilización de la imaginación (“El otro cielo”), el juego (“Final del juego”) o la enfermedad (“La señorita Cora”).

El fuerte sentimiento de lealtad familiar presente en los personajes de Cortázar se debe, en gran medida, a que las familias cortazarianas se caracterizan por establecer un escaso contacto con el entorno (piénsese en “Cefalea”, “Circe” y “Casa tomada”), comportándose como sistemas cerrados y autosuficientes que funcionan bajo el supuesto, más o menos implícito, de que cada uno de sus miembros puede (y debe)

satisfacer sus necesidades sólo al interior de ellas. No obstante, las familias (o casas) cortazarianas pueden también perder su condición de refugio seguro, pasando a constituirse en lugares de encierro asolados por peligros externos. Además de “Cefalea” y “Casa tomada”, eso es lo que ocurre en otros dos cuentos de Cortázar: “Verano” y “Tango de vuelta”. En el primero, la pareja protagonista debe hacer frente a las embestidas de un misterioso caballo que amenaza asolar la casa, mientras que en el segundo una mujer es acechada en su hogar por su ex-esposo, a quien ella había declarado muerto. Una situación similar ocurre en otros dos cuentos de Cortázar: “Bestiario” y “Los venenos”. En el primero, la casa familiar es rondada por un misterioso tigre, cuya ubicación y vigilancia propicia la cohesión de los miembros de la familia, quienes deben estar permanentemente alertas y comunicados entre sí para no ser atacados por el felino, el cual, prácticamente, ha pasado a formar parte de la familia. Por otro lado, en “Los venenos” una familia ve amenazada las plantas del patio de su casa por una plaga de hormigas; sin llegar a sufrir el asfixiante clima de encierro presente en las otras narraciones, esta familia también debe hacer frente de manera cohesionada a dicha invasión.

En cualquiera de los dos casos (me refiero a si la casa cortazariana es percibida como un refugio seguro o como un lugar de encierro), un aspecto medular en los cuentos de Julio Cortázar es el conflicto experimentado por la familia ante la eventual emancipación de alguno de sus miembros. Desde la perspectiva de la familia, si el hogar es un refugio seguro, en realidad no existe razón alguna para que alguien desee marcharse de él, ya que en ningún otro sitio se estaría mejor que junto a la familia; y si es un lugar de encierro, resulta imposible (o desleal) abandonarlo, pues la presencia de cada miembro es vital para salvaguardar la integridad del grupo, y así hacer frente a los peligros que lo amenazan, sean éstos extraños ruidos o misteriosos y curiosos animales (mancuspías, tigre, caballo, hormigas, etc.).

Es a partir de ese contexto que los personajes cortazarianos desarrollan una actitud muy ambivalente ante la posibilidad de emanciparse de la familia. Además de las narraciones ya comentadas, ese carácter ambiguo aparece también en otro relato de Cortázar, “Usted se tendió a tu lado”. En él, un adolescente experimenta importantes dificultades para transitar hacia el mundo adulto, haciéndose cada vez más independiente, puesto que ello le obliga a tener que renunciar a la estrecha y gratificante dependencia que ha caracterizado hasta ese momento la relación con su madre;

postergar tal renuncia le permite al joven seguir disfrutando del “refugio seguro” que constituye dicha relación.

Finalmente, es necesario señalar que la cohesión familiar y la emancipación filial constituyen una temática recurrente a lo largo de la obra cuentística de Julio Cortázar. Como se puede advertir en la siguiente relación, en mis comentarios me he referido a por lo menos un relato de cada libro de cuentos publicado durante la vida del autor: de *Bestiario* (1951), “Casa tomada”, “Cefalea”, “Circe” y “Bestiario”; de *Las armas secretas* (1959), “Cartas de mamá”; de *Final del juego* (1964), “Los venenos”, “Después del almuerzo” y “Final del juego”; de *Todos los fuegos el fuego* (1966), “La salud de los enfermos”, “La señorita Cora” y “El otro cielo”; de *Octaedro* (1974), “Verano” y “Las fases de Severo”; de *Alguien que anda por ahí* (1977), “Usted se tendió a tu lado”; de *Queremos tanto a Glenda* (1980), “Tango de vuelta”; de *Deshoras* (1982), “Pesadillas”; y, del más atípico *Historias de Cronopios y de Famas* (1962), “Ocupaciones raras”.

Desde mi perspectiva, el permanente interés de Cortázar por la temática familiar podría otorgar más relevancia a mi propuesta interpretativa, pues ello querría decir que he logrado identificar un significativo foco temático que no había sido adecuadamente abordado hasta ahora por la exégesis cortazariana.

## **CONCLUSIÓN FINAL**

En una parte significativa de su narrativa breve, tanto Franz Kafka como Julio Cortázar abordan las temáticas de la cohesión familiar y la emancipación filial. No obstante, la exégesis acumulada hasta ahora en torno a tales obras apenas ha advertido la magnitud y relevancia de dichos focos temáticos. Esta disparidad se debe, en gran medida, a que los modelos teóricos en los cuales se basan la mayor parte de esas interpretaciones enfatizan la importancia de otro tipo de cuestiones, como, por ejemplo, las implicancias religiosas, ideológicas y filosóficas que poseen los escritos de Kafka y Cortázar, o bien, las características del contexto social y político que rodearon a los autores, y que pudieron influir de manera decisiva tanto en sus vidas como en sus respectivas obras. Aun cuando en muchos casos la utilización de estos (y otros) enfoques parece suficientemente justificada, considero que, en las narraciones comentadas en este estudio, la pertinencia de ellos se reduce significativamente, pues dichos modelos no dan cuenta de algo que, desde mi perspectiva, resulta esencial a tener en consideración: las relaciones e interacciones familiares establecidas por los diversos personajes, y cuyo objetivo último es afianzar la cohesión familiar, impidiendo la emancipación filial.

En tal sentido, y más allá de la importancia que posee un modelo teórico como el psicoanálisis, creo que resulta parcial (y muchas veces forzada) la utilización que se hace de él, puesto que ella pasa por alto una serie de aspectos presentes en las narraciones estudiadas, atribuyendo (y reduciendo en forma “lineal”) el origen de los conflictos narrados a la consabida y determinista temática del complejo de Edipo. Desde esa perspectiva, y como espero haber podido demostrar en los capítulos precedentes, considero que el enfoque sistémico familiar resulta más iluminador para abordar una parte importante de la narrativa breve de Franz Kafka y de Julio Cortázar, dentro de lo cual destacan los aspectos que paso a referir a continuación.

### **1. Kafka: doble vínculo y parentalización**

Los padres que aparecen en las narraciones kafkianas se caracterizan porque centran la mayor parte de sus esfuerzos en desalentar e intentar impedir la emancipación del hijo. El logro de dicho objetivo está íntimamente asociado a la consecución de otra importante meta parental: lograr que el hijo se someta y se ponga al servicio de sus

padres. Para alcanzar tal objetivo –esto es, que el hijo se transforme en una especie de “sirviente enclaustrado”–, los padres kafkianos realizan una “sutil” maniobra manipuladora al magnificar la gravedad de los impedimentos que dicen padecer. Dichos impedimentos, generalmente de orden físico (y/o económico), son de tal magnitud que les impiden valerse por sí mismos; debido a esto, la presencia de otra persona acaba resultando “imprescindible”, de modo tal que esta deba asumir la responsabilidad de garantizar la supervivencia de tan “desvalidos” padres.

La trampa paterna radica en que como tales dolencias no tienen (o no parecen tener) remedio, la permanencia de los hijos al interior de la familia adquiere un carácter indefinido, más aún si se considera que aquéllas no sólo carecerían de cura, sino que, además, parecen estar condenadas a un gradual e irreversible proceso de empeoramiento. Esta cuestión es de gran importancia, ya que ella no sólo va haciendo cada vez más “inútiles” a los padres, sino que también garantiza que los hijos deban renunciar para siempre a la posibilidad de emanciparse alguna vez del núcleo familiar.

La “invalidéz” de los padres lleva, además, a que estos depositen en los hijos las demás tareas y responsabilidades que son propias del subsistema parental, como, por ejemplo, la mantención económica de la familia. Por medio de esa delegación de responsabilidades, el hijo kafkiano es *parentalizado* por sus padres, pasando a convertirse en una especie de “jefe de hogar”, pues él asume el papel de cabeza del grupo, es decir, se convierte en aquel de quien dependen los otros miembros para poder subsistir. Pero con ello, el hijo kafkiano queda sumido en una verdadera paradoja, del tipo *doble vínculo*, ya que la supuesta invalidez paterna que lo ha transformado en jefe de hogar, lo obliga (o *condena*), al mismo tiempo, a someterse a sus padres, siendo relegado a una posición de inferioridad, en el sentido de que él no es otra cosa que aquella persona que está (o debiera estar) al servicio de sus progenitores. La absoluta imposibilidad de que el hijo pueda satisfacer tan opuestas y contradictorias demandas queda demostrada por medio de los funestos desenlaces que poseen las narraciones kafkianas, en las cuales el hijo acaba siendo “aniquilado” por tan paradójico y opresivo entorno familiar.

No obstante, en un primer momento el hijo kafkiano colabora de buena gana con sus padres y, lejos de rebelarse ante la situación a la que es sometido, el vástago, a través de una inequívoca demostración de lealtad hacia la familia, asume las tareas encomendadas por sus progenitores. Paralelamente, el hijo intenta conciliar tales (y tan enormes) responsabilidades con su deseo de emancipación individual, desarrollando

otras actividades (noviazgo, trabajo, etc.) que podrían conducirlo al logro de la independencia. Los padres, por su parte, en una primera instancia parecen tolerar los intentos emancipadores del hijo; sin embargo, cuando la emancipación filial tiende a adquirir verdaderas o “amenazantes” posibilidades de concreción, los progenitores inician nuevas maniobras –algunas más sutiles, otras más grotescas–, con el objeto de impedir el más mínimo éxito de los planes filiales. Ese es el instante en que los padres intentan forzar al hijo para que este (re)asuma las únicas responsabilidades a las que, según ellos, él debe consagrar su existencia: servir a sus padres, atendiendo sus necesidades y demandas insatisfechas (incluidos los intempestivos dictámenes condenatorios que puedan afectar a los propios hijos).

De ese modo, si para los padres el principal objetivo es impedir la emancipación del hijo, transformando a este en un sumiso sirviente, el principal anhelo del hijo kafkiano consiste en intentar conciliar la realización de las demandas parentales (las que parecen resultarle abordables, al menos inicialmente) con la satisfacción de su deseo de emanciparse del núcleo familiar, liberándose, al menos en parte, de las responsabilidades que sus padres le han endosado. Transcurrida una primera fase, en la cual el hijo parece estar teniendo éxito en su misión, su “excesivo” énfasis en el logro de la emancipación lo convierte en una amenaza para los padres, quienes perciben al vástago como un traidor, es decir, como alguien que ha dejado de interesarse por el bienestar familiar, abandonando o descuidando las tareas que ellos le han encomendado, dando prioridad a sus propias y “egoístas” necesidades. Desde la perspectiva de los padres, en esta segunda fase el hijo ha perdido todas aquellas “nobles” cualidades – como la obediencia, la bondad y la abnegación–, que lo hicieron merecedor de una muy alta estima y valoración por parte del resto de su familia.

El aspecto que no es tomado en consideración por los padres es que, lejos de entregarse única y exclusivamente al logro de su emancipación, lo que el hijo kafkiano intenta (desesperadamente) es alcanzar (y/o conformarse con) una especie de “solución intermedia”, a través de la cual él pueda disfrutar de un cierto margen de mayor autonomía e independencia, pero que, al mismo tiempo, le permita seguir muy ligado y (de)pendiente del mundo familiar. Sin embargo, debido a la imposibilidad de satisfacer tan opuestas demandas, el hijo fracasa en su intento conciliador, con lo cual no sólo se hace acreedor de la ira y el rechazo de los demás miembros de la familia, sino que, además, frustra de raíz toda posibilidad de emanciparse verdaderamente del grupo familiar. A este fallido (pero ambicioso) intento filial lo he denominado *amago*

*emancipador*. Paradójicamente, lo que el hijo kafkiano logra por medio de ese amago es una mayor cohesión entre los miembros del grupo, ya que estos deben reforzar sus lazos de lealtad con el objeto de hacer frente a la nueva y “adversa” situación desencadenada por el abrupto cambio experimentado por el miembro calificado de desleal.

En dicho proceso de reorganización familiar, además de insistir en ver al hijo “rebelde” como alguien investido únicamente de características negativas (como la holgazanería, la maldad y la locura), los demás miembros depositan en él todas las culpas o responsabilidades asociadas a las adversas circunstancias que han pasado a rodear al “desvalido” y “mortificado” grupo. Esta cuestión es de enorme importancia, pues, al ser convertido en una especie de “chivo expiatorio”, el hijo kafkiano no sólo se adjudica, paradójicamente, el “mérito” de haber reforzado la cohesión del grupo, sino que, además, acaba propiciando la “liberación” de la familia, en el sentido de que, gracias a la condena que le han hecho (y sólo gracias a ella), los demás miembros arriban a una especie de “estadio evolutivo” (asociado, por ejemplo, a una mejoría o mayor potencia física) que parecía inalcanzable (o irrecuperable) hasta la malévola “transformación” del hijo. La supuesta traición del hijo kafkiano, por tanto, está revestida de tanta lealtad hacia su familia, que el (extravagante) amago emancipador por él protagonizado acaba resultando mucho más ventajoso o beneficioso para el bienestar y el equilibrio familiar que para la propia emancipación individual, ámbito al que, verdaderamente, el hijo sí renuncia (y traiciona).

Con diversos matices, estos aspectos aparecen en las tres narraciones de Kafka comentadas en este estudio. Sin embargo, y en concordancia con lo señalado por la crítica kafkiana en cuanto a que “El mundo urbano” es un escrito preparatorio de “La condena” y “La metamorfosis”, considero que en la historia de Oscar M. y sus padres, Kafka sólo llega a aproximarse y dejar esbozados dichos aspectos, y que es en las dos narraciones posteriores en donde logra desarrollarlos más ampliamente. Desde esa perspectiva, “La metamorfosis” es, a mi juicio, la obra en la cual Kafka despliega en toda su magnitud las complejas interacciones familiares que impiden o dificultan la emancipación filial. Afirmar esto no implica despreciar la importancia de las otras dos narraciones, puesto que se debe tener en consideración que, a diferencia de la historia de la familia Samsa, cuyos hechos se extienden a lo largo de varios meses, los sucesos narrados en “El mundo urbano” y en “La condena” acontecen en un breve período de tiempo, esto es, en el diálogo establecido entre un padre y un hijo; a través de él, Kafka profundiza, con gran intensidad, en dos de los aspectos referidos más arriba: las



maniobras realizadas por los padres con el objeto de impedir la emancipación del hijo (transformándolo en un “sirviente enclaustrado”), y el desconcierto y desconsuelo de este ante la imposibilidad de conciliar sus necesidades con las demandas parentales.

Con lo planteado a lo largo de este estudio, no creo haber agotado todas las posibles relaciones existentes entre la obra de Kafka y el enfoque sistémico familiar; al contrario, considero que sólo he abordado un aspecto de ella –la emancipación filial– dentro un ámbito mayor, en el cual sería posible establecer otros nexos, por ejemplo, entre la teoría del doble vínculo y ciertas temáticas o énfasis (recurrentes) de la obra kafkiana. En ese sentido, creo que un pasaje tan célebre de *El proceso*, como el denominado “Ante la Ley”, podría ser comprendido desde la perspectiva *doblevinculante*, puesto que en él el campesino que desea acceder a la Ley es detenido por un guardián que se halla en la puerta de la misma; dicho guardián le prohíbe el paso al campesino, pero le insinúa que más adelante podría dejarlo entrar. Asimismo, el guardián desafía al hombre a entrar en ese mismo instante, si acaso tanto lo desea, pero le advierte que en las siguientes dependencias lo esperan guardianes mucho más poderosos (con lo cual, el guardián lo anima y lo inhibe a entrar, al mismo tiempo). La infructuosa espera se prolonga por años, hasta que el campesino envejece y desfallece; sólo en ese instante de agonía, el hombre se decide a enfrentar (*metacomunicacionalmente*) al guardián, preguntándole por qué nadie más llegó hasta ahí solicitando la entrada en todos esos años; frente a tal “emplazamiento”, el guardián se ve obligado a admitir que tal entrada estaba reservada sólo al campesino. La espera del campesino, entonces, fue en vano, y lo que debió hacer fue haber entrado en la primera oportunidad, desobedeciendo (¿o obedeciendo?) al guardián; no obstante, si así lo hubiese hecho, habría quedado expuesto a los penosos castigos que, supuestamente, lo aguardaban tras la primera puerta.

En términos generales, una situación similar a la del campesino es la que padecen los protagonistas de las tres novelas largas de Franz Kafka –*El desaparecido*, *El proceso* y *El castillo*–, pues, en cada una de ellas tales personajes desean (o deben) acceder a un lugar de vital importancia para ellos –América, el tribunal y el castillo, respectivamente–; sin embargo, los mensajes que guían (¿o entorpecen?) sus caminos son tan contradictorios, que, indefectiblemente, acaban propiciando el desconcierto, la desesperación y la derrota de los funestos personajes kafkianos, a quienes se les impide toda posibilidad de (meta)comunicarse con aquellos poderosos personajes que habitan o pertenecen a esos inaccesibles lugares.

Finalmente, un nuevo estudio acerca de las relaciones existentes entre Franz Kafka y el enfoque sistémico familiar, podría ahondar aún más en otros aspectos de la biografía personal del autor checo y en las resonancias de ello en su obra –en especial, en la temática tratada en este estudio, la emancipación filial–, ya que, tal como comenté en secciones precedentes, Kafka dio varias “batallas” (pérdidas) con el objeto de delimitar un ámbito de autonomía respecto de su familia, para lo cual recurrió, a mi juicio, a métodos tan contradictorios como, por ejemplo, los que utilizan las muchachas anoréxicas al interior de sus familias, es decir, delimitando un (supuesto) ámbito emancipado, a través de rígidas e idiosincrásicas normas alimenticias. Al respecto, y de una forma muy lúcida, Elías Canetti (1976) señaló lo siguiente: “[Kafka] vive la mayor parte del tiempo con su familia, pero no se amolda en modo alguno a sus costumbres gastronómicas y las trata como si fueran órdenes a rechazar. De esta forma, se sienta a la mesa de sus padres sumido en su *propio mundo* gastronómico” (148, cursivas mías).

## **2. Cortázar: doble vínculo “benigno”, enfermedad y cohesión**

Al igual que en Kafka, en las narraciones de Julio Cortázar la cohesión entre los miembros es un aspecto que posee gran importancia para el equilibrio y la subsistencia de las familias. En ese sentido, la enfermedad padecida por alguno de los integrantes del grupo se transforma en un excelente “pretexto” para afianzar la cohesión, ya que en torno a ella las familias cortazarianas estructuran una eficiente y minuciosa organización, cuyo objetivo es “blindar” al miembro enfermo de todas aquellas “amenazas” que podrían constituir o conllevar el más mínimo riesgo para su salud. De ese modo, el cuidado del miembro enfermo es una “tarea común” que adquiere una importancia primordial, pues para su realización se requiere del leal y solidario aporte de todos los demás integrantes del grupo; si ello no ocurre así, es decir, si algún integrante decide marginarse o desertar de tan importante esfuerzo colectivo, los efectos pueden acabar siendo devastadores para el conjunto de la familia.

Precisamente, y con algunos matices, eso es lo que ocurre en tres de los relatos comentados en la primera sección del capítulo dedicado a Cortázar, es decir, “La salud de los enfermos”, “Cefalea” y “Pesadillas”, en donde la (auto)marginación de Alejandro, Leonor y el Chango, y Lauro, respectivamente, acarrear nefastas y/o complejas consecuencias para el bienestar familiar. En “Las fases de Severo”, en

cambio, se observa el fenómeno opuesto, esto es, que sólo el permanente y “cíclico” compromiso de todos los integrantes es capaz de garantizar el equilibrio familiar, pese (o gracias) a la presencia de una extraña enfermedad al interior del grupo.

Desde esa perspectiva, ya sea de manera explícita o implícita, las familias cortazarianas también inhiben la emancipación filial, pues ellas funcionan bajo el supuesto de que el hogar es el sitio más indicado para que permanezcan sus diversos miembros, debido a que es en él en donde los “servicios” de cada integrante resultan realmente imprescindibles. Además de los negativos efectos que la emancipación puede tener en la vida interna de la familia, en el ámbito externo, es decir, fuera del hogar, el miembro emancipado queda (irremediablemente) expuesto a una serie de vicisitudes o peligros, de los cuales sólo habría estado eficazmente protegido si se hubiese mantenido al interior de aquél, puesto que este funciona como un ámbito o espacio cerrado que minimiza al máximo los (nocivos) contactos con el exterior, en donde sólo parecen aguardar sucesos aciagos a quienes decidan emanciparse.

Sin embargo, y a pesar de esas “recomendaciones” o advertencias, en las narraciones de Cortázar aparecen personajes que, de todas formas, deciden emanciparse (por ejemplo, Leonor y el Chango en “Cefalea”, Luis en “Cartas de mamá” y Mario en “Circe”). Un aspecto muy importante es que, a diferencia de lo acontecido con los personajes de Kafka, a través de tales emancipaciones, esos personajes cortazarianos no buscan favorecer la cohesión familiar (ni menos aun la eventual “liberación” de este grupo), sino que, desentendiéndose de cualquier repercusión en el plano familiar, ellos simplemente intentan alcanzar la tan anhelada independencia individual. Desde ese punto de vista, dichas emancipaciones cortazarianas no podrían ser catalogadas de *amagos emancipadores* (como en el caso de Kafka), y el calificativo más indicado para ellas sería el de *emancipaciones “a secas”*, debido a que estas poseen un carácter bastante más decidido, incluso violento y/o desconsiderado con el entorno familiar, al estilo de lo descrito por la corriente antipsiquiátrica, en el sentido de que un opresivo medio familiar sólo puede ser sorteado por medio de una *brutal* emancipación del mismo.

La diferencia entre ambos autores puede deberse a que, a pesar de las constricciones que los afectan, los hijos cortazarianos no están sometidos, de igual manera, a la doble y contradictoria demanda parental (tan característica en Kafka) que espera que los vástagos se transformen, al mismo tiempo, en “jefes de hogar” y en “sirvientes” de sus padres; eximidos de dicha demanda *doble vinculante*, los hijos

cortazarianos pueden sentirse más “libres” para tomar la decisión de emanciparse, ya que no se sienten paralizados o retenidos por tantas ataduras u obligaciones, las cuales, de existir, podrían llevarlos a convertir sus actos emancipadores en acciones en favor de la cohesión y la liberación familiar, como sí ocurre con los hijos kafkianos. Más aún, algunos hijos cortazarianos ni siquiera se sienten con la presión de tener que cumplir con los más mínimos (y “normales”) deberes filiales, como, por ejemplo, Luis, en “Cartas de mamá”, quien se burla de manera irónica de las supuestas obligaciones filiales (a las cuales, no obstante, finalmente acaba sometiéndose).

Desde esta perspectiva, sin embargo, habría que precisar que personajes como los hermanos de “Casa tomada” sí parecen estar sumidos en un contexto *doblevinculante*, puesto que, convertidos en una especie de “señores” o herederos privilegiados de una importante tradición familiar, se comportan, al mismo tiempo, como “esclavos” o “sirvientes” de tal legado, al tener que vivir como verdaderos “reos” o “rehenes” al interior de un recinto que requiere de su presencia permanente (e indefinida), para así poder garantizar la preservación del sistema familiar. Curiosamente, y a pesar de los prolongados servicios prestados (o quizás, debido a ellos), al momento de (tener que) emanciparse, los hermanos se desentienden de forma bastante rápida y definitiva de los intereses familiares, cuestión que no sólo marca una importante diferencia con los personajes kafkianos (quienes intentan servir y complacer a la familia hasta último momento), sino que, además, constituye una “evidencia” de que el contexto *doblevinculante* al cual están sometidos los hermanos cortazarianos es más benigno que el presente en la obra kafkiana, pues sólo con la ayuda de unos curiosos (¿e inofensivos?) ruidos resulta posible dejarlo atrás.

Asociado a ese contexto más benigno, en algunas narraciones cortazarianas es posible advertir que la cohesión y el encierro familiar no son, necesariamente, sinónimos de opresión o “asfixia”, puesto que en ellas existen personajes que parecen estar muy a gusto en un medio caracterizado, por ejemplo, por la soltería, la endogamia o el aislamiento, lo cual los conduce a renunciar de antemano a todo intento de emancipación (la renuncia kafkiana a la emancipación, en cambio, nunca es de “antemano”, pues ella sólo se produce una vez que se ha sido imposible conciliarla con la satisfacción de las insólitas demandas parentales). Cortázar llega a presentar una visión tan benigna o festiva de la cohesión familiar, que ella aparece íntimamente asociada a la posibilidad de dar un sentido creativo e irreverente a la vida.

Esto último no sólo establece una importante diferencia entre narraciones del propio Cortázar, puesto que, como señalé, hay otras en las cuales la cohesión sí resulta asfixiante, sino que también indica una diferencia sustancial con la obra de Franz Kafka, pues en esta última la cohesión familiar siempre es experimentada como algo que agobia y oprime al individuo (a pesar de que él colabore de manera leal y “entusiasta” con la preservación de la misma). Desde ese punto de vista, y a pesar de que el humor no es un aspecto ausente dentro de la obra global de Kafka, el mayor “dramatismo” con que el autor checo trata los temas de la cohesión familiar y la emancipación filial hacen difícil, si no imposible, hallar en él alguna narración que aborde de manera más “distendida” ambas temáticas.

Desde ese punto de vista, quizás el relato cortazariano que guarda una mayor afinidad con Kafka sea “Pesadillas” (cuyo título ya tiene un “aire” kafkiano), pues en él la repentina “metamorfosis” padecida por la joven hija (que si bien no la transforma en un insecto, sí la convierte en un “vegetal”), no sólo refuerza intensamente la cohesión familiar, sino que, además, le otorga a la joven una “profunda” emancipación respecto de su familia, puesto que su estado comatoso la sume en un “mundo propio” infranqueable para los demás, el cual, al mismo tiempo, la mantiene muy ligada y (de)pendiente del resto, a tal punto que la muchacha es capaz de intuir el futuro inmediato de su hermano y de su familia; sin embargo, a diferencia del final “feliz” que tiene la transformación de Gregor Samsa, la de Mecha no se asocia a la “liberación” de su familia, sino a todo lo contrario.

Así, en ambos autores la emancipación filial aparece descrita como un proceso complejo, pues para que ella llegue a concretarse deben ser sorteadas una serie de barreras asociadas a los lazos de lealtad que unen a padres e hijos. Dichas barreras resultan tan difíciles de franquear que tanto los hijos kafkianos como los cortazarianos acaban teniendo muy poca (o nula) fortuna en sus respectivas aventuras emancipadoras, ya sea que se trate de los “amagos” kafkianos, o bien de las emancipaciones “a secas” cortazarianas; por ejemplo, el destino de los hermanos de “Casa tomada” parece tan incierto como el de Luis, en “Cartas de mamá”.

En tal sentido, otro aspecto común a los dos autores, y que contribuye de manera decisiva al fracaso de la emancipación filial, es el conjunto de (sutiles y/o grotescas) maniobras realizadas por los progenitores; maniobras principalmente paternas, en el caso de Kafka, y maternas, en el de Cortázar. Al respecto, además de las constantes –e insólitas– cartas que la madre de Luis le envía a este a París, en “Cartas de mamá”,

piénsese también en las insistentes misivas que la madre de Alejandro le escribe a su “hijo” en Brasil, en “La salud de los enfermos”, y en las cuales pide su vuelta inmediata a Argentina, exigiendo el término de su “injustificable” aventura emancipadora; a ello, pueden agregarse las sobreprotectoras intromisiones de la madre de Pablo, en “La señorita Cora”, quien insiste en mantenerse cerca de su hijo, yendo en contra no sólo de las disposiciones hospitalarias, sino también de los deseos “independentistas” del hijo.

Al respecto, y sin la intención de caer en el “biografismo” determinista, no deja de ser llamativo que el progenitor con el cual cada uno de los escritores mantuvo una relación más “estrecha” durante su vida –el padre, en el caso de Kafka; la madre, en el de Cortázar–, se corresponda con aquel que, en sus respectivas obras, realiza las maniobras orientadas a retener al hijo en el seno familiar, impidiendo su emancipación. Asimismo, el grado de “éxito” o fracaso en las aventuras emancipadoras de los respectivos personajes, también guarda relación con lo ocurrido en la vida personal de cada uno de los escritores. En efecto, la absoluta frustración experimentada en este plano por Franz Kafka se extiende y “contamina” completamente el penoso devenir de sus personajes. Es posible, también, identificar el mayor “éxito” o, al menos, el mayor arrojo que caracteriza a la biografía de Cortázar en este aspecto en varios de sus personajes, quienes, a pesar de las prohibiciones o impedimentos, igualmente se aventuran por el incierto, arriesgado y enmarañado (pero inevitable) camino de la emancipación de la familia de origen.

### **3. Circularidad versus linealidad**

Más allá de los matices y énfasis que diferencian o asemejan a las variadas escuelas y corrientes que conforman el enfoque sistémico familiar, quizás la principal característica en común a todas ellas sea la relevancia asignada a que sus respectivos planteamientos deben distanciarse de forma crítica de la visión mecánico-lineal de la realidad, ajustándose, de esa forma, a una perspectiva epistemológica de tipo cibernética o circular. Además de constituir una especie de requisito básico para ser reconocida como una corriente de índole sistémica, dicha preocupación –o celo epistemológico– ha ido generando, a mi juicio, una ambición un tanto desmesurada en el sentido de que cada escuela o sub-enfoque desea ser reconocido si no como el más “circular” de todos, o al menos como aquel que menos rasgos lineales posee. Desde ese punto de vista,

cualquier vestigio de linealidad en alguno de sus planteamientos puede aparecer como una “mancha” que pone en duda el real valor o importancia de una determinada perspectiva como, asimismo, su verdadero grado de pertenencia al “movimiento” sistémico.

En ese sentido, y si bien se les reconoce el mérito de haber sido los pioneros dentro del movimiento sistémico familiar, a los enfoques más “arcaicos” se les reprocha un “excesivo” apego a aquellas visiones mecánico-lineales de las cuales, precisamente, se deseaba tomar distancia. No obstante, y tal como comenté en una sección precedente, las críticas sufridas por tales enfoques –por ejemplo, por la teoría del doble vínculo, la antipsiquiatría y el enfoque transgeneracional– han ido dando paso al reconocimiento, más o menos generalizado, de sus precursoras virtudes, así como también a la valoración de aquellos conceptos que, con el paso del tiempo, han llegado a ser centrales dentro del vocabulario del movimiento sistémico familiar.

Sin embargo, lo cierto es que aún persiste cierta resistencia hacia dichas perspectivas fundacionales a raíz de que ellas no sólo atribuyen un papel importante al pasado del individuo y su familia –cayendo, según sus críticos, en un determinismo lineal del tipo causa-efecto, es decir, “trauma” en el pasado, “patología en el presente–, sino que en ellas, además, ocupan un lugar central conceptos de “dudosa” raigambre sistémica, como “chivo expiatorio”, “sacrificio” o “función del síntoma”; de acuerdo a sus detractores, con esos conceptos no se hace otra cosa más que simplificar la compleja interacción familiar, reduciéndola a una relación (lineal) del tipo victimario-víctima. Lo curioso de estos cuestionamientos es que, a pesar de ellos, y quizás por “inercia” conceptual (¿o hipocresía inconfesada?), algunos autores que dicen no estar de acuerdo con el uso de dichos términos igualmente los utilizan, y no de manera infrecuente; quizás eso sea así porque los fenómenos a los que aluden esos criticados conceptos efectivamente existen en las familias investigadas y, por tanto, resulta inevitable recurrir a ellos<sup>121</sup>.

Aun cuando el presente estudio no aspira a “poner orden” en esta discusión, como tampoco pretende realizar una “encendida” defensa de los enfoques cuestionados, lo cierto es que el uso que se hace de ellos en estas páginas implica, necesariamente, una opción (consciente) y una preferencia (no excluyente, eso sí) por dichas perspectivas teóricas. Desde ese punto de vista, una reflexión profunda (como la que espero haber

---

<sup>121</sup> Véanse las notas 21, 22, 41 y 42 de este mismo estudio.

realizado en este estudio) dentro de la vertiginosa carrera en busca de nuevos conceptos “verdaderamente” circulares puede demostrar que la (re)utilización de ciertos conceptos ya habidos, como “doble vínculo”, “metacomunicación”, “parentalización” y otros, puede resultar esencial para comprender e interpretar en toda su magnitud los complejos fenómenos interaccionales que presentan las familias caracterizadas por un fuerte énfasis en la cohesión grupal.

En suma, las repercusiones o implicancias que el presente estudio puede tener para la psicología, y en especial para el enfoque sistémico, son las siguientes. En primer lugar, se pone en cuestión el supuesto implícito (y a veces explícito) en cuanto a que el psicoanálisis es la única teoría psicológica que cuenta con un cuerpo conceptual suficiente como para incursionar con éxito en el ámbito del comentario y análisis de obras literarias, demostrándose de paso que el uso que hacen determinados exégetas de uno de sus principales conceptos, el Complejo de Edipo, resulta muchas veces inadecuado y forzado, pues no refleja los verdaderos conflictos narrados en diversas obras. En segundo lugar, y a raíz de la envergadura que poseen las obras de Franz Kafka y Julio Cortázar, y de su importancia dentro de la historia de la literatura universal, los planteamientos del enfoque sistémico –en particular los de las teorías utilizadas en este estudio– se consolidan como un modelo conceptual que resulta pertinente e iluminador para ser utilizado en el estudio de textos literarios, ámbito en el que hasta ahora los autores sistémicos han incursionado escasamente. Y por último, este estudio reafirma la enorme importancia que posee la temática de la emancipación filial, tanto dentro de la psicología como de la literatura, y las grandes (e insolubles) dificultades que deben enfrentar los hijos en cuyas familias se hace un énfasis excesivo en la necesidad de resguardar la cohesión familiar en desmedro de la autonomía y la emancipación individual, lo cual obliga a los vástagos a conformarse con ámbitos de pseudoemancipación, ya sea que se trate de los ambiguos *amagos emancipadores* kafkianos, o de las disruptivas *emancipaciones a secas* cortazarianas.



## **BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA**

## 1. Bibliografía sobre enfoque sistémico, constructivismo y epistemología

### 1.1 Bibliografía sobre enfoque sistémico

- ACKERMAN, Nathan (1976a). "Los problemas adolescentes: síntoma de un trastorno familiar". En *Grupoterapia de la familia*, Buenos Aires, Hormé: 93-107.
- \_\_\_\_\_ (1976b). "Psicoterapia familiar y psicoanálisis: implicaciones de una diferencia". En *Familia y conflicto mental*, Buenos Aires, Hormé: 15-30.
- \_\_\_\_\_ (1985). "Los prejuicios y el chivo expiatorio en la familia". En I. BOSZORMENYI-NAGY y G. H. ZUK, *Terapia familiar y familias en conflicto*, México, Fondo de Cultura Económica: 69-78.
- ANDERSON, Ralph E. y CARTER, Irl (1994). *La conducta humana en el medio social. Enfoque sistémico de la sociedad*, Barcelona, Gedisa. (Primera edición, 1990, *Human Behavior in the Social Environment. A Social Systems Approach*, New York, Gruyter).
- ARMENGOL, Vilma y FUHRMANN, Inge (1993). "Enfermedad-organización familiar: una interacción compleja". En *De familias y terapias (revista semestral del Instituto Chileno de Terapia Familiar)*, 2: 53-60.
- AUERSWALD, Edgar H. (1976). "El enfoque interdisciplinario y el ecológico". En N. ACKERMAN (et al.), *Grupoterapia de la familia*, Buenos Aires, Hormé: 275-290.
- BASAGLIA, Franco (et al.) (1979). *Razón, locura y sociedad*, México, Siglo XXI.
- BATESON, Gregory y RUESCH, Jurgen (1965). *Comunicación. La matriz social de la psiquiatría*, Buenos Aires, Paidós. (Primera edición, 1951, *Communication: The social matrix of psychiatry*, Nueva York, Norton).
- BATESON, Gregory (1977). *Doble vínculo y esquizofrenia*, Buenos Aires, Carlos Lohlé.
- \_\_\_\_\_ (1985). *Pasos hacia una ecología de la mente*, Buenos Aires, Carlos Lohlé. (Primera edición, 1972, *Steps to an ecology of mind*, Nueva York, Chandler).
- \_\_\_\_\_ (1990). *Naven*, Madrid, Júcar. (Primera edición, 1936, *Naven, a survey of the problems suggested by a composite picture of the culture of a New Guinea tribe drawn from three points of view*, Cambridge, The University Press).
- \_\_\_\_\_ (1993a). "El nacimiento de la matriz o doble vínculo y epistemología". En M. BERGER (comp.), *Más allá del doble vínculo. Comunicación y sistemas familiares. Teorías y técnicas empleadas con esquizofrénicos*, Barcelona, Paidós: 53-77.
- \_\_\_\_\_ (1993b). *Una unidad sagrada. Pasos ulteriores hacia una ecología de la mente*, Barcelona, Gedisa. (Primera edición, 1991, *A Sacred Unity. Further Steps to an Ecology of Mind*, New York, Cornelia & Michael Bessie Book).
- \_\_\_\_\_ (1997). *Espíritu y naturaleza*, Buenos Aires, Amorrortu. (Primera edición, 1979, *Mind and Nature. A Necessary Unity*, Nueva York, E. P. Dutton).
- BERGER, Milton M. (comp.) (1993). *Más allá del doble vínculo. Comunicación y sistemas familiares. Teorías y técnicas empleadas con esquizofrénicos*, Barcelona, Paidós. (Primera edición, 1978, *Beyond the Double Bind. Communication and Family Systems, Theories and Techniques with Schizophrenics*, Nueva York, Brunner/Mazel).

- BERTALANFFY, Ludwig von (1976). *Teoría general de los sistemas: fundamentos, desarrollo, aplicaciones*, México, Fondo de Cultura Económica. (Primera edición, 1968, *General System Theory. Foundations, Development, Applications*, New York, George Braziller).
- \_\_\_\_\_ (1979). *Perspectivas en la Teoría general de sistemas*, Madrid, Alianza. (Primera edición, 1975, *Perspectives on General System Theory –Scientific – Philosophical Studies*, New York, George Braziller).
- BOLLINI, María Teresa (1994). *La Teoría General de los Sistemas y el origen olvidado de una psicología sistémica*, Buenos Aires, Lumen.
- BOSCOLO, Luigi (1998). “La evolución del modelo sistémico. De la cibernética de primer orden a la cibernética de segundo orden”. En M. ELKAÏM, *La terapia familiar en transformación*, Barcelona, Paidós: 79-82.
- BOSZORMENYI-NAGY, Iván (1985). “Modos de relación y significados”. En *Terapia familiar y familias en conflicto*, México, Fondo de Cultura Económica: 79-95.
- BOSZORMENYI-NAGY, Iván y SPARK, Geraldine (1983). *Lealtades invisibles*, Buenos Aires, Amorrortu. (Primera edición, 1973, *Invisible loyalties: reciprocity in intergenerational family therapy*, Maryland, Harper & Row).
- BOSZORMENYI-NAGY, Iván y ZUK, Gerald H. (comps.) (1985). *Terapia familiar y familias en conflicto*, México, Fondo de Cultura Económica. (Primera edición, 1967, *Family Therapy and Disturbed Families*, California, Science and Behavior Books, Inc.).
- BOSZORMENYI-NAGY, Iván y FRAMO, James L. (eds.) (1988). *Terapia familiar intensiva: aspectos teóricos y prácticos*, México, Trillas. (Primera edición, 1965, *Intensive family therapy: theoretical and practical aspects*, New York, Hoeber Medical Division, Harper & Row).
- BOWEN, Murray (1993). “La esquizofrenia como fenómeno multigeneracional”. En M. BERGER (comp.), *Más allá del doble vínculo. Comunicación y sistemas familiares. Teorías y técnicas empleadas con esquizofrénicos*, Barcelona, Paidós: 113-134.
- BRODEY, Warren M. (1985). “Un enfoque cibernético a la terapia familiar”. En I. BOSZORMENYI-NAGY y G. H. ZUK, *Terapia familiar y familias en conflicto*, México, Fondo de Cultura Económica: 96-107.
- BRONFENBRENNER, Urie (1987). *La ecología del desarrollo humano*, Barcelona, Paidós. (Primera edición, 1979, *The Ecology of Human Development*, Cambridge, Massachusetts y Londres, Harvard University Press).
- CALVACHE PÉREZ, Manuel (1996). *Terapia familiar psicoanalítica* (Tesis Doctoral), Madrid, Universidad Complutense.
- COOPER, David (1978a). *La muerte de la familia*, Barcelona, Ariel. (Primera edición, 1971, *The death of the family*, London, Penguin Books Ltd.).
- \_\_\_\_\_ (1978b). *Psiquiatría y antipsiquiatría*, Buenos Aires, Paidós. (Primera edición, 1967, *Psychiatry and Anti-psychiatry*, London, Tavistock Publications Ltd.).
- ELKAÏM, Mony (comp.) (1998). *La terapia familiar en transformación*, Barcelona, Paidós. (Primera edición, 1994, *Le thérapie familiale en changement*, Paris, Synthélabo).
- FRAMO, James (1996). *Familia de origen y psicoterapia. Un enfoque intergeneracional*, Barcelona, Paidós. (Primera edición, 1992, *Family-of-Origin Therapy. An Intergenerational Approach*, Nueva York, Brunner/Mazel).

- HALEY, Jay (1985). "Hacia una teoría de los sistemas patológicos". En I. BOSZORMENYI-NAGY y G. H. ZUK, *Terapia familiar y familias en conflicto*, México, Fondo de Cultura Económica: 28-46.
- \_\_\_\_\_ (1993). "Ideas y conceptos que perjudican a los terapeutas". En M. BERGER (comp.), *Más allá del doble vínculo. Comunicación y sistemas familiares. Teorías y técnicas empleadas con esquizofrénicos*, Barcelona, Paidós: 79-95.
- \_\_\_\_\_ (1995). *Trastornos de la emancipación juvenil y terapia familiar*, Buenos Aires, Amorrortu. (Primera edición, 1980, *Leaving Home. The Therapy of Disturbed Young People*, Nueva York, McGraw-Hill Book Company).
- \_\_\_\_\_ (1998). "Aspectos de la teoría de sistemas y psicoterapia". En M. ELKAÏM, *La terapia familiar en transformación*, Barcelona, Paidós: 83-86.
- HÉRIL, Alain (2000). *Terapias familiares*, Madrid, Gaia. (Primera edición, 1999, *Les thérapies familiales*, Bernet-Danilo).
- HOFFMAN, Lynn (1987). *Fundamentos de la terapia familiar. Un marco conceptual para el cambio de sistemas*, México, Fondo de Cultura Económica. (Primera edición, 1981, *Foundations of family therapy. A conceptual framework for systems change*, Nueva York, Basic Books, Inc.).
- JACKSON, Don D. (1976). "El estudio de la familia". En N. ACKERMAN, *Grupoterapia de la familia*, Buenos Aires, Hormé: 133-156.
- \_\_\_\_\_ (1977a). "El problema de la homeostasis de la familia". En *Comunicación, familia y matrimonio*, Buenos Aires, Nueva Visión: 15-28.
- \_\_\_\_\_ (1985). "Aspectos de la terapia familiar conjunta". En I. BOSZORMENYI-NAGY y G. H. ZUK, *Terapia familiar y familias en conflicto*, México, Fondo de Cultura Económica: 47-59.
- JACKSON, Don D. (comp.) (1977b). *Comunicación, familia y matrimonio*, Buenos Aires, Nueva visión. (Primera edición, 1968, *Communication, Family and Marriage*, Palo Alto, Science and Behavior Books).
- LAING, Ronald D. (1975). *El yo dividido. Un estudio sobre la salud y la enfermedad*, México, Fondo de Cultura Económica. (Primera edición, 1960, *The divided self (A study of sanity and madness)*, London, Tavistock Publications).
- \_\_\_\_\_ (1980). *El cuestionamiento de la familia*, Barcelona, Paidós. (Primera edición, 1969, *The politics of the family and other essays*, Londres, Tavistock).
- \_\_\_\_\_ (1988). "Mistificación, confusión y conflicto". En I. BOSZORMENYI-NAGY y J. FRAMO, *Terapia familiar intensiva: aspectos teóricos y prácticos*, México, Trillas: 397-418.
- LAING, Ronald D. y ESTERSON, A. (1967). *Cordura, locura y familia. Familias de esquizofrénicos*, Madrid, Fondo de Cultura Económica. (Primera edición, 1964, *Sanity, madness and the family*, Londres, Tavistock Publications Ltd.).
- MINUCHIN, Salvador (2003). *Familias y terapia familiar*, Barcelona, Gedisa. (Primera edición, 1974, *Families and family therapy*, Cambridge, Harvard University).
- MINUCHIN, Salvador y NICHOLS, Michael P. (1994). *La recuperación de la familia: relatos de esperanza y renovación*, Barcelona, Paidós. (Primera edición, 1993, *Family healing. Tales of hope and renewal from family therapy*, Nueva York, The Free Press).
- MINUCHIN, Salvador; LEE, Wai-Yung y SIMON, George M. (1998). *El arte de la terapia familiar*, Barcelona, Paidós. (Primera edición, 1996, *Mastering Family Therapy. Journeys of Growth and Transformation*, Nueva York y Toronto, John Wiley & Sons).
- MONTENEGRO, Hernán (2000). "Salud mental familiar". En *Psiquiatría del niño y del adolescente*, Santiago de Chile, Mediterráneo: 50-58.

- OCHOA DE ALDA, Inmaculada (1995). *Enfoques en terapia familiar sistémica*, Barcelona, Herder.
- RAMOS, Ricardo (2001). *Narrativas contadas, narraciones vividas. Un enfoque sistémico de la terapia narrativa*, Barcelona, Paidós.
- RÍOS GONZÁLEZ, José Antonio (1994a). *Manual de Orientación y terapia familiar*, Madrid, Instituto de ciencias del hombre.
- \_\_\_\_\_ (1994b). "Terapia familiar y literatura". En *Cuadernos de Terapia Familiar*, 26: 59-63.
- \_\_\_\_\_ (1994c). "Terapia familiar y literatura". En *Cuadernos de Terapia Familiar*, 27: 63-65.
- \_\_\_\_\_ (1995). "Terapia familiar y literatura". En *Cuadernos de Terapia Familiar*, 29: 69-73.
- \_\_\_\_\_ (2000). "Cine y Terapia Familiar. (A propósito de la película "Familia" de Fernando León)". En *Cuadernos de Terapia Familiar*, 46: 175-182.
- RODRÍGUEZ, Darío y ARNOLD, Marcelo (1990). *Sociedad y Teoría de Sistemas*, Santiago de Chile, Universitaria.
- ROSENHAN, David L. (1995). "Acerca de estar sano en un medio enfermo". En P. WATZLAWICK (comp.), *La realidad inventada. ¿Cómo sabemos lo que creemos saber?*, Barcelona, Gedisa: 99-120.
- SARQUIS, Clemencia (1993). *Introducción al estudio de la pareja humana*, Santiago de Chile, Universidad Católica.
- SATIR, Virginia (1986). "¿Por qué existe la psicoterapia familiar?". En *Psicoterapia familiar conjunta*, México, La Prensa Médica Mexicana: 1-7.
- SCHFLEN, Albert E. (1993). "Conceptos comunicacionales de la esquizofrenia". En M. BERGER (comp.), *Más allá del doble vínculo. Comunicación y sistemas familiares. Teorías y técnicas empleadas con esquizofrénicos*, Barcelona, Paidós: 135-163.
- SELVINI PALAZZOLI, Mara (1998). "Debemos ir más allá del modelo sistémico". En M. ELKAÏM, *La terapia familiar en transformación*, Barcelona, Paidós: 47-51.
- SELVINI P., M.; BOSCOLO, L.; CECCHIN, G. y PRATA, G. (1998). *Paradoja y contraparadoja. Un nuevo modelo en la terapia de la familia de transacción esquizofrénica*, Barcelona, Paidós. (Primera edición, 1975, *Paradosso e contrapadosso. Un nuovo modello nella terapia della famiglia a transazione schizofrenica*, Milán, Feltrinelli).
- SELVINI P., M.; CIRILLO, S.; SELVINI, M. y SORRENTINO, A. (2000). *Los juegos psicóticos en la familia*, Barcelona, Paidós. (Primera edición, 1988, *I giochi psicotici nella famiglia*, Milán, Cortina).
- SIMON, Fritz B. (1994). "Perspectiva interior y exterior. Cómo se puede utilizar el pensamiento sistémico en la vida cotidiana". En P. WATZLAWICK y P. KRIEG (comps.), *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo*, Barcelona, Gedisa: 132-142.
- SIMON, Fritz B.; STIERLIN, Helm y WYNNE, Lyman C. (1997). *Vocabulario de terapia familiar*, Barcelona, Gedisa. (Primera edición, 1984, *The Language of Family Therapy*, Stuttgart, Ernest Klett).
- SLUZKI, Carlos (1998a). "La transformación de los relatos en terapia". En M. ELKAÏM, *La terapia familiar en transformación*, Barcelona, Paidós: 53-57.
- \_\_\_\_\_ (1998b). "A modo de conclusión". En M. ELKAÏM, *La terapia familiar en transformación*, Barcelona, Paidós: 141-142.

- SONNE, John C. (1985). "La entropía y la terapia familiar. Especulaciones sobre la energía psíquica, la termodinámica y la comunicación interpsíquica familiar". En I. BOSZORMENYI-NAGY y G. H. ZUK, *Terapia familiar y familias en conflicto*, México, Fondo de Cultura Económica: 108-119.
- STENGERS, Isabelle (1998). "Del 'se' al 'yo'". En M. ELKAÏM, *La terapia familiar en transformación*, Barcelona, Paidós: 171-177.
- SZASZ, Thomas (1994). *El mito de la enfermedad mental*, Buenos Aires, Amorrortu. (Primera edición, 1961, *The Myth of Mental Illness: Foundations of a Theory of Personal Conduct*, New York, Harper & Row).
- WATZLAWICK, Paul (1977). "Examen de la teoría del doble vínculo". En D. JACKSON, *Comunicación, familia y matrimonio*, Buenos Aires, Hormé: 89-112.
- \_\_\_\_\_ (1998a). "Abandonar la repetición". En M. ELKAÏM, *La terapia familiar en transformación*, Barcelona, Paidós: 59-61.
- \_\_\_\_\_ (1998b). "Pensamiento sistémico y enfoque de los sistemas humanos". En M. ELKAÏM, *La terapia familiar en transformación*, Barcelona, Paidós: 131-133.
- WATZLAWICK, Paul; BEAVIN, Janet y JACKSON, Don D. (2002). *Teoría de la comunicación humana. Interacciones, patologías y paradojas*, Barcelona, Herder. (Primera edición, 1967, *Pragmatics of human communication. A study of interactional patterns, pathologies and paradoxes*, Nueva York, Norton).
- WEAKLAND, John (1993). "En busca de lo evidente en y más allá de la esquizofrenia". En M. BERGER (comp.), *Más allá del doble vínculo. Comunicación y sistemas familiares. Teorías y técnicas empleadas con esquizofrénicos*, Barcelona, Paidós: 97-112.
- WHITAKER, Carl (1993). "Coterapia de la esquizofrenia crónica". En M. BERGER (comp.), *Más allá del doble vínculo. Comunicación y sistemas familiares. Teorías y técnicas empleadas con esquizofrénicos*, Barcelona, Paidós: 165-184.
- WHITAKER, Carl; SLUZKI, C.; BOSCOLO, Luigi y ELKAÏM, Mony (1998). "Simulación de una entrevista de terapia familiar". En M. ELKAÏM, *La terapia familiar en transformación*, Barcelona, Paidós: 15-44.
- WHITAKER, Carl y BUMBERRY, William M. (1998). *Danzando con la familia: un enfoque simbólico-experiencial*, Barcelona, Paidós. (Primera edición, 1988, *Dancing with the family. A symbolic-experiential approach*, Nueva York, Brunner/Mazel).
- WHITE, Michael y EPSTON, David (1993). *Medios narrativos para fines terapéuticos*, Barcelona, Paidós. (Primera edición, 1980, *Narrative means to therapeutic ends*, Nueva York-Londres, Norton).
- WINSTON, Arnold (1993). "Comprensión y tratamiento de pacientes esquizofrénicos: reseña de algunas contribuciones de las teorías de la comunicación y sistemas familiares". En M. BERGER (comp.), *Más allá del doble vínculo. Comunicación y sistemas familiares. Teorías y técnicas empleadas con esquizofrénicos*, Barcelona, Paidós: 45-51.
- WITTEZAELE, Jean-Jacques y GARCÍA, Teresa (1994). *La escuela de Palo Alto. Historia y evolución de las ideas esenciales*, Barcelona, Herder. (Primera edición, 1992, *A la recherche de l'École de Palo Alto*, Paris, Éditions du Seuil).
- WYNNE, Lyman C. (1993). "Relaciones anudadas, distorsiones en la comunicación y metaviniculación". En M. BERGER (comp.), *Más allá del doble vínculo. Comunicación y sistemas familiares. Teorías y técnicas empleadas con esquizofrénicos*, Barcelona, Paidós: 185-196.

ZUK, Gerald H. (1982). *Psicoterapia familiar. Un enfoque triádico*, México, Fondo de Cultura Económica. (Primera edición, 1981, *Family Therapy. A Triadic-Based Approach*, Nueva York, Human Sciences Press).

## 1.2 Bibliografía sobre constructivismo y epistemología cibernética

- AGUADO TERRÓN, Juan Manuel (1998). *Fundamentos epistemológicos del paradigma de la complejidad: Información, comunicación y autoorganización* (Tesis Doctoral), Madrid, Universidad Complutense.
- BERMAN, Morris (1995). *El reencantamiento del mundo*, Santiago de Chile, Cuatro Vientos. (Primera edición, 1981, *The Reenchantment of the World*, Ithaca, Cornell University Press).
- BREUER, Rolf (1995). "La autorreflexividad en la literatura ejemplificada en la trilogía novelística de Samuel Beckett". En P. WATZLAWICK (comp.), *La realidad inventada. ¿Cómo sabemos lo que creemos saber?*, Barcelona, Gedisa: 121-138.
- BRUNER, Jerome (1998). *Realidad mental y mundos posibles. Los actos de la imaginación que dan sentido a la experiencia*, Barcelona, Gedisa. (Primera edición, 1986, *Actual Minds, Possible Worlds*, Cambridge, Harvard University Press).
- BUCKLEY, Walter (1978). "La epistemología, vista a través de la teoría de sistemas". En L. von BERTALANFFY, W. R. ASHBY y G. M. WEINBERG (et al.), *Tendencias en la Teoría General de Sistemas*, Madrid, Alianza: 219-236.
- CEBERIO, Marcelo (1999a). "Prólogo". En G. NARDONE y P. WATZLAWICK, *Terapia breve: filosofía y arte*, Barcelona, Herder: 9-12.
- \_\_\_\_\_ (1999b). "Ciencias modernas, complejidad y psicoterapia". En G. NARDONE y P. WATZLAWICK, *Terapia breve: filosofía y arte*, Barcelona, Herder: 25-34.
- CEBERIO, Marcelo y WATZLAWICK, Paul (1998). *La construcción del universo. Conceptos introductorios y reflexiones sobre epistemología, constructivismo y pensamiento sistémico*, Barcelona, Herder.
- FERRER FIGUERAS, Lorenzo (1997). *Del paradigma mecanicista de la ciencia al paradigma sistémico*, Valencia, Universitat de Valencia.
- FOERSTER, Heinz von (1994). "Prólogo". En L. SEGAL, *Soñar la realidad. El constructivismo de Heinz von Foerster*, Barcelona, Paidós: 13-16.
- \_\_\_\_\_ (1995). "Construyendo una realidad". En P. WATZLAWICK (comp.), *La realidad inventada. ¿Cómo sabemos lo que creemos saber?*, Barcelona, Gedisa: 38-56.
- \_\_\_\_\_ (1996). *Las semillas de la cibernética*, Barcelona, Gedisa.
- \_\_\_\_\_ (1998). "Observar la autorreferencia en emergencia". En M. ELKAÏM, *La terapia familiar en transformación*, Barcelona, Paidós: 149-152.
- \_\_\_\_\_ (1999). "Ética y cibernética de segundo orden". En G. NARDONE y P. WATZLAWICK, *Terapia breve: filosofía y arte*, Barcelona, Herder: 35-49.
- GARCÍA, Rolando (coord.) (1997). *La epistemología genética y la ciencia contemporánea. Homenaje a Jean Piaget en su centenario*, Barcelona, Gedisa.
- GARCÍA, Rolando (2000). *El conocimiento en construcción. De las formulaciones de Jean Piaget a la teoría de sistemas complejos*, Barcelona, Gedisa.

- GLASERSFELD, Ernst von (1994). "Despedida de la objetividad". En P. WATZLAWICK y P. KRIEG (comps.), *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo*, Barcelona, Gedisa: 19-31.
- \_\_\_\_\_ (1995). "Introducción al constructivismo radical". En P. WATZLAWICK (comp.), *La realidad inventada. ¿Cómo sabemos lo que creemos saber?*, Barcelona, Gedisa: 20-37.
- \_\_\_\_\_ (1996). "Aspectos del constructivismo radical". En M. PAKMAN (comp.), *Construcciones de la experiencia humana (vol. I)*, Barcelona, Gedisa: 23-49.
- \_\_\_\_\_ (1998). "¿Qué podemos saber de nuestro conocimiento?". En M. ELKAÏM, *La terapia familiar en transformación*, Barcelona, Paidós: 163-165.
- KEENEY, Bradford P. (1991). *Estética del cambio*, Barcelona, Paidós. (Primera edición, 1983, *Aesthetics of Change*, Nueva York, The Guilford Press).
- LINARES, Juan Luis (1996). *Identidad y narrativa. La terapia familiar en la práctica clínica*, Barcelona, Paidós.
- \_\_\_\_\_ (1998). "Prólogo". En M. CEBERIO y P. WATZLAWICK, *La construcción del universo. Conceptos introductorios y reflexiones sobre epistemología, constructivismo y pensamiento sistémico*, Barcelona, Herder: 9-10.
- \_\_\_\_\_ (2001). "Prólogo". En R. RAMOS, *Narrativas contadas, narraciones vividas. Un enfoque sistémico de la terapia narrativa*, Barcelona, Paidós: 15-17.
- MATURANA, Humberto (1994). "La ciencia y la vida cotidiana: la ontología de las explicaciones científicas". En P. WATZLAWICK y P. KRIEG, *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo. Homenaje a Heinz von Foerster*, Barcelona, Gedisa: 157-193.
- \_\_\_\_\_ (1996). "Realidad: la búsqueda de la objetividad o la persecución del argumento que obliga". En M. PAKMAN, *Construcciones de la experiencia humana*, Barcelona, Gedisa: 51-138.
- \_\_\_\_\_ (1998a). "Seres humanos individuales y fenómenos sociales humanos". En M. ELKAÏM, *La terapia familiar en transformación*, Barcelona, Paidós: 121-125.
- \_\_\_\_\_ (1998b). "Observar la observación". En M. ELKAÏM, *La terapia familiar en transformación*, Barcelona, Paidós: 155-161.
- MATURANA, Humberto y VARELA, Francisco (1998). *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del entendimiento humano*, Santiago de Chile, Universitaria.
- NARDONE, Giorgio y WATZLAWICK, Paul (1999). *Terapia breve: filosofía y arte*, Barcelona, Herder.
- NIEMEYER, Robert A. y MAHONEY, Michael J. (comps.) (1998). *Constructivismo en Psicoterapia*, Barcelona, Paidós. (Primera edición, 1995, *Constructivism in Psychotherapy*, Washington, American Psychological Association).
- PAKMAN, Marcelo (1996a). "Introducción". En H. von FOERSTER, *Las semillas de la cibernética*, Barcelona, Gedisa: 15-30.
- PAKMAN, Marcelo (comp.) (1996b). *Construcciones de la experiencia humana (vol. I y II)*, Barcelona, Gedisa.
- PIAGET, Jean (1971). *Psicología y epistemología*, Barcelona, Ariel. (Primera edición, 1970, *Psychologie et Épistémologie*, París, Denoël).
- PRIGOGINE, Ilya (1998). "Resonancias y dominios del saber". En M. ELKAÏM, *La terapia familiar en transformación*, Barcelona, Paidós: 183-188.
- SEGAL, Lynn (1994). *Soñar la realidad. El constructivismo de Heinz von Foerster*, Barcelona, Paidós. (Primera edición, 1986, *The dream of reality. Heinz von Foerster's constructivism*, Nueva York, Norton).



- STEIER, Frederick (1996). "Hacia un enfoque constructivista radical y ecológico de la comunicación familiar". En M. PAKMAN (comp.), *Construcciones de la experiencia humana (vol. I)*, Barcelona, Gedisa: 227-260.
- STIERLIN, Helm (1994). "Entre el riesgo y la confusión del lenguaje. Reflexiones sobre la teoría y práctica sistémicas". En P. WATZLAWICK y P. KRIEG (comps.), *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo*, Barcelona, Gedisa: 143-156.
- TOMM, Karl (1993). "Prefacio". En M. WHITE y D. EPSTON, *Medios narrativos para fines terapéuticos*, Barcelona, Paidós: 9-13.
- TORRES NAFARRATE, Javier (1997). "Lineamientos para la comprensión de un nuevo concepto de sistema (La perspectiva de Niklas Luhmann)". En R. GARCÍA (coord.), *La epistemología genética y la ciencia contemporánea. Homenaje a Jean Piaget en su centenario*, Barcelona, Gedisa: 185-201.
- VARELA, Francisco (1995). "El círculo creativo. Esbozo historiconatural de la reflexividad". En P. WATZLAWICK (comp.), *La realidad inventada. ¿Cómo sabemos lo que creemos saber?*, Barcelona, Gedisa: 251-263.
- \_\_\_\_\_ (1998). "Las múltiples figuras de la circularidad". En M. ELKAÏM, *La terapia familiar en transformación*, Barcelona, Paidós: 127-130.
- WAINSTEIN, Martin (1999). "La influencia del constructivismo en la psicoterapia interaccionista", En G. NARDONE y P. WATZLAWICK, *Terapia breve: filosofía y arte*, Barcelona, Herder: 51-60.
- WATZLAWICK, Paul y KRIEG, Peter (comps.) (1994). *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo. Homenaje a Heinz von Foerster*, Barcelona, Gedisa. (Primera edición, 1991, *Das Auge des Betrachters. Beiträge zum Konstruktivismus*, R. Piper).
- WATZLAWICK, Paul (comp.) (1995). *La realidad inventada. ¿Cómo sabemos lo que creemos saber?*, Barcelona, Gedisa. (Primera edición, 1981, *Die erfundene Wirklichkeit*, München, R. Piper).

## 2. Bibliografía sobre Franz Kafka

### 2.1 Obras de Franz Kafka

- KAFKA, Franz (1974). “De dos cartas de Kafka sobre la educación de los niños”. En M. BROD, *Kafka*, Madrid, Alianza: 209-213.
- \_\_\_\_\_ (1974). *Los aeroplanos en Brescia*. En M. BROD, *Kafka*, Madrid, Alianza: 214-221.
- \_\_\_\_\_ (1977). *Cartas a Felice y otra correspondencia de la época del noviazgo: 1 (1912), 2 (1913), 3 (1914-1917)*, Madrid, Alianza.
- \_\_\_\_\_ (1996). *La metamorfosis*, Madrid, Alianza.
- \_\_\_\_\_ (1998). *Aforismos, visiones y sueños*, Madrid, Valdemar.
- \_\_\_\_\_ (1999a). *Padres e hijos*, Barcelona, Anagrama.
- \_\_\_\_\_ (1999b). *Obras Completas I, Novelas, El desaparecido (América), El proceso, El castillo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- \_\_\_\_\_ (2000a). *Obras Completas II, Diarios, Carta al padre*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/ Círculo de Lectores.
- \_\_\_\_\_ (2000b). *Cartas a Milena*, Madrid, Alianza.
- \_\_\_\_\_ (2001). *Cuentos completos*, Madrid, Valdemar.

### 2.2 Bibliografía crítica sobre Franz Kafka

- ACOSTA, Luis (1998). “Introducción”. En F. KAFKA, *El castillo*, Madrid, Cátedra: 9-108.
- ADORNO, Theodor W. (1962). “Apuntes sobre Kafka”. En *Prismas*, Barcelona, Ariel: 260-292.
- ALARCÓN, Tina de (1988). “En torno a Kafka y *La metamorfosis*”. En F. KAFKA, *La metamorfosis*, Madrid, P. P. P.-Marte: 11-25.
- ALBÉRES, René M. (1971). “El universo mutilado de Kafka: de Kafka a Beckett”. En *Metamorfosis de la novela*, Madrid, Taurus: 153-164.
- AMÍCOLA, José (1993). “La preocupación del padre de la familia. Análisis del relato “La condena” de Franz Kafka”. En *Kafka*, Buenos Aires, Fundación Banco Mercantil Argentino: 13-27.
- ARANGUREN, José Luis (1956). “Franz Kafka”. En *Catolicismo, día tras día*, Madrid, Noguer: 142-154.
- ARENDETT, Hannah (1999). “Franz Kafka, revalorado”. En F. KAFKA, *Obras Completas I, Novelas*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores: 173-193.
- BARTHES, Roland (1977). “La respuesta de Kafka”. En *Ensayos críticos*, Barcelona, Seix Barral: 167-172.
- BATAILLE, Georges (1981). “Kafka”. En *La literatura y el mal*, Madrid, Taurus: 111-124.
- BENJAMIN, Walter (1991). “Franz Kafka”. En *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, Madrid, Taurus: 135-161.

- \_\_\_\_\_ (1993). “Dos iluminaciones sobre Kafka”. En *Imaginación y sociedad. Iluminaciones I*, Madrid, Taurus: 197-217.
- BLANCHET, Andre (1963). “Franz Kafka o la obsesión de lo divino”. En *La literatura y lo espiritual II*, Madrid, Razón y Fe: 95-114.
- BLÖCKER, Günter (1969). “Franz Kafka”. En *Líneas y perfiles de la literatura moderna*, Madrid, Guadarrama: 287-296.
- BLOOM, Harold (1996a). “Freud: una lectura shakespeariana”. En *El canon occidental*, Barcelona, Anagrama: 383-406.
- \_\_\_\_\_ (1996b). “Kafka: la paciencia canónica y la ‘indestructibilidad’”. En *El canon occidental*, Barcelona, Anagrama: 457-472.
- BORGES, Jorge Luis (1965). “Prólogo”. En F. Kafka, *La metamorfosis*, Buenos Aires, Losada: 9-11.
- \_\_\_\_\_ (1966). “Kafka y sus precursores”. En *Otras inquisiciones*, Buenos Aires, Emecé: 145-148.
- \_\_\_\_\_ (1985). “Prólogo”. En F. Kafka, *El buitre*, Madrid, Siruela: 9-14.
- BROD, Max (1974). *Kafka*, Madrid, Alianza.
- CAMARGO, Ángeles (1985). “Introducción”. En F. Kafka, *La metamorfosis y otros relatos*, Madrid, Cátedra: 9-82.
- CAMUS, Albert (1981). “La esperanza y lo absurdo en la obra de Kafka”. En *El mito de Sísifo*, Madrid, Alianza: 163-181.
- CANETTI, Elías (1976). *El otro proceso de Kafka. Sobre las cartas a Felice*, Barcelona, Muchnik (Primera edición, 1969, *Der andere prozess Kafkas. Briefe an Felice*, Munich, Carl Hanser).
- CARROUGES, Michel (1965). *Kafka contra Kafka*, Barcelona, Eler.
- CATELLI, Nora (2000). “Prólogo”. En F. KAFKA, *Obras Completas II, Diarios, Carta al padre*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/ Círculo de Lectores: 17-35.
- CITATI, Pietro (1993). *Kafka*, Madrid, Cátedra.
- CHACANA ARANCIBIA, Roberto (2002). “Franz Kafka, un hijo atrapado en el gueto familiar; hacia una lectura sistémico-familiar de la ‘Carta al padre’”. *Mosaico (Revista de la Federación Española de Asociaciones de Terapia Familiar)*, Madrid, 22: 27-30.
- \_\_\_\_\_ (2004). “Gregor Samsa, el traidor leal. Análisis sistémico-familiar de *La metamorfosis* de Franz Kafka”. *Redes (Revista de psicoterapia relacional e intervenciones sociales)*, Barcelona, 12-3: 113-126.
- DALMAU, Wifredo (1952). “El caso clínico de Kafka en ‘La metamorfosis’”. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 27: 385-388.
- DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix (1978). *Kafka. Por una literatura menor*, México D. F., Era. (Primera edición, 1975, *Kafka. Pour une littérature mineure*, París, Les Éditions de Minuit).
- EMRICH, Wilhelm (1985). “La ruptura de Franz Kafka con la tradición y su nueva ley”. En *Protesta y promesa*, Barcelona, Alfa: 195-217.
- FALK, Walter (1963). “Franz Kafka y el tormento”. En *Impresionismo y expresionismo. Dolor y transformación en Rilke, Kafka y Trakl*, Madrid, Guadarrama: 125-257.
- FERNÁNDEZ, Aida (1983). “Acerca de la ‘Carta al padre’ de Kafka”. *Revista uruguaya de psicoanálisis*, 63: 39-52.
- FERNÁNDEZ HUESCAR, Eva María (1990). *Consideraciones en torno a la recepción de Franz Kafka en España* (Tesis Doctoral), Madrid, Universidad Complutense.

- FRANZETTI, Diana París de (1993). "La carta como pre-texto en 'La condena'". En J. AMÍCOLA (et al.), *Kafka*, Buenos Aires, Fundación Banco Mercantil Argentino: 137-151.
- FROMM, Erich (1992). *Ética y psicoanálisis*, Santafé de Bogotá, Fondo de cultura económica. (Primera edición, 1947, *Man for Himself*, New York, Rinehart and Winston Inc.).
- FUENTES, Carlos, (2002). "Kafka". En *En esto creo*, Barcelona, Seix Barral: 157-161.
- GALLONE, Osvaldo (1993). "Aproximación a 'La condena' de Franz Kafka". En J. AMÍCOLA (et al.), *Kafka*, Buenos Aires, Fundación Banco Mercantil Argentino: 125-136.
- GEISLER, Eberhard (1986). "La paradoja y la metáfora. En torno a la lectura borgiana de Kafka". *Revista de crítica literaria latinoamericana*, vol. 11, 24: 147-172.
- GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón (1961). "Kafka". En *Retratos completos*, Madrid, Aguilar: 777-789.
- GONZÁLEZ GARCÍA, José M. (2000). "Introducción. Todos somos Gregor Samsa". En F. KAFKA, *La metamorfosis*, Madrid, Biblioteca Nueva: 13-51.
- GORDIMER, Nadine (1996). "Carta de su padre". En F. KAFKA, *La metamorfosis*, Madrid, Alianza: 207-240.
- GRENZMANN, Wilhelm (1961). "Franz Kafka. En la frontera del no-ser y ser". En *Fe y creación literaria. Problemas y figuras de la actual literatura alemana*, Madrid, Rialp:125-142.
- GRINBERG, Liliana Marta (1993). "Una escritura del entre-dos. Ensayo sobre el cuento 'La condena' de Franz Kafka". En J. AMÍCOLA (et al.), *Kafka*, Buenos Aires, Fundación Banco Mercantil Argentino: 29-42.
- HAAS, Willy (2000a). "Epílogo". En F. KAFKA, *Cartas a Milena*, Madrid, Alianza: 251-262.
- \_\_\_\_\_ (2000b). "Nota a la edición alemana". En F. KAFKA, *Cartas a Milena*, Madrid, Alianza: 263-266.
- HAYMAN, Ronald (1983). *Kafka. Biografía*. Barcelona, Argos Vergara.
- HELLER, Erich (1977). "Introducción". En F. KAFKA, *Cartas a Felice y otra correspondencia de la época del noviazgo, I (1912)*, Madrid, Alianza: 11-34.
- HERNÁNDEZ, Isabel (1994). "Introducción". En F. KAFKA, *El proceso*, Madrid, Cátedra: 9-62.
- HERNÁNDEZ ARIAS, José Rafael (1998). "Prólogo". En F. KAFKA, *Aforismos, visiones y sueños*, Madrid, Valdemar: 9-11.
- \_\_\_\_\_ (2001a). "Prólogo". En F. KAFKA, *Novelas*, Madrid, Valdemar: 13-75.
- \_\_\_\_\_ (2001b). "Prólogo". En F. KAFKA, *Cuentos completos*, Madrid, Valdemar: 11-33.
- HOFFMANN, Werner (2001). *Los aforismos de Kafka*, México D. F., Fondo de Cultura Económica. (Primera edición, 1975, *Kafkas Aphorismen*, Bern, A. Francke AG).
- IZQUIERDO, Luis (1977). "Unas apreciaciones finales". En *Conocer Kafka y su obra*, Barcelona, Dopesa: 119-121.
- \_\_\_\_\_ (1981). *Kafka*, Barcelona, Barcanova.
- JANOUCHE, Gustav (1999). *Conversaciones con Kafka*, Barcelona, Destino.
- KANCYPER, Luis (1998). "Complejo fraterno y complejo de Edipo en la obra de Franz Kafka". *Revista de la Sociedad colombiana de psicoanálisis*, vol. 23, 3: 325-354.
- KUNDERA, Milan (1981). "En algún sitio, ahí detrás. (Acerca de lo kafkiano)". *Quimera*, 7: 26-30.

- LANCELOTTI, Mario A. (1965). "El tiempo en la obra novelística de Kafka". En *De Poe a Kafka. Para una teoría del cuento*, Buenos Aires, EUDEBA: 51-60.
- LESSER, Simon O. (1982). "La fuente de la culpa y el sentido de la culpa. *El proceso*, de Kafka". En H. RUITENBEEK, *Psicoanálisis y literatura*, México, Fondo de Cultura Económica: 271-298.
- LLOVET, Jordi (1992). "Introducción". En F. KAFKA, *La metamorfosis y otros relatos*, Barcelona, Planeta: ix-xxxviii.
- \_\_\_\_\_ (1999a). "Prólogo". En F. KAFKA, *Padres e hijos*, Barcelona, Anagrama: 7-20.
- \_\_\_\_\_ (1999b). "Nota editorial". En F. KAFKA, *Padres e hijos*, Barcelona, Anagrama: 21-25.
- \_\_\_\_\_ (1999c). "Presentación de las 'Obras Completas' de Franz Kafka". En F. KAFKA, *Obras Completas I, Novelas*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores: 9-36.
- \_\_\_\_\_ (1999d). "Notas a *El desaparecido*". En F. KAFKA, *Obras Completas I, Novelas*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores: 1023-1033
- \_\_\_\_\_ (1999e). "Notas a *El proceso*". En F. KAFKA, *Obras Completas I, Novelas*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores: 1034-1051.
- \_\_\_\_\_ (1999f). "Notas a *El castillo*". En F. KAFKA, *Obras Completas I, Novelas*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores: 1052-1074
- \_\_\_\_\_ (2000). "Nota del editor". En F. KAFKA, *Obras Completas II, Diarios, Carta al padre*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores: 9-16.
- MALLEA, Eduardo (1937). "Introducción al mundo de Franz Kafka". *Sur*, 39: 7-37.
- MANZANO GARCÍA, Soledad (1992). *La comunicación epistolar. Análisis semiótico de las cartas de Franz Kafka a Felice Bauer* (Tesis Doctoral), Madrid, Universidad Complutense.
- MARENCO, Elena Cristina (1993). "A propósito de 'La condena' de Franz Kafka". En J. AMÍCOLA (et al.), *Kafka*, Buenos Aires, Fundación Banco Mercantil Argentino: 97-110.
- MAYER, Hans (1970). "Franz Kafka o 'Fin de la psicología'". En *La literatura alemana desde Thomas Mann*, Madrid, Alianza: 27-36.
- \_\_\_\_\_ (1978). "¿Kafka sin final? Ensayo sobre el estado actual de la investigación de los textos kafkianos". *Eco. Revista de la cultura de Occidente*, tomo XXII, 197: 449-471.
- MODERN, Rodolf E. (1975a). "Introducción a Kafka". En *Estudios de literatura alemana. De Hölderlin a Peter Weiss*, Buenos Aires, Nueva Visión: 155-170.
- \_\_\_\_\_ (1975b). "Kafka y su concepción de lo femenino". En *Estudios de literatura alemana. De Hölderlin a Peter Weiss*, Buenos Aires, Nueva Visión: 171-184.
- MUSCHG, Walter (1972). "Kafka, el desconocido". En *La literatura expresionista alemana de Trakl a Brecht*, Barcelona, Seix Barral: 146-168.
- NABOKOV, Vladimir (1987). "Franz Kafka. *La metamorfosis*". En *Curso de literatura europea*, Barcelona, Ediciones B: 361-406.
- NORTHEY, Antony (1989). *El clan de los Kafka*, Barcelona, Tusquets.
- POLITZER, Heinz (1966). *Franz Kafka. Parable and paradox*, Ithaca-London, Cornell University Press.
- ROBERT, Marthe (1970). *Acerca de Kafka, acerca de Freud*, Barcelona, Anagrama.
- SALFELLNER, Harald (1999). *Franz Kafka y Praga*, Praga, Vitalis.
- SAVATER, Fernando (1996). "Prólogo. El animal más extraño". En F. KAFKA, *La metamorfosis*, Madrid, Alianza: 9-11.

- SOSA LÓPEZ, Emilio (1968). “Las realizaciones metafísicas de Franz Kafka”. En *La novela y el hombre*, Madrid, Gredos: 29-44.
- SOUVIRON, José María (1968). “Figuras y semblanzas”. En *El príncipe de este siglo. La literatura moderna y el demonio*, Madrid, Cultura Hispánica: 225-228.
- STACH, Reiner (2003). *Kafka. Los años de las decisiones*, Madrid, Siglo XXI. (Primera edición, 2002, *Kafka. Die Jahre der Entscheidungen*, Francfort del Meno, S. Fischer Verlag GmbH).
- TORRE, Guillermo de (1974). “Kafka y el absurdo verosímil”. En *Historia de las literaturas de vanguardia (Vol. 3)*, Madrid, Guadarrama: 81- 86.
- UNSELD, Joachim (1989). *Franz Kafka. Una vida de escritor. Historia de sus publicaciones*, Barcelona, Anagrama. (Primera edición, 1982, *Franz Kafka. Ein Schriftstellerleben. Die Geschichte seiner Veröffentlichungen*, Carl Hanser Verlag).
- VARELA, Benito (1967). “Asedio al misterio de Franz Kafka”. En *Renovación de la novela en el siglo XX*, Barcelona, Destino: 177-203.
- VARELA, José Luis (1961). “Franz Kafka (o la agonía del hombre y del artista en nuestra civilización)”. En VV. AA., *Forjadores del mundo contemporáneo (Tomo 4)*, Barcelona, Planeta: 409-416.
- WAGENBACH, Klaus (1970). *Franz Kafka en testimonios personales y documentos gráficos*, Madrid, Alianza. (Primera edición, 1964, *Franz Kafka. In selbstzeugnissen und bilddokumenten*, Reinbek bei Hamburg, Rowohlt Tashenbuch Verlag GmbH).
- \_\_\_\_\_ (1998a). *La Praga de Kafka. Guía de viajes y de lectura*, Barcelona, Península. (Primera edición, 1993, *Kafkas Prag: Ein Reiselesebuch*, Berlín, Verlag Klaus Wagenbach).
- \_\_\_\_\_ (1998b). *Franz Kafka. Imágenes de su vida*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores. (Primera edición, *Bilder aus seinem Leben*, Berlín, Verlag Klaus Wagenbach).
- WILSON, Edmund (1972). “Una opinión disidente sobre Kafka”. En *Crónica literaria*, Barcelona, Barral: 188-196.
- ZAMBRANO, María (1941). “Franz Kafka, mártir de la miseria humana”. *Espuela de plata*, Agosto: 3-8.
- ZOLLA, Elémire (1983). “Prólogo”. En F. KAFKA, *Consideraciones acerca del pecado, el dolor, la esperanza y el camino verdadero*, Barcelona, Laia: 7-18.

### 3. Bibliografía sobre Julio Cortázar

#### 3.1 Obra cuentística de Julio Cortázar (primeras ediciones)

- CORTÁZAR, Julio (1951). *Bestiario*, Buenos Aires, Sudamericana.  
\_\_\_\_\_ (1956). *Final del juego*, México, Los Presentes.  
\_\_\_\_\_ (1959). *Las armas secretas*, Buenos Aires, Sudamericana.  
\_\_\_\_\_ (1962). *Historias de cronopios y de famas*, Buenos Aires, Minotauro.  
\_\_\_\_\_ (1964). *Final del juego*, Buenos Aires, Sudamericana (2ª. ed. aumentada).  
\_\_\_\_\_ (1966). *Todos los fuegos el fuego*, Buenos Aires, Sudamericana.  
\_\_\_\_\_ (1974). *Octaedro*, Madrid, Alianza.  
\_\_\_\_\_ (1977). *Alguien que anda por ahí*, Madrid, Alfaguara.  
\_\_\_\_\_ (1980). *Queremos tanto a Glenda*, México, Nueva Imagen.  
\_\_\_\_\_ (1982). *Deshoras*, Madrid, Alfaguara.

#### 3.2 Bibliografía crítica sobre Julio Cortázar

- ALAZRAKI, Jaime (1983). *En busca del unicornio: los cuentos de Julio Cortázar. Elementos para una poética de lo neofantástico*, Madrid, Gredos.  
\_\_\_\_\_ (1994a). *Hacia Cortázar: aproximaciones a su obra*, Barcelona, Anthropos.  
\_\_\_\_\_ (1994b). “Prólogo”. En J. CORTÁZAR, *Obra crítica/2*, Madrid, Alfaguara: 9-14.  
ALAZRAKI, Jaime; IVASK, Ivar y MARCO, Joaquín (eds.) (1983). *Cortázar: la isla final*, Barcelona, Ultramar. (Primera edición, 1978, *The final island: the fiction of Julio Cortázar*, Nueva York, University of Oklahoma Press).  
AMÍCOLA, José (1969). *Sobre Cortázar*, Buenos Aires, Escuela.  
ANDREU, Jean L. (1968). “Pour une lecture de *Casa tomada* de Julio Cortázar”. *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien (Caravelle)*, Toulouse, 10: 49-66.  
ANDREU, Jean L. y FONQUERNE, Yves-René (1968). “*Bestiario* de Julio Cortázar: essai d’interprétation systématique”. *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien (Caravelle)*, Toulouse, 11: 110-129.  
ARONE AMESTOY, Lida (1983). “La búsqueda del ‘yo’ al ‘nosotros’: Génesis y definición del tema del perseguidor en Cortázar”. En J. ALAZRAKI, I. IVASK y J. MARCO (eds.), *Julio Cortázar: la isla final*, Barcelona, Ultramar: 373-389.  
BARRENECHEA, Ana María y SPERATTI PIÑERO, Emma Susana (1957). *La literatura fantástica en Argentina*, México, Universitaria.  
BERNÁRDEZ, Aurora (2002). “Nota”. En J. CORTÁZAR, *Cartas 1937-1963*, Madrid, Alfaguara: 15.  
BÉJAR, Eduardo (1988). “Cartas de/para mamá: urtexto de dos cuentos de Cortázar”. *Discurso Literario*, vol. V, 2: 375-388.

- BRANDT ROJAS, José (1980). "Asedios a 'Casa tomada' de Julio Cortázar". *Revista de Estudios Hispánicos*, vol. VII: 75-84.
- CASTRO-KLAREN, Sara (1980). "Julio Cortázar, lector. Conversación con Julio Cortázar". *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, 364-366: 11-36.
- \_\_\_\_\_ (1983), "Fabulación ontológica: Hacia una teoría de la literatura de Cortázar". En J. ALAZRAKI, I. IVASK y J. MARCO (eds.), *Julio Cortázar: la isla final*, Barcelona, Ultramar: 349-372.
- COCARO, Nicolás (1993). *El joven Cortázar*, Buenos Aires, Ediciones del Saber.
- CURUTCHET, Juan Carlos (1972). *Julio Cortázar o la crítica de la razón pragmática*, Madrid, Editora Nacional.
- DIRSCHERL, Klaus (1985). "De la crisis del individuo a la búsqueda de una identidad múltiple en *Rayuela*". *Inti*, 22-23: 101-111.
- DOMÉNECH, Ricardo (1994). "Metamorfosis y expresión narrativa (notas sobre Bécquer, Valle-Inclán, Kafka y Cortázar)". En VV.AA., *Homenaje a Alonso Zamora Vicente/4*, Madrid, Castalia: 161-176.
- ESCAMILLA MOLINA, Roberto (1970). *Julio Cortázar. Visión de conjunto*, México, Nóvaro.
- FILER, Malva E. (1970). *Los mundos de Julio Cortázar*, New York, Las Américas Publishing Company.
- \_\_\_\_\_ (1983). "La ambivalencia de la mano en la narrativa de Cortázar". En J. ALAZRAKI, I. IVASK y J. MARCO (eds.), *Julio Cortázar: la isla final*, Barcelona, Ultramar: 325-334.
- FILINICH, María Isabel (1996). "'Continuidad de los parques': lo continuo y lo discontinuo". *Hispanamérica*, vol. XXV, 73: 113-119.
- FONTMARTY, Francis, (1986). "Xolotl, mexolotl, axolotl: una metamorfosis recreativa". En VV. AA., *Lo lúdico y lo fantástico en la obra de Cortázar/2*, Madrid, Fundamentos: 79-88.
- FOUQUES, Bernard (1976). "'Casa tomada' o la Auto-significación del Relato". *Revista Iberoamericana*, vol. XLII, 96-97: 527-533.
- FUENTE, Bienvenido de la (1986-1987). "'Axolotl' de Julio Cortázar". *Explicación de Textos Literarios*, vol. XV, 1: 47-57.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1968). *Cortázar. Una antropología poética*, Buenos Aires, Nova.
- GARCÍA FLORES, Margarita (1967). "Siete respuestas de Julio Cortázar". *Revista de la Universidad de México*, vol. XXI, 7: 10-13.
- GERTEL, Zunilda (1975). "Funcionalidad del lenguaje en 'La salud de los enfermos'". En D. LAGMANOVICH, *Estudios sobre los cuentos de Julio Cortázar*, Barcelona, Hispam: 99-114.
- GOLOBOFF, Mario (1998). *Julio Cortázar. La biografía*, Buenos Aires, Seix Barral.
- GONZÁLEZ BERMEJO, Ernesto (1978). *Conversaciones con Cortázar*, Barcelona, Edhasa.
- GOYALDE PALACIOS, Patricio (2001). *La interpretación, el texto y sus fronteras. Estudio de las interpretaciones críticas de los cuentos de Julio Cortázar*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED).
- HARSS, Luis (1971). "Julio Cortázar o la cachetada metafísica". En *Los nuestros*, Buenos Aires, Sudamericana: 252-300.
- HERRÁEZ, Miguel (2003). *Julio Cortázar. El otro lado de las cosas*, Barcelona, Ronsel.



- JARAMILLO LEVI, Enrique (1974). "Tiempo y espacio a través del tema del doble en 'La isla al mediodía', de Julio Cortázar". *Nueva Narrativa Hispanoamericana*, vol. IV: 299-305.
- KASON, Nancy M. (1987). "Las 'Pesadillas' metafóricas de Cortázar". En F. Burgos (ed.), *Los ochenta mundos de Cortázar: ensayos*, Madrid, Edi-6: 149-156.
- KAUFFMANN, R. (1985-1986). "Julio Cortázar y la apropiación del otro: 'Axolotl' como fábula etnográfica". *Inti*, 22-23: 317-325.
- LAGMANOVICH, David (1975). "Para una caracterización general de los cuentos de Julio Cortázar". En *Estudios sobre los cuentos de Julio Cortázar*, Barcelona, Hispam: 7-21.
- \_\_\_\_\_ (1988). "Estrategias del cuento breve en Cortázar: un paseo por 'Continuidad de los parques'". *Explicación de textos literarios*, vol. 17, 1-2: 177-185.
- MAC ADAM, Alfred (1971). *El individuo y el otro. Crítica a los cuentos de Julio Cortázar*, Buenos Aires-Nueva York, Ediciones La Librería.
- MESA GANCEDO, Daniel (1995). "Prolegómenos para una relectura de Cortázar". En *Cuadernos Hispanoamericanos*, 546: 135-140.
- \_\_\_\_\_ (1998). *La emergencia de la escritura. Para una poética de la poesía cortazariana*, Kassel, Reichenberger.
- MONTES-BRADLEY, Eduardo (2004). *Cortázar sin barba*, Buenos Aires, Sudamericana.
- MORELL, Hortensia R. (1985). "Para una lectura psicoanalítica de 'Después del almuerzo'". En *Discurso literario*, vol. 2, 2: 481-492.
- MORELLO-FROSCH, Martha (1973). "La tiranía del orden en los cuentos de Julio Cortázar". En E. PUPO-WALKER (ed.), *El cuento hispanoamericano ante la crítica*, Madrid, Castalia: 165-178.
- MORENO TURNER, Fernando (1998). "El texto en movimiento, movimientos del texto. Nuevo asalto a 'Casa tomada' de Julio Cortázar". *Acta Literaria*, 23: 69-80.
- ORTEGA, Bertín (1989). "Cortázar: 'Axolotl' y la cinta de Moebius". *Nuevo texto crítico*, 3 (año II): 135-140.
- OSTRIA GONZÁLEZ, Mauricio (1988). "La espiral de Cortázar". *Plural (Revista cultural de Excelsior)*, 198: 55-59.
- OVIEDO, José Miguel (1992). "Julio Cortázar", en *Antología crítica del cuento hispanoamericano del siglo XX (1920-1980)/2. La gran síntesis y después*, Madrid, Alianza: 486-492.
- \_\_\_\_\_ (2001). "La aventura triangular de Cortázar", en *Historia de la literatura hispanoamericana/4*, Madrid, Alianza: 161-175.
- PAGÉS LARRAYA, Antonio (1972a). "Cotidianidad y fantasía en una obra de Cortázar". En H. F. GIACOMAN (ed.), *Homenaje a Julio Cortázar. Variaciones interpretativas en torno a su obra*, Madrid, Las Américas: 279-287.
- \_\_\_\_\_ (1972b). "Perspectivas de 'Axolotl', cuento de Julio Cortázar". En H. F. GIACOMAN (ed.), *Homenaje a Julio Cortázar. Variaciones interpretativas en torno a su obra*, Madrid, Las Américas: 459-480.
- PÉREZ FIRMAT, Gustavo. (1988). "Lectura de/en 'Axolotl'". *Chasqui*, vol. XVII, 2: 41-45.
- PERI ROSSI, Cristina (2001). *Julio Cortázar*, Barcelona, Omega.
- PETRICH, Perla (1975). "Instrucciones para John Howell': iniciación al extrañamiento". En D. LAGMANOVICH, *Estudios sobre los cuentos de Julio Cortázar*, Barcelona, Hispam: 139-162.

- PICÓN GARFIELD, Evelyn (1978). *Cortázar por Cortázar*, México, Universidad Veracruzana.
- \_\_\_\_\_ (1983). “Octaedro: Ocho caras del desespero”. En J. ALAZRAKI, I. IVASK y J. MARCO (eds.), *Julio Cortázar: la isla final*, Barcelona, Ultramar: 293-321.
- PIZARNIK, Alejandra (1969). “Nota sobre un cuento de Julio Cortázar: ‘El otro cielo’”. En N. Jitrik (et al.), *La vuelta a Cortázar en nueve ensayos*, Buenos Aires, Carlos Pérez: 55-62.
- PLANELLS, Antonio (1978). “Comunicación por metamorfosis: ‘Axolotl’ de Julio Cortázar”. *Explicación de Textos Literarios*, vol. 6, 2: 135-141.
- \_\_\_\_\_ (1979). *Cortázar: Metafísica y Erotismo*, Madrid, José Porrúa.
- \_\_\_\_\_ (1986). “‘Casa tomada’ o la parábola del limbo”. *Revista Iberoamericana*, vol. LII, 135-136: 591-603.
- PREGO, Omar (1985). *La fascinación de las palabras. Conversaciones con Julio Cortázar*, Barcelona, Muchnik.
- PUCCIARELLI DE COLANTONIO, Graciela (1988-1989). “Los símbolos de la culpa en ‘Cartas de mamá’”. *Letras*, 19-20: 79-90.
- RAMÍREZ, Sergio (2001). “El que nunca deja de crecer”. En M. HERRÁEZ, *Julio Cortázar. El otro lado de las cosas*, Valencia, Diputació de València: 9-12.
- RAMOND, Michele (1986). “La casa de sus sueños (sobre ‘Casa tomada’, de Julio Cortázar)”. En VV. AA., *Lo lúdico y lo fantástico en la obra de Cortázar/2*, Madrid, Fundamentos: 97-109.
- REIN, Mercedes (1974). *Cortázar y Carpentier*, Buenos Aires, Crisis.
- ROSENBLAT, María Luisa (1987). “La nostalgia de la unidad en el cuento fantástico: ‘The fall of the house of Usher’ y ‘Casa tomada’”. En F. BURGOS (ed.), *Los ochenta mundos de Cortázar: ensayos*, Madrid, Edi. 6: 199-209.
- SOIFER, Miguelina (1986). “Cortázar, ‘Casa tomada’: casa desertada”. *Letras*, 35: 173-184.
- SOLA, Graciela de (1968). *Julio Cortázar y el hombre nuevo*, Buenos Aires, Sudamericana.
- SOSNOWSKI, Saúl (1973). *Julio Cortázar. Una búsqueda mítica*, Buenos Aires, Noé.
- \_\_\_\_\_ (1994). “Julio Cortázar ante la literatura y la historia”. En J. CORTÁZAR, *Obra crítica/3*, Madrid, Alfaguara: 9-23.
- SPERATTI PIÑERO, Emma S. (1957). “La literatura fantástica en las últimas generaciones argentinas: Julio Cortázar”. En A. M. BARRENECHEA, *La literatura fantástica en Argentina*, México, Imprenta Universitaria: 73-94.
- VARGAS LLOSA, Mario (2002). “La trompeta de Deyá”. En J. CORTÁZAR, *Cuentos Completos/1*, Madrid, Alfaguara: 13-23.
- YURKIEVICH, Gladis (1978). “Bibliografía”. En E. GONZÁLEZ BERMEJO, *Conversaciones con Cortázar*, Barcelona, Edhasa: 149-190.
- YURKIEVICH, Saúl (1994a). *Julio Cortázar: mundos y modos*, Madrid, Anaya & Muchnik.
- \_\_\_\_\_ (1994b). “Presentación”. En J. CORTÁZAR, *Obra crítica/1*, Madrid, Alfaguara: 7-9.
- \_\_\_\_\_ (1994c). “Un encuentro del hombre con su reino”. En J. CORTÁZAR, *Obra crítica/1*, Madrid, Alfaguara: 15-30.
- \_\_\_\_\_ (2002). “El don epistolar”. En J. CORTÁZAR, *Cartas 1937-1963*, Madrid, Alfaguara: 17-23.

#### 4. Bibliografía general

- BORGES, Jorge Luis (2001). "Tema del traidor y del héroe". En *Ficciones*, Madrid, Bibliotex: 91-94.
- BRETON, André (1969). *Manifiestos del surrealismo*, Madrid, Guadarrama (Primera edición, 1924, *Manifeste du surréalisme*, Paris, Sagittaire).
- BUENO, Belén; VEGA, José Luis y BUZ, José (2002). "Desarrollo social a partir de la mitad de la vida". En J. PALACIOS, A. MARCHESI y C. COLL, *Desarrollo psicológico y educación (Volumen 1, Psicología evolutiva)*, Madrid, Alianza: 591-614.
- COLEMAN, John (1994). "Perturbaciones y su tratamiento". En *Psicología de la adolescencia*, Madrid, Morata: 187-221.
- DEL RÍO, Ana María (1994). "Presencia de la familia en la narrativa chilena". En *De familias y terapias (revista semestral del Instituto Chileno de Terapia Familiar)*, 3: 28-39.
- EAGLETON, Terry (1993). "Psicoanálisis". En *Una introducción a la teoría literaria*, México, Fondo de Cultura Económica: 182-229.
- ECHEVERRÍA, Rafael (1997). *El búho de Minerva. Introducción a la filosofía moderna*, Santiago de Chile, Dolmen.
- FREUD, Sigmund (1981). *Obras completas (vol. I, II y III)*, Madrid, Biblioteca nueva.
- GIANNINI, Humberto (1994). *Breve historia de la filosofía*, Santiago de Chile, Universitaria.
- HERNÁNDEZ MARCH, Julio (2002). *La emancipación juvenil: un análisis estadístico aplicado a la comunidad de Madrid* (Tesis doctoral), Madrid, Universidad Complutense.
- IGLESIAS DE USSEL, Julio (1998). "La familia española en el contexto europeo". En M. J. RODRIGO Y J. PALACIOS, *Familia y desarrollo humano*, Madrid, Alianza: 91-114.
- LAGO, Pilar y FERRERA LÓPEZ, Adela (1992). "La canción popular extremeña en los ciclos vitales de la familia (I)". En *Cuadernos de Terapia Familiar*, 21: 37-46.
- OLIVA, Alfredo (2002). "Desarrollo social durante la adolescencia". En J. PALACIOS, A. MARCHESI y C. COLL, *Desarrollo psicológico y educación (Volumen 1, Psicología evolutiva)*, Madrid, Alianza Editorial: 493-517.
- PALACIOS, Jesús (2002). "Psicología evolutiva: concepto, enfoques, controversias y métodos". En J. PALACIOS, A. MARCHESI y C. COLL, *Desarrollo psicológico y educación (volumen 1, Psicología evolutiva)*, Madrid, Alianza: 23-78.
- PAPALIA, Diane; WENDKOS, Sally y DUSKIN, Ruth (2001). *Desarrollo humano*, Bogotá, McGraw-Hill (Primera edición, 1978, *Human development*, New York, McGraw-Hill).
- PARAÍSO, Isabel (1995). *Literatura y psicología*, Madrid, Síntesis.
- RODRIGO, María José y PALACIOS, Jesús (coords.) (1998). *Familia y desarrollo humano*, Madrid, Alianza.
- ROUDINESCO, Élisabeth y PLON, Michel (1998). *Diccionario de psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires. (Primera edición, 1997, *Dictionnaire de la psychanalyse*, Paris, Fayard).

- SONTAG, Susan (1981). *La enfermedad y sus metáforas*, Barcelona, Muchnik. (Primera edición, 1978, *Illness as Metaphor*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux).
- VYGOTSKI, Lev (1972). *Psicología del arte*, Barcelona, Barral.
- YALOM, Irvin D. (2000). *Psicología y literatura. El viaje de la psicoterapia a la ficción*, Barcelona, Paidós. (Primera edición, 1998, *The Yalom Reader*, Nueva York, BasicBooks)